

LINA GALÁN

ALGUNAS PRINCESAS[👑]
NO BUSCAMOS
PRÍNCIPE AZUL



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1. ¡Odio a mi jefa!

Capítulo 2. ¡Y encima se larga!

Capítulo 3. Sucedió en el instituto

Capítulo 4. Un inesperado reencuentro

Capítulo 5. ¿Te acuerdas de mí?

Capítulo 6. Selene encuentra su príncipe

Capítulo 7. Colgada de Bruno... otra vez

Capítulo 8. ¿Qué os pasa a los tíos?

Capítulo 9. Gabinete de crisis

Capítulo 10. No puedo evitar quererlo

Capítulo 11. ¡Un poco de fiesta, por favor!

Capítulo 12. Un extraño fin de semana

Capítulo 13. Bruno: vuelta a la realidad

Capítulo 14. Mensajera de malas noticias... otra vez

Capítulo 15. Una auténtica locura

Capítulo 16. Te quiero...

Capítulo 17. Bruno: unas horas de felicidad

Capítulo 18. Bruno: las mentiras de una vida

Capítulo 19. Un cambio radical

Capítulo 20. Bruno: esperanzas rotas

Capítulo 21. Sueños cumplidos
Capítulo 22. Bruno: demasiado rencor
Capítulo 23. Aprendiendo a ligar
Capítulo 24. ¡Lo mío es de psiquiatra!
Capítulo 25. Primeras dudas
Capítulo 26. Bruno: secretos guardados
Capítulo 27. Buscando respuestas
Capítulo 28. Dibújame...
Capítulo 29. Más vale tarde...
Epílogo
Nota de la autora
Biografía
Referencias de las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Laura, Simón y yo misma. Tres amigos y tres maneras diferentes de vivir el amor, a pesar de estar juntos casi toda nuestra vida, aunque seamos una piña desde que nos catalogaron de frikis en el instituto.

Laura es dulce y alegre, cree en cuentos de hadas, príncipes azules y en su novio, Martín, tan empalagoso que da grima. La llama «bizcochito», no digo más.

Simón es un obseso de la Play Station, del porno y el sexo en general. Mientras trata de diseñar el mejor de los videojuegos, se dedica a probarlos. Un chollo total.

Y yo me llamo Rebeca. Trabajo de esclava para una jefa cabrona. Sólo me he enamorado una vez en la vida, y fue en el instituto, del chico más guapo y popular. Sobra decir que lo pasé fatal.

¿Queréis saber más de nosotros y de nuestra eterna lucha contra el mundo? Pues acomodaos y comenzad a leer. Y si en algún momento os sacamos de quicio, abrid vuestra mente y recordad que algunas princesas no buscamos príncipe azul, sino tipos normales con más cabeza y menos corona.

ALGUNAS PRINCESAS NO BUSCAMOS PRÍNCIPE AZUL

Lina Galán

zafiro 

*A las personas que, como yo, cumplieron sus sueños un
poco más tarde*

En el pasado me dejé influir y acabé escogiendo los estudios que mis amigas consideraron mejores. «¡Ni se te ocurra optar por Letras, qué horror! — me dijeron—. Elige Ciencias, que son más guais y tienen más salidas, como haremos nosotras. Los que cursan Literatura y Latín son los tontos.»

Resultado: unos estudios inacabados que tuve que retomar veinte años después, cuando nadie podía condicionarme ya...

Sigue tu propio rumbo. No te dejes influenciar por nada ni nadie. Así, si te equivocas, será tu responsabilidad. De otra forma, podría perseguirte siempre la misma duda... «¿Y si hubiese seguido el camino que yo quería?»

LINA GALÁN

Agradecimientos

Voy a aprovechar de nuevo para dar las gracias a mi familia, a mis padres y mis hermanos, que siempre están a mi lado y con quienes puedo contar para todo. A mi marido y mis hijos, por haberos convertido sin pedíroslo en mis ayudantes, lectores asesores y en lo que haga falta para hacer que me sienta un poco más segura. Sois lo mejor que tengo.

A mi amiga Coral, cuya amistad en la distancia sigo necesitando cada día. Saber que estás conmigo hace que me sienta mucho mejor.

A mi amiga Montse, por estar ahí después de tantos años, leyéndome y animándome a seguir (sí, tú eres la amiga que menciono en mi nota final).

A mis primas, Loli y Paqui, porque sois parte de mi vida y ahora también fieles lectoras.

A todas las lectoras y lectores que le han dado una oportunidad a cualquiera de mis novelas, tanto si me leyeron desde el principio como si me conocieron hace poco. Gracias a todos vosotros es posible que siga haciendo lo que más me gusta. Os agradezco de corazón vuestros comentarios, públicos o privados, vuestras palabras, vuestros mensajes, vuestra ayuda en redes sociales... Sois l@s mejores.

Y, cómo no, gracias a mi editora, Esther, que sigue confiando en mí. Tú venías en ese tren que yo cogí con retraso e hiciste posible para mí algo que nunca me hubiese atrevido ni a soñar.

¡¡¡GRACIAS A TODOS!!!

Prólogo

El amor es... es... podría definirse como... Uf, demasiado difícil y filosófico para estas horas del día. Si buscas en el diccionario de la RAE, no te lo aclara mucho, la verdad, aunque, mires donde mires, te lo describirá como un sentimiento intenso hacia alguien o algo. Yo aportaría que, en ocasiones, es un verdadero timo. Sí, un timo, porque te lo venden como algo mágico y maravilloso, y la mayoría de las veces no encuentras magia por ninguna parte. Además, aunque no siempre, dar con esa persona a la que muchos desean hallar resulta relativamente fácil, pero lo malo, las decepciones, suele venir después.

Personalmente creo que hay diversas modalidades e intensidades de amor, pues pienso que cada persona lo vive y lo siente de manera diferente. No quiero decir con esto que algunos amen más o mejor que otros, sino, simplemente, de forma distinta.

Como en el colegio siempre me enseñaron a poner ejemplos para ilustrar cualquier teoría, voy a completar mis difusas reflexiones al respecto con los diferentes casos que conozco y que me son lo suficientemente cercanos como para poder describirlos y desarrollarlos como si demostraran cualquier teorema. A saber...

En mi vida tengo a Laura, mi mejor amiga. Nos conocemos desde que me alcanza la memoria, pues casi no recuerdo mi existencia antes de coincidir con ella el primer día de escuela. Como suele pasar, la mitad de las veces se me olvida dónde he dejado las llaves, pero en cambio me acuerdo perfectamente de la ropa que llevábamos aquel día y de la sonrisa que me lanzó antes de darme la mano para que entráramos juntas en el aula. Ahora también somos

compañeras de piso, desde que nos emancipamos, que menudo descanso supuso para ambas salir de nuestras casas.

No os preocupéis, ya hablaré más adelante de las adorables familias que dejamos atrás (lo de «adorables» es ironía, por supuesto).

Ella es la típica chica que cree en el flechazo, en el amor eterno y, sobre todo, en su novio, Martín, un chico igual de empalagoso que ella en ese sentido. Si te los quedas mirando más de diez segundos seguidos, corres el peligro de tener que irte corriendo en busca de tu dosis de insulina debido a la subida de azúcar. Eso sí, su carácter dulce la hace perfecta para su trabajo, pues se dedica a enseñar español a extranjeros y todos sus alumnos la quieren un montón.

Mi segundo ejemplo es Simón, mi otro mejor amigo, también desde la infancia, y con el que compartimos piso Laura y yo. Simón diría que es... cómo puedo expresarlo para no herir los sentimientos de nadie... ¡Qué tontería! Nadie se va a ofender por afirmar que nuestro amigo es un salido y un cerdo que se tira cualquier cosa que se menee. Con nosotras ya lo ha intentado en muchas ocasiones, y no le entra en la cabeza que lo conocemos desde que se comía los mocos y se meaba en los pantalones. Aguantamos estoicamente sus años de adolescente pajillero, con sus granos, su ortodoncia y sus crisis de baja autoestima, lo mismo que él tuvo que soportar nuestros cambios hormonales y los problemas que conlleva pertenecer a un grupo tan poco popular como el nuestro. Volviendo al tema, al final parece que ya ha desistido y únicamente nos provoca con sus insinuaciones obscenas por pura diversión y para hacernos rabiar.

Hablando de adolescentes, hormonas y popularidad, tendría que dejar claro que la nuestra fue una adolescencia un tanto complicada. Y lo digo así para no caer en la vulgaridad de decir que fue una mierda. Éramos los típicos que pasan desapercibidos, sobre todo en el instituto, donde creo que nos volvimos invisibles del todo, dada la casi inexistente interacción que manteníamos con nuestro entorno. Lo positivo de todo ello fue que los tres permanecimos

unidos, en lo bueno y en lo malo. Nos confesábamos nuestros miedos, nos consolábamos en cada recaída y nos alegrábamos de cada logro personal de cada uno. Por eso, a pesar de que sólo Laura y yo elegimos los mismos estudios, no dejamos de vernos, de quedar, de salir, de emborracharnos, de reír, de llorar, de crecer y de madurar... Bueno, unos más que otros... Según la familia de cada uno, porque el temita familiar también se las trae.

En fin, no quiero perderme entre tanta historia que pronto os voy a desvelar.

Otro ejemplo que podría poner sería el de Selene, nuestra vecina de rellano... y no, ése no es su nombre real, es sólo que pretende ser actriz, modelo o lo que se tercié y opina que, si se hiciese llamar por su nombre verdadero, o sea, Antonia, perdería mucho estilo. Selene es una chica despampanante que llegó a nuestro barrio hace unos seis meses y, aunque no forma parte de nuestro compacto grupo, ha sabido ganarse nuestra amistad... aunque sea a base de llamar a nuestra puerta porque se ha quedado sin leche, o sin café, sin azúcar, sin desmaquillador facial...

Con lo que no se queda nunca es sin novio. No lo digo por envidia — bueno, vale, sólo un poco—, pero lo cierto es que ella no parece ser consciente de su atractivo. Únicamente parece tenerlo presente cuando los chicos se abalanzan sobre ella nada más verla —está bien, un poco más de envidia—. Sin embargo, como nunca parecemos estar satisfechos con lo que tenemos, ella anhela encontrar un amor de verdad, alguien que la valore y sepa ver más allá de sus labios de fresa y sus perfectas tetas.

Hala, otro poco más de envidia...

Y, como ejemplo final, una servidora, que también tengo mi propia experiencia, un tanto extraña, pero, como ya os he dicho, la variedad del asunto será la que ilustre mi teoría sobre las distintas maneras de vivir un amor. Por cierto, me llamo Rebeca, pero que a nadie se le ocurra abreviar mi nombre y llamarme Rebe, porque me pongo de muy mala hostia. Me recuerda a mis tiempos de instituto y, creedme, no fueron buenos tiempos.

¿Os apetece saber un poco más de nosotros? Pues acomodaos, preparad

unas palomitas y comenzad a leer. Os ofrezco algún que otro momento de risas, de lágrimas y de amor, mucho amor, que para eso es el tema central de mi exposición, o lo que sea esto. Y, por si no fuera suficiente, lo voy a enredar todo un poco más y os voy a demostrar cómo a veces las vidas de algunas personas están irremediabilmente unidas y que es posible que sus destinos se entrecrucen mientras nos limitamos a ser meros espectadores.

¡Ah, otra cosa! Me eximo de cualquier responsabilidad si en algún capítulo os entran ganas de matar a alguien. Abrid vuestra mente y recordad que algunas princesas no buscamos príncipe azul, sino tipos normales con más cabeza y menos corona.

Capítulo 1

¡Odio a mi jefa!

Cuando en nuestra infancia alguien nos preguntó aquello de qué queríamos ser de mayores, deberíamos haber contestado: «Por favor, no haga que me cree falsas expectativas y de adulto me sienta un fracasado». Porque, al menos en mi caso, en mis sueños infantiles no entraba un trabajo de esclava ni una jefa cabrona que me hiciese la vida imposible.

Un día laborable cualquiera de mi vida incluía levantarme a toda prisa, beberme un café a toda máquina, bajar la escalera como un torpedo y coger el autobús por los pelos. Lo siento si ya he estresado a quienquiera que me esté leyendo, pero era así. Me acostaba tan cansada que a las siete de la mañana apenas me había recuperado.

Ese día cualquiera tuve que, como siempre, bajarme una parada antes de llegar al trabajo para poder comprarle a mi jefa su desayuno en el Starbucks, porque, de otra manera, no me pillaría de camino. Pedí su habitual *frappuccino light* y un *muffin Supreme* de chocolate. Nunca he entendido a la gente que se pide una bebida sin azúcar para evitar cierta cantidad de calorías, pero la compañía de un alimento ultracalórico, como las que se zampan una buena ración de callos acompañada de una Coca-Cola *light*. Debe de ser para compensar la culpabilidad.

El caso es que, con el desayuno metido en una bolsa de papel, me tocaba correr de nuevo hacia el curro, sorteando coches, motos, bicicletas y socavones en las aceras debido a las obras. Sopesé la posibilidad de comprarme uno de esos patinetes eléctricos que tan de moda están en la actualidad, pero lo descarté un segundo después de planteármelo. Mi

equilibrio y mi estabilidad siempre han sido demasiado precarios y me dije que no aguantaría ni un minuto sobre uno de esos cacharros... o, lo que es peor, podría chocar con alguien o con algo y provocar un accidente, un atropello o cualquier otro caos en mitad de la ciudad.

Así que, con la única ayuda de mis pies, llegué aquel día hasta el edificio donde se ubicaban las oficinas de *Mundo Mujer*, la revista para la que trabajaba.

—Cada día llegas más tarde. —Mi amada jefa cogió la bolsa de mis manos, sin gracias ni nada, y, antes de dirigirse a su despacho, me hizo un repaso visual de arriba abajo—. Y cada día tienes peor gusto al vestir, Rebeca. Eres la secretaria personal de la directora de una revista de moda y belleza; por el amor de Dios, ¿no puedes, ni siquiera, peinarte un poco, maquillarte y ponerte unos zapatos? En fin, en cinco minutos te quiero en mi despacho para dictarte unos cuantos correos. Mientras tanto, quiero que repases la correspondencia pendiente, respondas la más urgente y pongas al día mi agenda. ¡Vamos!

—¿En serio? —murmuré cuando ya había desaparecido tras la puerta—. ¿En cinco minutos?

Bufé antes de sentarme tras mi escritorio, situado en la antesala del despacho de Julia Castro, directora de la publicación. Puse en marcha el ordenador e hice un inútil intento por ordenar las toneladas de papeles que inundaban mi mesa. Mientras bufaba de nuevo, se me acercó Vera, la redactora jefa, hermana mayor de una compañera de la universidad y por la que entré a trabajar en ese lugar.

—Cómo tiene tan poca vergüenza —me dijo—. Recriminarte que no vistes con falda y tacones cuando te hace bajar una parada antes para que le traigas su puto desayuno pijo.

—Ya... —contesté—, déjalo. Debería levantarme antes y así no tener que correr tanto...

—Pero no puedes —insistió—, porque, por su culpa, te acuestas a las

tantas revisando un montón de correos y la correspondencia de las lectoras. Joder, Rebeca, sé que fui yo quien te recomendó para trabajar aquí, pero... si llego a saber que era para chuparte la sangre de esta manera...

—No te culpes ahora por eso —la tranquilicé—. Si no me hubieses ayudado a entrar aquí, me habría muerto de inanición. Aguantar a Julia me da de comer y conservo la esperanza de publicar mi novela algún día.

—¿De verdad te queda tiempo para escribir? —soltó, incrédula—. Perdona, Rebeca, pero me da la impresión de que hoy ni siquiera te has peinado.

Abrí mi bolso en busca del pequeño espejo que suelo llevar en su interior, junto a doscientas cosas más, inservibles la mayoría de ellas. Lo abrí y observé mi reflejo. Joder, a esa falta de tiempo podía añadirse como efecto secundario no ir a la peluquería, porque mi mata de pelo rubio debía llegarme ya casi a la cintura, por lo que debía recogermela si no quería parecer la loca de los gatos de los Simpson. Pero claro, hacerse un moño bien hecho era incompatible con las prisas matutinas. ¿O era el mismo recogido que llevaba el día anterior? Estaba tan deshecho que era imposible saberlo.

—Es culpa mía —le dije—. Le dedico demasiado poco tiempo a mi imagen.

Tanto Vera como yo bajamos la vista para observar mi camiseta talla XL, mis *leggings* con una mancha que parecía ser de lejía y mis pies calzados con unas Converse. Un horror, lo sé, pero era la única forma de andar trotando por la ciudad en hora punta. Porque no os creáis que sus peticiones se limitaban a un desayuno pijo, no. Lo mismo me enviaba a media mañana a por una fruta del puesto ubicado a tres manzanas de allí que a por unas medias porque se le había hecho una imperceptible carrera a las suyas... y, por supuesto, no podía trabajar con semejante «desastre» si dirigía una revista de moda y belleza.

—¡Rebeca! —El grito de mi jefa nos sobresaltó a las dos—. ¡Te estoy esperando!

—¡Voy, Julia! —vociferé mientras me levantaba y cogía su agenda y mi

libreta de notas.

—Así le dé una diarrea aguda que la haga quedarse en casa una semana — murmuró la redactora jefa.

—Vera, por favor...

—Lo digo muy en serio, tía. Tú misma podrías echar en su café una buena dosis de laxante y luego echarle la culpa al Starbucks.

—Déjalo ya. —Suspiré y, después, le expliqué mis utópicos planes—. Lo tengo todo pensado. Estudié filología para ser editora, pero, mientras tanto, escribo una novela de la que ya llevo casi la mitad y cuya publicación será otro de mis grandes sueños. Pero, como hay que comer y recibos que pagar, tengo que trabajar en algo. Siempre aprenderé más aquí, en una revista, que doblando ropa en Mango o sirviendo aros de cebolla en cualquier *burger*, digo yo.

—Pues no sé qué decirte —contestó con otro suspiro—. Por cierto, a ver si quedamos un día con Laura y hablamos de algo que no sea Julia y tu falta de tiempo.

—Es que...

—No tienes tiempo —me interrumpió—. Lo sé, pero lo intentaremos un día de éstos. Que te sea leve con el cruce de Atila y Gengis Kan.

Entré en el despacho de Julia libreta en mano y comenzó a redactarme varios correos con frases inconexas que yo luego me encargaría de reescribir para que fuesen comprensibles. El bolígrafo se me resbalaba de la mano por el sudor cuando me dio el primer respiro.

—¿Tengo algún plan especial para esta tarde? —me preguntó mientras colocaba los pies sobre un cojín que yo misma le tuve que comprar. Se suponía que debería haber ido a una tienda de productos ergonómicos, pero lo encontré en la tienda de chinos de dos calles más arriba... y le pareció perfecto.

—Sí. Esta tarde a las cuatro tienes tu primera clase de tenis.

—Joder —bufó—, pensaba que me tocaba la sesión con la esteticista que

nos pasa la información de belleza a cambio de anunciar su famoso salón de estilismo. ¿Podrías ponerme la cita de las seis a esa hora?

—¿Y la clase de tenis? —planteé—. Te recuerdo que te apunté para que pudieses jugar con Miguel Ortega, el rico empresario dispuesto a contar con nosotros para la publicidad y que te invitó a su casa para echar un par de *sets*. Como no se te ocurrió decirle que no sabías ni qué era una raqueta...

—Ya sé —respondió sonriente—. Irás tú a esa clase.

—¿Yo? Pero yo no soy la que va a jugar con Ortega...

—Claro que no lo harás. Jugarás con su abogado, aquel gordo que no para de sudar, mientras yo tomo un gin-tónico con él y lo convenzo.

—Maldita sea... —me quejé—. Podré añadir estas lecciones de tenis a las que tengo inacabadas de golf, pádel y criquet.

—¡Y lo bien que nos fue en su momento para conseguir colaboradores! —exclamó, satisfecha.

—Sería por las risas que os echasteis todos a mi costa —refunfuñé.

—Qué más da, Rebeca. Lo importante es que tenemos que conseguir que *Mundo Mujer* suba al lugar que le corresponde y deje de ser una más del montón.

—Pues no dejes que únicamente ocupen sus páginas fabulosos y carísimos productos de belleza o cómo vestirse para ir a un cóctel, Julia. Compágnalo con artículos más serios y temas que puedan interesar a la mujer de a pie. Podríamos aconsejar cómo maquillarse con poco dinero, qué ropa vestir para una primera cita o para una entrevista de trabajo. Podríamos, también, publicar artículos de testimonios y asesorar sobre leyes que nos puedan afectar a las mujeres...

—Te he dicho mil veces que no —me soltó por enésima vez ante mi sugerencia—. Nuestra publicación va dirigida a un público femenino al que le encanta abrir una revista y encontrarse con bonitas fotografías de vestidos de fiesta, cotizadas modelos, pasarelas y glamur. Punto. No vamos a hablarles de

cosas baratas y recordarles su falta de pasta. Las mujeres necesitan soñar, evadirse, sentirse por unos minutos como las famosas de las imágenes.

—Vale —contesté con un suspiro exagerado. Lo había intentado varias veces, pero estaba claro que mi idea de revista femenina no coincidía con la idea que tenía Julia.

Cogí todas mis notas y me senté a mi mesa para empezar a trabajar y a ordenar la enrevesada agenda de mi patrona.

Es cierto, la odio, odio a mi jefa... o la odiaba, porque dejó de serlo un tiempo después. Sin embargo, también es cierto que, aunque fuera a su manera, se desvivía por la revista. *Mundo Mujer* había conseguido posicionarse como una de las mejores de su género pese a surgir de la nada, sólo con unas pocas ideas, el dinero de Julia y el apoyo de unos cuantos amigos.

Vale, reconozco que yo también aporté bastante y ella ni siquiera fue capaz una sola vez de agradecérmelo. Porque, como bien os he contado, me chupé un montón de clases inútiles con las que acabé siendo más inútil todavía... por no hablar de los recados que tenía que hacer para ella y de las excentricidades que me exigía.

De acuerdo, dejaré de lloriquear.

Si algo de bueno tuvieron aquellos días fue que las horas pasaban bastante rápidas, porque me faltaba tiempo para la enorme cantidad de cosas que tenía que hacer. Todo el mundo se iba a sus casas cada tarde —incluida mi explotadora—, mientras que yo debía quedarme día sí y día también para acabar el trabajo, para luego dejar mi mesa medio recogida y las luces apagadas. Apenas me daba tiempo a comer unas cuantas galletas como cena, que solía guardar en un cajón de mi escritorio y que lo llenaban todo de migas, mientras que, si Julia debía quedarse un poco más como excepción a la regla, me ordenaba encargarle una apetitosa comida a domicilio para zampársela en su despacho mientras yo babeaba y oía rugir mis tripas.

—Hay que ver —me dijo aquella noche— la de sacrificios que tiene que hacer una, como comerse esta mierda recalentada.

Entenderéis que la odiara, supongo.

—¡Me voy ya, Rebeca! —gritó cuando acabó de cenar—. Recuerda que únicamente queden las luces de emergencia antes de avisar a seguridad.

—¡Tranquila! —contesté.

Debo reconocer que en más de una ocasión me quedé dormida encima de mi mesa y el vigilante me tuvo que despertar, lo mismo que admito haberme terminado la cena que mi jefa se dejó alguna vez sin acabar y que me soltó sobre mi escritorio para que la tirase a la basura. Patético, lo sé, pero, cuando estás muerta de sueño y de hambre, haces cualquier cosa por conseguir dormir o comer, te lo digo yo.

Aquella noche en cuestión no me llegué a dormir. Supongo que los lunes llevaba algo de sueño ganado del fin de semana y era capaz de aguantar un poco más. Apagué las luces, avisé al guardia de seguridad del edificio y bajé hasta la calle en busca del autobús que me llevaría a mi barrio de las afueras. Llegó con retraso y lleno, como de costumbre. Tenía que elegir entre sentarme al lado de una chica que se había quedado sopa y ocupaba los dos asientos o el hueco libre junto a un hombre que hablaba por el móvil a grito pelado. Elegí al tipo, aunque me coloqué los auriculares con mi música para poder hacer más llevadero el trayecto.

Tras bajar del bus, todavía me quedaba caminar por un par de calles hasta llegar al portal de mi casa. Algo simple de describir, pero ya os digo yo que era un deporte de riesgo en aquella zona y a aquellas horas. Subí la escalera sin ser consciente del entorno oscuro y tenebroso, pues les hacía una buena falta un par de capas de pintura a las paredes y cambiar las bombillas de los apliques, pero los vecinos no estaban por la labor. Preferían utilizar la linterna del móvil para no tropezar en algún escalón carcomido antes que pagar una derrama propuesta por el presidente de la comunidad. Por cierto, ni idea de quién era.

Abrí la puerta del piso con mis llaves y me recibió el olor a pizza recalentada, proveniente, sin duda, de la cena de Simón.

—Hoy vuelves a batir otro récord —me dijo a modo de saludo, repantingado en el sofá del salón—. Son más de las diez de la noche.

—Gracias por recordármelo —gruñí mientras soltaba las llaves en una cestita de mimbre que teníamos en una repisa de la entrada—. Un día me habrán atacado por el camino y ni siquiera os vais a preocupar por mí. Pensaréis que sigo trabajando y os quedaréis tan panchos.

—No te preocupes por eso —contestó mientras me miraba con una mueca—. Dudo mucho que te atraquen, porque ya saben que no llevas encima más que la tarjeta del bus y unas cuantas monedas. Y dudo aún más que ese supuesto atacante pueda llevar unas intenciones, digamos, deshonestas contigo. Con esa pinta tuya, no se la levantas ni al más salido del barrio.

—Vete a la mierda, gilipollas —bufé. Lo último que me hacía falta para rematar el día era el recuerdo de mi poco favorecedor atuendo.

—Sabes que tengo razón. —Se levantó y me señaló—. Con tanta tela no se sabe qué puedes esconder ahí dentro. ¿Seguro que siguen ahí tus tetas? —preguntó mientras intentaba buscarlas sobre la camiseta—. Si no fuera porque ya te las he visto...

—Qué capullo eres. —Le di un manotazo en las manos para alejarlo de mí—. Cuántas ganas tienes de guasa. Cómo se nota que no das un palo al agua.

—Perdona —replicó, indignado—, pero mi esfuerzo es mental. Soy un intelectual muy poco valorado.

—Lo que eres es un tonto de remate.

Vale, lo admito. Simón no era ni es tonto. Siempre fue un chico muy listo que, debido a la falta de amistades masculinas y a su ineptitud para el deporte, repartía su tiempo entre estar con sus amigas, o sea, Laura y yo, y jugar a toda clase de maquinitas. Por ello, decidió estudiar ingeniería informática, para dedicarse a diseñar videojuegos, aunque, mientras se continuaba formando poco a poco, se dedicaba profesionalmente a probarlos.

Sí, sí, eso he dicho. Mi amigo tenía un trabajo que era un auténtico chollo: probador de videojuegos. Al mismo tiempo, según él, trabajaba en la creación

de uno megarrevolucionario que sería la bomba y con el que se haría rico.

«Me convertiré en un codiciado soltero», nos decía siempre a Laura y a mí.

«Pues que le aproveche a tu muy necesitada soltera», contestaba yo.

A pesar de lo que podáis creer, lo quería y lo quiero un montón. Todo lo superficial que podía parecer por fuera era únicamente una máscara que él mismo se había fabricado para que nadie viera su interior, bastante más complicado que el exterior y al que sólo Laura y yo habíamos tenido acceso. Era el payaso del grupo, el de las bromas y los chistes malos, pero nosotras sabíamos que Simón era mucho más que eso... escondido tras una gruesa capa. Ya veréis cómo lo voy demostrando.

—Parece que sabes mucho de necesidades —me volvió a pinchar—. ¿Desde cuándo no echas un polvo, Rebeca?

—Que te den.

—Es más, ¿cuántos has echado en tu vida?

—Haré como que no hemos tenido esta conversación —suspiré—. Por cierto, ¿dónde está Laura?

—Encerrada en su cuarto, hablando con el memo de su novio.

—Martín es un buen tío —le contradije—. ¿Por qué te cae tan mal?

—Me da mala espina —respondió—. Los tipos que van de buenos esconden algo.

—Chorradas —sentencié—. Lo que pasa es que le tienes envidia porque, mientras tú te dedicas a ver porno y a echar polvos eventuales con descerebradas con tetas, él ha enamorado a una chica como Laura y mantienen una relación perfecta.

—Sí —refunfuñó—, tan perfecta que da arcadas oírlos hablar. ¿De verdad crees que cambiaría mi vida de soltero por algo así? Eso sí que es una chorrada.

Puse los ojos en blanco mientras me dirigía a la habitación de Laura, donde, tal y como me había dicho Simón, la encontré tumbada en la cama, charlando por teléfono con Martín. Estaba segura de que se trataba de él por el

tono de voz de mi amiga. Era como empacharte comiendo cucharadas soperas de miel mezclada con azúcar y sirope de chocolate. Todo junto.

—No —decía—, yo te quiero más... No, yo más... Que sí, que yo te quiero más, tonto...

Me acerqué a ella, le pillé el teléfono y le hablé a su novio, intentando imitar la voz almibarada de mi amiga.

—Y ahora, Martín, cariñín, ábrete la bragueta y acaríciate el nabo pensando en mí. —Y colgué.

—¿Qué haces?! —exclamó Laura mientras intentaba llegar al móvil que yo le había arrebatado.

—Dando un toque íntimo a vuestra meliflua conversación. Así tu chico tendrá más ganas de verte cuando vuelva de su viaje.

—Ay, Rebeca —me dijo, con una carcajada, revolcándose sobre la colcha de color rosa—, estás fatal. No sé cómo aún te quedan ganas de broma después de venir de ese horrible trabajo.

—Más me vale —susurré, mientras me tendía a su lado—. Si algo no me puede quitar la cabrona de Julia son las ganas de reír con vosotros. —La abracé cual oso amoroso—. En cuanto vuelva Martín de su viaje, ¿te irás a vivir con él? —Suspiré teatralmente—. Te voy a echar tanto de menos...

—Bueno...

Uy, uy, esa mirada culpable que me lanzó no me pudo preocupar más.

—¿Qué ocurre, Laura?

—Martín me ha pedido que me case con él.

Silencio.

—Es coña, ¿verdad? —le dije, todavía en *shock*.

—Pues no. —Se incorporó sobre la cama y me miró algo desafiante—. Es totalmente en serio.

—¿Y qué le has contestado? —pregunté, temerosa.

—¿Qué crees tú que le voy a contestar? —soltó, con los ojos en blanco—. Nos queremos, Rebeca.

—Pe... pero —titubeé por aguantar las ganas de gritarle— sois muy jóvenes, tía. Una cosa es convivir juntos los fines de semana o pasar con él las vacaciones, pero ¿casarse? Por Dios, Laura... ¿Por qué? ¿Para qué?

—Gracias por alegrarte por mí —rezongó, cruzada de brazos.

—No me seas dramática, guapa. Reconoce que es un poco locura. Mejor dicho, la mayor locura de la historia.

—Joder, Rebeca, conoces de sobra a Martín, lo bueno y maravilloso que es. Somos novios desde los veinte años. Ya es hora de que demos un paso más.

—Un paso más hacia el precipicio —acoté—. Seguro que ha sido idea suya, ¿no es cierto?

—Sí, bueno... —contestó—. Ya sabes que es muy bueno en su trabajo de comercial, pero ha de viajar mucho, así que le han ofrecido un puesto mejor, con más responsabilidades, más sueldo y menos viajes.

—¿Pero? —planteé, escamada.

—Sus jefes son muy tradicionales y le han sugerido que es mejor casarse. Parece que no quieren líos entre empleados o aventuras esporádicas.

—¿Sugerido? Menuda tontería —bufé—. No pueden hacer eso.

—Tu querida jefa te «sugiere» cosas peores —se defendió.

Ahí me pilló. No era yo la más indicada para decirle que su novio mandara a la mierda a sus jefes.

—Está bien —suspiré de nuevo—, intentaré alegrarme por ti.

—Perfecto —comentó mientras estiraba el brazo para abrir la mesilla de noche y extraer unas cuantas revistas del cajón—, así estarás más receptiva para ayudarme a elegir.

Me mostró una multitud de publicaciones y comenzó a abrirlas sobre la cama.

—¿Qué es eso? ¿Catálogos de vestidos de novia?

—¡Sí! —exclamó, entusiasmada—. Ya he estado mirando unos cuantos. A ver qué te parecen éstos, un poco más modernos...

Y entonces nos pusimos las dos a mirar vestidos de novia mientras ella se dedicaba, también, a parlotear sobre el tipo de ceremonia que le gustaría tener.

—Aún no he decidido si me casaré en la playa, con todos los invitados vestidos de blanco, o si será una ceremonia íntima en alguna capilla de un pequeño pueblo de montaña, o nos escaparemos cualquier día y volveremos casados para daros la sorpresa...

—Lo que sea más barato —la interrumpí.

—Rebeca...

—Vaaale —claudiqué—, será cuestión de desempolvar la pamele. Y, si necesitas ayuda para algo, ya sabes.

No podía hacer otra cosa que alegrarme, a pesar de mis reservas. Sobre todo si se me quedaba mirando con esos grandes y vivaces ojos marrones y me hacía morritos con su pequeña boca. Si le sumamos el toque divertido de su rizado cabello, la expresión de su rostro siempre conseguía tener un aire infantil, despreocupado, feliz. Algo que tiene un mérito increíble, después de haber tenido una infancia como la suya, plagada de gritos y discusiones.

—Te lo agradezco, Rebeca —me dijo, con un abrazo—, pero ya contaba contigo.

Capítulo 2

¡Y encima se larga!

Una clase de tenis no es que diera para mucho, pero, al menos, aprendí a agarrar la raqueta y a hacer un saque en condiciones. Poca cosa, lo sé, pero no se le podía pedir más a alguien con un equilibrio tan precario y una coordinación tan pésima. Recuerdo un ejercicio, precisamente, de coordinación, en el que el monitor me lanzaba dos pelotas a la vez y debía atrapar una con la mano y darle con la raqueta a la otra. No acerté ni una sola vez.

Así, como en las anteriores reuniones, me dediqué a jugar a algo para lo que, previsiblemente, no servía. Mientras sudé a mares y me caí de culo en un par de ocasiones, mi jefa no dejó de reír y beber gin-tónicos con el señor Ortega, el importante empresario dispuesto a meter dinero en nuestra revista porque deseaba convertirse en algo parecido a un mecenas de la cultura o algo así. Pero, por eso, precisamente, nos puso como condición pertenecer a un grupo editorial importante.

—Eso es muy complicado —le dije a Julia al día siguiente en su despacho—. ¿Qué editorial va a estar dispuesta a cargar con nosotros?

—Sé un poco práctica, Rebeca —me contestó con una sonrisa de suficiencia—, y bastante más abierta de mente. Estos señores millonarios dedican la mayor parte de sus vidas a hacer dinero, pero disponen de un tiempo restante para la filantropía o para formarse una buena imagen de cara a la galería, aunque tengan que invertir parte de sus millones en ello. El señor Ortega está en un momento muy delicado por el escándalo de su evasión de impuestos y las fotos con una modelo rusa, por lo que ha considerado oportuno

ayudarnos de alguna forma. Nuestra revista hará publicidad de la gran variedad de sus marcas de ropa, cosmética, perfumes, agencias de viajes y hoteles, a cambio de unos ingresos y un prestigio que nos vendrá de perlas. La exigencia es pertenecer a Editorial Universal, cuyo presidente, Diego de la Torre, es amigo suyo. Hoy mismo he hablado con él y parece bastante receptivo. Me ha dado a entender que le interesa tener en sus filas una revista femenina que le dé un toque de glamur a la seriedad de sus publicaciones. Por tanto, nos ofrece su crédito y su reputación y aumentar varias veces la tirada, ya que, hasta ahora, sólo nos hemos podido permitir una impresión muy limitada. Así que, ya sabes, Rebeca, hay que ponerse manos a la obra y empezar a definir el próximo número. Quiero que conciertes una reunión para esta tarde, donde pondré a todos los jefes de sección al corriente con los siguientes puntos. Anota...

Y ahí estaba yo, escribe que te escribe sin parar mientras ella hablaba y hablaba sin cesar. De todos modos, los pocos segundos que me quedaron libres para pensar me sirvieron para considerar que era un gran paso para nosotros. Tal vez no llegáramos al nivel de *Cosmopolitan* o *Vogue*, pero, con dinero y alguien que se encargara de aportar algunas nuevas ideas, seguro que conseguíamos saltar al *ranking* de las más leídas en su categoría. Al menos, eso deseaba toda la plantilla, por lo que nos pusimos a trabajar en el siguiente número con toda la ilusión del mundo.

* * *

Resultaba algo contradictorio que, precisamente en aquella época, Julia tuviera ciertos momentos de evasión mental un tanto extraños. Los rumores apuntaban a problemas en su matrimonio; yo misma la había oído discutir varias veces con su marido por el móvil. Nadie lo conocía, ni siquiera había hablado con él por teléfono nunca. Lo único que sabíamos de ellos era que llevaban casados seis años. Si hubiese estado soltera, la gente hubiese

atribuido su poca humanidad a la falta de sexo o algo parecido, pero, como sabíamos que estaba casada, utilizábamos ese dato para meternos con el marido desconocido.

—Joder —nos quejábamos cuando nos echaba una bronca de las tuyas—, su esposo debe de ser gay o no le da la caña suficiente. Puta amargada...

Aquel día, sin embargo, me pareció que en sus ojos quedaban rastros de llanto, a pesar de que los disimuló con pericia en cuanto me vio entrar en su despacho, lanzándome una de sus muecas agrias.

—¿Qué tal van las conversaciones con la editorial? —pregunté, para intentar aligerar el ambiente, bastante cargado.

—Creo que bien —bufó—, aunque ese maldito viejo presidente no acaba de pronunciarse del todo. Me duele la mandíbula de sonreír mientras le hablo por teléfono, pero estoy empezando a cansarme de tanto peloteo. Más vale que decida algo pronto o me voy a volver loca.

—Seguro que lo conseguimos —le dije para animarla.

Pero, al instante, levantó la cabeza, me miró y torció la boca de una forma muy desagradable.

—Si un día el viejo decide hacernos una visita, mejor será que te peines un poco, Rebeca. Menuda imagen para una revista que habla de moda y estilo.

No entiendo que a veces me diera pena.

* * *

—¡Rebeca! ¡Rebeca! ¡Ven aquí inmediatamente!

Mi explotadora no sabía llamarme de forma normal; tenía que gritarme como si su despacho estuviese ardiendo cada vez que quería cualquier tontería.

—Dime, Julia. —Sin importarme si había tirado algo en el proceso, ahí volvía yo, lápiz en mano de nuevo.

—¡Deja esa libreta! —vociferó—. ¡Tenemos editor! ¡El viejo ha accedido

a que formemos parte de Universal!

—¡Ya era hora de que dijera algo! —exclamé, y reí mientras lanzaba la libreta por encima de mi hombro—. ¡Es genial, Julia!

—Me ha puesto una condición —añadió con un mohín que me escamó un poco—. Antes de firmar los acuerdos, quiere venir en persona a echar un vistazo a las instalaciones y hablar con el personal.

—Lo encuentro lógico —afirmé—. Va a tener que invertir dinero y su buen nombre en nosotros, así que...

—Lo sé, lo sé —suspiró—. Hemos quedado en que se presentará aquí este lunes no, el siguiente; o sea, que disponemos de diez días para que todo esté perfecto. Apunta.

Con rapidez, me tiré al suelo para buscar el lápiz y la libreta que sólo unos segundos antes había tirado, y los recogí para comenzar a escribir.

—Asegúrate de que se hayan leído la mayor parte de cartas de las lectoras para poder responder al consultorio; habla con Paty, que te diga si ha conseguido hablar con Carolina Herrera; además, debes cerciorarte de que el doctor Sánchez nos haya pasado un borrador de su artículo sobre la operación de *lifting*; dile a Pedro que espabile con la entrevista a Gisele Bündchen, ahora que está en España, y llama a Lola, nuestra fotógrafa...

—No te preocupes, Julia —la calmé—. Puede que tu revista todavía no haya llegado al nivel que le corresponde, pero te has rodeado de personas competentes con muchas ganas de hacer bien su trabajo. Si ese señor se presenta aquí, verá que somos capaces de hacer lo que nos propongamos, porque somos un gran equipo.

—Más nos vale —suspiró—. Nos jugamos mucho. Y, ahora, mueve el culo y tráeme un zumo recién exprimido, con tres cuartas partes de naranja, una de pomelo...

—Y unas gotas de limón —la interrumpí—. Enseguida lo tienes aquí.

—¡Muévete, Rebeca!

—Joder... —refunfuñé una vez fuera del despacho. Esa mujer tenía la

capacidad de cambiar de humor en una décima de segundo.

* * *

Al día siguiente, llegué al trabajo de milagro. Y no, no fue porque estuviera a punto de ser atropellada o porque se estropeará el autobús, sino porque fui víctima de un altercado en el Starbucks. Bueno, lo de «víctima» no lo tengo tan claro. El caso es que aquel día había una cola de gente para pedir desayunos que me puso de los nervios. No paré de mirar mi reloj una y otra vez, puesto que aquello no avanzaba y me iba a hacer llegar tarde. Por si no fuera suficiente desesperarme por la hora, observé que la bandeja de *muffins Supreme* de chocolate se iba vaciando conforme me iba llegando el turno.

¿Qué le pasaba a la gente aquella mañana? ¿A todo el mundo le apetecía desayunar lo mismo?

Cuando únicamente tenía a una persona delante de mí, sólo quedaba uno de aquellos dulces. Rogué y rogué mentalmente que esa muchacha tuviera unos gustos más sencillos y se pidiera un cruasán o una napolitana. Pero no, mis ruegos sirvieron de poco. Se pidió un maldito *muffin Supreme* de chocolate. Tenía claro que, si me presentaba sin él ante Julia, ésta podría ponerse histérica y empezaríamos con mal pie la jornada.

—Perdona —le dije a la clienta, una chica joven, rubia y bien vestida—, acabas de pedir el desayuno de mi jefa.

—¿Cómo dices?

—Que cada día vengo expresamente a por ese *muffin* y, si hoy me presento sin él en el curro, mi jefa es capaz de echarme.

—Ése no es mi problema —me contestó mientras pagaba.

—Creo que no me has entendido —insistí, persiguiéndola—. Tú puedes comerte cualquier otra cosa, pero ella no. Tienes montones de bollos para elegir.

—La que no lo entiende eres tú —replicó con un desagradable mohín—.

Me importáis una mierda tú y tu jefa. Éste es mi desayuno y no pienso cambiarlo por otra cosa.

—Te doy por él el doble de lo que has pagado —le ofrecí, impaciente—. El triple, el cuádruple...

—No —terció.

De pronto, tuve que inspirar varias veces para no dejarme llevar por la ira. Comprendo que, visto en retrospectiva, fui yo la que se comportó como una loca histérica, pero creo que nadie es consciente de lo que yo tenía que aguantar cada día. De algún modo, todo lo que soportaba tenía que salir por algún lado y aquella rubia de bote acabó siendo la destinataria de mis frustraciones.

Me acerqué a ella y la agarré de la manga de su costoso y glamuroso abrigo.

—¡Joder, tía! ¿Por qué tienes que ser tan asquerosa?

—¡Suéltame! —gritó—. ¿A ti qué te pasa?

—¡Que me des el puto *muffin*, pija de mierda!

Cómo no, un guardia de seguridad tenía que aparecer.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Está chiflada! —exclamó la *robamuffins*—. ¡Me está atacando porque quiere mi desayuno!

—¿Es cierto que está usted robándoselo? —me preguntó el guardia.

—¡No! —respondí—. ¡Únicamente pretendía que me lo vendiera, porque mi jefa se pone como una fiera si no se come ese *muffin* de buena mañana!

—¡Se lo he dicho! —insistió la pija—. ¡Está de atar!

—Vamos, señorita —me indicó el guardia, bastante poco amable—; será mejor que se largue de aquí o tendré que llamar a la policía.

—Vale, vale, ya me voy.

Sin embargo, no estaba dispuesta a irme. En cuanto perdí de vista al tipo, seguí a la chica; corrí y me puse a su lado de un salto.

—Puedo ofrecerte dinero. —Saqué de mi sujetador el pequeño monedero

que siempre llevo camuflado para situaciones desesperadas; aquélla, sin duda, lo era—. Te ofrezco veinte euros. ¡Cuarenta!

Por primera vez, vi que dudaba.

—Estás fatal, tía. ¿Cómo vas a darme cuarenta euros por un *muffin*?

—¿Aceptas o no?

—Está bien —dijo, a regañadientes. Me dio su bolsa de papel y cogió el dinero—. Cualquiera cosa antes que volver a cruzarme contigo, puta loca.

Sí, sí, mucha queja, pero bien que agarró los billetes. Lo que me faltaba en aquel trabajo era tener que poner dinero de mi bolsillo.

En fin, llegué algo tarde, pero llegué.

—¡Joder, Rebeca! —me espetó Julia al verme aparecer en su despacho—. ¿Pretendes matarme de hambre? —Agarró con furia el desayuno de mis manos—. ¡Y haz el favor de cambiarte de camiseta, que la llevas sudada!

¡Ay, lo que me faltó para estamparle la puta magdalena en los morros! Que ésa es otra. Tanto *muffin*, tanto *cupcake* y tanta chorrada, y resulta que a mí me parecen simples magdalenas de toda la vida...

—He tenido que pelearme con una chica para que no se llevara el último —me limité a decirle, aguantando como pude las ganas de estranglarla—. Han estado a punto de llevarme detenida, pero, al final, he conseguido tu desayuno a cambio de mis ahorros de este mes. Luego, como resultado de mis negociaciones, me he visto obligada a correr más que nunca para no llegar demasiado tarde, motivo por el cual se han visto desbordadas mis glándulas sudoríparas.

—No me cuentes tu vida, Rebeca. —Sacó una llave del cajón de su mesa y abrió un armario que tenía en el despacho, camuflado tras un enorme ficus. Pude comprobar que en su interior había varias prendas de ropa, calzado, maquillaje y todo lo que pudiese necesitar para cambiarse si se presentaba la ocasión—. Toma, ponte esto. —Y me ofreció una blusa blanca.

—Gracias, Julia —suspiré, en el mayor alarde de paciencia de mi vida.

En un par de segundos, me saqué la camiseta por la cabeza y me coloqué la

camisa, que me estaba un poco justa y demasiado corta. Mientras ejecutaba esos movimientos, fruncí el ceño al contemplar cómo ella cerraba no sólo el armario, sino todos los cajones, con llave. Después, se colgó su bolso al hombro y sacó una bolsa de viaje de debajo de su mesa.

—¿Vas a alguna parte? —le pregunté.

—Pues sí —dijo, tan tranquila—. Exactamente, Rebeca. Anoche mismo reservé una estancia de una semana en un balneario con *spa*. Ya sabes, baños termales, masajes, descanso, relajación... Atravieso un mal momento personal.

Claro, ella sí podía tener problemas personales.

—Pero... Julia... —titubeé, alucinada—, y... ¿qué pasa con Universal? ¿No habías quedado con su presidente en que vendría a hacernos una visita?

—Te dije que para eso faltaban diez días. Además, me voy aprovechando que el maldito viejo también se ha largado. Su secretaria me ha comunicado que salió ayer de viaje a Kenia, porque le encanta África y los animalitos salvajes. Pues bien —continuó mientras no paraba de moverse por la estancia, dejando cada mueble cerrado—, he decidido que ahora es el momento de marcharme yo también. Necesito un respiro.

—¿Y la revista? —pregunté, exaltada—. ¿Qué pasa con dejarlo todo a punto para ofrecer la mejor imagen?

—Tú misma lo dijiste, Rebeca. —Colocó una mano sobre mi hombro y me habló como si de verdad le importase—. Sois unos excelentes profesionales y seguro que lo haréis genial. Y deja de preocuparte. Volveré a tiempo para atender a esa visita tan importante.

—Joder, Julia...

—Ah, una cosa más, Rebeca. —Sacó el móvil de su bolso y me lo ofreció—. Guarda esto y no se te ocurra encenderlo. Es la única forma de asegurarme de que voy a desconectar del todo.

—¿Y si surge algún problema? Podrías ir llamando de vez en cuando.

—Ni hablar —respondió—. Únicamente he dejado sobre mi mesa una

tarjeta del balneario. Si no es porque el edificio se hunde, hay un terremoto, un incendio o ha llegado el fin del mundo, queda terminantemente prohibido que me molestes.

¿De verdad se estaba largando en el peor momento?

—De acuerdo, Julia —susurré, sin otra cosa que poder hacer—. Márchate tranquila, que todo estará perfecto a tu vuelta. Relájate y disfruta.

Ni se imaginaba que por dentro la estaba poniendo de zorra para arriba.

—Eso haré. —Puso la mano sobre el pomo de la puerta y, antes de abrirla, me hizo una última advertencia—. Sobre todo, Rebeca, sigue el plan establecido. Ni se te ocurra tomar decisiones importantes por tu cuenta o cambiar nada de lo que hemos hablado..., nada, Rebeca. ¿Te queda claro?

—Por supuesto, Julia.

—Bien. Te quedas a cargo de mi despacho. —Me ofreció el manajo de llaves que abrían los cajones y los armarios—. Sólo para emergencias, Rebeca, ya lo sabes... Lo mismo que mi ordenador, que no se toca. Harás todas las gestiones desde tu portátil y tu propio teléfono, como contestar mis correos, cartas de lectoras o a los clientes que ya nos han contratado. Y te advierto: nunca, repito, nunca, se te vaya a pasar por la cabeza hablar con potenciales clientes, bancos o empresarios que te ofrezcan la luna, y aún menos con Ortega o el viejo, no vaya a ser capaz de llamarme mientras se fotografía con un rinoceronte. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente.

Salió del despacho maleta en mano y se despidió de forma rápida de todo el personal.

—Hasta la vuelta, chicos. Rebeca os pondrá al corriente. Me voy, que el taxi me espera. —Y desapareció por la puerta.

Todos los que estaban trabajando en sus puestos levantaron la mirada hacia el hueco que había dejado Julia en el espacio, y después me miraron a mí.

—¡Y encima se larga! —exclamó Vera—. Pero ¿cómo tiene tanto morro?

—Sí, Vera, se larga a un *spa*. Tenemos poco más de una semana para

terminar de preparar el próximo número. La pobre anda muy estresada últimamente —ironicé.

—No me lo puedo creer —insistió—. Se ha ido a un puto *spa*.

Me dirigí a mi mesa, todavía sin ser muy consciente de lo que acababa de pasar, y me puse manos a la obra. Todos trabajamos sin descanso aquel día, aunque, si algo podíamos hacer era tomarnos una pequeña licencia: irnos más temprano, sobre todo yo. Decidí enviar un whatsapp a Laura y Simón para quedar a tomar algo. No lo hacíamos desde hacía siglos y me apetecía como nunca.

—Nos vamos ya, Rebeca —me informó Vera después de acercarse a mi mesa—. Mañana será otro día. ¿Te encargarás tú, como siempre, de cerrarlo todo?

—Lo hago cada día —le contesté—. Ahora que Julia no piensa aparecer en una semana, está claro que también lo haré.

—Putita descerebrada... Ella dándose baños termales y nosotros aquí cargando con el marrón, sobre todo tú. En fin, hasta mañana, Rebeca.

Recogí mi mesa, más tranquilamente que nunca, pues, al menos, no tenía que aguantar los gritos de nadie ni salir corriendo en busca de una cena con productos veganos. Justo cuando me disponía a cerrar los archivos del ordenador, apareció en la pantalla el símbolo de un nuevo correo dirigido a Julia. Estuve tentada de ignorarlo, pero, antes de hacerlo, me dio tiempo a observar el remitente. Era un correo de Editorial Universal, concretamente de la secretaria del abogado de Diego de la Torre. Lo abrí y, en un principio, únicamente atiné a leer que en los próximos días nos harían una visita, algo que yo ya sabía. No fui demasiado consciente del texto, puesto que mi vista se desvió hacia abajo, donde constaba el logo de la editorial —un globo terráqueo—, y las firmas impresas del presidente, Diego de la Torre, y de su abogado. Fue el nombre de este último el que me hizo olvidar lo que estaba leyendo o lo que significaba. Únicamente pude centrarme en esas letras que, juntas, formaban ese nombre: Bruno Balencegui.

No podía ser otro, no podía haber dos personas con ese nombre y ese apellido. Tenía que ser el Bruno Balencegui que yo conocí.

¿Reconocéis ese vacío mental que te deja en *shock* por un recuerdo inesperado? Pues eso me ocurrió a mí en aquel instante. Bruno Balencegui... Joder, cuánto tiempo sin pensar en aquel nombre. Hacía tantos años de él...

De pronto, me asaltaron los recuerdos. El simple hecho de evocar su nombre fue suficiente como para que viajara una década al pasado sin necesidad de una máquina del tiempo... y suficiente para volver a sentir dolor. De nuevo, me sentí la adolescente de quince años que andaba algo perdida en el instituto y a quien la ilusión por el interesante chico nuevo le había devuelto un atisbo de alegría. Qué poquito me duró...

Capítulo 3

Sucedió en el instituto

Ya está, ya he retrocedido hasta mis tiempos de educación secundaria. En primer lugar, los recuerdos me llevan hasta mi casa, donde me levantaba, me vestía, me tomaba un vaso de leche sin compañía y salía a la calle con una mochila color violeta a la espalda. Toda esa rutina la llevaba a cabo sola, porque mi padre se había ido a trabajar y mi madre se había largado. Otra vez.

Y digo «otra vez» porque mi madre solía hacer una de aquellas escapadas de tanto en tanto. Luego, transcurridos unos meses, volvía arrepentida, le pedía perdón a mi padre..., y él, demasiado bueno para echarla y demasiado enamorado de su mujer, se limitaba a abrirle la puerta y dejarla entrar en casa. Cuando la rutina se volvía a instalar en nuestro hogar, mi madre volvía a aburrirse y se largaba con su profesor de yoga, su pareja de las clases de bailes de salón o su instructor de buceo; clases que, por otra parte, le pagaba mi padre para tenerla contenta. Cuando ella se marchaba, él volvía a la bebida, a pasarse horas enteras sentado en un sillón frente al televisor, tragándose programas basura hasta altas horas de la madrugada.

Sí, ése era mi panorama. Con todo, debo añadir que mi padre era un hombre tranquilo y jamás me alzó la voz. Se limitaba a subsistir, que no a vivir. Y mi madre... Bueno, llegué a la conclusión de que yo no tenía de eso.

El siguiente paso tras salir a la calle era pasar a buscar a Laura, que vivía sólo a una manzana de distancia. Me acercaba a su portal, picaba al timbre y esperaba a que bajase, porque ella hacía mucho tiempo que no me invitaba a subir a su casa. La última vez que lo había hecho, me había topado con una de las innumerables discusiones de sus padres, en las que se cruzaban gritos,

insultos y algún que otro plato que acababa estampado contra la pared y hecho añicos por todas partes. El padre tenía algún problema con el alcohol, por lo que lo acababan echando de todos los trabajos. La madre, harta de limpiar en casas para poder sobrevivir, se pasaba la vida tratándolo de inútil y borracho en lugar de separarse de él. Me parecía inaudito y a la vez prodigioso que Laura, a pesar de aquel horrible ambiente familiar, siempre saliera a la calle con una sonrisa, trotando y haciendo mover los rizos de su pelo y su mochila color violeta, idéntica a la mía.

A continuación, ambas recogíamos a Simón. Él no vivía en el mismo barrio que nosotras, donde sólo había altos bloques de pisos y un bar en cada esquina. Para ir a casa de Simón debíamos desviarnos hasta llegar a la zona de las casitas, como la llamábamos nosotras. Mientras esperábamos a nuestro amigo, Laura y yo contemplábamos con envidia silenciosa aquellos pequeños jardines con flores y enanitos de colores, imaginando cómo sería nuestra propia casita cuando fuéramos mayores... hasta que salía Simón, con su pelo repeinado, su pantalón con raya demasiado corto y su jersey de rombos a juego con los calcetines. Pobrecillo. A sus padres les iba bien la vida, por ser dueños de una tintorería, pero eran muy religiosos y estrictos con su hijo, transformándolo de esa manera en un chico retraído que se evadía del mundo con los cómics de superhéroes y la consola portátil. Un friki en toda regla, vamos.

Y, así, los tres nos íbamos juntos al colegio, caminando y hablando, olvidando las vidas que dejábamos atrás, encerradas entre las paredes de nuestras respectivas casas. A partir de ese momento, volvíamos a nuestro mundo, el de tres amigos que aparcaban sus problemas familiares para pasar a tener los propios de la edad.

Por cierto, también eran unos cuantos. Nos sentíamos protegidos del exterior, en cierto modo, al permanecer los tres juntos, pero, aun así, a veces resultaba duro aguantar las miradas desagradables de los demás...

—Qué pasa, frikis —oímos ese día como saludo al entrar en el instituto,

como sucedía habitualmente.

—Bonito jersey, Simón —se burlaron los chicos—. ¿Es de tu abuelo?

—Ese pelo rizado ya no se lleva, Laura —señalaron las chicas—. ¿Es que no te llega para una plancha de pelo? —Risas colectivas.

A continuación, una de ellas se acercó a mí y me apartó de mis amigos para que no la pudieran oír.

—No seas tonta, Rebe... Deja de ir con esos marginados, tú no eres como ellos. Si te arreglaras un poco —mirada de asco a mi pelo y mi ropa—, podrías pertenecer a nuestro grupo. Ponte en mis manos y ya verás.

—Son mis amigos, Tamara —le dije—. Y no son unos marginados, vosotros los margináis.

—Tú misma. Si sigues con ellos, continuarás siendo una pringada toda tu vida. —Y se marchó, haciendo ondear su largo cabello castaño con reflejos rubios.

Ella era Tamara Molina, la chica guapa y popular que comandaba un grupo de chicas calcadas a ella. Les encantaba reírse y fastidiar a los demás, lo mismo que su equivalente masculino, o sea, los chicos que se creían también los más guais del universo.

—¿Te ha vuelto a invitar a unirse a su glamuroso grupo? —me preguntó Laura.

—Olvídalo —contesté—. Antes me corto las venas que pasarme el día hablando de tíos mientras me retiro el pelo de la cara con estilo. —Reímos—. ¿Qué asignatura tenemos a primera hora?

—Toca mates —respondió Simón—. Vayamos entrando o la amargada de la profesora nos pondrá falta.

Ellos entraron delante de mí, pero yo me detuve un instante en la puerta, cuando percibí una figura masculina que se aproximaba.

—Perdona —se dirigió a mí el desconocido—, ¿el gimnasio? Empecé ayer y todavía ando algo desubicado.

Fue la primera vez que lo vi, la primera vez que me habló y que yo no le

hablé a él, por pava. O, al menos, eso creo... que no le llegué a contestar, porque fue como una escena de película para mí. Todo mi entorno desapareció y sólo quedamos él y yo, solos, mirándonos. Hasta una banda sonora se instaló en mi cabeza, pues me envolvió música de violines y las notas de un piano.

Si digo que era guapo... me quedo corta. Era perfecto. Era un dios rubio de ojos claros y sonrisa deslumbrante. Tuve que levantar cuarenta y cinco grados la cabeza para poder acceder a su rostro, que sonreía mientras esperaba mi respuesta. Pero es que me quedé sin habla y sin conciencia durante unos segundos, embelesada con sus hermosas facciones y su atlético cuerpo, aunque algo desgarrado por la altura y por llevar su mochila colgada de un hombro.

Como no podía ser de otra forma, olvidé lo que me había planteado y me dio vergüenza tener que preguntarle. Casualmente, la odiosa de Tamara todavía andaba por allí.

—Tienes que llegar al final del pasillo y cruzar una puerta que te lleva directamente al exterior. El edificio que veas frente a ti es el gimnasio.

Movimiento calculado de mano y retirada de pelo hacia atrás para que vuelva a caer hacia delante. Con ellas empezó el «postureo», seguro.

—Muchas gracias, preciosa —le contestó él antes de guiñarle un ojo y darse la vuelta. Volví a sentirme la más invisible del mundo.

—Se llama Bruno —me informó Tamara de forma petulante—, aunque lo llaman Balen, por su apellido. Es nuevo, de familia acomodada, y está en bachillerato. O sea, demasiado inaccesible para ti.

Fueron tiempos en los que me pasé los días buscándolo con la mirada, suspirando en clase y soñando con él por las noches. Rápidamente se integró en el instituto y formaba parte del grupo de chicos populares, de los que hacían deporte, estudiaban y, además, a los que les quedaba tiempo para ligar con chicas. El día que mis amigos se percataron de mis miradas anhelantes, no dieron crédito.

—¿De verdad te vas a colgar de ese tío? —inquirió Simón—. Te creía más inteligente.

—Rebeca, tía —insistió Laura—, ese chico es de otra liga. He oído decir que es de familia acaudalada, pero que, al cambiar de domicilio, se han visto obligados a matricularlo en un centro público, sólo eventualmente. Deja de pensar que haya llegado a intuir siquiera tu presencia.

—Lo sé, lo sé, chicos —suspiré—, pero soñar es gratis. ¿No tienes tú las paredes de tu cuarto forradas con pósters de Paul Walker? ¿No sueñas que vendrá un día a llevarte con él? Pues para mí es más o menos lo mismo.

—¿Como un príncipe azul que os viene a rescatar a lomos de su caballo blanco? —se burló Simón.

—Yo no creo en príncipes azules —repliqué—. Creo más bien en tipos que se comporten como deben; que utilicen la cabeza para algo más que para llevar corona.

—Pues yo sí creo en ellos —musitó Laura—. Ay, mi Paul Walker... Ése sí que es un príncipe... que me vendría a buscar montado en su deportivo rojo. ¡Chicos! —saltó de pronto—. ¡Tenemos que ir al cine a ver la próxima de la saga *A todo gas!*

No quiero recordar la depresión que pilló mi amiga cuando el actor murió. Se pasó varios días llorando. Creo que, tal y como dijo ella, soñaba con que un día aquel príncipe en forma de actor guapo cuyos pósters plagaban las paredes de su habitación vendría a llevársela para alejarla de la vida de mierda que le daban sus padres, de lo poco querida que se sentía en casa. Imagino que conocer a Martín en aquellos días resultó crucial para mi amiga.

—Sí, sí —aceptó Simón—, me molan esas pelis.

Por suerte, la conversación principal se hizo a un lado por el momento, aunque no así mi continuo anhelo por Bruno, el chico inalcanzable que no se había dignado a mirarme ni una sola vez... hasta el día en que se comportó como un verdadero capullo.

Salíamos todos al patio en uno de los descansos. Una oleada de adolescentes, bocata en mano, pugnaba por acceder al exterior y aprovechar el poco tiempo para desayunar y conversar. Yo comenzaba a desenvolver mi

bocadillo de mortadela cuando un tremendo golpe en la espalda me sacudió, haciendo que mis manos se aflojaran y dejaran caer el bocata al suelo. En medio de un gemido, observé los trozos de pan y de embutido desparramados por el suelo, llenos de tierra y pisoteados por la multitud. Levanté la vista y observé a Bruno, el causante del empujón, que se limitó a mirarme un segundo y a seguir corriendo con sus amigotes. Me pareció leer un atisbo de preocupación en sus ojos, pero debió de ser un espejismo.

—Te quedaste sin desayuno —comentó Simón, con una de sus extrañas muecas debidas a la ortodoncia.

Estábamos acostumbrados a eso, a resignarnos cada vez que alguien nos empujaba, nos ninguneaba o nos humillaba, pero aquel día no fui capaz de resignarme. Había sido Bruno, el chico que me parecía perfecto como un ángel, quien ocupaba mis pensamientos cada noche hasta quedarme dormida, y me pareció lo más injusto del mundo. Furiosa como nunca, apreté los puños y me dirigí al grupo de chicos populares, que reían mientras se mostraban sus BlackBerry, sus mensajes y las fotografías que permitían hacer aquellos dispositivos. Comparadas con las cámaras de los móviles de ahora eran de chiste, pero resultaban lo más admirado del momento... aunque yo por aquella época todavía no tuviera más que el móvil más simple, para poder llamar y gracias. La economía familiar no daba para caprichos.

—¿A dónde vas, Rebeca? —exclamó Laura.

—¡Ya te daremos parte de nuestro bocata! —gritó Simón.

Pero yo ya me alejaba.

Una vez frente a ellos, no sé de dónde saqué el valor. Supongo que me ayudó la rabia y la indignación.

—Oye, tú —me dirigí a Bruno, al tiempo que le señalaba el sitio donde yacía mi incomible desayuno—. Me has empujado y has tirado mi bocadillo al suelo.

De nuevo, aquella mirada que, por un simple instante, me pareció levemente comprensiva. Sin embargo, desapareció en el tiempo que duró un

pestaño, porque, en cuanto miró a sus amigos, que me estudiaban con desprecio, su rostro se volvió de lo más ruin.

—¿A ti qué te pica? —me preguntó, aún con la banda sonora de las carcajadas de sus amigos de fondo.

—¡Mi desayuno! —repetí—. ¡Me lo has tirado!

—¿Y qué?! —insistió, con un grado más de menosprecio—. ¿Acaso no puedes permitirte comprarte otro en la cantina?

—Nunca traigo dinero al instituto —repliqué, por no aclarar que únicamente me daban en casa unos pocos euros de Pascuas a Ramos.

—Pues entonces —dijo, todavía más despreciable, si eso fuera posible—, haz dieta por un día. Seguro que a tu culo no le irá nada mal.

Se giró hacia su grupito emitiendo una siniestra risotada al tiempo que los demás le hacían los coros y chocaban las palmas de sus manos.

—¡Eres la polla, Balen!

Volví a apretar un poco más los puños para evitar que se me saltaran las lágrimas y desaparecí de allí para no seguir escuchando sus burlas.

—Qué tonta y qué pava es la pobre —oí comentar a uno de ellos.

—A mí ni siquiera me suena su cara —soltó otro.

—Es de la panda de los frikis de la ESO —agregó un tercero.

Cuando estuve junto a mis amigos, cada uno tomó una de mis manos para consolarme. Parecía un gesto simple, pero reconfortaba y nos recordaba que no estábamos solos.

—Te dije que no te hicieras ilusiones con ése —me recordó Simón—. Deja de pensar que nos podremos acercar a ellos y que nos van a aceptar.

—No la desanimas de esa forma —sugirió Laura—. Bastante chasco acaba de llevarse.

—Pues es lo mejor —insistió nuestro amigo—, que sepa cómo es la realidad... Que ese pijo de mierda, de pelo perfecto, sonrisa perfecta y cuerpo perfecto, es tan gilipollas como los demás. O peor, porque encima tiene pasta

y nos lo restriega por los morros con sus deportivas de marca y el mejor teléfono móvil del mercado.

—Olvidalo —me susurró Laura—. No merece la pena tener un berrinche por semejante imbécil.

Tenían razón. ¿Cómo se me ocurría encoñarme de un chico así? Yo era la Rebe, la tonta que tenía amigos tontos... y eso cuando alguien se daba cuenta de que existía.

Supongo que, por la improbabilidad matemática de que yo llegara siquiera a mantener una conversación con el guapo de Bruno, me recuperé bastante rápido de aquel chasco, pero mi enamoramiento imposible parecía ser inmune a la gilipollez del chico. Suspiraba de anhelo cada vez que lo veía, cada vez que mostraba una de sus sonrisas a otra chica más interesante que yo o jugaba al fútbol con maestría en las horas de deporte. Fueron meses, con sus semanas, sus días y sus horas, en los que más de una vez lloré en mi cama por no ser tan guapa y popular como Tamara. Llegué a aborrecer mi pelo por parecerse a la paja, a odiar mis caderas demasiado anchas, mis tetas demasiado grandes o a maldecir mi penoso carácter, mi timidez y mi estupidez.

Aun así, seguí con mi vida, con mis amigos, con los deberes y los exámenes. Fue precisamente al acabar uno de éstos antes que nadie de la clase cuando decidí que prefería salir fuera que seguir repasando una y otra vez lo que yo ya sabía que estaba bien. Dejé el examen sobre la mesa del profesor de filosofía y miré a Laura y Simón, pero ambos me hicieron un gesto de agobio que entendí como que no habían terminado.

Salí de clase y me dirigí al pasillo de las taquillas. Abrí la mía para dejar el libro y los apuntes de filosofía, envuelta en el silencio que dominaba el lugar en las horas de clase. Únicamente se oyó el golpe metálico al cerrar con la llave. Para colmo, fuera estaba lloviendo, por lo que decidí dejarme caer al suelo junto a la pared para sentarme y comerme tranquilamente mi bocata de Nocilla. Tan ensimismada estaba en mi tarea de masticar que no noté la presencia de la persona que me estaba mirando.

—Hola —oí aquella voz inconfundible para mí, a pesar de la inexistente relación con su dueño—. ¿Puedo sentarme?

Cuando alcé la cabeza y pude contemplar a Bruno en toda su extensión, no di crédito. Se me quedó la boca tan abierta que temí por un instante que pudiese observar el bocado a medio masticar de mezcla negruzca y me horroricé al imaginarlo. Por suerte, noté que ya me lo había tragado de golpe, por lo que el nudo en mi garganta se hizo aún más grande. A pesar de tantas cosas en mi contra, fui capaz de contestarle con la mayor desidia posible.

—El suelo es de todos —respondí con desinterés.

Percibí cómo se sentaba en el suelo junto a mí, ya que hice el esfuerzo de no mirarlo. De reojo, intuí que abría su mochila y rebuscaba en ella hasta sacar una cartera, de la que extrajo un billete de cinco euros que colocó frente a mí.

—Te debo un desayuno y una disculpa.

—A buenas horas —repliqué, todavía sin mirarlo.

—De verdad que lo siento, Rebeca.

Un dolorcillo se instaló dentro de mi estómago. ¡Por Dios! ¡Sabía mi nombre! ¿Cómo era eso posible, si ningún chico, excepto Simón, me había nombrado jamás?

—Sabes cómo me llamo... —Para mí, ese detalle era el más importante.

—Pues claro que sé cómo te llamas. El caso es que te empujé sin querer y me sentí fatal al ver que te quedabas sin desayuno.

Me acercó un poco más el billete y yo desvié su mano de mí. A pesar de estar colgadísima de él, tenía mi dignidad.

—Guárdate tu dinero —le ordené.

—Insisto. Cógelo, por favor.

—Te he dicho que no. —Me giré hacia él y lo encaré. Dios, era tan guapo... Sacudí la cabeza un segundo para centrarme en mi rabia y no caer desmayada a sus pies—. Únicamente aceptaría de ti una disculpa, pero creo que es un poco tarde. Tendrías que haberte disculpado cuando pasó.

—Ya... —contestó compungido mientras se guardaba los cinco euros—, lo sé, pero... no sé cómo explicártelo. Es mi primer año aquí, estoy haciendo nuevos amigos... y no quise ponerme en su contra.

—¿Te refieres a esa panda de idiotas que no dejan de meterse conmigo y mis amigos?

—Tú lo has dicho, son unos idiotas.

—¿Entonces? —perseveré—. ¿Por qué tanto interés en quedar bien con ellos? No me digas que temes quedarte solo y marginado, porque eso es imposible.

—¿Por qué dices eso?

Carraspeé cuando intuí que estaba adentrándome en terreno pantanoso.

—Pues, porque... porque... ¡Porque eres perfecto, Bruno! Eres guapo, listo, deportista...

Torció la cabeza hacia un lado y me miró con una expresión extraña, como si aquellos halagos le sonaran a chino. Después curvó ligeramente sus bonitos labios y sonrió. Ay, madre, por poco no se me para el corazón al recibir semejante impacto de belleza y perfección.

—Gracias —contestó después—, pero a veces las cosas no son lo que parecen.

—¿Qué quieres decir?

Apoyó la cabeza en la pared y se mantuvo unos instantes en silencio. Dio la impresión de meditar una respuesta, pero decidió soltar algo que a mí me pareció que no venía a cuento.

—¿Sabes? —me preguntó—. La gente le da demasiada importancia a la apariencia, al dinero, al estatus y al qué dirán. No se tienen en consideración los sentimientos o los deseos de nadie.

—Qué me vas a contar —suspiré.

—No me van esos rollos —continuó—. Yo no soy como ellos. No quiero ser como ellos.

—Pero decidiste ser como ellos cuando te pusiste de su parte —me quejé

—. Preferiste hacerme llorar antes que quedar mal con esos supuestos idiotas.

—¿Te hice llorar? —planteó, conmocionado—. Joder, lo siento, Rebeca. La verdad es que me pasé un huevo.

Levantó una mano y me rozó el pelo. Dios, Dios, Dios... Entonces sí que estuve a punto de desmayarme, aunque creo que mantuve el tipo gracias a la sacudida que sentí en todo mi cuerpo. Cada terminación nerviosa se alteró de tal modo que me produjo una fuerte presión en el estómago y se me cerraron los ojos. Sin embargo, cuando bajó la mano y terminó su caricia, sentí una enorme decepción. Aquella tirantez me había sorprendido porque era la primera vez que la sentía, pero aquel estado desconocido de tensión resultó ser algo dulce, maravilloso y adictivo. Hubiese deseado que aquellos dedos largos y finos me hubiesen seguido acariciando durante horas, aunque hubiese muerto por una explosión emocional.

Cuando abrí los ojos y comprobé que me miraba y sonreía, me puse roja como un tomate.

—¿Qué tal tu examen? —inquirió, supongo que para tranquilizarme un poco—. ¿De qué era?

—De filo —contesté.

—Ha debido irte muy bien si has salido la primera.

—Sí, era muy fácil. El tema de Sócrates y Platón estaba chupado. —Poco a poco consiguió que me sintiera más cómoda con él.

—Vaya, eso no es nada. Ya verás en los próximos cursos, cuando te toque Kant, Nietzsche y compañía.

Y reímos los dos. Oh, por favor, me sentí en el cielo.

—¿Qué vas a estudiar después del instituto? —quiso saber.

—Filología —le respondí muy segura—. Me gustaría ser editora, correctora, escritora... Un día pienso publicar una novela.

—Eso es genial.

—Tengo un montón de fragmentos y esbozos —añadí con orgullo—. Cada vez que tengo un pensamiento que me parece interesante, lo escribo en una

libreta. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer cuando salgas?

—Pues... Derecho, para seguir la tradición de abogados que existe en mi familia.

—Pero ¿realmente es eso lo que quieres hacer? —le planteé—. Piensa que sólo te queda este curso. ¿Acaso no sabes todavía si es eso lo que deseas? Qué es lo que te llena, lo que anhelas, tu sueño...

—Claro que lo sé —suspiró—. El problema es que, a veces, dudas entre complacerte a ti mismo o a los demás.

—Pues yo lo tengo claro —afirmé—. No pienso dejar que los demás decidan qué es lo que me gusta o lo que quiero. Me importan un pepino las salidas laborales o los estudios mejor considerados. Haré aquello que me haga sentir orgullosa de mí misma. Además, si la cago, no podré echarle la culpa a nadie. Me habré equivocado yo solita.

No fui consciente del rato que llevaba hablando, y mucho menos del discurso que le estaba soltando a Bruno sobre mis sueños y mis deseos... pero es que no podía parar. Me sentía tan a gusto a su lado...

—Hacía tiempo que nadie me hablaba de una forma tan sincera y directa —me confesó—. Es un alivio saber que todavía queda en el mundo gente como tú.

—¿Como yo? —pregunté, sorprendida.

—Sí, personas especiales como tú.

—Querrás decir especialmente pavas y patosas como yo.

Volvió a sonreír, y yo volví a tragar saliva y a intentar que él no oyese los violentos latidos de mi corazón.

—Eres... diferente, singular —me regaló—. Me gusta la gente diferente y singular. No siguen a la masa como borregos y hacen que el mundo sea variado y un poquito mejor. Eres muy especial, Rebeca.

Petrificada me quedé. ¡Dios mío, Bruno me estaba lanzando preciosos halagos! Y qué bien hablaba, por favor. Decía cosas tan bonitas...

De pronto, su rostro me pareció demasiado cerca del mío y me quedé sin

respiración. Pude contemplar a la perfección el color de sus ojos y descubrir que en realidad eran de un extraño tono de azul, con una leve mezcla de gris y un toque violeta. Sus pestañas eran larguísimas y se enredaban entre las guedejas rubias de su flequillo. Tal vez yo no creyera en príncipes azules, pero, si hubiese tenido que describir físicamente a uno de ellos, Bruno me habría servido de ejemplo perfecto.

Y volvió a acercarse más. Cada vez más cerca, más cerca, más cerca... Antes de que pudiese siquiera pensar, sus labios se habían pegado a los míos.

«¡Me está besando! —pensé—. Oh, Dios mío, me está besando... ¡Me muero!»

Mi corazón estalló de felicidad. Fue un leve roce de su boca, pero para mí fue como los besos de las películas. Jamás en mi vida me había besado un chico y me sentí ingrávida, flotando. Los violines volvían a sonar y me sentí tan feliz...

Cuando separó sus labios de los míos, lo primero que pensé fue: «¿Qué se le dice a un chico después de que te bese?».

Por si a alguien le parece una pregunta tonta, recordaré que tenía quince años, que nunca me habían besado y que mi conocimiento de los chicos se limitaba a Simón.

—Rebeca, yo... tengo algo que decirte...

—¿Decirme? —le pregunté medio mareada, todavía en trance por el impacto de tantas emociones juntas.

—Sí —titubeó—, algo muy importante. Me gustaría que tú y yo... si tú quieres...

Por desgracia, no terminó aquello que pretendía decirme porque nos sobresaltó el estridente pitido del timbre que anunciaba el final de las clases y la hora de salida. Como si se abriera la compuerta de un pantano a rebosar, oleadas de alumnos surgieron de cada una de las aulas y abarrotaron el pasillo en cuestión de un segundo. Bruno y yo nos pusimos en pie de un salto mientras veíamos aparecer a las personas que esperábamos. Laura y Simón se me

acercaron, todavía parloteando sobre el examen, y no parecieron darse cuenta de quién era mi acompañante. Sobre todo, si tenemos en cuenta que la odiosa de Tamara se había lanzado sobre él, le había rodeado el cuello con sus brazos y lo estaba besando.

Ésa fue mi primera sesión de celos. Por enésima vez en mi vida, deseé matar a Tamara. En aquella ocasión, con muchas más ganas.

—¡Hola, cariño! —lo saludó ella—. Espero que no me hayas esperado mucho rato, pero es que el examen era muy difícil. Menudo rollazo de filosofía... —Calculado mohín de labios fruncidos y pestañeo incorporado.

Bruno me miró de reojo mientras se dejaba coger y arrastrar por Tamara a través de la multitud, pero después siguió su camino, a pesar de que se giró más de una vez para lanzarme miradas que me parecieron cargadas de anhelo.

—Qué asco —comentó Laura—. Esa asquerosa ha conseguido ligarse al guapo del instituto.

—No podía ser de otra forma —añadió Simón—. Son tal para cual, asquerosa con imbécil.

—Sí —musité—, un maldito imbécil.

¿Fue un espejismo aquello que viví con él? ¿Me imaginé la conversación, sus miradas, su anhelo y... el beso?

Nunca lo llegué a saber. El curso acabó y no volvimos a coincidir ni a hablar, aunque a veces me pareció que me esquivaba adrede. Durante las siguientes vacaciones de verano, pensé en él en muchas ocasiones, en que ya se habría matriculado en la universidad para estudiar Derecho, mientras que yo comenzaría bachillerato y no volvería a ver a Bruno Balencegui.

Al menos, durante diez años.

Capítulo 4

Un inesperado reencuentro

Laura ya me estaba esperando en la puerta del local donde habíamos quedado. El Music bar era el lugar que solíamos escoger para tomar unas copas debido a su ubicación, pues se encontraba en nuestro mismo barrio y nos era de lo más práctico para volver a casa un poco pedos sin tener que preocuparnos por el transporte. Era un local bastante cutre, con mala iluminación, decoración inexistente e incómodos taburetes donde sentarte frente a mesas cuyos pies eran bidones metálicos. Sin embargo, la cerveza era buena y había de diversas clases y procedencias para elegir. El resto de bebidas alcohólicas tampoco estaban mal para el precio que tenían y la música no era demasiado estridente y podías hablar.

Ésas eran las razones que os hubiésemos dado Laura o yo. Si le hubieseis preguntado a Simón, habría contestado que se podía encontrar buena mercancía femenina. O sea, chicas que iban a meterse varios litros de alcohol entre pecho y espalda y a las que no les importaba irse con él a darse un revolcón.

Mi amiga y yo tomamos asiento en uno de aquellos incómodos taburetes y nos pedimos una cerveza.

—No veo a Simón —le dije mientras hacía un rápido barrido con la vista por el establecimiento, revisando a la gente.

—Normal que no lo veas —me contestó después de darle un trago a su botella—, porque es imposible que distingas su rostro si está debajo de aquella morena con cara de caballo que da la impresión de que lo vaya a absorber de un momento a otro.

—Joder —suspiré—, cada vez tarda menos en dar con una tía para darse el lote.

—Será que cada vez se emborrachan más pronto y más fácil —gruñó Laura—. No se dan ni cuenta del tío al que están morreando.

—No seas tan dura con él —le pedí—. Nosotras lo conocemos de toda la vida y lo vemos como a ese hermano pesado que no deja de comportarse como un capullo, pero, en realidad, Simón es bastante guapo.

—¿Guapo? —exclamó—. ¿Simón? Madre mía, Rebeca, al final va a ser cierto que te hace falta un buen meneo.

—Ya estamos —gruñí—. Será mejor que vaya en busca de nuestro amigo. Tengo que hablar con vosotros.

Me acerqué al rincón donde Simón se besuqueaba con la desconocida. Tiré de su brazo y lo obligué a separarse de ella.

—Tú —le solté—, deja eso para otro momento y ven a tomarte una cerveza con nosotras. Así de paso te refrescas la boca, hijo, que seguro que ésta te la ha dejado seca.

—Pero ¿qué haces? —refunfuñó mientras me lo llevaba de la mano—. ¡Me había invitado a su casa! ¡La tenía a punto de caramelo!

—Siéntate, anda —le ordené mientras le señalaba un tercer taburete alrededor de la mesa hecha con un bidón—. Necesito comentaros algo. ¿Os acordáis de Bruno Balencegui?

—¿El del instituto? —profirió Simón.

—¿El rubio y guapo de bachillerato del que te prendaste en cuarto y te mantuvo alelada durante el resto del instituto? —añadió Laura.

—Ese mismo —contesté—. Después de diez años, ha vuelto a aparecer.

—¿Te lo has encontrado? —inquirió ella.

—No, no lo he visto —aclaré—; al menos, de momento... porque resulta que es el abogado del presidente de Editorial Universal.

—Bueno —terció mi amiga—, pero se supone que vais a recibir únicamente la visita de su presidente, ¿no? O también es posible que venga

acompañado de su abogado... ¿Tú qué crees?

—Ni idea —suspiré—. De todos modos, falta más de una semana para esa visita. Julia ya habrá vuelto de sus relajantes vacaciones, así que no voy a agobiarme todavía, que bastante tengo con la propia revista.

—Pero... —intervino Simón— ¿tanto te perturbaría volver a verlo? Hace demasiado tiempo de aquello. No creo que se acuerde siquiera de ti.

—Ya lo sé —acepté—. Seguro que sólo se rio de mí aquel día que hablamos sentados en el suelo del pasillo.

—Fue su primer amor y su primer beso, insensible —le recordó Laura—. Y eso no se olvida nunca.

—¡Claro que lo había olvidado! —exclamé—. Sencillamente, al evocar su nombre, me vinieron a la memoria los tiempos de instituto.

—Pues menuda mierda —se quejó Simón—. En cuanto salimos de allí y entré en la universidad, me dije a mí mismo que el pasado quedaba borrado y aniquilado de mi cabeza. Decidí que jamás me dejaría avasallar por nadie, nunca más.

—Y lo conseguiste —sentencié—. Sobre todo porque te fuiste de casa, hecho que vino acompañado de tu cambio físico: dejaste de llevar ortodoncia, te cambiaste el peinado y te compraste ropa de este siglo.

—Tampoco fue para tanto —se cachondeó Laura—. Todavía tiene cara de pringado.

Reímos durante un buen rato más mientras bebíamos cerveza y recordábamos algunas anécdotas del pasado, siempre que no incluyeran malos momentos o recuerdos familiares. Esos también los habíamos borrado de nuestra mente o, en su defecto, guardado bajo llave en algún arcón escondido en el rincón más oculto de nuestro cerebro.

—Deberíamos irnos ya —comenté cuando noté que mis piernas empezaban a flaquear por la ingesta de cerveza—. Aunque Julia no esté y, por tanto, no haga falta que me pase por el Starbucks por la mañana, tengo que llegar lo más

pronto posible al trabajo si quiero que, a su vuelta, todo esté organizado. Si tú quieres quedarte, Simón...

—Me voy con vosotras —farfulló—. Total, habéis conseguido que mi ligue se largue con otro.

Una vez en casa, me di una ducha y me enrollé una toalla sobre el cuerpo y otra en el pelo mientras buscaba un pijama limpio en mi cómoda. Laura ya se había duchado y, todavía en bragas y sujetador, estaba tumbada sobre mi cama.

—Dios, Rebeca, Bruno Balencegui... La verdad es que era guapo, el cabrón. ¿Crees que ahora será un hombre atractivo?

—No tengo ni idea.

—En diez años hay gente que no cambia nada, pero algunos ni siquiera parecen los mismos...

—¡Y yo qué sé, Laura! Tenía dieciocho años entonces y ahora tendrá veintiocho, así que todo puede ser.

De repente, se abrió la puerta de la habitación y apareció Simón bajo el dintel. Sus ojos se abrieron de par en par y nos miró como si fuéramos una aparición.

—Oh, por favor —gimió—, el sueño de mi vida... Vosotras dos casi desnudas, como en una película porno en vivo... ¿Vais a dormir juntitas esta noche?

—Eres idiota, Simón —gruñí—. Sólo estábamos hablando. Sabes perfectamente que cada una tiene su cuarto.

—Joder, Rebeca —continuó Simón mientras, teatralmente, se pasaba una mano por la frente—, lo que llegas a mejorar cuando te quitas esa horrible ropa que sueles ponerte. ¿Podrías abrir un segundo la toalla? Más que nada para cerciorarme de que tu cuerpo es tan apetecible como parece.

—¡Imbécil! —reí. Agarré la almohada de la cama y se la lancé a la cara.

—Vale, vale —se defendió él—. En realidad, con lo que voy a soñar esta noche es con el culito de Laura. Dios... —se relamió—, qué bien te sientan

unas simples braguitas blancas de algodón, cariño. Así, tan ajustaditas y remetidas entre las nalgas...

—¡Eres un vicioso! —gritó la susodicha, igualmente riendo—. ¡Vete a ver una peli porno en tu móvil y déjanos en paz! —Con fuerza, le tiró a la cara el cojín que adornaba mi cama.

Nos pareció tan gracioso, verlo allí plantado, descalzo, en pantalón corto y camiseta, recibiendo golpes de almohadas, que miré de reojo la estantería que aún permanecía llena de peluches. Con una sonrisa taimada, le pasé unos cuantos a Laura y, entre las dos, bombardeamos a nuestro amigo con aquellos suaves y tiernos proyectiles.

—¡Os vais a enterar! —chilló él al tiempo que se lanzaba sobre nosotras y caíamos los tres encima de la cama.

Reímos, gritamos, nos hicimos cosquillas y volvimos a reír hasta que nos dolió el estómago. Finalmente, con los ecos de las risas, cuando ya no podíamos más, Simón me miró con su pícara sonrisa y me dijo:

—Creo que te han crecido desde la última vez que las vi. ¿Me dejas tocar una?

Con rapidez, bajé la vista y comprobé que se había abierto la toalla con el forcejeo y las bromas y había dejado mis tetas al aire. Con celeridad, me la volví a cerrar mientras Laura se partía de la risa.

—No me digas que esta noche pensarás en mí mientras te la meneas, que vomito —le solté a Simón.

—No pensaba hacerlo, pero ahora que lo dices...

Y los tres volvimos a carcajearnos.

* * *

Por la mañana me costó un poco levantarme, pero nada que ver con los días en los que Julia me había hecho corretear de aquí para allá toda la jornada hasta agotarme. A pesar de saber que no tendría que caminar la mitad del

trayecto para comprar su desayuno, volví a vestir de la forma cómoda a la que ya me había acostumbrado. Además, tenía que llegar igualmente temprano si quería aprovechar la jornada laboral.

Como ya imaginaba, nada más encender el ordenador, surgieron montones de correos dirigidos a mí, a Julia o a la revista de parte de las lectoras. Me puse al día con ellos, distribuí a cada sección los que les correspondían y atendí decenas de llamadas telefónicas, aunque, a la mayoría de ellas, únicamente podía contestarles que Julia no estaba y que volvieran a llamar la semana siguiente.

Realmente, incluso con la ausencia de mi jefa y de sus caprichosos mandatos, aquello era un no parar. Los teléfonos de todos echaban humo y la mayor parte de mis compañeros entraban y salían con sus móviles pegados a las orejas en espera de la confirmación de aquella entrevista prometida o de poder perfilar ese artículo que llevaban preparando tanto tiempo. En medio de esa vorágine, mientras actualizaba la agenda de Julia, donde se acumulaban las notas que debería consultar a su vuelta, recibí una nueva llamada telefónica. Sujeté el auricular entre el hombro y la oreja para no dejar de teclear ni de mirar la pantalla del portátil.

—Secretaria de Julia Castro, dígame —dije.

—Buenos días —contestó una voz masculina al otro lado—. ¿Podría pasarme con Julia, por favor?

—No está —respondí como si fuese una grabación, debido a las veces que lo había repetido ya—. Volverá la semana que viene. ¿Desea dejar algún recado?

—Pues sí —soltó en un tono que me pareció de exasperación—. Puede decirle a su jefa que, tal y como convinimos ayer en el correo que le envió mi secretaria, hoy me he presentado en Barcelona para hacerles una visita..., pero nadie se ha dignado a venir a recibirme al aeropuerto.

—Perdone —musité, confundida—, pero si me dice usted su nombre podré averiguar qué es lo que ha pasado.

—Soy Bruno Balencegui, de Balencegui e hijo, el abogado del señor De la Torre, y vengo en representación de Editorial Universal.

De golpe, me convertí en una estatua de piedra, tan rígida que el auricular del teléfono resbaló de mi hombro, rebotó en mi pierna y cayó al suelo, provocando un fuerte estrépito.

—Joder —murmuré, no sé bien si por el estropicio o por oír la voz de Bruno diez años después, aunque ya no fuera la misma de aquel adolescente.

Me lancé al suelo y recogí el aparato para volver a llevármelo a la oreja. No fui capaz ni de regresar a la silla y me quedé arrodillada allí.

—Perdone otra vez —le dije, intentando evitar el nerviosismo que me había dejado sin capacidad de reacción—. Tenía otra llamada en espera.

—No se preocupe —refunfuñó claramente—. Me estoy acostumbrando a esperar. Y, pierda cuidado, cogeré un taxi y aprovecharé para pasarme por mi hotel antes de presentarme en su oficina.

—A ver, a ver —repetí; necesitaba centrarme y entender qué estaba ocurriendo—, recapitulemos. Usted no pudo quedar ayer con Julia, puesto que se fue por la mañana y no me dijo nada al respecto.

—Seguro que sabe lo que es un ordenador e incluso puede que tenga uno delante, ¿verdad? —replicó, en clara ironía—. Pues haga el favor de leer el correo enviado ayer por la tarde y después me cuenta qué le parece.

Mientras hablaba, volví a la silla y accedí al correo que me estaba mencionando, moviendo el ratón como si me fuese la vida en ello. Intenté centrarme en las palabras allí escritas... y se me cayó el alma a los pies.

«Mierda, mierda», pensé. La tarde anterior había estado tan obsesionada con el nombre que firmaba aquel correo que no me enteré de lo que había allí escrito. Al releerlo detenidamente, atosigada por el hombre que no paraba de gruñir en mi oreja, pude comprobar que, en resumen, anunciaba que, en ausencia del presidente, sería su abogado quien llevaría a cabo la visita a las oficinas de nuestra revista, y que sería al día siguiente, es decir, ese mismo día. Y no preguntaba; simplemente, informaba.

¿Cómo pude estar tan despistada?

—De verdad que lo siento, señor Balencegui. —Qué extraña me sentí al volver a pronunciar aquel apellido, para más inri hablando con su dueño—. Ha debido de haber un error. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Ya nada —volvió a gruñir—. Como le he dicho, cogeré un taxi y me pasaré por mi hotel, así podré dejar mi equipaje y despejarme un poco.

—¿A... a qué hora vendrá a visitarnos? —titubeé, temerosa de su respuesta.

—Calculo que en cuarenta y cinco minutos. Ya está aquí el taxi. Buenos días. —Dicho esto, colgó.

Silencio, confusión, respiración acelerada, ¡pánico! Todo en ese orden.

—¡Cuarenta y cinco minutos! —grité cuando reaccioné—. ¡Bruno se presentará aquí en cuarenta y cinco minutos!

Abrí el cajón de mi mesa y saqué la tarjeta del balneario donde Julia pasaba sus minivacaciones. Marqué el número con dedos temblorosos y esperé hasta que una voz al otro lado me contestó.

—Perdone —solté atropellada—, pero necesito hablar urgentemente con Julia Castro. Está pasando unos días en el balneario.

—Tengo órdenes muy estrictas con respecto a Julia —me indicó en un tono claramente hostil—. ¿Es usted su secretaria?

—Pues sí, pero...

—Ella ya sabía que usted la molestaría. ¿Llama porque hay un incendio?

—¿Un incendio? No, por Dios...

—¿Un terremoto o algún tipo de catástrofe natural?

—¡Claro que no!

—En ese caso, no puedo molestarla. Buenos días. —Y colgó.

—Pero... ¡Oiga!

Perfecto. La ayuda de Julia quedaba descartada.

Me puse en pie y, sin saber qué hacer y con ganas de desaparecer de repente del mundo, empecé a dar vueltas sobre mí misma, intentando

centrarme y tranquilizarme. Tras cerrar un minuto los ojos, hacer unas cuantas inspiraciones y refrescarme un poco la cara en el baño de mi jefa, lo que me hizo despejarme del todo fue contemplar mi reflejo en el espejo.

—Joder... ¡joder!

Lo que me faltaba: recordar las pintas que solía llevar para ir a trabajar. Observé la camiseta arrugada y demasiado grande, los vaqueros que tenía que sujetarme con un cinturón y las viejas deportivas en mis pies, por no mencionar mi desastre de pelo. Me lo había lavado la noche antes y se me había secado mientras dormía. Resultado: una maraña de pelo que sólo había podido dominar esa mañana haciéndome una coleta.

Genial. Bruno me había conocido en el instituto como una pringada y al verme creería que seguía igual, mientras que él era un reputado abogado, seguramente del prestigioso bufete de su padre. Fantástico. Después de revelarle mis sueños y aspiraciones y de darle el discurso sobre escoger aquello que persigues, comprobaría que nada de aquello se había cumplido en mi caso.

Salí del baño y miré a mi alrededor. Aquello que me rodeaba no era precisamente un mal lugar ni un fracaso laboral. Trabajaba en una revista de cierta categoría, para una mujer que se relacionaba con la flor y nata y junto a unos compañeros que eran capaces de conseguir entrevistas exclusivas con las modelos más cotizadas o con los actores más atractivos. Mi jefa se había largado a un balneario a saber Dios dónde y me había dejado al cargo de su teléfono, su agenda, su despacho y sus clientes. ¡A mí!

Entonces, tan mal no lo hacía, ¿verdad?

Como si me inyectasen adrenalina en vena, salí disparada hacia la redacción y me planté delante del personal.

—A ver, chicas y chicos —grité tras dar una palmada—, escuchadme. Al parecer, los señores de Universal han decidido presentarse hoy mismo aquí. Concretamente —miré mi reloj—, dentro de treinta y cinco minutos tendremos delante al abogado de Diego de la Torre en persona.

—¿Por qué no llamas a Julia? —preguntó Vera—. ¡Que venga de una vez, que la revista es suya!

—En el balneario tienen órdenes de no molestarla —aclaré—. Ha sido imposible informarle de este cambio de planes.

—Pero ¡cómo es posible! —chilló Pedro—. ¡Se suponía que esa visita tendría lugar la semana que viene y que Julia habría regresado ya!

—Bueno, pues tendremos que atenderlo sin la jefa. Estoy segura de que vamos a poder con ello. ¿Vamos bien de fechas con las entrevistas y los artículos?

—Tengo cita mañana mismo con Carolina Herrera —comentó Paty—. Lola y yo hemos quedado con ella en su hotel.

—Yo me he citado con Gisele Bündchen para dentro de un par de días —anunció Pedro—. Nos veremos también en el hotel donde se hospeda.

—Yo tengo ya el artículo del doctor Sánchez —intervino Vera—. Sólo nos falta corregirlo y revisarlo. Y tengo también todas las cartas que me pasaste de las lectoras, cuyas respuestas ya me está dando la esteticista.

—Bien —dije algo más tranquila—, conservemos la calma. Todavía tenemos semanas por delante para acabar de pulirlo todo. Y no sufráis porque Julia no esté durante unos días; todos tenéis un montón de experiencia, sobre todo Vera, que ya ha trabajado con los mejores. Y, por si os sirve de algo, el tiempo que llevo pegada a Julia también me ha servido de mucho.

—Confiamos en ti, Rebeca —exclamó Vera—. Eres mucho más que una simple secretaria, ya lo sabes.

—Gracias, Vera —declaré, emocionada—. Y ahora, al trabajo, chicos.

Me di media vuelta y volví a mi mesa, de donde cogí mi ordenador, mis papeles, mis notas y todos mis cachivaches y los trasladé al escritorio de Julia. Una vez instalada en su despacho, abrí al máximo los estores para dejar entrar la luz de la mañana y emití un suspiro para tratar de organizar mi mente. Todo parecía correcto, excepto yo misma.

Con celeridad, coloqué mi móvil en modo cronómetro sobre la mesa para

estar segura de que tendría suficiente con treinta minutos. Después, cerré la puerta por dentro, cogí el manajo de llaves del que me había hecho responsable mi jefa y abrí el armario donde sabía que guardaba mudas de ropa, entre otros objetos personales.

Empecé a pasar perchas de un lado a otro. Todo eran camisas clásicas y trajes tipo sastre. Joder, sólo había faldas, con lo que me veía obligada a ponerme unas medias. Por fortuna, Julia guardaba varios pares, así que lo primero que hice fue quitarme las deportivas, los calcetines y los vaqueros para colocarme con cuidado los pantis.

Me senté en un puf bajo que hacía juego con un par de sillones de piel, enrollé la prenda entre mis manos, levanté el pie, lo introduje... y sentí perfectamente cómo se abría la tela de arriba abajo.

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Se ha hecho una carrera nada más tocarlas! ¡¿Seré gafe?!

Intentando no agobiarme, fui al baño en busca de un poco de crema de manos. Me eché una generosa cantidad en manos y pies y volví de nuevo a sentarme con unas medias nuevas.

—Vamos allá —murmuré.

Esa vez lo conseguí y casi pego un grito para celebrarlo. Lo próximo fue colocarme la falda, que era de color gris, de tubo, muy favorecedora, aunque me quedaba un poco holgada en la cintura, cosa que no me pareció relevante, ya que la chaqueta lo disimularía.

Y hablando de disimular, lo que tenía menos remedio era la camisa, que me quedaba, en este caso, demasiado estrecha, evidenciando las diferencias de cuerpo entre mi jefa y yo. Ella usaba una talla más de falda, pero una menos de camisa.

—No pasa nada, no pasa nada —me repetí unas cuantas veces para apaciguarme a mí misma.

Al abrocharme la blusa, me sentí como una morcilla. Los botones parecían tener intención de salir volando en cualquier momento y se apreciaba gran

parte del encaje de mi sujetador. La parte buena era que este último era blanco y no destacaría bajo la camisa. Además, la chaqueta sería la encargada de disimular los pequeños defectos de talla.

¿El problema? Que la chaqueta también era pequeña. Ocultaba la holgura de la falda pero seguía sin tapar el canalillo que formaban mis pechos, que parecían mucho más grandes de lo que eran en realidad con tan poca tela. Y si mis tetas ya eran grandes... en ese momento parecían dos globos recién inflados.

—Tampoco pasa nada —repetí de nuevo, con una honda inspiración.

A continuación, me arrodillé delante del armario para buscar unos zapatos mientras rezaba mentalmente para que Julia no usara un número demasiado alejado del mío. Encontré un par, de color negro, clásicos, resplandecientes... y con un tacón que me hizo tragar saliva varias veces.

—Joder —murmuré mientras los miraba—, llevo siglos con unas Converse... ¿Cómo voy a saber caminar con esto?

Decidida, mientras miraba el cronómetro que me avisaba de que quedaban quince minutos, metí un pie en el interior del zapato. Suspiré aliviada al comprobar que me entraba, aunque torcí el gesto al advertir que me quedaba demasiado grande. Sin achantarme ante cada eventualidad, fui al baño en busca del botiquín, pellizqué dos buenos trozos de algodón y los coloqué en el interior de los zapatos. Resultaba un poco incómodo que los dedos se toparan con aquella barrera, pero era lo que había.

Siguiente paso: ponerme frente al espejo con el neceser de Julia. Suspiré con fuerza. Me quedaban poco más de diez minutos para peinarme y maquillarme, algo que yo no hacía desde tiempos inmemoriales. Si os preguntáis cómo era posible que no supiese nada sobre maquillaje trabajando en una revista de moda, os recordaré que no tenía tiempo ni para leer las secciones de la publicación donde trabajaba.

Tenía que improvisar.

En primer lugar, distribuí por mi cara una pequeña cantidad de base de

maquillaje, difuminándola bien con una brocha. Bueno, lo de bien es un decir, porque se me amontonaba en el contorno de la nariz y en el entrecejo y me vi obligada a pasarme el dedo con fuerza. Después, cogí con aprensión el tubo de *eyeliner*, mirándolo como si fuese un extraño objeto desconocido.

—No puede ser tan difícil —musité—. Se lo he visto hacer a Laura montones de veces, aunque nunca he prestado atención...

Intentando que no me temblara el pulso, coloqué el pequeño pincel sobre el lagrimal izquierdo y, poco a poco, lo fui deslizando hacia el final del párpado. Tenía tanto miedo de hacer un estropicio que, cuando observé el resultado aceptable, mi pecho se hinchó de satisfacción. Así, resuelta, me lancé sobre el otro ojo... pero resultó que el primero me quedó bastante mejor. La suerte del principiante.

—Oh, joder —gruñí al acabar—. ¡Me ha quedado como el culo!

En el párpado derecho, la línea negra parecía un electrocardiograma, subiendo y bajando sobre la piel. Presurosa, busqué una toallita desmaquilladora y me la pasé sobre el ojo, restregando con fuerza.

—¡Mierda! —exclamé cuando vi aquella negrura desparramada por mi cara—. ¡Está seca! ¡Parezco un oso panda con resaca!

El tiempo apremiaba y aquello tenía muy mala pinta. Coloqué la toallita bajo el grifo del agua para humedecerla y me la volví a pasar por el párpado. Tuve que repasarlo de nuevo con maquillaje y volver a empezar con el *eyeliner*, pero, aunque no me quedó igual al otro, al menos parecía una línea y no un perfil geológico. El ojo quedó un poco rojo e hinchado, pero ya no tenía remedio.

Cinco minutos. Por suerte, la máscara de pestañas era fácil de aplicar, y para pintarme los labios únicamente tenía para escoger entre marrón y rojo, por lo que, claramente, opté por el último. Con aquel maquillaje tan claro y los labios marrones hubiese parecido un zombi o un vampiro.

Tras un suspiro de alivio, observé mi pelo. Lo liberé de la goma que lo recogía y cayó en una cascada rubia por mi espalda, pero no podía dejarlo

suelto, pues estaba tan alborotado que me daba el aspecto de una loca peligrosa..., así que, sin tiempo para otra cosa, lo cepillé y lo volví a recoger en una alta coleta. Tendría que bastar.

Un agudo pitido surgió de mi móvil y me hizo pegar un respingo. El tiempo había pasado y me había ido justo, pero había conseguido darle un cambio a mi imagen. Más que cambio, aquello era una auténtica transformación. Me vi guapa y elegante, a pesar de que mi extraña forma de andar con los tacones echara por tierra mi imagen sofisticada.

Sonó el teléfono interior. La chica de la recepción exterior me avisó de la presencia de una visita.

—Dile que espere un segundo, Yolanda —le pedí—. Ahora mismo salgo yo a recibirlo.

Era lo menos que podía hacer, después del malentendido.

Recogí el neceser, cerré los armarios y, antes de salir por la puerta, volví al baño y rocié mi cuello y mis muñecas con el perfume de Julia. Me encantaba aquel perfume y siempre había fantaseado con robarle unas gotas, ya que su precio era impensable para mí.

Y, entonces sí, me dirigí corriendo hacia la puerta que daba al pasillo y al vestíbulo del edificio; como un pato mareado, pero corriendo, al fin y al cabo.

—¡Ya está aquí! —les anuncié a mis compañeros al pasar—. ¡Voy a recibirlo!

—¿Rebeca? —exclamó Vera—. ¿No eres tú o se te ha aparecido un hada madrina? ¡Estás guapísima!

—Por favor —les dije a todos, que me miraban como si me hubiese vuelto verde—, seguidme la corriente. Espero hacerlo lo mejor posible.

—Pues claro que lo harás bien —me animó Pedro—, si da gusto mirarte, hija. Y si la petarda de Julia tiene algún problema, que vuelva aquí, en lugar de quedarse por ahí a base de piedrecitas calientes y vapores aromáticos.

En eso tenía razón.

Mientras caminaba sobre las baldosas del pasillo, oía al mismo tiempo el

eco del repiqueteo de mis zapatos —o sea, los de Julia— y los violentos latidos de mi corazón. Y no supe averiguar qué me producía más pánico, si volver a reencontrarme con Bruno, caerme de bruces por aquellos tacones o pensar en que, si mi jefa me viera, le daría un ataque.

Por fin, fui acercándome al mostrador de recepción. Junto a éste, un hombre permanecía de pie con gesto de impaciencia. Iba vestido con un impecable traje de color gris, sujetaba un maletín y cargaba un abrigo sobre su brazo izquierdo, el cual elevaba en ese momento para mirar la hora en su reloj. Más me valía tener tacto si no quería que todo se fuese al traste después de haberla cagado. Julia se moriría después de matarme a mí.

—Mis disculpas, señor Balencegui —pronuncié al aproximarme. Extendí mi brazo derecho y le ofrecí mi mano como saludo—. Lamento el error que haya podido cometer.

—No me gusta perder el tiempo —gruñó al tiempo que correspondía a mi saludo—. Espero que haya valido la pena.

Nada más extender su brazo, tuve que elevar mi vista y pude contemplarlo de cerca, otra vez, después de diez años. Y sí, era él, por supuesto que era él. Sus ojos seguían siendo de aquel extraño tono de azul mezclado con gris y matices violeta. Su cabello había perdido sus llamativos reflejos dorados, aunque seguía luciendo un bonito tono rubio oscuro. Lo llevaba, además, más corto, pero ese cambio le daba una apariencia más adulta, más madura; ya no era un chico, era un hombre. Aun así, sus largas pestañas continuaban enredadas en su flequillo, que caía por su frente como cuando era un adolescente.

¿El mayor cambio? Su cuerpo, sin lugar a dudas. Su figura, larga y desgarbada, había dejado paso a un cuerpo alto, ancho y fuerte. Vestido con tan sobrio traje, daba la típica imagen de hombre de éxito, atractivo y seguro de sí mismo.

¿Lo peor? Que había perdido su juvenil sonrisa. Aquella fila de dientes perfectos que tanto lucía se había transformado en la fina línea que formaban

sus labios en una mueca que lo mostraba más distante que nunca... aunque siguieran siendo unos labios igual de apetitosos y besables.

De pronto, recordé que yo había besado esos succulentos labios, aunque hiciera una eternidad. Fue un beso rápido y casto, pero envuelto en la ingenuidad e ilusión de una chica de quince años que soñaba con él desde hacía meses. Era el recuerdo más bonito que guardaba de mi penosa adolescencia.

¿Cómo sería besarlo en ese momento? Ya no sería un beso ligero, y mucho menos casto. Su apariencia firme y segura daba a entender que debía de besar de forma ardiente, dura y posesiva. Su lengua se introduciría con determinación para arrasar a su paso con todo y...

Empecé a marearme un poco. Me entraron sofocos y temí por un instante ponerme a sudar y que se me corriera el maquillaje.

Por cierto, nada más verme, torció la cabeza, frunció el ceño y me miró directamente a los ojos. Pude volver a constatar que había perdido aquel aire de entusiasmo y vivacidad que lo rodeaba cuando era un muchacho. Aquella nueva seriedad le otorgaba un toque de hostilidad, de resentimiento... Vamos, que tenía una pinta de borde...

—Perdone, ¿la conozco? —me preguntó.

Sé que no lo vais a entender, pero no me pareció el momento de decirle: «¡Hola, Bruno, qué tal, soy yo, Rebeca, la pringada a la que tomaste el pelo con un beso con el que lleva soñando media vida...!».

Ni hablar.

—Creo que no, señor Balencegui.

—Es curioso —murmuró—. Juraría que... No, no puede ser. Perdone, ha sido una tontería.

—No se preocupe. —Estreché su mano, que estaba caliente y firme, y casi me derrito al tocarlo—. Y espero que sí le haya valido la pena la espera. Si me acompaña, por favor.

Se colocó justo detrás de mí, en lugar de hacerlo a mi lado, con lo que,

mientras daba un paso detrás de otro con aquellos tacones, temí de verdad caerme de bruces contra las baldosas. Los nervios de saberlo a mi espalda, recordar el berenjenal en el que estaba metida, la ausencia de Julia y ser consciente de que estaba obrando a sus espaldas...

—Pase, señor Balencegui. Le mostraré la redacción.

Inspiré profundamente, elevé la barbilla y empezó mi papel. Durante aquel día debería parecer algo más que una simple chica de los recados...

Capítulo 5

¿Te acuerdas de mí?

—Ésta es la redacción de *Mundo Mujer* —le informé una vez que accedimos a las diferentes secciones de la revista.

Él no decía una palabra. Con la seriedad que yo ya había detectado en él, se limitó a ir observando cada sección y a ofrecer parcos saludos cada vez que le presentaba a los distintos miembros de las mismas.

—Vera es nuestra redactora jefa —comencé con las presentaciones—. Nuestros redactores, Pedro y Paty.

Mis compañeros asentían, sonreían y me guiñaban el ojo, cómplices de mi papel, aunque tuve que colocarme con urgencia al lado de Bruno para tirar de él cuando Paty lo miró por detrás y movió los brazos y las caderas en una clara imitación del folleto.

«Vaya polvazo», fui capaz de leer en sus labios.

—Lola —seguí presentando, obviando a Paty—, nuestra fotografía de plantilla; los ilustradores y maquetistas...

A pesar de no decir ni mu, pareció llevarse una buena impresión... o eso quise creer, porque su semblante granítico no expresaba gran cosa.

—Y esto es todo —concluí al finalizar el recorrido—. Como ha podido comprobar, tenemos el personal y los medios para poder ser número uno en nuestra categoría. Únicamente nos falta un buen marketing y, sobre todo, un editor del renombre de Diego de la Torre... si acaban aceptando.

—Eso no lo voy a decidir yo —me comentó mientras miraba a su alrededor—, pero mi informe será muy relevante para el señor De la Torre. Por eso voy a pasar aquí unos días. ¿Podría decirme dónde puedo instalarme?

—¿Instalarse? ¿Unos días? —pregunté, alucinada—. ¿Cómo que unos días? Creía que con su visita de hoy tendría suficiente.

—Lo que usted me ha mostrado hoy me parece todo muy bonito —replicó con retintín—, pero lo que nos interesa es el verdadero funcionamiento y el día a día. ¿Va a decirme ya dónde puedo instalarme?

—Pues...

Miré a mi alrededor. Lo único que tenía a la vista era el despacho de mi jefa, acaparado por mí, o la mesa que yo solía usar y que se encontraba separada del territorio de mi jefa por una cristalera.

—¿Es éste su despacho? —me preguntó mientras caminaba con determinación hacia él.

—Es el de Julia —contesté, titubeante—, pero, en su ausencia, me ha dejado al mando.

—Perfecto. —Con toda su tranquilidad, colgó su abrigo en una percha, abrió su maletín, extrajo un pequeño portátil y lo colocó sobre la mesa, frente al lugar que yo iba a ocupar—. Aquí hay sitio para los dos.

Joder... ¿De verdad iba a tener que trabajar con Bruno frente a mí?

—No puedo dejarlo ahí, en un rincón —le dije mientras me disponía a recoger de nuevo mis cosas—. Creo que será mejor que vuelva a mi puesto y le deje a usted este despacho...

—No —interceptó mi movimiento posando su mano sobre la mía—. No cambie sus planes por mí. Si su jefa le ha dejado a cargo de su puesto, será por algo. Quiero que todo funcione con normalidad. Haga como que yo no estoy aquí.

Y se puso a teclear en su ordenador.

¿En serio? ¿Como si él no estuviese ahí?

Y aquello de que Julia me había dejado al mando... era mucho decir. Se suponía que no iba a tener que tocar nada de nada... Madre mía, la bola cada vez se hacía más gorda.

En fin, no me quedó más remedio que ponerme a currar. Aproveché,

mientras tanto, para descalzarme y apoyar mis pies sobre el reposapiés de Julia, aquel que conseguí por cuatro euros... y entendí cómo era posible que Julia llevara tacones todo el día sin deformarse las rodillas y los tobillos. ¡Menudo descanso!

Las llamadas telefónicas se me fueron acumulando de nuevo e intenté seguir actualizando la agenda de la directora mientras procuraba no pensar en el tipo que tenía delante... aunque me fue imposible no echarle algún que otro vistazo y que mi corazón no se acelerase cuando contemplé su cabeza inclinada hacia delante. El sol que entraba por la ventana impactaba en su cabello y extraía destellos dorados de algunos mechones más claros.

Me hizo ilusión volverme a sentir así, con aquel calor que inunda tu vientre y el aleteo en tu estómago simplemente por saberte cerca del chico que te gusta. Fue como regresar a la adolescencia, al menos, a la única parte bonita de ella, que fue la de enamorarme del chico más guapo. Sonreí embobada al mirar su perfil. Seguía siendo guapísimo y comencé a fantasear con una mirada suya, con una sonrisa, con un beso que a esas alturas sería con lengua...

—¿Podría pasarme la impresión digital del último número?

Su voz me cogió de sorpresa, al tiempo que me sentí pillada in fraganti mientras miraba embelesada el brillo de su pelo y el perfil de su boca, por lo que pegué un respingo que casi me tira de la silla.

—Sí... sí, claro.

Con los nervios, le di un manotazo al recipiente de los bolígrafos, que salió disparado, haciendo desparramarse todo su contenido por el suelo del despacho. Rodaron lápices en todas direcciones y fueron desapareciendo debajo de cada mueble.

—Joder —refunfuñé—, qué torpe...

—No se preocupe, yo la ayudo —se ofreció mientras echaba hacia atrás la silla y se inclinaba hacia el suelo.

—¡No, no! —exclamé, arrodillada—. Por favor, siéntese, ya los buscaré yo.

De repente, todavía bajo la mesa buscando bolígrafos, observé cómo me miraba y abría mucho los ojos. Seguí la dirección de su mirada, que parecía taladrarme por debajo del nivel de mi cara, y pude constatar que miraba hacia mi escote. Casi me da un soponcio cuando comprobé que, con los bruscos movimientos, había tenido lugar mi mayor temor: que el botón de la blusa no soportara tanta presión y saliera volando. Resultado: la totalidad de mi sujetador y parte de mis tetas al aire.

—Oh, mierda, mierda —gruñí mientras trataba de cerrarme la blusa y me ponía en pie. Me puse tan nerviosa e histérica que a punto estuve de irme corriendo.

—Vale, vale, tranquila —trató él de calmarme, haciendo que me sentara—. No pasa nada. Un accidente lo tiene cualquiera.

—Lo dudo —protesté, abochornada—, porque la mayoría de ellos me pasan a mí.

—No se ponga así. —Sonrió un poquito—. No voy a asustarme a estas alturas por ver cierta parte de la anatomía femenina.

Me puse tan colorada como cuando tenía quince años. Joder, yo intentando parecer una mujer segura a cargo de una redacción, y resulta que le muestro la totalidad de mis tetas... ¡precisamente a Bruno!

Lo que yo digo, lo que a mí no me pasara...

—Vamos a intentar solucionarlo —añadió mientras rebuscaba entre mis cosas de encima de la mesa. Encontró un pequeño clip sujetapapeles y se sentó en el filo de la mesa. Juntó las dos partes de mi blusa y comenzó a pasar el clip por el ojal del botón que faltaba—. A mí también me ha pasado algo parecido alguna vez con los botones de mi camisa y he tenido que recurrir a una solución de emergencia. No se mueva...

Casi me puse a hiperventilar. Las manos de Bruno sobre mi escote, sus dedos rozando mi piel intentando unir mi camisa, su aliento chocando en mi frente, su cercanía, el cosquilleo de su pelo en mi pelo... fueron demasiado para mí.

—¡Déjelo, por favor! —exclamé, levantándome de repente—. ¡Ya lo haré yo!

¿Os he comentado ya que todo me pasaba a mí? Pues aquí va otro ejemplo: ejecuté un movimiento tan brusco que mi cabeza golpeó de lleno contra su nariz. Sentí el impacto en mi cráneo al tiempo que observé cómo se llevaba las manos a la cara por el dolor. Para colmo, comenzó a sangrar a borbotones.

—¡Joder! —gritó—. ¡Le dije que se estuviese quieta!

—Oh, lo siento, lo siento —balbucí, desesperada—. ¿Le he hecho daño?

—¿Usted qué cree?! —chilló, mostrando su cara y sus manos llenas de sangre.

—Acompáñeme al baño, por favor —le pedí mientras lo agarraba de un brazo. Lo ayudé a entrar y le hice sentarse sobre un pequeño asiento que usaba Julia para poder calzarse o cambiarse las medias—. Le pararé la hemorragia.

Con celeridad, busqué el botiquín y extraje algodón, gasas y agua oxigenada. Empapé todo lo que pillé y comencé a limpiarle la nariz y la boca, por donde le bajaba la sangre hasta la barbilla. Tenía tanta prisa y estaba tan nerviosa que apreté el algodón empapado y salió disparado un chorro de agua oxigenada que fue a parar a uno de sus ojos.

—Pero ¿¿qué hace?! —vociferó. Se puso en pie y empezó a parpadear como un poseso—. ¡Coño! ¡Ni puedo respirar ni puedo ver!

Jamás lo he pasado peor ni me he sentido tan inútil, palabra.

—Deje que le sople un poco —le supliqué en un intento de arreglar el estropicio—. Siéntese otra vez.

—¡Déjese de soplidos! ¡Necesito limpiarlo con algo! —me espetó al tiempo que me obedecía y se sentaba—. ¡Un pañuelo o algo parecido, pero de tela!

—No sé si habrá alguno por aquí... —Empecé a pensar dónde podría haber algo que pudiese valer.

—Tengo uno en el bolsillo trasero de mi pantalón —me dijo—. Haga el favor de cogerlo mientras yo intento sujetar el algodón a mi nariz.

—Enseguida.

En otro intento por resolver lo que ya no tenía remedio, deslicé mi mano por su cintura en busca de su bolsillo trasero. Pero, cómo no, tuve que volver a cagarla. Confundí el bolsillo con la cinturilla del pantalón, y la tela de sus calzoncillos con la del pañuelo, con lo que le di un tirón para sacarlo de allí.

—¡Pare de una vez! —gritó al tiempo que tiraba de mi brazo—. ¡¿Piensa desnudarme aquí en medio?!

Cuando me di cuenta de que mi mano estaba metida en sus calzoncillos, no me sentí la más torpe, ¡me sentí la más imbécil!

—Oh, señor Balencegui, perdone otra vez...

A todo esto, de su nariz seguía manando sangre que, a la postre, entraba por su boca... y apenas podía abrir uno de sus ojos, todavía enrojecido por la invasión de agua oxigenada. Así que, sin dudarlo, rasgué un trozo de la parte baja de mi camisa y se lo ofrecí para que se limpiase el ojo.

—Tenga, límpiese —le pedí—. Y, ahora, voy a intentar parar esa hemorragia.

—Traiga para acá —me ordenó al arrebatarme el algodón—, yo lo haré. A este paso, es usted capaz de volver a hacer alguna de las suyas. Si ya me ha dejado ciego, con la nariz casi rota, con la garganta llena de agua oxigenada y casi desnudo... ¿qué será lo próximo? ¿Tirarme escaleras abajo?

Apreté los puños por la rabia. El muy cretino... Sólo estaba pretendiendo ayudarlo y me salía con ésas.

—Oiga usted —estallé—, señor abogado. Siento mucho lo que ha pasado. No era mi intención fastidiarlo.

—¿Se refiere a cuando no leyó el correo, a cuando me dejó plantado, a cuando ha estado a punto de romperme la nariz o a cuando casi me deja ciego? ¡Es usted una puta arma de destrucción masiva!

—¡Muchas gracias por recordarme mi torpeza! —chillé—. ¡Usted y el señor De la Torre deben de estar acostumbrados a que los reciban con una

alfombra roja! ¡Pues créame, señor Balencegui, si le digo que me he tomado muchas molestias para que se lleve una buena impresión!

—Oh, impresionarme sí que lo ha conseguido —soltó con ironía—. Sobre todo hace un momento, cuando me ha enseñado sus tetas y ha pretendido arrancarme la ropa interior. Perdona, pero tendríamos que tener una cita primero.

Encima, con recochineo.

Retrocedí como si me hubieran quemado... y ya no supe ni lo que estaba diciendo.

—¿Qué pretendes, reírte de mí otra vez?

Levantó la vista y me miró, pausando toda su hostilidad. Lo hizo muy fijamente, escrutando con recelo el interior de mis ojos.

—Me has tuteado —murmuró—. Lo que yo imaginaba. Eres tú, ¿verdad? Dios mío, eres Rebeca.

—Debes confundirte con otra Rebeca —repliqué mientras sujetaba la blusa con mis manos. Era imposible que Bruno me recordara.

—Fuimos juntos al instituto —me aclaró—. Aunque tú ibas dos cursos por debajo.

La cosa se estaba poniendo difícil.

—Todavía recuerdo aquel día en el que te vi comiendo tu bocadillo sentada en el suelo.

Ya no tenía escapatoria.

—La del grupo de los frikis...

—¡Sí —gruñí al tiempo que colocaba los brazos en jarras—, la misma! ¡La que empujabas al pasar corriendo junto a tus amigos y ni siquiera te disculpabas con ella porque no merecía la pena rebajarse ante ellos!

—Tú también me has reconocido y no me has dicho una palabra —se quejó.

—No estaba segura de que fueras tú —mentí.

—¿Me recuerdas? —me preguntó. Me dio la impresión de que esperaba

una respuesta afirmativa de forma expectante—. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo de ti —suspiré—. Bruno Balencegui, ¡por el amor de Dios!, como para no acordarse de ti.

De pronto, Bruno agachó la cabeza. Sus hombros comenzaron a mecerse y un ruido extraño brotó de su boca. Cuando levantó el rostro, pude comprobar que se estaba partiendo de la risa.

—Dios, qué surrealista todo, por favor —soltó entre carcajadas.

—No entiendo de qué te ríes —farfullé, contrariada.

—Mira al espejo —me pidió—. Dime si no es para partirse. Encontrarnos tantos años después en una situación tan extraña e insólita.

Le hice caso y miré nuestro reflejo. Ahí estaba él, con la nariz como un pimiento morrón, un ojo hinchado y el otro medio cerrado, la cara llena de sangre... Yo, con mi blusa abierta y rasgada mostrando mi ropa interior. Y, sobre el lavabo, restos de gasas, algodones, sangre, agua oxigenada...

No pude hacer otra cosa que reírme yo también, a carcajada limpia. Tenía razón. Ni haciendo lo posible para tener un encuentro nefasto nos hubiera salido peor que la realidad.

—¿De verdad te acuerdas de mí? —le planteé después de aquellas risas.

Reírnos fue lo mejor que pudimos hacer, para destensar el momento y olvidar un poco cada fallo que yo hubiese cometido.

—Claro que me acuerdo de ti, Rebeca. Y me alegro mucho de verte.

«Yo también», murmuré para mí. A pesar de aquella serie de catastróficas desdichas, me sentía feliz de tenerlo allí. Sobre todo, de que me recordara.

Tras esa afirmación, lo miré ansiosa. Había llegado el momento de algunas confidencias, hablar de recuerdos o de lo tontos que somos a esa edad. Al menos, era lo que yo esperaba, que me preguntase cómo me iba, qué tal era mi vida y comentar algo de la suya. Pero no. No ocurrió nada de eso. En lugar de seguir con el buen humor que parecía habernos otorgado el hecho de habernos reconocido, una sombra de seriedad pareció cubrir el rostro de Bruno. Apagó su risa de repente, apartó la vista y carraspeó.

—Será mejor que volvamos al trabajo —declaró—. No te preocupes, ya me curaré yo solo y dejaré el baño limpio y recogido.

Me asombró mucho aquel cambio, pero no podía obligarlo a preguntarme por mi vida. Al fin y al cabo, se acordaba de mí y eso era lo que más me importaba.

Volví al despacho. Lo primero que necesitaba solucionar era el tema de la camisa, pero no me pareció bien cogerle otra a Julia porque me acabaría pasando lo mismo. Intenté arreglarla de la forma que había intentado Bruno, pero no hubo manera, con tan poco ángulo, de poder enganchar el clip en la tela.

«A grandes males, grandes remedios», suspiré. Agarré la grapadora y grapé un par de veces la camisa a la altura del botón desaparecido. Total, ya estaba rota y tendría que acabar comprando otra camisa nueva para mi jefa, así que...

Bruno regresó a su sitio tras unos minutos. Su nariz continuaba roja e hinchada, sus ojos bastante llorosos y su camisa plagada de manchas de sangre. Observó el apaño que había hecho con la camisa y torció la boca.

—Deberías tener más cuidado con la ropa de tu jefa.

—¿Cómo sabes que es de ella?

—Porque dudo que te compres camisas dos tallas por debajo de la tuya.

Reímos los dos, a pesar de volver a ruborizarme con el recuerdo de haberle mostrado mis tetas.

¡Qué rabia me da y me ha dado siempre! ¡¿Por qué no podía controlar lo de ponerme colorada?!

—Vamos, no te pongas así —me dijo—. Te juro que no he mirado.

Compuso una expresión tan divertida que me hizo reír de nuevo.

—Siento haber estado tan patosa —me disculpé, en un intento de tranquilizarme a mí misma—. Hay cosas que no cambian, y yo entre ellas.

—No te preocupes, Rebeca; han sido un cúmulo de infortunios. Todo está bien, en serio.

—Me puse muy nerviosa al saber que eras tú —seguí justificándome—. Y

luego, al verte, imagina. No he dado ni una.

—Asumo mi parte de culpa. —Sonrió—. Si llego a saber que eras tú, hubiese estado un poquito más agradable... aunque también sea error tuyo por no decírmelo nada más verme.

—Te prometo que pensé que no me recordarías. —Volví a sonreír—. Menudo caos he liado.

—Si te parece —me propuso mientras se volvía a sentar—, continuamos con nuestro trabajo y corremos un tupido velo. ¿Cómo lo ves?

—Perfecto. —Me volví a sentar y me mantuve expectante toda la tarde. Pero las horas pasaban y, con cada una de ellas, más decepcionada me sentía. Parecería irracional si tenemos en cuenta que nunca imaginé que Bruno me recordara. Pero, entendedme, no fue normal que cerrara la boca después de admitir que se acordaba de mí, de reír los dos juntos al vernos con aquella facha frente al espejo, de seguir conversando con naturalidad...

—Se ha hecho tarde. —De nuevo, su voz interrumpía mis pensamientos—. Será mejor que me vaya a mi hotel, coma y comience a estudiar el material que me has pasado. Contactaré también con el señor De la Torre y lo pondré al día.

Miró la hora en su reloj de pulsera, se puso en pie, cerró el portátil y lo devolvió a su maletín.

—Pe... pero ¿no me vas a decir qué te parece la revista, si tenemos posibilidades de pertenecer al Grupo...?

—Mañana hablamos —me cortó, después de ponerse el abrigo—. No hace falta que me acompañes a la puerta, conozco el camino. —Y se marchó.

—Y, a este tío, ¿qué le ocurre? —murmuré.

Si me había decepcionado su brusca interrupción anterior, no pude encontrarle el sentido por ninguna parte a aquella despedida tan borde y seca. ¿Dónde quedaba aquello de «podríamos comer juntos y así nos ponemos al día», o «tomemos un café»? Aunque hubiese sido para hablar de la revista y la editorial porque no le apeteciera confraternizar conmigo.

Pero nada de nada.

—Al menos se acuerda de mí —suspiré mientras volvía a mis quehaceres.

—¡Rebeca!

Las voces de Vera y Paty irrumpieron en el despacho. Las dos entraron como dos trombas y se lanzaron sobre mí, sentándose sobre la mesa, cada una a un lado.

—¿Se puede saber de dónde ha surgido semejante bombón?! —preguntó, excitada, Paty—. ¡Y toda la mañana aquí, encerrado contigo!

—Parece bastante serio —añadió Vera—, pero está para hacerle un buen favor.

—Me recuerda —susurré, todavía en mi mundo de Yupi—. Todavía se acuerda de mí.

—¿Te recuerda, dices? —planteó Paty—. ¿Quieres decir que ya lo conocías?

—¿Piensas contarnos algo? —gruñó Vera.

Sonreí. A pesar de las obvias diferencias entre las dos redactoras, a las dos les gustaba Bruno. ¡A quién no!

La redactora jefa vestía con buena ropa, aunque, como en ese momento, solía decantarse por combinar vaqueros de moda con blusas de seda. Llevaba un maquillaje impecable y su melena castaña siempre perfecta. Paty, sin embargo, no podía ir más diferente, con un estafalarario corte de pelo en punta y una ropa que parecía sacada de un mercadillo de segunda mano, llena de colores y fantasía.

—Fuimos juntos al instituto —les confesé—. Fue mi amor platónico durante el último curso de secundaria, pero ya no lo volví a ver.

—¡Qué excusa tan perfecta para salir! —exclamó Paty, entusiasmada—. ¿Le has preguntado si tiene novia o algo?

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Vera—. Podrías haberte ido a almorzar con él. Puedes estar tranquila con nosotras y con todos los demás. Nadie se va a chivar a Julia. —Rio.

—No me lo ha propuesto —contesté.

—Ésa sí que es buena —dijo Paty con una exasperada expresión—. ¿Desde cuándo hemos de esperar las mujeres a que ellos den el primer paso? ¡Haberle invitado tú!

—No lo entendéis —me quejé—. Ya lo habéis visto, es tan guapo y perfecto que quita el aliento, y así era de adolescente, guapo y popular a más no poder, mientras que yo era la antítesis de la popularidad. Jamás se me acercó un chico.

Obvié contarles el episodio que viví con Bruno junto a las taquillas. Visto lo visto, aquello debió de ser una broma, una apuesta o un intento de pasar un rato divertido por su parte, porque para el caso que me había hecho...

—Todavía te gusta —sentenció Vera mientras se cruzaba de brazos—, pero no te atreves ni a acercarte porque crees que todo sigue igual que entonces. Por favor, Rebeca —gruñó—, ya no estás en el instituto. Ya no eres aquella adolescente torpe y tímida. Ahora eres adulta y tienes agallas.

—Sí que soy torpe —volví a quejarme—. Sigo siendo una pava que tropieza con las rayas de las baldosas y le rompe la nariz a su amor de la adolescencia...

—Pero ¿qué dices?

—Una tonta que no es capaz de decir lo que piensa y que se sigue ruborizando por cualquier tontería. ¡Menuda adulta y menudas agallas!

—¿Podrías tener un poquito más de autoestima? —refunfuñó Paty—. Mírate. Estás tan guapa ahora mismo que has puesto cachondo a la mitad del personal. Y estás siendo capaz de organizarlo todo sin necesidad de Julia.

—Me he visto obligada...

—No —me interrumpió Vera—. Lo que pasa es que Julia te anula y no te deja ser ni demostrar de lo que eres capaz. Plántele las cosas claritas. Ella te necesita a ti tanto como tú a ella.

—Chicas —suspiré—, gracias por los ánimos, pero no creo que esté en mis manos cambiar mi vida a corto plazo.

—A veces sólo hace falta un empujoncito —me rebatió Paty—. Seguro que, cuando menos te lo esperes, la propia vida te acabará mostrando lo que no eres capaz de ver por ti misma.

—Mi vida es bastante cabrona —concluí—. Si tengo que esperar que sea quien me ayude, voy lista...

Capítulo 6

Selene encuentra su príncipe

Regresé a casa bastante agotada, aunque antes de salir del trabajo volví a cambiarme. No hubiese sido capaz de aguantar un momento más con aquella ropa y aquellos zapatos. Además, aquél había sido un día demasiado intenso, mucho más que cuando Julia me enviaba a recorrer la ciudad en busca de cosas inútiles. Me dejé caer en el sofá, junto a Simón, que sostenía entre sus manos un mando de la PlayStation con el que parecía matar a docenas de soldados del juego que salía en la pantalla. Por cierto, nunca he sido capaz de manejar uno de esos trastos.

—¿Qué tal tu día con el tío ese del instituto? —gritó por encima del alto volumen del televisor—. ¿Te ha reconocido?

—Sí —contesté con desgana—, pero no me hagas hablar de este día. Prefiero empezar a coger fuerzas para mañana antes de agotarme por exceso de información. ¿Dónde está Laura? ¿Ha llegado del trabajo?

—Ha venido a toda prisa del curro —contestó Simón mientras seguía dándole a los pulgares a toda velocidad—. Martín apareció de repente.

—Joder —gruñí—, nunca me entero de nada. ¿Y dónde están los tortolitos?

—Los tortolitos —respondió, claramente irritado— serán unos empalagosos de mierda cuando se hablan, pero parece que también saben echar buenos polvos. ¿Por qué te crees que tengo la tele tan alta?

—Uf, te entiendo —dije al tiempo que me reclinaba sobre su hombro—. Lo que menos me apetece en este momento es oír a esos dos follando.

A los pocos minutos, salieron ambos de la habitación, intentando recomponer su aspecto. Laura se aferraba a él como un pegajoso pulpo y no

paraba de darle besos por todas partes.

—¿De verdad tienes que marcharte otra vez? —lloriqueó, componiendo un triste mohín—. A este paso no tendremos tiempo ni de casarnos.

—Ya verás como sí, mi bizcochito. Muy pronto estaremos casados tú y yo.

Tanto Simón como yo nos miramos con una mueca de asco. Introdujimos dos dedos en nuestras bocas y simulamos una gran arcada.

A ver, no me malinterpretéis. Martín me caía bien. A pesar de ser un plasta, quería mucho a Laura y la trataba como si fuese de algodón. De algodón de azúcar, claro.

—Veo que has encontrado un hueco para hacernos una visita —le comenté una vez que se separó de mi amiga lo suficiente como para poder hablar con alguien.

—Hola, Rebeca. —Me dio dos besos y un abrazo—. Pues sí, he podido escaparme hoy, pero esta misma noche he de salir para Burdeos de nuevo. Supongo que Laura ya os habrá comentado lo de mi proposición de matrimonio.

—Sí, nos habló de ello. —Miré de reojo a Simón, que torció la boca en un rictus de desagrado—. Nos parece que es demasiado joven, pero si lo tenéis claro...

—Martín ya tiene treinta años —replicó Laura mientras lo miraba con ojos de orgullo—. Ascenderá en su trabajo, además de que nos hace mucha ilusión.

—No podré evitar seguir viajando —aseguró Martín—, pero siempre en territorio nacional y cada viaje no durará más de un par de días.

—¿No es estupendo? —soltó Laura, entusiasmada—. Por eso hemos decidido que la boda sea lo más pronto posible. Una ceremonia sencilla en el ayuntamiento. Hoy hemos ido a reservar fecha y tenían un hueco para dentro de dos meses.

—¿Dos meses?! —exclamé—. Pero... ¡eso es muy poco tiempo!

—¿Y para qué queremos más? —contestó mi amiga—. Viviremos en su piso y ambos tenemos trabajo. Únicamente he de comprarme un vestido bonito.

Ya sabéis que apenas tengo a quien invitar, aparte de vosotros. Será una boda íntima, ¿verdad, cariño?

—Lo que tú digas, mi bizcochito.

Simón no había dejado de matar soldados. Agarraba el mando con tanta fuerza que creí que lo partiría de un momento a otro. Diría que hasta había vuelto a subir el volumen del televisor, hecho que Laura le recriminó en cuanto Martín se despidió y se marchó.

—Podrías mostrar un poquito más de entusiasmo —lo riñó—. Siempre nos hemos alegrado de la felicidad de los miembros de este grupo.

Simón pausó su partida y tiró el mando sobre la mesa.

—Y también hemos sido sinceros los unos con los otros, siempre —le respondió—. Así que no puedo mostrar un entusiasmo que no siento.

—Pero ¿por qué? ¿Qué problema tienes con Martín?

—Mi problema no es Martín. —Se levantó del sofá y se encerró en su habitación con un portazo.

—A éste, ¿qué le pasa? —me preguntó Laura.

—Ni idea —respondí—. Estoy tan sorprendida como tú.

No seguimos hablando del tema porque nos interrumpió el timbre de la puerta. Fui a abrir y me encontré con Selene, nuestra vecina buenorra.

—¿Qué necesitas? —le pregunté, a sabiendas del motivo de sus incesantes visitas.

—Esta vez, nada. —Entró veloz por la puerta y se sentó en el sofá—. Bueno, sí. ¡Que me escuchéis! Porque... tachán, tachán... ¡He conocido a alguien!

—¿Otra vez? —solté apática, al tiempo que Laura y yo nos sentábamos a su lado.

Como ya he dicho, no le tenía envidia a nuestra vecina. Bueno, vale, sí, un poquito. ¡No podía remediarlo!

Decidme vosotros si no sentiríais envidia de una chica tan guapa y perfecta, altísima, con el cabello cortado al estilo Cleopatra, negro y brillante. Sé que

el poco dinero que ganaba era para conservar esa imagen de diva, pues debía mantener perfecto su pelo, su rostro, sus uñas y su armario. Para colmo, era imposible que te cayera mal, pues siempre la tenías ahí para consolarte, para darte ánimos o un buen consejo. Segura de sí misma y con talento, nunca dejó de lado sus convicciones por un trabajo atrayente. O sea, que rechazó buenas ofertas si a cambio le pedían acostarse con alguien, cosa que hacía cuando le daba la gana por su facilidad de ligar con los tíos.

¿Qué os parece? ¿Se me permite tener un poco de envidia?

Vale, sabía que me ibais a entender.

—¡No, no es lo que pensáis! ¡He conocido al hombre de mi vida!

—Cuéntalo todo ahora mismo —le pidió Laura mientras tiraba de la manta que guardábamos bajo los cojines y nos acomodábamos las tres.

Y nos contó aquella historia que tiempo después sería demasiado relevante en mi vida...

* * *

La historia parece que comenzó en un bar. No, no penséis cosas raras. Era un bar de esos normales donde se reúnen amigos, parejitas o madres después del cole para tomar un café o una caña. Selene compartía mesa con una amiga, con la que había compartido también un *casting* aquella mañana para intervenir en una serie para la televisión. Sobra decir que no cogieron a ninguna de las dos, por lo que parecían ahogar su fracaso en cerveza.

—Estoy hasta el toto de esta mierda —gruñó Chloe, su amiga, que se llamaba Mari Carmen en realidad—. Estos *castings* inútiles, donde todo está amañado de antemano... Importa un carajo lo buena que seas. Si no tienes un buen enchufe, no tienes nada que hacer. Y no me refiero únicamente al de la recomendación, sino a que te dejes «enchufar» sobre la mesa del director o le chupes el «enchufe» bajo esa misma mesa.

—No seas pesimista —intentó animarla Selene—. Un día tiene que

llegarnos la oportunidad. Para estas cosas también es necesaria una buena dosis de suerte.

—Pues la nuestra parece haberse mudado definitivamente a las Maldivas. Y no lo entiendo, porque mira que le damos poco trabajo...

Selene rio. Chloe la hacía reír muy a menudo, a pesar del tiempo que llevaban de fiasco en fiasco. Subsistían a base de cuatro posados mal pagados para poder costearse las clases de interpretación..., pero Selene nunca tiraba la toalla.

—Será mejor que pasemos página —le recomendó a su amiga—. Deberíamos volver a llamar a aquella agencia que te busca cosillas como figurante o extra, para recordarles que existimos. Tal vez un día alguien se fije en nosotras.

—Estaría bien salir en «Juego de Tronos», aunque fuera un puto minuto —suspiró Chloe—. Aunque hoy paso de seguir con el tema. Hablando de enchufes, fijate en los dos tíos que hay en la barra que no dejan de mirarnos. Por cualquiera de ellos me dejaba yo enchufar, sobre todo por el de la chaqueta de cuero y la barbita. Tiene pinta de ser de los que te empotran contra la pared y te lo hacen de pie. Joder, cómo me estoy poniendo sólo de pensarlo.

—Pues yo ya estoy harta de esos tipos —comentó Selene mientras miraba hacia la barra—. Conozco demasiado el proceso: chico malote que te empotra salvajemente y del que esperas que esconda un buen corazón bajo ese aspecto rebelde, cosa que no aparece nunca porque es tan capullo como aparenta.

—¿Y te fías más del que tiene al lado, que también nos mira? Viste de traje y tiene cara de niño bueno. Ésos son los peores.

El primero en acercarse a la mesa fue el tipo con pinta de rebelde sin causa. Se sentó junto a Chloe y empezaron a hablar, a reír y a beber. Sólo unos minutos después se estaban besuqueando.

—Selene, cariño —le dijo su amiga al rato, entre beso y beso—, me voy a casa. Mañana nos llamamos. ¡Chao!

Y se marchó cogida del brazo del desconocido mientras continuaban riendo.

—Genial —musitó nuestra vecina.

En realidad, no tenía muy claro por qué estaba molesta. Supuso que estaba demasiado mal acostumbrada a que los tíos se lanzaran sobre ella antes que sobre su amiga, pero, en aquel caso, debía importarle un pimiento. No le apetecía para nada darse un revolcón con un imbécil que no iba a aportarle nada. Estaba harta de que todo se acabara después del sexo. Nunca soñaba con ninguno de los tipos con los que follaba, ni siquiera los recordaba un minuto después.

—Perdona. —Una voz masculina a su espalda la sacó de sus sombríos pensamientos—. ¿Puedo acompañarte? Veo que tu amiga te ha abandonado.

Selene levantó la vista. Se trataba del otro tipo de la barra, el que vestía de traje y tenía cara de bueno. Visto de cerca le pareció guapísimo, con un alborotado cabello castaño, unos cálidos ojos marrones y una sonrisa capaz de derretir el acero más sólido. Era alto, delgado y aparentaba unos treinta años.

—Eso parece —contestó ella—. Pero, si decides acompañarme, te advierto una cosa: no esperes el mismo resultado que el otro tío ha conseguido con mi amiga. No me pienso ir contigo a ninguna parte.

—No era mi intención. —Rio mientras se acomodaba en la silla contigua—. Mis amigos suelen decir de mí que soy demasiado tradicional. Me gusta que haya un orden en las cosas.

—Perdona —respondió Selene, algo abochornada—, pero entiende que, por mi aspecto o mi profesión, suelo dar a entender que llevo un letrero colgado del cuello donde dice «zorra caliente busca macho potente para pasar un buen rato».

—¿A qué te dedicas? —preguntó el desconocido—. Perdona ahora tú —rio—, me presentaré primero. Me llamo Ángel.

Y no podía ser un nombre más oportuno. Selene lo vio desde el primer instante como a un ángel recién caído del cielo.

—Yo soy Selene, aunque es mi nombre de guerra. Soy aspirante a actriz o modelo. —Torció el gesto antes de sonreír—. En realidad, mi nombre es bastante más terrenal.

—No es necesario que me lo digas —comentó Ángel—. Me gusta Selene. Tienes cara de Selene.

—Gracias —sonrió—, pero para lo que me ha servido...

—Debe de ser muy emocionante trabajar como actriz —añadió él mientras pedía un par de cervezas a la camarera.

—Aspirante —recalcó con un suspiro—. Lo de trabajar en ello está más que complicado. Hoy mismo, mi amiga y yo volvíamos de un *casting* para el que hemos tenido que levantarnos a las cuatro de la mañana... y todo para nada, como siempre.

—Si te sirve de consuelo, me parece muy apasionante. Mi profesión es bastante más aburrida que todo eso. Soy un simple comercial.

—¿Qué vendes?

—Aspiradoras. —Rio y le guiñó un ojo en un gesto que desbocó el corazón de Selene—. Es broma. Represento a una importante multinacional y he de viajar constantemente, sobre todo a los Emiratos Árabes, Bahréin y Qatar.

—Oh, sí —ironizó ella—, qué aburrimiento. Te pasas la vida viajando a países insólitos, conociendo otras personas, otras costumbres y culturas, exóticas mujeres... Un rollazo, vamos.

—Créeme —la interrumpió con una sonrisa—, es bastante más aburrido de cómo lo describes.

—Debes de tener una novia en cada puerto, como dice la tradición.

—Me queda muy poco tiempo para ligar entre viajes, reuniones y el *jet lag*, te lo aseguro.

Para Selene, Ángel representaba una sorpresa tras otra. Por fin, un tipo no alardeaba de conquistas, de tener un trabajo apasionante o de ser un experto follador. Y, sin embargo, aquel hombre le pareció el más interesante de

cuantos hubiese conocido en su vida, además de culto, sensible, guapo... Era perfecto.

Aquel día se despidieron en la puerta del bar. A Ángel no le quedaba mucho tiempo en la ciudad antes de volver a marcharse a un nuevo viaje.

—Podríamos intercambiar los teléfonos —le propuso Selene. Le interesaba mucho y no pensaba esperar a que a él se le ocurriera algo para volver a verse—. Si te apetece, claro está.

Ángel la miró con sus cálidos ojos castaños y sonrió con un atisbo de timidez que a Selene le pareció el gesto más atractivo que había visto jamás en la boca de un hombre.

—¿Apetecerme? —inquirió él—. Todavía estoy de lo más desconcertado. Que una chica como tú se interese por un tipo como yo...

—¿Qué clase de chica crees que soy? —le preguntó ella, temerosa de que le hablara de su impresionante belleza, como todos.

—Pues... te imagino en esos *castings*, en tus clases de teatro, conociendo a hombres tan interesantes como tú. Siempre he creído que los artistas tenéis un don, algo que yo jamás he imaginado siquiera. Vuestra vida es emocionante y yo sólo me muevo en aviones y despachos.

—Vaya... —Selene se quedó con la boca abierta. Nunca había pensado que, en realidad, aunque tuviera que aguantar tantos rechazos, su vida fuera tan interesante... pero era cierto. Cuando interpretaba un papel, sentía que viajaba, en tiempo y en espacio, mientras adoptaba la personalidad de otra persona. Actuar era un viaje apasionante—. Gracias por decirme algo así, Ángel. Es lo más bonito que han dicho de mí en mi vida.

—¿Y no te dicen lo guapa que eres? —bromeó con otra de aquellas atractivas muecas.

—Sí —rio—, pero estoy cansada de tanta superficialidad.

—Pues entonces —intervino él al tiempo que levantaba una mano y le acariciaba el rostro—, me temo que también tengo mi parte superficial.

Porque, por muchos países exóticos que haya recorrido, jamás me he cruzado con una mujer más preciosa que tú.

Le dio un beso en la mejilla que a Selene la estremeció mil veces más que cualquier beso erótico que hubiese recibido. Se intercambiaron los teléfonos antes de que él se marchara, dejando a Selene con sabor a poco, con ganas de mucho más.

Casi había perdido las esperanzas con respecto a los hombres, como le pasaba a la hora de conseguir un papel o ser imagen de un perfume. Al menos, en ese sentido, la suerte apareció cuando menos lo esperaba.

Volvieron a verse varias veces más en el mismo bar. Conversaban, tomaban algo y se iban conociendo... hasta que él tuvo que volver a irse. Cuando se despidió de ella sin saber hasta cuándo, Selene se sintió vacía y extraña, arrepentida de no haber aprovechado más el tiempo con él, ávida de haberlo conocido un poco más.

Porque se había enamorado.

* * *

Laura y yo apenas habíamos pestañeado, esperando saber más de aquella romántica historia.

—¿Y ya está? —se interesó Laura—. ¿No te has acostado con él?

—No —suspiró—. Y no entiendo que ninguno de los dos lo propusiera, pero es que hasta sus besos se limitaron a ser castos y no estoy nada acostumbrada a que los hombres no me bajen las bragas a la primera de cambio.

—Pues muy normal no es, no —comentó mi amiga.

—¿No lo has vuelto a ver? —le pregunté.

—En persona, no —sonrió—, únicamente a través del móvil. Pero ya me ha informado de que estará de nuevo en Barcelona este fin de semana. ¡Me muerdo de ganas de verlo!

—¿Tienes alguna foto o vídeo para enseñarnos? —inquirió Laura—. Me gustaría ver a ese dechado de virtudes.

—¡Tengo un montón!

Sacó su móvil, tecleó en él y abrió un vídeo donde podíamos ver a Ángel grabándose mientras visitaba Bahréin, mostrando los llamativos contrastes entre los altos y modernos rascacielos y los pequeños pueblos con artesanos alfareros o pescadores. Explicaba, así mismo, gran parte de la historia que contiene el pequeño país en sus restos de antiguas civilizaciones.

—Qué mono es, por favor —suspiró Laura.

—Y parece culto e inteligente —añadí—. Eso es un valor añadido en un tío.

—Qué me vas a contar —suspiró Selene—. He llegado a pensar que lo mejor sería olvidarme de él. Descubrirá que yo apenas acabé el instituto, que no tengo mucho que aportar... y que un tipo tan inteligente se aburrirá conmigo.

—¡Para el carro! —la frené—. Pero ¿de qué estás hablando? Si no le hubieses interesado, no te habría enviado tanto vídeo, tanto mensaje ni tanta foto, y mucho menos te habría llamado casi cada día como nos has contado.

—No sé... Me abruma que sea tan culto y yo no sepa, a veces, ni de qué me está hablando.

—En vuestra próxima cita, lo aclaras —le recomendé—. Tienes que averiguar si le interesas de verdad, o te estarás colgando de un tío tontamente.

—Tenéis razón —suspiró—. En fin, tengo que irme, aunque, ya que estoy aquí, ¿podríais darme algo para la cena? Cualquier cosa me vale, como un huevo o un poco de pan para hacerme una tostada. He abierto mi nevera y se me ha movido el flequillo de la corriente de aire que ha surgido de ella.

—Hoy te quedas a cenar con nosotras —le propuse, sonriente—. No es que tengamos gran cosa, pero podremos apañar algo. A cambio, te voy a pedir que me ayudes a buscar en mi armario algo para ponerme para ir a trabajar. Ya no puedo seguir robándole la ropa a Julia.

—¡Genial! —exclamó Selene—. Vayamos en busca de ese armario.

—¿Y Simón? —preguntó Laura cuando nos levantamos del sofá—. No lo he visto desde hace rato.

—Se ha marchado —nos informó Selene—. Mientras escuchabais atentas mi historia, lo he visto salir por la puerta. Ni nos ha mirado siquiera.

—Ya tiene uno de sus días raros —bufé—. Cuando se le cruzan los cables, no hay quien hable con él.

—Creo que sé lo que le pasa —dijo, traviesa, Selene—, pero no os lo voy a contar. Es algo que, tarde o temprano, se sabrá.

—Si tú lo dices...

Capítulo 7

Colgada de Bruno... otra vez

La ayuda de Selene resultó de lo más efectiva. Después de rebuscar en mi triste armario, donde no había nada parecido a una falda, decidimos que podría combinar vaqueros con algunas blusas bonitas que aún tenía guardadas con la etiqueta colgando, debido a las escasas ocasiones que me habían surgido para estrenarlas. Rematando las dos prendas con una americana negra y unas botas con algo de tacón —algo que quedara elegante pero que no me provocase vértigo—, conseguí un aspecto bastante satisfactorio. ¡Ah!, y no olvidemos el pelo. Mis amigas me ayudaron a plancharlo y yo misma aluciné al comprobar lo bonito que lo tenía. Igualmente, Selene me dio un cursillo intensivo de maquillaje para sacarle el máximo partido a mi rostro de forma rápida y sencilla. Sólo había hecho falta un poquito más de tiempo y menos cansancio.

Así que, aprovechando que podía hacer todo el trayecto en autobús de un tirón, me presenté en la oficina bastante temprano, para poder adelantar algo de trabajo sin sentir la continua presencia de Bruno a medio metro de mí.

Lo que no me esperaba era encontrarme al susodicho en mi despacho.

Bueno, vale, en el despacho de Julia.

—¿Se puede saber cómo has podido entrar aquí antes que nadie? —le dije mientras dejaba el bolso en el perchero.

—Buenos días, Rebeca —me contestó con una sonrisa que me pareció de lo más forzada—. Le he pedido al vigilante que me abriera.

—¿Así de fácil? —Apoyé las manos en la mesa y lo encaré.

Sí, vale, estaba guapísimo. Llevaba un traje oscuro y una camisa celeste

que reavivaba el color de sus ojos. ¡Qué tendrían que me cautivaron tantos años atrás y lo seguían haciendo!

—Mi nombre me avala —soltó—. Tengo mis buenos contactos.

—Oh, perdona —repliqué con sorna—. Había olvidado que eres un niño pijo capaz de conseguir lo que le dé la gana, como hacías en el instituto.

—Si tú hubieses sido popular, ¿no lo habrías aprovechado? —me rebatió—. Vamos, Rebeca, admítelo.

—Lo único que puedo admitir es que eres un imbécil. —No pude remediar contestarle. Me cabreó tanto que sentí la rabia corroer mis venas—. Tanto o más que hace diez años.

—Eres una chica valiente, tengo que reconocerlo —me contestó con un deje de diversión.

—¿Valiente?

—Sí —afirmó mientras se acercaba un poco más a mí—, por insultarme a pesar de que sabes que puedo dar por zanjado el tema con Universal y mandar al carajo la propuesta de tu jefa.

Me quedé sin saber qué decir. Tenía razón. Por mucho que me importara un pepino mi jefa y su puñetera revista, no podía jugar con el trabajo y el futuro de mis compañeros.

—Pues entonces deja de provocarme —le pedí al tiempo que comenzaba a revisar la correspondencia en papel y en el ordenador.

—La verdad es que ayer empezamos con mal pie y hoy llevamos el mismo camino —suspiró él—. Firmemos una tregua. ¿Qué te parece si comentamos algunos aspectos de la revista?

—Me parece perfecto —aprobé.

—Pero antes de nada... déjame hacer una cosa. —Se levantó, salió del despacho y volvió a los pocos minutos con dos vasos de café con leche—. Son de la máquina de la sala de espera, pero están calientes y apetecen.

Acepté uno de aquellos vasos y nos metimos de lleno en el tema laboral.

—¿A ti qué te parece el contenido de la revista? —me preguntó al rato de

comentar dicho contenido.

—Pues... bien.

—Sinceridad, por favor. No digas lo que diría Julia. Di lo que piensas tú.

Medité unos instantes. No podía hablar más de la cuenta, y menos poner en entredicho las decisiones de mi jefa, pero mi razón chocaba de lleno con mi deseo de hacer las cosas bien. Siempre había tenido bastante presente que *Mundo Mujer* era una revista demasiado superficial y creía posible mezclar el glamur que se esperaba con artículos más útiles.

¿Qué hacía? ¿Arriesgaba o no arriesgaba?

Bruno me seguía escrutando con la mirada. Parecía tener la seguridad de que me estaba debatiendo conmigo misma. Y así era, porque en mi cabeza un grupo de voces me atosigaba para que no me metiera en camisa de once varas, pero había otro grupo que, aunque menos ruidoso, insistía en que, por una vez, fuese yo misma.

—La verdad es que creo que a esta revista le falta algo —decidí decir.

—Yo también lo creo —corroboró él, con una expresión de satisfacción—. Dime qué le añadirías tú.

No tuve que meditarlo mucho. Llevaba tanto tiempo organizando la revista en mi mente que no tuve más que transformar aquellos pensamientos en palabras.

—Bueno... Yo dejaría la parte glamurosa, sobre moda y estilo, los desfiles, las pasarelas y el mundo de la alta costura, pero ésta no acapararía la mayor parte de la revista. Sería una sección, lo mismo que habría otras, como salud, belleza, viajes, cultura..., incluso talleres para aprender. También había pensado en abrir un consultorio de asesoría jurídica, de psicología para tratar temas como el estrés o la depresión... ¡Ah!, y una bolsa de trabajo.

—Sigue, Rebeca.

—También me parecería interesante escoger a la mujer del mes, una que hubiese sobresalido en algún ámbito, como el empresarial, para que quedara patente que el éxito no es sólo masculino. De todos modos —continué—,

abogo por una imagen muy femenina, por lo que, en su base, seguiría siendo lo que es, entretenimiento para la mujer. Todo ello sin olvidar, por supuesto, las entrevistas a personajes de distintos sectores, como el cine, la televisión, la música, la moda...

Bruno había dejado de mirarme hacía unos minutos, pero se había dedicado a ir tomando notas en una pequeña libreta. No me interrumpió ni me dijo si algo le parecía bien o mal; nada. Cerró aquella libreta y, entonces sí, fijó sus ojos en mí.

—Eres brillante, Rebeca. —Me lanzó una sonrisa de esas que te bajan las bragas y acarició mi mejilla con el dorso de sus dedos—. No me extraña que Julia Castro decidiera irse una semana tan tranquila.

—A ver, a ver —intervine, muy nerviosa; por la conversación y por seducirme de aquella manera tan fácil para él—. Sólo me has pedido mi opinión. Yo no soy nadie para proponerle a un editor un cambio tan drástico. Hasta que no vuelva Julia, no debería decir nada.

—Pero ya lo has dicho —me recordó, complacido—, y puedo comentarlo con Diego de la Torre.

—¡Joder, Bruno! ¿No lo entiendes? ¡Aquí no soy más que una mierdecilla! ¿Qué te va a decir el gran señor De la Torre cuando le comentes de dónde provienen las ideas? ¿Y Julia? ¡Me dará tal patada en el culo que acabaré en Sebastopol!

—No te preocupes —me aseguró con total tranquilidad—, no sucederá nada de eso. Déjame a mí, que sé lo que hago. Y, ahora, si me disculpas —miró su reloj—, tengo que irme. Creo que podré acabar mi informe mañana o pasado. Hasta mañana, Rebeca.

La verdad, empezaba a estar harta del trato que me daba Bruno. Si el día anterior fui feliz porque me recordaba, ya no me parecía suficiente. Desde el principio se había comportado de forma borde y despectiva, y no se había dignado ni a mencionar el pasado. Parecía estar deseando largarse y que no

nos volviéramos a ver nunca más, pero, de vez en cuando, dejaba caer una de sus divinas sonrisas o me derretía con uno de sus simples roces.

¿Pretendía volverme loca o qué?

Supuse que los tiempos de instituto habían vuelto. Si en aquella ocasión me había humillado porque se avergonzaba de mí, ahora volvía a pasar. Y si pretendía reírse de mí viéndome babear por él otra vez, lo estaba consiguiendo. Sin embargo, esa vez no me limitaría a aguantar las ganas de llorar. Esa vez le iba a demostrar que, aunque seguía siendo una pringada, no me dejaba pisotear.

Resuelta, cogí el teléfono y empecé a hacer unas llamadas. Estaba acostumbrada a indagar y buscar cosas de lo más estrambóticas que Julia me pedía, y era capaz de encontrar el objeto más absurdo o la persona más escondida.

Tenía que saber en qué hotel se hospedaba Bruno.

Tras mis pesquisas, basándome en la cercanía que parecía haber con el aeropuerto o con las oficinas de la revista, fui acotando las posibilidades y fui llamando uno a uno preguntando por él hasta que lo localicé en el Gran Hotel Havana, en la Gran Vía.

¡Bingo!

—¡Vera! —llamé a la redactora mientras atravesaba la redacción—. Necesito un favor. Tengo que salir. ¿Podrías hacerte cargo del teléfono por esta tarde? Sólo será hoy, te lo prometo...

—¿Tiene algo que ver el tío bueno que se fue hace un par de horas? Vale —suspiró—, no quiero saberlo. Te haré el favor, pero no te acostumbres. Más que nada porque, cuando vuelva Julia, no tendrás tiempo ni de mear.

—¡Gracias, guapa! —Le di un beso en la mejilla y salí pitando del edificio en busca de un taxi que me llevara a mi destino.

* * *

No sé de dónde saqué aquel día las fuerzas y la decisión, porque, para muchas cosas, seguía siendo la misma adolescente apocada. Me daba mucha rabia, lo admito, pero era algo que no podía controlar. Era una especie de pánico a ser visible, a meter la pata. A veces soñaba que hablaba en público y decía alguna chorrada que provocaba que la gente se riese de mí. Me despertaba en mitad de la noche sudando, con el corazón a mil por hora, como si hubiese soñado con un asesino en serie..., pero no, soñaba con mis miedos y mis inseguridades, que me daban tanto pánico como un *thriller* plagado de psicópatas.

Putá timidez y puto carácter de mierda...

Por eso me sigue asombrando que aquel día decidiera presentarme en aquel elegante hotel y acercarme a la recepción a preguntar por la habitación de Bruno.

—El señor Balencegui se hospeda en la trescientos catorce, en la tercera planta.

—Gracias. —Me fui pitando hacia el ascensor, atravesando la impresionante recepción con forma ovalada y paredes de cristal antes de que aquella mujer preguntara mi nombre.

De nuevo, frente a la puerta de la habitación, sólo dudé un instante antes de tocar con los nudillos sobre la brillante superficie. Cuando Bruno apareció, se me secó la boca y casi me quedé sin voz, como en mis pesadillas cuando intentaba hablar en público. Sólo fui capaz de carraspear, tragar saliva varias veces e inspirar con fuerza para intentar paliar los fuertes latidos de mi corazón, que notaba en la garganta. Un sudor frío me cubrió la espalda y tuve que sujetarme al marco de la puerta antes de echarle morro y entrar.

¿Y por qué, os preguntaréis, semejante *shock*? Pues porque Bruno me recibió con sólo unos pantalones sobre su cuerpo. Sí, eso he dicho, sin nada más, puesto que sus pies asomaban descalzos y su increíble pecho apareció descubierto. Enterito. A la altura de mis ojos apareció su tórax, cuyo centro era apenas poblado por un minúsculo remolino de vello del color de su pelo.

Al seguir bajando la vista, me encontré con su estómago plano y una fina línea que bajaba desde su ombligo y se perdía bajo la cinturilla del pantalón, que, por cierto... ¡llevaba desabrochado!

Y todo ese panorama... ¡a pocos centímetros de mi cara!

No fueron más que unos segundos, durante los cuales tuvieron lugar todas esas reacciones físicas juntas, pero fue suficiente como para que me viese obligada a apartar la vista y respirar profundamente si no quería ser víctima de una lipotimia.

Bruno sujetaba en una de sus manos un vaso con licor y no pudo quedarse más sorprendido al verme en su puerta. No os cuento al verme entrar en su *suite*.

—¿Rebeca? —titubeó, confundido—. ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo has averiguado...?

—¿Qué te pasa conmigo, Bruno? —lo interrumpí—. Dime, ¿qué problema tienes conmigo?!

—No tengo ningún problema contigo —respondió, aunque vi perfectamente cómo parpadeaba, desconcertado.

—¡Claro que lo tienes! —insistí—. Entiendo que en el instituto te rieras de mí y que luego pasaras de volver a hablarme para que no te vieran tus amigos porque te avergonzaba que te vieran conmigo. ¡Vale, lo entiendo! Supongo, también, que aquella tontería de besarme junto a las taquillas debió de ser una apuesta y os serví como blanco de vuestras bromas. ¡Perfecto!

En mi interior no me parecía tan perfecto ni perdonable, pero podía comprender y pasar por alto las chorradas que se hacen en la adolescencia.

—Pero lo que me está tocando los ovarios —proseguí— es que sigas en el mismo plan diez años después, cuando ya somos adultos y...

—Eh, para el carro, Rebeca... —Intentó calmarme, pero no lo consiguió hasta que aumentó el volumen de voz—. ¡Para ya, por favor! ¿De qué demonios estás hablando?

—De la cara de asco que pones a veces, del desprecio con el que me

hablas o de las ganas que tienes siempre de largarte. Y, lo peor, ¡de cómo te burlas de mí cuando me miras como si te gustara!

—Esto es el colmo... —murmuró.

—¡No pretendo gustarte! —insistí una vez más—. Pero, al menos, hubiese estado bien tener una conversación sobre lo que pasó aquel día, darme una explicación o quitarle importancia. Pero nada. Igual que entonces, parece que temes que te vean conmigo.

Bruno compuso una expresión indescifrable. Me miraba como si no supiese por dónde empezar a contestarme. Al final, decidió llevarse a la boca el vaso que sujetaba, beberse su contenido y dejarlo sobre un mueble antes de acorralarme contra la puerta.

No me dio tiempo ni a sorprenderme por aquel asalto, por sentir su pecho fuerte y caliente sobre mí. Ni siquiera pude pensar en nada que no fuese su boca apretando la mía para besarme con rudeza. Me abrió los labios con los suyos e introdujo su lengua, con fuerza y decisión. Cuando sentí su humedad en mi boca, sólo pude reaccionar acompañando sus movimientos, igualando su ímpetu.

Dios mío, Bruno me estaba besando... otra vez. Y, en esa ocasión, el beso nada tenía que ver con aquel que me diera diez años atrás. Me vi asaltada por su sabor y su olor, por su presencia. Su lengua sabía a whisky, a pasión, a deseo. No pude evitar rodear su cuello con ambos brazos, sentir en las palmas de mis manos el fuego que emanaba de su piel.

Temí marearme, sobre todo al oír los gemidos que ambos emitíamos mientras nuestros labios y lenguas seguían danzando sin control. Por un diminuto instante me dio por pensar si de nuevo volvía a reírse de mí, instante que me bastó para despertar y apartarlo de mí de un empujón.

—¿Se puede saber qué coño haces? —le pregunté. Temí que fuera a salirseme el corazón por la boca o que mis pulmones no soportaran tanta presión.

Él me miró con los ojos encendidos, respirando a toda velocidad. Su pecho

desnudo subía y bajaba mientras trataba de recuperar el control.

—Besarte como debería haberte besado aquel día.

No entendí nada. Estaba furiosa a la vez que alucinada y excitada.

—Sí, Rebeca, aquel día el beso fue sincero. Y no me mires así. No tengo ninguna intención ahora mismo de reírme de ti ni de jugar contigo a nada.

—Lo siento —repliqué—, pero eso es lo que parece, porque un chico como tú no pudo fijarse en una chica como yo. Y tampoco creo que sea tu tipo ahora.

—Sí que me fijé en ti, Rebeca. Podía parecer un idiota superficial, pero no lo era. Estaba harto de chicas llamativas pero huecas por dentro.

—¿Como Tamara? —solté con ironía—. Porque, perdona que te diga, salías, precisamente, con esa chica hueca y no conmigo.

—Porque quedábamos bien como pareja —suspiró—. Todos me envidiaban por salir con la chica más guapa y popular.

—Entonces, sí que eras superficial —le reproché—. Sólo te interesaba el qué dirán.

—Te prometo que lo pasé fatal —murmuró—. Lo único en lo que pensaba era en enfrentarme a esa gente, decirles que me gustaba la chica rubia friki, que era más interesante que cualquiera de las guapas y perfectas que nos acompañaban.

—¿Entonces? —planteé, desconcertada—. ¿Por qué no volviste a hablarme el resto del curso?

Bruno bajó la vista y deslizó su mano por su pelo. Parecía contrito.

—Claro —respondí yo misma con mordacidad—, porque te avergonzabas de mí. Porque peligraba tu estatus de chico popular.

—Me gustabas, Rebeca. Te prometo que quise decírtelo aquel día, después de besarte, pero sonó el timbre de salida y...

—¿De verdad? —lo interrumpí de nuevo—. Pues no lo demostraste ni un ápice. Lo digo más que nada porque no te dignaste ni a mirarme después de aquello.

—La gente me presionaba, estaba confundido...

—¿Confundido? Menuda chorrada. ¿Por qué no tienes los huevos de decirme la verdad?

—Aquel día —suspiró—, junto a las taquillas, me dijiste algo que cambiaría mi vida para siempre... o, al menos, eso creí.

Dejé de atosigarlo para dejar que se explicara.

—Me hablaste de tus sueños, de tu decisión de estudiar lo que te gustaba, de que nadie tenía derecho a arrebatarte eso... Durante los siguientes días estuve pensando en ello. Mi padre era el dueño del bufete de abogados Balencegui e hijo, porque antes había sido de mi abuelo y se esperaba que yo sucediese a mi padre... pero yo no quería ser abogado. La verdad es que, antes de esa conversación contigo, llevaba ya mucho tiempo angustiado, dándole vueltas a todo aquello, mortificado por la guerra que mantenían en mi interior el deseo de no decepcionar a mi padre contra mi propio deseo.

—¿Cuál era ese deseo? —le pregunte más apaciguada, realmente interesada en su historia.

—Siempre me ha gustado dibujar, pintar y modelar, y se me daba francamente bien. Una de mis maestras de secundaria se dio cuenta de mi potencial y se ofreció a darme clases particulares, que yo tomaba después del colegio sin decirlo en casa. Ella me aconsejó que eligiera bachillerato artístico como antesala a la carrera de Bellas Artes... y eso hice.

Volví a dejarle tomarse un respiro antes de continuar.

—¿Sabes por qué acabé en un instituto público? Pues porque ése fue el castigo de mi padre al enterarse de que estaba cursando bachillerato artístico. Le dije que eso era lo que me gustaba, pero lo único que se le ocurrió fue preguntarme si era gay.

—Joder... —murmuré.

—Pero entonces llegaste tú, con tus ideas y tus sueños, y me hiciste ver que yo tenía derecho a elegir mi propio camino, así que, tras meditarlo un tiempo, me planté un día delante de mi padre y le dije que no pensaba estudiar Derecho, que me matricularía en Bellas Artes y punto.

—¿Qué pasó entonces? —quise saber—. Porque a la vista está que eres abogado.

—Primero me soltó toda clase de insultos y amenazas, diciéndome que me desheredaría, que un Balencegui no podía dedicarse a esas gilipollices, que nunca podría vivir de esas tonterías, que me moriría de hambre... Pero yo estaba más decidido que nunca, así que le solté que me iba de casa, que ya tenía dieciocho años y que haría lo que quisiera...

Me acerqué a él. Su rostro denotaba la presión y la angustia que le estaban ocasionando aquellos amargos recuerdos. Tomé una de sus manos entre las mías e intenté darle fuerzas con aquel simple gesto.

—Mientras subía la escalera para encaminarme a mi habitación y recoger mis cosas, oí el grito de mi madre. Bajé veloz de nuevo hasta el despacho, donde habíamos tenido la discusión, y me lo encontré en el suelo, con la cabeza en el regazo de mi madre. Me incliné sobre él. Estaba pálido y se agarraba el pecho con fuerza mientras mi madre no dejaba de llorar y de gritarme que llamara a una ambulancia. Le había dado un infarto.

»“¡Ha sido por tu culpa!” —gritó mi madre una y otra vez, cuando los sanitarios le colocaron la mascarilla—. ¡Por tu culpa!”

—Oh, no... —susurré—. ¿Qué pasó con tu padre? ¿Pudo superarlo?

—Sí, sobrevivió, pero nada fue igual. Cuando lo vi entrar de nuevo en casa en una silla de ruedas, entendí que mi sueño había acabado. No podía ser el causante de la muerte de mi padre. Me matriculé en Derecho y entré a formar parte del bufete.

—Lo siento mucho. —Me acerqué un poco más a él y posé mi mano en su mandíbula. El simple roce de la piel áspera de su barbilla hizo que se me estremeciera toda la columna vertebral—. Supongo que, sin mala intención, tuve mi parte de culpa.

—Ni se te ocurra decir eso —me consoló. Colocó ambas manos alrededor de mi rostro y me miró como nunca nadie me había mirado. Si acaso, únicamente lo había hecho él mismo durante unos instantes diez años atrás,

cuando hablamos sentados en el suelo mientras yo me comía un bocadillo de Nocilla e intentaba no mostrar mis dientes pringados de chocolate—. Gracias a ti puedo decir que tuve el coraje de dejar a un lado el dinero y los privilegios que me otorgaba mi familia en favor de mis sueños. Si no lo conseguí... fue por las malditas circunstancias.

Sentí un atisbo de dolor y pena, porque me pareció paradójico que yo, la pringada de turno, estuviese consolando al chico fuerte y popular, al guapo, al que parecía que tenía el éxito asegurado. Y todo eso seguía ahí, pero podía verse a kilómetros de distancia que no era feliz.

—No imaginas —me susurró— la alegría que sentí ayer al reconocerte, al ver que te había encontrado después de todo este tiempo. Perdona por haber dudado cuando nos saludamos, pero has cambiado. Eres toda una mujer, preciosa, atractiva, inteligente, valiente...

¿Yo era todo eso?

—Si te sirve de algo —le dije con un mohín—, mis sueños se quedaron un poco en agua de borrajas. Mira lo que soy, una secretaria que se pasa la vida haciendo recados para su jefa y que ha llegado a pelearse por conseguir su desayuno diario.

—Estudiaste lo que querías —me rebatió. Sus dedos cada vez acariciaban más partes de mi rostro.

—Sí, bueno...

—Trabajas en una revista, aprendiendo cómo funciona una redacción.

—Sí, eso sí...

—Seguro que debes de tener en ciernes alguna novela. —Sonrió—. Porque recuerdo que me dijiste que te gustaría escribir una.

—Llevo escrita más de la mitad. —Le devolví la sonrisa. Era cierto, se acordaba...—. No sé cuándo seré capaz de terminarla, pero...

—Conseguirás lo que te propongas, Rebeca —murmuró—. Todas esas ideas que me has contado sobre lo que cambiarías en la revista han sido

geniales. Tuve que levantarme e irme de la redacción para no sucumbir al deseo que me entró de besarte por encima de tu mesa.

—La mesa de Julia. —Sonreí—. ¿Eres de esos a los que la inteligencia femenina les pone cachondos?

—Muy cachondo —respondió mientras reía abiertamente. Por poco no se me abre el pecho al observarlo. Esa risa sí que era la suya, la de siempre, la que lo transformaba de nuevo en el chico más guapo e interesante. Ya no era ese chico, pero se había convertido en un hombre mucho más atractivo.

Cuando cesaron sus risas y me miró de forma tan profunda, supe de antemano lo que iba a pasar. Me puse bastante nerviosa, para qué negarlo, pues hacía siglos de mi último escarceo sexual, que había sido en un motel de mala muerte con un tipo que conocí en un bar con unas copas de más.

Podría aprovechar para explicar mi nefasta vida sexual. No os preocupéis, en unas pocas líneas lo resumo todo. Perdí la virginidad a los veinte años en un coche. Me decidí porque mi amiga Laura ya lo había hecho con Martín y quise cerciorarme de que era tan maravilloso como ella contaba..., pero no, nada más lejos de la realidad. Fue horrible y me dolió. Después de eso y de unas pocas veces más con tipos que no me interesaban, decidí que yo solita obtenía más placer.

Qué patética vuelvo a sonar, ¿verdad?

Sin embargo, con Bruno fue tan distinto... Mientras desabotonaba mi blusa y mis vaqueros y me dejaba en ropa interior, ya presentí que iba a vivir la mejor experiencia sexual de mi vida. Ávida de tocarlo, posé mis manos en su pecho desnudo y las deslicé sobre su piel, que estaba tan caliente que traspasó ese calor a través de todo mi cuerpo.

Pero él no parecía querer ir tan despacio. Se lanzó sobre mi boca y me besó como si pretendiera beberse mi alma. Al mismo tiempo, se deshizo de mi sujetador y bajó su cabeza para tomar uno de mis pechos en su boca. Enroscó su lengua caliente en un pezón mientras pellizcaba el otro entre sus dedos.

No alcancé el orgasmo de milagro.

Me volví loca de deseo. Forcejeé con sus pantalones mientras él bajaba mis bragas hasta los tobillos, aunque tuvo que echarme una mano y acabó deshaciéndose él mismo de su ropa. Al quedarnos ambos desnudos, todavía de pie, abrazados y besándonos, las sensaciones me desbordaron. Mi cuerpo estaba en llamas y creí explotar de placer de un momento a otro. Sus manos me tocaban por todas partes, su lengua dejó mi boca para deslizarse por mi cuello, mis pechos, mi vientre...

—¡Bruno! —grité cuando lo vi de rodillas frente a mí. Estaba claro que iba a chuparme entre las piernas...

No penséis que me asusté o me escandalicé, pero lo cierto es que nunca me lo habían hecho. Por eso, cuando abrió mis piernas y posó sus labios sobre mi sexo, solté un suspiro que me dejó la garganta seca. Y cuando su lengua se adentró en mi vagina y sus dientes rozaron mi clítoris, grité como una posesa. Me corrí de una forma tan explosiva que mis piernas fallaron y caí al suelo como un saco de patatas. Bruno se asustó y salió de entre mis piernas con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Te has hecho daño?

Su boca aparecía húmeda y brillante, y saber cuál era el origen de aquella humedad me llenó de una increíble satisfacción a la par que me hizo reír.

—Estoy bien —balbucí entre risas—. Jamás en mi vida había estado mejor.

—Ven conmigo —me dijo al tiempo que me cogía en brazos. Me dejó sobre la cama y lo vi alejarse un momento hasta el baño. Volvió con una caja de preservativos de la que extrajo un sobre que rompió con los dientes.

—¿Me dejas ponértelo? —le pregunté en un alarde de osadía. Tampoco había hecho nunca algo así y me apetecía tanto...

—Claro —me respondió. Me ofreció el sobre rasgado y se acercó a la cama. Su pene erecto apuntaba hacia mí y tragué saliva. Juro que estuve tentada de meterme en la boca semejante muestra de potencia masculina, porque, otra vez, no lo había hecho nunca, más que nada porque siempre me había dado un poco de asco. Sin embargo, no lo hice porque tampoco quise

darle a entender que fuera una experta folladora, sobre todo porque temía que mi inexperiencia me hubiese delatado.

—Si sigues mirándome así —declaró—, acabaré follándote a lo bestia.

Para no quedar mal, no le dije que, por mí, encantada de la vida.

—Perdona —solté, no obstante—, es que no me acuerdo muy bien...

—Tranquila —contestó con una sonrisa comprensiva—, yo te ayudo.

Acabé demostrando mi ineptitud, pero a él no pareció importarle, como tampoco se quejó cuando terminé por romper el preservativo. Torpe no, lo siguiente.

Me sonrió con dulzura y alargó el brazo hasta la mesilla de noche para volver a extraer otro sobre plateado de la caja y colocarse el condón con facilidad. Cuando estuvo listo, volvió a tenderme sobre la cama y se posicionó sobre mí. Me miró con una intensidad tan impactante que no me dio tiempo ni a pensar que ese pedazo de hombre y su alucinante cuerpo iban a ser míos de un momento a otro.

—Quiero que sepas —me susurró mientras colocaba su miembro a la entrada de mi sexo— que voy a cumplir uno de mis sueños de adolescente. No imaginas las veces que soñé que salíamos juntos, que te besaba de verdad, que te acariciaba, que hacía el amor contigo.

—Bruno... —gemí en cuanto me penetró. Lo miré a los ojos, buscando algún indicio de falsedad, pero no lo hallé. Realmente, yo le gustaba a Bruno... y estaba haciendo el amor con él.

—Rebeca... —jadeó al tiempo que comenzaba a moverse. Sus movimientos se hicieron cada vez más rápidos, por lo que tuve que sujetarme al cabezal de la cama para acoger sus fuertes embestidas. Se me removieron las entrañas, mi sangre entró en ebullición... Observé mis pechos, bamboleando por los envites, y después vi a Bruno lamerlos con frenesí. Incapaz de soportarlo más, me rompí por dentro en un orgasmo sobrecogedor. Grité como nunca y mis gritos acabaron en el interior de su boca, pues decidió besarme mientras a él le sobrevenía su propio clímax. No dejamos de

movernos ni de gemir hasta que dejamos de sentir el último estremecimiento de placer.

Todavía tratando de recuperar el aliento, fui consciente de la realidad. Seguía sintiendo su peso sobre mi cuerpo, pero un estremecimiento de frío recorrió mi piel. Bruno debió de notarlo, porque tiró de la colcha y acepté que nos cubriera a ambos, pero no le dije que el frío ambiental no era la razón de mi temblor.

Antes de cerrar los ojos y acurrucarme en su pecho, emití un hondo suspiro. Estaba colgada de Bruno... otra vez.

Capítulo 8

¿Qué os pasa a los tíos?

Me removí en la cama. Me faltaba el calor de Bruno y me pareció enorme y frío el vacío que había dejado entre las sábanas. Me giré hacia la ventana y pude contemplar su silueta oscura recortada contra la luz que entraba por el ventanal y que provenía de la claridad nocturna de la Gran Vía barcelonesa. Me quedé un rato contemplándolo, admirando su perfecto cuerpo desnudo, que parecía esculpido sobre mármol como una estatua griega.

Mi corazón latió más pesado y mi vientre se contrajo. Aquello ya no era estar simplemente colgada de un chico, como tampoco tenía ya quince años. Aquello era estar irremediablemente enamorada de un hombre que, además, había sido mi primer amor, mi primer beso, mi primera alegría y mi primera decepción. En ese momento, diez años después, el sentimiento era mucho más profundo y me sobrevinieron unas enormes ganas de saber más cosas de él, de conocerlo mejor y... quién sabe, de tener una relación con él.

—¿Qué hora es? —le pregunté. Mi voz pareció sobresaltarle, pero siguió mirando por la ventana mientras me contestaba.

—Sobre las diez y media.

—Con razón he oído rugir mi estómago —bromeé. La verdad era que no había comido nada en todo el día y, a esas horas de la noche, junto al ejercicio realizado con Bruno y el montón de emociones vividas, habían dado como resultado un hambre voraz.

Me dispuse a levantarme de la cama y lo hice de la forma que tantas veces había soñado hacer y que había visto en multitud de películas. Me enrollé la sábana de la cama alrededor del cuerpo y me acerqué hasta su espalda. Rodeé

su cintura con mis brazos y apoyé mi mejilla entre sus omóplatos. Descalza como estaba, me pareció más alto que nunca.

Es cierto que tenía hambre, pero, en cuanto me vi de nuevo junto a Bruno, tocando y oliendo su piel, me entró un apetito diferente. Podríamos haber pasado la noche juntos, haciendo el amor sin parar, y no hubiese echado de menos ningún tipo de alimento. Por eso, lo hice girar entre mis brazos, para poder mirar sus preciosos ojos y tener al alcance su boca para poder perderme de nuevo entre sus besos.

—Hola, guapo —susurré.

Con lo que yo no contaba era con que su mirada apareciese algo perdida. Parecía querer esquivar mis ojos, como si no se atreviese a mirarme.

—¿Ocurre algo, Bruno?

—Tengo novia —me soltó a bocajarro—. Vivimos juntos y tenemos previsto casarnos dentro de un mes.

Entonces, la estatua de mármol acabé siendo yo, pues mi corazón dejó de latir, mi circulación sanguínea se detuvo y mis pulmones dejaron de respirar. En un principio, no creí haber entendido bien. Después, con el paso de los segundos, mi mente fue asimilando aquella afirmación que me partió en dos el corazón.

Claro que, al mismo tiempo, sentí una furia tan enorme que concentré todo el resentimiento en la fuerza de mi mano. Le solté una bofetada que le hizo girar el cuello y tambalearse hacia atrás. Llevó su mano hacia la mejilla roja e hinchada y me miró con un rictus de dolor.

—Pero ¿cómo puedes ser tan hijo de puta?! —chillé—. ¿Y ahora me lo dices?! ¿Qué querías, probar cómo folla la friki?!

—Por Dios, Rebeca, no digas sandeces. ¿Cómo podía saber yo que iba a volver a verte? ¿Cómo saber que mis sentimientos hacia ti se iban a desbordar de esta manera?

—¿Sentimientos?! ¡Ja! ¡Y una mierda!

Con la ira corroyendo mis venas, no me había dado cuenta de que la sábana

se había deslizado hasta mis pies y me había quedado desnuda frente a él. Y no, no me importaba en absoluto en aquel instante que Bruno pudiese ver mi cuerpo. El problema fue que pretendí darme media vuelta para buscar mi ropa y la tela se me enredó en los pies, provocando que me cayera de bruces contra el suelo.

Debería haberme sentido humillada, pero la furia evitó que me hundiera por verme de rodillas sobre la alfombra. Es más, mi rabia creció y me arranqué la sábana a patadas, de manera que oí cómo la tela acababa rasgada. Para las películas muy bien, pero, para la vida real, es una mala idea.

—¡Putra mierda de sábana, joder!

—¡Rebeca! —exclamó al verme en el suelo—. ¿Estás bien? —Intentó recogerme agarrándome por los brazos, pero le respondí poniéndome en pie de un salto.

—¡No! —grité—. ¡No estoy bien! ¡Acabo de echar el polvo de mi vida con un tipo que ha engañado a su prometida conmigo!

De más está decir que obvié aclararle que mi dolor se acrecentaba porque seguía enamorada de él.

—¿¿Dónde coño está mi ropa?! —continué gritando mientras daba vueltas sobre mí misma en medio de la penumbra de la habitación, intentando localizar mis prendas desperdigadas.

—Espera, Rebeca, déjame explicarte...

Para explicaciones estaba yo. De momento, había localizado mis bragas y mi sujetador a los pies de la cama y me puse ambas prendas.

—¡No quiero tus putas explicaciones! —vociferé—. ¡Ya me has soltado lo infeliz que eres, lo mucho que te gusto y lo deseoso que estabas de follarme! ¡Ya has echado tu cana al aire antes de la boda! El que haya sido con la pava del instituto que te has encontrado por una oportuna casualidad ha debido de ser la guinda...

—¡Basta, Rebeca! —Se acercó a mí mientras recogía del suelo la blusa y me sujetó por los brazos con fuerza—. ¿Por qué crees que apenas he hablado

contigo mientras trabajábamos? ¿No viste raro, acaso, que ayer ni siquiera te invitara a un café? —Cogió aire—. ¡Estaba hecho un lío porque me hizo muy feliz encontrarte! ¡Te deseaba y al mismo tiempo no quería hacerle daño a mi novia! Por eso pensé que lo mejor sería alejarme de ti...

Intenté deshacerme de su agarre, pero no lo conseguí.

—Siempre estuve enamorado de ti, Rebeca —murmuró—. Pero tengo otra vida... ¡Joder! —chilló al tiempo que me soltaba y me daba la espalda. Sus manos revolviéron su pelo y su garganta no dejó de emitir rugidos incoherentes.

Me tranquilicé un instante. Aquello tenía sentido. Un tipo con una vida hecha, un trabajo de prestigio, un apellido y una familia con reputación, una novia que seguro sería bastante mejor que yo...

—No será Tamara tu novia —solté de sopetón.

—No —suspiró—. Aquello duró un telediario. A Elsa la conocí durante una visita a mi casa. Sus padres y los míos son amigos.

—Qué perfección —me burlé—. La chica avalada por tu propia familia. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Un año de relación. Seis meses viviendo juntos.

—Oh, claro, vivís juntos...

Lo dije con un deje de mordacidad, pero me estaba rompiendo por dentro. Porque ni en lo más recóndito de mi mente apareció la idea de decirle que rompiera su compromiso por mí.

—Lo siento, Rebeca.

—No pasa nada —contesté. Pasado ya el acaloramiento, terminé de ponerme la ropa, cogí mi bolso y me dirigí a la puerta—. Ha sido *un placer*, Bruno —solté con retintín—. ¿Cuántos días más piensas pasar en la redacción?

—Mañana termino. No te preocupes, puedo comentar detalles con Vera. No te haré pasar un mal rato.

—No me vas a hacer pasar ningún mal rato —repliqué muy chula yo—. Me

hizo ilusión volver a verte y me dolió que no habláramos de tiempos pasados, pero me lo has aclarado todo y ya está. —Intento de sonrisa que me salió como el culo—. Sigo pensando que deberías haberme contado que tenías novia antes de echar un polvo, pero, bueno, qué le vamos a hacer, lo hecho, hecho está. Espero que no se lo cuentes y que seáis muy felices.

—Espera, Rebeca...

—No te pases, Bruno —le exigí cuando volvió a acercarse a mí—. Mis buenos deseos no implican que quiera pasar en esta habitación ni un segundo más contigo. Hasta mañana, señor Balencegui.

Abrí la puerta, salí al pasillo y, antes de cerrar, me detuve un instante al ver a una pareja que se hacía arrumacos mientras intentaban insertar la tarjeta a tres puertas de distancia a mi derecha, algo que no atinaban a hacer porque parecían tener demasiada ansia por follar. Aguanté la respiración cuando reconocí al tipo y no abrí la boca para no delatarme. Me quedé pegada a la puerta de la habitación de Bruno y, poco a poco, fui reculando hacia atrás hasta que volví a acceder a la *suite* y cerré detrás de mí.

Bruno se estaba sirviendo una copa y, antes de llevársela a la boca, frunció el ceño al verme de nuevo allí.

—¿Qué ocurre, Rebeca? Creía que estabas deseando marcharte.

—Acabo... de ver... al novio... de mi amiga... entrando en una habitación... con otra mujer. —Apenas pude hablar. La impresión de ver a Martín besuqueándose con otra mientras intentaba bajarle las bragas había sido demasiado fuerte para mí.

—¿Estás segura de que no era tu amiga?

—Claro que estoy segura. Ese pedazo de rubia no era mi amiga. ¡Dios!, pobre Laura...

—¿Llevan mucho tiempo juntos?

—¡Sí! ¡Piensan casarse en dos meses! —exclamé—. Joder, con lo que Laura ama a Martín, cuando se entere... ¡Se suponía que estaba en Burdeos! —volví a gritar, fuera de mí.

—A ver, tranquilízate. —Dejó sobre la mesilla el vaso que aún sostenía en la mano y se colocó a toda prisa unos calzoncillos y unos vaqueros—. Puede que el tipo que has visto tampoco fuese ese tal Martín. En el pasillo hay poca luz, estabas enfadada y ofuscada conmigo y...

—¡Sí que era él! —chillé. Pero, tal y como lo solté, empecé a dudar—. O eso creo.

—¿Ves? Te lo he dicho. Tal vez has visto a una pareja besándose y el tipo se parecía al novio de tu amiga. Seguro que apenas le has visto la cara.

La voz de Bruno resonaba en mi cabeza como un eco lejano. Podía tener razón, pero yo sabía que aquel chico que magreaba a la rubia era Martín. Aun así, si existía una mínima duda, debía despejarla.

—Tengo que corroborarlo —afirmé, interrumpiendo su discurso—. Voy a presentarme ahora mismo en esa habitación y me voy a asegurar.

—Seguro que vas a interrumpir algo muy... íntimo. —Rio.

—Me importa una mierda. Si luego resulta no ser Martín, les pediré disculpas y me largaré echando leches. —Resuelta, abrí la puerta para salir de nuevo al pasillo.

—Espera —me dijo Bruno al tiempo que alcanzaba una camiseta y se la pasaba por la cabeza y los brazos—, te acompaño.

Inspiré con fuerza antes de tocar a la puerta, pero, al final, lo hice con decisión. Di un par de golpes, pero nadie abrió. Pegué mi oreja a la puerta y oí perfectamente risas, murmullos y gemidos. La rabia iba en aumento.

Volví a tocar a la puerta. En esta ocasión se puede decir que la aporreé con todas mis fuerzas. Me estaba cansando de esperar.

—¿Quién es? —se oyó por fin al otro lado—. ¡No necesitamos nada!

Me dispuse a hablar, pero, en el último momento, cerré la boca. No quería, si era Martín, que me reconociera y pudiera escaquearse. Le hice una seña a Bruno para que hablara él.

—Señor, perdone la molestia —intervino Bruno al darse por aludido—, pero tenemos una emergencia en el hotel. Necesitamos que salgan un momento.

Se oyeron quejas, golpes, gruñidos y, después, la puerta se abrió. Salió un tipo en calzoncillos, bajo la tela de los cuales se adivinaba una gran erección. Estaba claro que lo habíamos interrumpido en pleno polvo.

Y, por supuesto, como yo creía, era Martín.

—¿Qué coño pasa?! —vociferó al salir. De pronto, me miró y su cara se transformó en puro pánico—. Re... Rebeca..., ¿qué haces aquí?

—Pues mira, Martín —empecé a decirle mientras colocaba mis brazos en jarras e intentaba paliar las ganas de patearle el maldito bulto que asomaba entre sus piernas; seguro que al verme se convirtió en un cacahuete—. Estoy aquí haciendo lo mismo que la tía esa que te espera en la cama, porque resulta que acabo de follar con este tío —señalé a Bruno—, que parece ser que tiene novia y tiene previsto casarse. ¡Igual que tú!

—Joder, Rebeca. —Martín estaba pálido y no dejaba de tirarse de los finos mechones de su ralo cabello castaño. Siempre vaticiné que se quedaría calvo demasiado pronto—. Deja que te explique...

—Qué coño me vas a explicar tú —le escupí—. Tanto viajecito parece que te ha servido como trabajo y como excusa para ligar mientras la pobre Laura anda preparando una boda. ¿Cómo puedes ser tan cabrón?

—En mi trabajo prácticamente me obligan a casarme —suspiró—. Laura era la mejor opción.

—¿Y esa zorra rubia que guardas ahí dentro?! —le espeté—. ¿Por qué coño no te casas con ella?!

—Porque ella ya está casada.

—Hijo de puta... —Aluciné—. Te sirves de Laura para ascender en tu trabajo, al tiempo que ese mismo empleo te vale para seguir viéndote con tu amante casada. Eres el mayor cabronazo que me he echado a la cara, y mira que me he topado con unos cuantos últimamente...

—Cállate ya, Rebeca —me espetó Martín con desprecio—. No eres la más indicada para darme lecciones de moral. Eres una puta amargada que no ha echado tres polvos seguidos en su vida. En el fondo, sé que envidiabas a Laura

por tener novio, en concreto uno como yo. Muchas veces te vi mirarme comiéndome con los ojos cuando salía de la habitación de follar con Laura. Te relamías que daba gusto.

—Pero ¡¡¿qué coño estás diciendo?!! —le grité sin dar crédito—. ¡Tú estás mal de la cabeza, gilipollas!

—¿Y dices que has follado con éste? —Miró a Bruno con desdén—. ¿Y no te has roto la polla al metérsela? Porque menudo tapón debía de tener ahí dentro...

Antes de que siguiera diciendo barbaridades, Bruno, sin previo aviso, estampó su puño en todos los morros de Martín. Después de que todos oyésemos el crujido de su nariz, cayó al suelo en medio de una escandalosa hemorragia.

—¡Joder! —gritó—. ¡Me has roto el tabique!

—Eres una puta escoria —le dedicó Bruno mientras sacudía la mano del impacto recibido en los nudillos.

—¡Martín! —chilló la rubia cuando lo vio tirado—. ¿Qué ha pasado?

Nosotros retrocedimos hasta la habitación de Bruno y cerramos la puerta. Me había fijado en que sus nudillos parecían muy magullados, por lo que preparé un recipiente con cubitos y le insté a meter la mano dentro.

—No estoy muy acostumbrado a ir pegando puñetazos a nadie. —Introdujo la mano en el hielo e hizo una mueca de dolor.

—¿Se puede saber qué os pasa a los tíos? —dije, exasperada—. ¿Por qué vuestro pene le gana siempre la partida a vuestro cerebro?

—Hacemos lo que podemos —contestó Bruno, todavía asombrado por el estado de sus nudillos.

—¡Y un carajo! —Al final, después de tantas emociones juntas, no pude evitar explotar en llanto—. ¡Sois todos iguales, unos malditos cabrones! ¿O acaso te crees mejor que ese cerdo?

—Por favor, Rebeca, no llores. —Se acercó a mí e intentó consolarme acariciando un mechón de mi cabello, pero me lo saqué de encima con un

gesto brusco.

—¡No lloro por ti, ególatra! —vociferé—. Lloro por mi amiga, porque cuando se lo diga la voy a destrozar.

—Seguro que lo harás bien —me tranquilizó—. Eres una buena amiga.

—¡Qué sabrás tú! ¡Seguro que no tienes ni un verdadero amigo!

Tal y como lo solté, me arrepentí, pero me sentía desbordada por el tema de Laura, de Bruno, de mi nefasta vida sentimental y de lo mierda que es a veces la vida.

—Muy perspicaz —dijo él, torciendo el gesto—. No, no tengo verdaderos amigos. Te envidio por la relación que mantienes tú con los tuyos, después de tantos años.

Pero yo ya no podía parar de llorar. No me interesaba lo que me decía Bruno. Únicamente quería largarme a casa.

—Tengo que irme —me limité a anunciarle mientras salía al pasillo. Miré a ambos lados y, cuando me cercioré de que no me llevaría otra sorpresa, eché a correr y no paré hasta que entré en casa.

Capítulo 9

Gabinete de crisis

Era tarde y aproveché ese hecho, sabiendo que cada uno de mis amigos descansaría ya en sus respectivas habitaciones. Sin hacer ruido, entré directamente en el cuarto de Simón. Temí por un instante encontrarlo viendo porno en el móvil bajo las sábanas y la manta, pero, por suerte, únicamente parecía utilizarlo para hablar por WhatsApp, como gran parte de la humanidad en aquellos momentos.

Sin decirle nada, levanté la ropa de la cama y me introduje en ella. Me acurruqué sobre el hombro de mi amigo e intenté tranquilizarme con su calor y su olor tan familiar. Tuve suerte de que llevara puesto un pantalón de pijama y una camiseta.

—Esto suena a gabinete de crisis —dijo él, al tiempo que soltaba el teléfono sobre la mesilla—. ¿Qué ocurre, Rebeca? ¿Te ha pasado algo con el capullo del instituto?

—Sí —contesté después de absorber unos cuantos mocos por la nariz—. Me he acostado con él y resulta que tiene una prometida esperando en alguna parte, pero ése no es el mayor de los problemas.

—Ah, ¿no? —Rio ligeramente mientras rodeaba mi cuello con su brazo y me hacía sentir un poco más a salvo—. Pues si te parece poco...

—Martín engaña a Laura —le solté de golpe—. Lo he visto con otra mujer en el hotel donde se hospeda Bruno.

Sentí de inmediato la tirantez en el cuerpo de Simón.

—Maldito cabrón... Sabía que tanta dulzura y tanta gilipollez empalagosa no me gustaban nada. Lo mataré.

—Tranquilo. —Intenté sonreír—. Bruno le ha roto la nariz. Ha sido por meterse conmigo, pero ya nos viene bien. —Suspiré—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que decírselo —sentenció Simón.

—Ya lo sé. La cuestión es quién y cómo.

—Cuanto antes, mejor. Y me parece que lo más acertado es que seas tú quien se lo diga, aunque yo estaré contigo, por supuesto.

—Mierda, la vamos a destrozar —lloriqueé.

—¿Cómo no he podido darme cuenta antes? —Simón se incorporó en la cama. Su rostro era la pura imagen de la rabia—. Debería haberle dado ese puñetazo yo mismo, y haberle roto las dos piernas. Maldito canalla, desgraciado, baboso de los cojones...

—Déjalo, Simón. Aunque nos desahogemos, insultarlo no va a ayudar a Laura. Además, comprendo que ahora lo odies, pero tú ya lo odiabas antes y nunca lo he entendido. ¿Tienes un sexto sentido?

—Claro que no lo entiendes, Rebeca. —Clavó sus ojos en mí de una forma tan directa que me hizo estremecer—. Lo odiaba y lo odio porque estoy enamorado de su novia. Quiero a Laura, siempre la he querido.

Casi entro en *shock*. En ese instante, muchas cosas cobraron sentido. ¿Cómo no me había percatado antes?

—Simón... —balbucí—, qué me estás contando... ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—¿Y de qué hubiese servido? —contestó con tristeza—. Soy yo, Simón, el gracioso, el friki de las consolas, y sólo puedo ser vuestro amigo.

—¿Desde cuándo la quieres? —le pregunté, a sabiendas del tiempo que llevaría sufriendo.

—Desde que tengo uso de razón —respondió—. Aunque creo que fue a los dieciséis años cuando el sentimiento se tornó fuerte de verdad. A partir de ahí, sólo pudo ir a más. Tirarme a variadas mujeres que no me importan un carajo es lo único que mantiene mi corazón a raya.

—Oh, mierda... —Levanté la mano, la posé en su mejilla y lo miré a los

ojos. Creo que, por primera vez, lo miré con ojos de mujer y no de amiga, casi una hermana, después de estar juntos toda la vida. Ése fue el problema, que nunca lo miramos como a un hombre, que se enamora, que sufre, que esconde en su corazón el secreto de un amor no correspondido. Pero era un tío atractivo, ¡vaya si lo era! Me fijé en su abundante cabello oscuro, en sus chispeantes ojos marrones, en sus largas pestañas y en sus gruesos labios. Si añadimos a eso que era un tipo genial y el mejor amigo que podrías desear, Simón podía ser el sueño de cualquier mujer.

Rodeé su cuello con mis brazos y lo abracé con fuerza.

—Tendríamos que habernos enamorado tú y yo —le dije con la voz amortiguada por su propio hombro.

—Lo he pensado muchas veces. —Sonrió, deshaciendo el abrazo para mirarme y acariciar mi mejilla—. Porque tú nunca tenías novio y Laura lo tenía desde hacía años... pero así es el corazón. A él no le valen arreglos o sustituciones. Por difícil que sea y lo prohibida que esté esa persona, algo muy adentro nos dice que es por ella por quien vibramos, por quien sonreímos, por quien amamos.

Aquel discurso de Simón me trajo a la mente a Bruno y mi propia desgracia. Ya no encontraba tan rastrero que se hubiese enamorado de mí a pesar de tener novia. No podemos mandar sobre el corazón.

Simón volvió a dejarse caer sobre la almohada y yo lo acompañé. Me acurruqué en su pecho y me quedé dormida.

* * *

—¿Alguien me quiere explicar qué está pasando aquí?

Las quejas de Laura nos hicieron removernos a Simón y a mí. Abrí un solo ojo, deslumbrada por la linterna del móvil de mi amiga, que nos apuntaba con el estridente haz de luz en toda la cara.

—¿Qué quieres, Laura? —farfulló él, acurrucándose de nuevo sobre mí—.

¿No ves que estamos durmiendo?

—Sin duda —gruñó al tiempo que encendía la lámpara de la mesilla—. Y eso es, precisamente, lo que pasa.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras parpadeaba.

—Las dos de la madrugada —respondió—. Me he levantado a por un vaso de agua a la cocina y he visto que tu habitación estaba vacía, por lo que he venido a preguntarle a Simón si sabía algo de ti. Por lo visto —agregó con sorna—, sabe más de lo que creía. ¿Vais a decirme ya qué rollo os traéis vosotros dos?

—No creerás que estamos liados —solté, exasperada.

—Vamos, Laura —añadió Simón—, no digas tonterías. ¿Cómo voy a enrollarme con ninguna de vosotras? Eso nunca sucederá.

Lo miré de reojo. Aquella frase dicha con desinterés tuvo que dolerle mucho a nuestro amigo.

—Tenéis razón —suspiró—. Estoy fatal de la cabeza. —Se sentó a los pies de la cama y volvió a mostrar su incansable e infantil sonrisa—. Contadme, entonces. ¿Es por algún gabinete de crisis? Creo recordar que únicamente un motivo fuera de lo común o una película de terror han sido los responsables de que hayamos compartido cama alguna vez.

Simón y yo nos despejamos del todo y nos miramos. Únicamente con ese gesto supimos lo que el otro pensaba: que había llegado el momento... que no había razón para posponerlo más.

—Hay gabinete de crisis —le aseguré—. Para empezar, me he acostado con Bruno.

—¿¿Qué?! —exclamó mi amiga—. Dios mío, Rebeca, eso es... es... ¡alucinante! ¿Y cómo ha sido? ¿Sigue tan buenorro como antes?

—Sí, muy alucinante y genial —contesté—, el polvo de mi vida. Lo malo es que luego me ha dicho que va a casarse en un mes.

—¡Joder! ¡Ya podía habértelo dicho antes!

—Lo sé. —Suspiré de nuevo y miré a Simón. Ya no había marcha atrás—.

La crisis no sólo me incumbe a mí. Tú eres la siguiente protagonista.

—¿Yo? —indagó, sorprendida pero sin perder su buen humor—. ¿Por qué yo?

Tragué saliva. Aquello iba a resultar duro y difícil. Me llega a pasar unos cuantos siglos antes, cuando mataban al portador de malas noticias, y hubiese acabado degollada en medio de la habitación.

Por supuesto, nada iba a detenerme. Simón agarró mi mano y la apretó con fuerza para darme su apoyo y recordarme que nos seguíamos teniendo los tres, pasara lo que pasase.

—Martín te engaña, Laura —le dije tras una honda espiración—. Creo que lleva una doble vida.

De forma clara y concisa, sin detenerme y sin sufrir una sola interrupción, le conté a mi amiga todo lo acontecido en el hotel. Únicamente omití algún detalle escabroso, como el tamaño de la tranca con la que apareció su novio en la puerta o el cambio de esa misma parte de su anatomía cuando me vio y pasó de tranca a gusanito de luz.

Como temíamos, Laura se puso a llorar. Normal. Lo que nos dejó preocupados fue que no reaccionó a base de lamentos, quejidos, insultos o un berrinche escandaloso. Se limitó a seguir en la misma postura mientras brotaban gruesas lágrimas de sus ojos, que acababan cayendo sobre la colcha. Aquel llanto silencioso nos dolió mil veces más que si se hubiese puesto a gritar de rabia. Sin más esperas, Simón y yo la cogimos cada uno de un brazo y la colocamos en la cama, en medio de los dos. Tardamos un tiempo en poder cerrar los ojos, pero, pasadas las horas y acumulado el cansancio, volvimos a dormirnos los tres.

* * *

Cuando abrí los ojos porque el sol impactó en mis párpados, mi primera reacción fue dar un salto de la cama y salir volando hacia la calle sin ni

siquiera lavarme la cara, pues imaginaba la cara de Julia al verme aparecer a media mañana y la bronca que iba a escupirme por la boca.

Haya tranquilidad, porque no lo hice. Para empezar, recordé que mi jefa seguía de relax en algún balneario perdido y no estaría en el curro para pegarme una bronca que, sinceramente, no me merecía. Y, para continuar, ya no tenía remedio e iba a llegar tarde de todas formas, así que, ¿para qué ponerme de los nervios? Una hora arriba o abajo no iba a cambiar la cosa.

Me levanté con máximo cuidado de la cama, donde seguíamos acurrucados los tres. Bueno, en realidad, yo me había desplazado hacia la punta izquierda del colchón para dejarlos a ellos más juntitos. No es que consiguiera mucho con esa acción, pero me hacía ilusión verlos así, tan abrazaditos.

En primer lugar, busqué mi móvil. Como imaginaba, estaba sin batería, por lo que lo puse a cargar para encenderlo y poder ver los mensajes que lo saturaban. La mayoría de ellos eran de Vera, preocupada por no verme nada más llegar al curro, como llevaba haciendo cada santo día desde hacía dos años. La llamé, la tranquilicé y, a continuación, llamé al trabajo de Laura para avisar de que estaba enferma. No me sentí mal, porque era una verdad a medias.

Lo siguiente fue enchufar la cafetera y meterme en la ducha, con toda la tranquilidad del mundo, dejando que el agua caliente despejara mi cuerpo y mi mente. Dios, qué alegría y qué placer. Y al que le parezca que estoy alabando demasiado una simple ducha, le diré que era algo que generalmente tenía que hacer en medio minuto cronometrado, así que ya puede entenderme. Además, me maquillé, me sequé el pelo con el secador y me senté tranquilamente en un taburete de la cocina para tomarme mi café con leche y una tostada con un resto de mermelada de fresa que encontré en la nevera. Intenté dar con algo más en los armarios, como magdalenas o galletas, pero únicamente había restos de harina picada, así que aquella tostada de pan de molde endurecido me supo a gloria bendita.

Menos mal que el café no faltaba casi nunca.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Simón con voz espesa cuando apareció en la cocina—. Estás desayunando con parsimonia a las nueve y media de la mañana, hueles a limpio, tu pelo resplandece y ese vaquero que llevas te hace un culo fantástico. ¡No!, no me lo digas. Ha habido un cataclismo en pleno centro y se han hundido las oficinas de *Mundo Mujer*. No puede haber otra razón.

—Muy gracioso —le dije después de llevarme a los labios mi taza de café—. ¿Qué tal está Laura?

—Durmiendo —suspiró mientras trajinaba en los armarios, buscando lo necesario para hacerse un café—. No ha dejado de removerse durante toda la noche, así que supongo que habrá caído rendida de puro cansancio.

Laura, Simón... Simón, Laura... Menuda paranoia me estaba montando. Mientras mi amigo colocaba la cápsula y esperaba que cayera el oscuro y preciado líquido, volví a observarlo con atención. Llevaba puesto un pantalón de chándal y una camiseta, el cabello como una auténtica maraña y la mandíbula cubierta por un asomo de barba que le daba el toque varonil que todavía se le resistía a su rostro. Cuando se agachó para tirar a la basura la cápsula utilizada por mí, los ojos se me desviaron hacia el trasero que tan bien le marcaba el pantalón de algodón.

—¿Me estás mirando el culo? —me planteó, volviendo a su tarea.

—¿Yo? —disimulé y carraspeé—. Imaginaciones tuyas. Debes de estar dormido aún. Por cierto, ¿por qué te has levantado tan temprano? A las nueve de la mañana, según tú, está amaneciendo.

—Ha sido una cuestión física —me respondió antes de dar su primer sorbo.

—¿Cuestión física? —Alcé ambas cejas.

—Eso he dicho. He abierto los ojos cuando he sentido una presión incontrolable entre las piernas y han resultado ser las nalgas de Laura incrustadas en mi ingle.

—Joder, Simón, no empieces con tus guarradas...

—¡Yo no tengo la culpa! —Levantó las manos—. Es algo físico y mañanero

que los tíos no podemos controlar. Si me hubiese quedado un segundo más en la cama... uf, no quiero ni pensarlo. Por eso he decidido levantarme. ¿Satisfecha con la explicación?

—Cuestión física... —reí mientras cogía mi bolso—. Eres un caso, Simón, pero te quiero. —Le di un beso en la mejilla—. Cuida de ella, por favor.

Capítulo 10

No puedo evitar quererlo

Ahí estaba yo, por primera vez en mi vida, llegando al trabajo a las tantas de la mañana. Y, lo mejor, sin el miedo a recibir una bronca de mi jefa. Entré en las oficinas y me dirigí directamente a la sección de Vera. Tuve que inspirar con fuerza para sosegar un poco mi corazón, que se puso a latir con fuerza al ver a Bruno, que hablaba con la redactora jefa al tiempo que le lanzaba sus cautivadoras sonrisas. Compuse mi expresión y caminé hacia ellos.

—Buenos días a todos —saludé—. Siento el retraso.

—¡Guau, Rebeca! —La voz de Pedro hizo que me girara hacia él—. Y lo bien que te sienta llegar tarde. ¿Dónde llevabas escondida tanta belleza?

—No seas pelota —le solté—. Hasta que no vuelva Julia, no necesitarás un favor de mi parte.

—Sabes que es cierto —intervino Vera—. Nunca hubiese imaginado que esa mujer pudiese emitir tan malas vibraciones. Sin ella trabajamos mejor y estamos mejor, no hay más que echarte un vistazo.

Miré de reojo a Bruno, que no se perdía las palabras de mis compañeros. No dejó de sonreír, aunque no levantó la cabeza de la pantalla del ordenador de Vera. Dios, qué guapo estaba otra vez, con su impecable traje gris y la camisa celeste. Aunque, después de haberlo visto sin nada, estaba claro que la ropa sólo era un complemento. Bruno era tan guapo que sentía que me explotaba el pecho cada vez que lo miraba.

Suspiré... porque vi más nítido que nunca que yo no podría aspirar jamás a un hombre como él. Me había recordado, me había confesado que le gusté en

el instituto y había admitido que sentía algo por mí. Ya no podía pedir más. Me quedaría el recuerdo de haber pasado con él la mejor noche de mi vida.

—Pero resulta que Julia es la dueña —le aclaré a Vera—, y sólo quedan unos días para que esa dueña esté aquí otra vez, así que será mejor que me ponga al día. Gracias por echarme un cable, Vera.

—De nada, guapa.

—Por cierto, buenos días, señor Balencegui. —Tenía que hacer de tripas corazón y saludarlo como era debido.

—Buenos días, Rebeca —respondió—. Si no te importa, tengo que hablar contigo.

—Tengo mucho trabajo —le contesté mientras me dirigía al despacho de Julia—. Como ha visto, he llegado tarde y seguro que tengo el ordenador saturado.

—Pues hablaremos en el despacho —replicó antes de acompañarme y cerrar la puerta detrás de él—. Y, por favor, no me hables de usted. Me duele esa distancia.

—¿Qué quieres? —le pregunté con irritación mientras me quitaba la chaqueta y me sentaba frente a la mesa—. Dime lo que tengas que decir y déjame trabajar.

—¿Cómo está tu amiga? —me planteó mientras tomaba asiento donde siempre, frente a mí—. ¿Y cómo estás tú?

—Mi amiga está hecha una mierda, aunque todavía es pronto y debe de estar asimilándolo. Yo estoy bien. Tengo asumido que los tíos únicamente servís para el sexo, porque para otra cosa todavía andáis muy por debajo de nosotras. ¿Me dejas trabajar ya?

—Supongo que no tengo excusa —suspiró—, y mucho menos pretendo justificarme. Sé que me he portado como un cabrón, pero deja, al menos, que nos despedamos de la mejor de las maneras. Me gustaría que hoy vinieses a comer conmigo, charláramos y...

—No —lo interrumpí secamente—, no voy a ir a comer contigo. Lo has

pillado tarde. Si me lo hubieses propuesto el primer día, habría aceptado, todo hubiera transcurrido de forma más civilizada y nos habríamos ahorrado el numerito de ayer.

—Pues entonces me alegro de no habértelo propuesto el primer día. — Percibí a la perfección su mirada clavada en mí, acompañada de aquella voz tan profunda que penetró en mi piel—. Porque no borraría de mi memoria por nada del mundo lo que sucedió ayer.

Sentí perfectamente mis uñas clavarse en el teclado del ordenador. Desde entonces, varias teclas se balancean, algo sueltas.

—Pues ya lo puedes ir olvidando —repliqué—, porque es lo mejor. Vas a casarte y yo tengo que pasar página. Se acabó pensar en mi amor imposible de la adolescencia. Fue una tontería sin importancia.

—No fue una tontería, Rebeca, lo sabes perfectamente. Tú y yo tuvimos una gran conexión entonces y la seguimos teniendo.

—Ahora sólo falta que me digas que somos como hojas movidas por el viento —refunfuñé—. ¿Y qué? —grité—. ¿Qué piensas hacer al respecto? ¿Dejar a tu novia? ¿Dejar el bufete? ¿Provocarle otro infarto a tu padre que lo acabe de rematar del todo?

Vale, se me fue un poco la olla. Me dolió en el alma la expresión de tristeza y dolor que compuso.

—Lo siento —musité—. De acuerdo. En cuanto me ponga al día con Vera, saldremos a comer. Será una buena despedida, por los viejos tiempos. — Sonreí a la fuerza.

—Gracias, Rebeca —me dijo—. Yo también terminaré de revisar mi informe. A la una nos vemos en la puerta. Y, por cierto —añadió antes de ponerse a teclear—, tus compañeros tienen razón. Qué bien te sienta llegar tarde.

—Tú no sabes cómo vengo cada día —gruñí—. Seguro que vengo hoy con esa misma facha y ni se te pasa por la cabeza invitarme a comer porque nos echan del restaurante.

—Ya no soy aquel chico preocupado por el qué dirán —contestó sin levantar la vista de la pantalla—. Recuerda que me arrepentiré toda mi vida de haberlo sido.

Me mordí el labio inferior hasta hacerme daño para no dejar escapar un suspiro. Tenéis que entender que las cosas que me decía me llegaban muy adentro, como ya pasó aquel lejano día, junto a las taquillas...

Intenté no pensar en nada relacionado con Bruno durante el resto de la mañana. Tenía trabajo por delante y la semana de relax de Julia pronto llegaría a su fin, así que lo único que podía esperar ya era que volviese relajada, contenta, y que se sintiera satisfecha con su personal por cómo estábamos gestionando las cosas.

Un poco antes de la una, colgué el teléfono después de la enésima llamada y dejé el ordenador en pausa. Iba a comer con Bruno y supuse que tendríamos una agradable charla —o, al menos, lo intentaríamos—, pero la faena me esperaba al volver. Él se marcharía y la vida seguiría, sin él.

Joder, ¡qué dramática!, pero es que me ocasionaba tanta tristeza pensar que, para una vez que había conseguido un sueño, me durase tan poco...

Como me había dicho, me estaba esperando en la puerta de la redacción. Al verme llegar, me lanzó una sonrisa tan espectacular que me hice un lío con los pies, se me enganchó un tacón en el suelo y trastabillé. Él mismo me tuvo que sujetar para que no me cayera al suelo... otra vez.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —contesté—. No estoy muy acostumbrada a andar con tacones.

Qué pava, madre mía...

—Pues sujétate a mi brazo —me lo ofreció— y te volveré a sujetar si tropiezas contigo misma.

—Menos cachondeo —le dije, aunque haciéndole caso en lo de cogerme a su brazo—. A los tíos os querría ver yo subidos a estas alturas varias horas al día.

—Te veo un pelín guerrera —me replicó con sorna—. Relájate, Rebeca.

Ya habíamos bajado en el ascensor, abandonado el edificio, y nos adentrábamos en el restaurante que se ubicaba en la misma calle que las oficinas de *Mundo Mujer*. Era un lugar de categoría que yo nunca me hubiese permitido, pero había comido allí varias veces, cuando Julia había concertado alguna cita con clientes importantes. Ella sabía que yo la sacaría de más de un apuro y me hacía acompañarla, como quien se lleva a un perro lazarillo.

—Estoy relajada —le dije mientras tomábamos asiento a la mesa que él había reservado—. ¿Cómo voy a estar si voy a comer con el tío más bueno del instituto?

Solté aquella chorrada en espera de que el ambiente se distendiera.

—De eso hace siglos —respondió él con una sonrisa mientras miraba la carta—. Ya no estamos en el colegio.

—Pero sigues siendo el tío más bueno... de la oficina... o de tu bufete; de dónde sea.

—Me halagas, Rebeca —volvió a sonreír—, pero me parece que me tienes mitificado en tu mente.

En ese momento llegó el camarero y pospuse mi respuesta hasta haber pedido.

—Perdona, de mitificado nada. Eras, y sigues siendo, un auténtico ángel, un dios griego, por eso con los años pude perdonarte. ¿A quién se le pudo ocurrir pensar que yo podía tener alguna posibilidad contigo?

—Deja de pensar que eres menos de lo que eres en realidad —me riñó, más serio—. Tú eras la chica más interesante que pude conocer. Ya te dije ayer que fui un imbécil y un maldito cobarde por no cogerte y besarte en medio del instituto y luego gritar a los cuatro vientos, delante de todos, que eras mi chica.

—Preferiste a Tamara —le recordé con una mueca.

—Tamara era tonta y aburrida. Muy guapa, pero no era mi tipo.

—¿Y cuál era tu tipo? —indagué.

—Tú eras mi tipo. —Casi me caigo de la silla al oír aquella afirmación tan

contundente—. Y lo sigues siendo.

—¿Y Elsa? —No pude evitar preguntarle por ella. No dejaba de halagarme, de untarme los labios con una miel que yo sabía que estaba prohibida para mí. Me hacía falta una dosis de realidad.

—Es inteligente y guapa. Por eso decidí pedirle que se casara conmigo. Qué odio le cogí a la tal Elsa de los cojones.

—¿Y eso es suficiente para casarse con alguien? —inquirí—. A mí me parece guapa e inteligente mucha gente con la que no pienso casarme. ¿Y qué pasa con el amor?

El camarero llegó con nuestros platos y la botella de vino, lo dejó todo sobre la mesa y se retiró de inmediato.

—¿Por qué no hablamos de nosotros y de lo acontecido estos diez años? —me propuso. Una salida por la tangente en toda regla.

—Tienes razón —musité mientras troceaba el filete en el plato—. Nos dejaremos de pensamientos filosóficos para otro momento. ¿Por qué decidisteis estableceros en Madrid?

—Era lo más sensato. —Él también hablaba mientras atacaba su carne y su ensalada—. Mi padre ya no estaba para tantos viajes y es en la capital donde tienen su sede la mayor parte de empresas importantes. Nada más acabar el instituto, nos fuimos de Barcelona.

—Entonces, ¿ya no tuviste contacto con nadie de aquella época?

—No —contestó al tiempo que llenaba de vino las copas—. Fueron buenos tiempos, pero tuve que empezar la universidad, hacerme cargo del bufete...

—¿Buenos tiempos? —exclamé con sorna—. Serían para ti, majó, que eras tan popular y tan guay. Para mí fueron tiempos de mierda.

—No digas eso. Éramos jóvenes y entusiastas.

—Sí, muy bonito, pero a ti te hubiese querido yo ver aguantando las bromas pesadas de los demás. Ni mis amigos ni yo teníamos derecho a quejarnos, a exigir nada o a enamorarnos. Era como si no existiéramos. O peor, el blanco de las burlas.

—Quédate con lo bueno —me pidió—. No dejas de mencionar a tus amigos, pero a mí no me habrás oído ni una sola vez nombrar a ninguno... porque nunca tuve uno de verdad. Al menos, vosotros os apoyabais ante cualquier adversidad.

—¿Y tus amigos y amigas populares?

—Ésos únicamente te apoyaban cuando todo iba bien. Lo pasábamos de coña en las fiestas que daban en las mansiones de sus padres, compartiendo juergas y chicas guapas. Sin embargo, si tenías problemas, dejabas de ser guay y ya no quedabas bien en el grupo; estorbabas. ¿Sabes por qué me dejó Tamara?

—No me digas que fue ella la que tuvo los santos ovarios de dejarte...

—Pues sí, Rebeca. Fue ella quien me dejó. En cuanto le dije que me iría de casa, antes de comentárselo a mis padres. Le conté mis proyectos, sobre marcharme, dejar a mi familia y trabajar de cualquier cosa para pagarme los estudios de Bellas Artes. Su reacción fue soltarme que no quería un novio fracasado y muerto de hambre; que, si éstos eran mis planes de futuro, adiós.

—Hija de puta...

¿Cómo pudo ser tan rastrera? Tener un novio como Bruno y rechazarlo así. Y no lo digo por su belleza física, no soy tan frívola. Me refiero a un hombre capaz de renunciar a todo por su sueño, y que, poco después, se viera obligado a rechazar ese mismo sueño por la salud de su padre.

—Era una cría —la disculpó.

El almuerzo prosiguió, entre risas, anécdotas universitarias y mis primeros intentos de dar con un trabajo. Me encontré muy a gusto estando con él, teníamos conexión, buen rollo. Me habría pasado la vida conversando con Bruno. También caían de vez en cuando momentos de silencio, que no eran incómodos del todo, pero en los que se podía palpar la tensión. No sé si se podría calificar de tensión sexual, pero, únicamente con sus intensas miradas, me daba a entender que se sentía atraído por mí. Maldito fuera el amor por hacerme llegar a Bruno con fecha de caducidad.

—Hagamos un brindis. —Levantó su copa—. Por los reencuentros inesperados.

Menudas ganas de llorar me entraron...

—Por la amistad —dije yo. No se me ocurrió otra cosa por la que brindar.

—Ahora sí —suspiró al tiempo que miraba su reloj—, tengo que marcharme. Mi vuelo sale esta tarde y he de recoger mis cosas del hotel.

—Claro —acepté mientras dejaba la servilleta sobre la mesa y me levantaba de la silla—. Yo también tengo mucho trabajo pendiente. Tiemblo de pensar en lo que me espera en ese siniestro despacho. —Reí para disimular el nudo que tenía en la garganta.

Salimos a la calle y me encogí por el frío. El día se había nublado y corría un viento que acrecentaba esa sensación térmica.

—Espera —me pidió Bruno al verme tan encogida—, ponte mi abrigo. —Se desprendió de él y lo colocó sobre mis hombros. Noté al instante el calor de la prenda y el olor de Bruno impregnado en la tela... pero, con la misma rapidez, me lo quitó.

—Gracias, Bruno, pero no voy a tener ocasión de devolvértelo. Te lo agradezco, pero no te preocupes. La redacción está aquí mismo.

Como una tonta enamorada —sencillamente, lo que era—, tuve la pequeñísima esperanza de que fuera a sacarme de mi error; de que me dijera que podía quedarme su abrigo porque muy pronto podría devolvérselo. ¡Qué ilusa! Incluso con la mínima probabilidad de que eso fuese posible, no era un hombre libre, algo que él mismo demostró cuando aceptó de nuevo la prenda.

—Tengo la certidumbre de que volveremos a vernos —me dijo—, pero no sé cuándo ni en qué circunstancias.

—Tranquilo. —Intenté que el dolor que me invadió el pecho no se extendiera al resto de mis órganos, pero me estaba resultando demasiado difícil. Bruno se estaba despidiendo de mí, y lo nuestro, si alguna vez hubo algo, se limitó a convertirse en una nube que se evaporaría para ir a parar al mundo de los sueños imposibles—. Entiendo que esto es una despedida.

—Lo siento, Rebeca —musitó. Rogué mentalmente que, al menos, acariciara mi cara o mi pelo, o me diese un fugaz beso en la frente, pero nada de eso ocurrió—. Siento que...

—Chist —lo hice callar, colocando un dedo sobre sus labios—, no pasa nada. Tú no tienes la culpa de que las cosas hayan sucedido así. Adiós, Bruno. —Entonces fui yo la que le di un breve beso en la mejilla—. Espero que ayudes a la revista con tus informes.

—Haré todo lo que pueda. Adiós, Rebeca. —Me miró un instante con la intensidad de un volcán en erupción, y después giró sobre sí mismo para acercarse a la calzada y levantar la mano para parar un taxi. Lo vi desaparecer en el interior del coche y no pude moverme de allí en varios minutos. Sólo el frío fue capaz de recordarme que tenía que marcharme.

* * *

Pasé la tarde lo mejor que pude, dadas las circunstancias. Nunca imaginé que tendría que agradecerle al trabajo que fuera la mejor medicina para mis frustraciones personales, como me sucedió aquel día. La idea de que Julia volvería en muy pocos días me daba el empuje necesario para dejarlo todo atado y bien atado. Mis compañeros, como siempre, rebosaron de profesionalidad y consiguieron todas las entrevistas que tenían concertadas. Vera, la más experimentada, llevaba casi al día todas las correcciones, maquetaciones, ilustraciones... Yo, por mi parte, le había dejado a mi jefa todo su correo organizado, lo mismo que su agenda o las llamadas que había recibido preguntando por ella. Habíamos hecho un buen trabajo y confiaba en que, a pesar de costarme un pedazo de mi corazón, la visita de Bruno hubiese resultado efectiva.

—Vuelves a quedar la última —me dijo Vera cuando me encontró mirando por la ventana las luces que ya iluminaban la calle.

—¿Ya se han ido todos? —pregunté.

—Sí, como siempre... —suspiró—. Como cuando está Julia; como antes de que llegara ese bombón rubio con cuerpo de modelo. ¿Sabes que le propuse una sesión de fotos para nuestra sección masculina, tanto en traje como en bañador? Paty está encantada con la idea...

—¿A qué te refieres? —la interrumpí.

—A que unas fotografías tuyas serían la leche. Todo el mundo se preguntaría quién es ese modelo que nadie conoce.

—Me refiero a lo otro, a lo de que todo es como antes de que llegara él.

—Vamos, Rebeca, no me fastidies. Jamás en mi vida he conocido a nadie tan transparente como tú. Tendrías que ver tu cara cada vez que lo miras embelesada, como si el resto del mundo a tu alrededor hubiese dejado de existir. La buena noticia es que él te mira de la misma forma. Qué bonito es el amor... —suspiró.

—Se va a casar en un mes. —Me supo mal cortarle el rollo romántico, pero era hora de dejar las cosas claras. La totalidad de mis compañeros llevaba todo el día guiñándome un ojo, carraspeando cada vez que me veían con Bruno o uniendo los dedos de sus manos en forma de corazón, como las asistentes a un concierto de su ídolo favorito.

—¿Qué quieres decir con que va a casarse?

—Por Dios, Vera, pues eso. Que tiene una prometida que, claramente, no soy yo.

—Hijo de puta...

—Ya —sonreí mientras dejaba de mirar por la ventana—, eso mismo pensé yo. Pero así es la vida...

—Una auténtica mierda...

—Eso mismo. —Esa vez me reí.

—¿Bajamos juntas? —me preguntó al tiempo que se colocaba su chaqueta.

—No —susurré—. Tengo que acabar unas cosillas. Gracias, Vera, y hasta mañana.

—Hasta mañana, cariño. —Me dio un beso en la mejilla y me dejó sola en

el despacho.

Por supuesto, no tenía nada que hacer, y seguro que ella misma se dio cuenta al ver el ordenador apagado y la mesa recogida. Sin embargo, entendió que prefería estar sola e irme sola a casa.

Pasados unos minutos, me puse la chaqueta y una bufanda. La noche se había puesto de lo más desapacible y lo último que necesitaba era una gripe por congelación.

¡Qué harta estaba ya del invierno! ¡Qué ganas de ir a trabajar en *shorts* y sandalias!

Lo sé, la reina del glamur, precisamente, no era.

Apagué las luces, me despedí del vigilante y bajé en el ascensor hasta el vestíbulo, por cuya puerta acristalada salí a la calle. Le di una vuelta más a mi bufanda y me dispuse a caminar por la acera, en busca de mi parada de autobús.

Pero no llegué a dar un paso. Con las manos aún en los bolsillos, contemplé anonadada cómo una figura masculina bajaba de un taxi que permanecía aparcado junto al bordillo. Llevaba el cuello del abrigo subido para protegerse del frío y se dirigió a mí a toda prisa. Mientras lo vi acercarse, observé su aliento caliente difuminarse en forma de vaho en el aire gélido de la noche, el mismo aire helado que movía su flequillo y hacía que mi pelo se metiera en mi boca.

No hará falta que diga que era Bruno, quien, a grandes zancadas, llegó a mi altura y se lanzó sobre mí. A continuación, me atrapó entre sus brazos, posó su boca sobre mi boca y abrió mis labios para besarme con intensidad al mismo tiempo que con una ternura infinita. Sentí el escozor de las lágrimas bajo mis párpados al comprender lo difícil que también se le hacía a él dejar de verme, pero decidí no llorar y sí vivir el intenso momento. Lo rodeé yo también con mis brazos y profundicé el beso ardiente que él me estaba ofreciendo. Su lengua, húmeda y muy caliente, calentó el interior de mi boca lo mismo que el centro de mi corazón.

—Rebeca —murmuró, todavía con sus labios pegados a los míos—, no puedo marcharme, todavía no. Necesito un poco más de tiempo a tu lado. Sólo un poco más de tiempo...

Yo continuaba en *shock*, como si aquello fuese una aparición, como si la visión de Bruno sólo existiera en mi mente, lo mismo que el calor de su cuerpo rodeando el mío, o la tibieza de su aliento chocando contra mi boca. El vaho de ambos se entremezcló cuando colocó su frente sobre la mía y enredó sus frías manos en mi pelo.

—¿Qué... qué haces aquí todavía? —balbucí—. ¿Y tu vuelo? ¿Y tus cosas?

—He alargado una noche más mi estancia —jadeó, a sólo un centímetro de mi boca—, y he cambiado el vuelo para mañana por la mañana.

—Bruno... —volví a balbucir.

—Por favor, Rebeca —me suplicó—, dime que pasarás conmigo el resto de la noche. Dime que tú tampoco te resignas a no verme más. Dime que me deseas tanto como yo a ti.

—Por Dios, Bruno... Esto... es una locura...

Sí, lo era. Una auténtica locura. Pero, en el fondo de mi alma, no podía estar más feliz. En aquel instante no pensé en su compromiso, en su vida programada, en la distancia o en ningún impedimento de los miles que teníamos para estar juntos. Únicamente pude pensar en que, si él me regalaba unas horas más a su lado, no iba a ser tan tonta de rechazarlas. Lo amaba, eso ya no tenía remedio, así que, ¿qué más daba ya? Mi corazón podría soportar una nueva vuelta más de tuerca a cambio de ser inmensamente feliz unas pocas horas más.

—Locura es pensar en no volver a verte —declaró, desesperado. Sus manos acunaban mi rostro y su boca permanecía unida a la piel de mis mejillas, de mis labios, de mi cuello, de mi pelo—. Locura es imaginar no volver a besarte, a tocarte, a mirarte, a escucharte. Locura es no aprovechar el poco tiempo que se nos pueda conceder, porque ni siquiera sé si volveré a verte.

—Y si nos vemos —le dije durante un segundo de lucidez—, estarás casado.

—No me odies, por favor —me rogó—. Lo siento, lo siento...

—No podría odiarte, Bruno... —Atrapé entre mis manos la solapa de su abrigo para atraerlo más hacia mí y volver a besarlo. El anhelo por volver a adorar el resto de su cuerpo se convirtió en una necesidad.

—Ven conmigo, cariño —susurró. Curvó su brazo para que me aferrase a él y eso hice. Lo cogí y lo acompañé hasta el coche, que nos esperaba.

Durante el corto trayecto no hablamos, nos lo dijimos todo con el corazón. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y él tomó una de mis manos entre las suyas para, cada pocos segundos, llevársela a los labios y besar mi dorso o mi palma. Me sentí tan reconfortada dentro de aquel vehículo que me hubiese conformado con seguir allí, siempre, como en una burbuja infranqueable que te aísla del mundo que tan difíciles nos había puesto las cosas.

Tras el breve recorrido del taxi al hotel y de la recepción a la *suite*, volvimos a entrar en nuestro universo particular cuando cerramos la puerta. Allí dentro volvieron a desaparecer todos los problemas y obstáculos, únicamente estábamos Bruno y yo. Me lancé sobre él para deslizar por sus hombros su abrigo, su chaqueta y su camisa, y poder abalanzarme sobre su pecho, cuya piel ardiente quemó mis labios nada más besarlo. Mis manos, al mismo tiempo, abrían la hebilla del cinturón y buscaban la abertura del pantalón para poder liberarlo de cualquier barrera entre su cuerpo y yo.

A continuación, como en una competición cronometrada, él arrancó de mi cuerpo mi chaqueta, mi blusa y el resto de mi ropa, a tirones, ignorando botones, cremalleras o cualquier otro invento para unir trozos de tela. Sin dejar de besarnos ni de tocarnos, caminamos a trompicones hasta caer sobre la cama, donde proseguimos con aquellas caricias desesperadas y los besos interminables. La boca de Bruno recorrió la totalidad de mi cuerpo, desde mi boca, mi cuello y mis pechos hasta el último de los dedos de mis pies. Ni recuerdo en qué momento alcanzó la caja de preservativos de la mesilla para

sacar uno y colocárselo. Me daba igual cuándo hubiese sido. Lo que tenía claro era que, esa vez, no sería yo la que se agarrara al cabezal de la cama. Con un giro casi imposible, conseguí colocar a Bruno de espaldas sobre la cama y yo me situé a horcajadas sobre él.

—Dios, Rebeca —gimió—, no me hagas esperar más.

—Sólo un poco más —murmuré antes de bajar mi boca hasta su cuello para poder besar su pulso acelerado. Nuestros sexos se frotaban, ansiosos por culminar aquella explosión de lujuria, pero yo continué con mi deseo de besar sus pezones, su vientre, la piel suave de sus caderas...

Cometí el error de mirarlo un instante, y ya no pude seguir. Sus ojos se habían convertido en brasas azules que me quemaban hasta el punto de no desear otra cosa que alcanzar el máximo placer. Me coloqué sobre su miembro y dejé que me penetrara con un golpe de cadera en medio de un explosivo gemido que surgió de nuestras bocas.

Y comenzó la locura. Mis caderas subían y bajaban a un ritmo estremecedor mientras las manos de Bruno me ayudaban sujetando mi cintura. Levantó la cabeza para aproximarse a mis pechos y poder chuparlos y morderlos mientras nuestras pelvis, encajadas, proseguían con sus rítmicos movimientos. Demasiado pronto, pero no por ello menos satisfactorio, ambos alcanzamos el orgasmo, fuerte, rápido, descontrolado. El placer se extendió por nuestros cuerpos en oleadas y nos hizo estremecer durante un largo instante en el que continuamos moviéndonos, agitándonos y besándonos, hasta que no se oyó más que los latidos de nuestros corazones al unísono.

Caí desmadejada sobre su pecho y cerré los ojos, en espera de que mi organismo volviera a su estado normal.

* * *

Estoy casi segura de que me dormí unos minutos. Creo que mi propio cuerpo buscó la mejor forma de relajar cada músculo y cada célula después

del esfuerzo al que los había sometido. Cuando abrí los ojos, temí que nuevamente Bruno se hubiese levantado de la cama, pero no, no fue así. A través de un solo ojo comprobé que estaba dormido y yo, apoyada sobre él. Su tórax subía y bajaba de forma acompasada y su respiración cadenciosa revelaba su relajación.

Me incorporé un poco y sonreí al tiempo que peinaba sus dorados cabellos con mis dedos. Tenía las manos sobre su abdomen y la cabeza ladeada sobre la almohada. Volví a sonreír al observar su boca entreabierta, por donde caía un hilillo de humedad hasta las blancas sábanas.

Sí, noticia de última hora: los tíos buenos también babean mientras duermen.

Dormido parecía todavía más joven, pues me recordó más que nunca al chico adolescente que me enamoró a pesar de estar prohibido para mí. Sentí la necesidad visceral de besarlo, abrazarlo y volver a hacer el amor con él, pero, sin saber por qué, me sobrevino un bajón. Ya sabéis, todas aquellas preguntas típicas e inútiles que nos hacemos en los momentos más inoportunos, como qué estoy haciendo con mi vida, qué hago con un tío que va a casarse, madre mía está engañando a su novia conmigo, soy una zorra de mierda...

Ya ves, menuda zorra yo, que no había tenido más de cuatro o cinco rolletes en toda mi vida.

Con cuidado, me levanté de la cama y me aproximé al ventanal, por donde entraba la plateada claridad de la noche. Aproveché que hubiera un sillón frente a la ventana para sentarme, tal cual iba, desnuda. Lo de enrollarse la sábana alrededor del cuerpo se quedaba en las películas. No pensaba arriesgarme a un nuevo trompazo.

No sé el tiempo que estuve allí, quieta, con el único movimiento de mis neuronas, pensando de nuevo cómo era posible que yo, Rebeca la friki invisible, se encontrase en aquella situación, en pelotas, en una elegante habitación de hotel, porque acababa de tirarse al tío bueno que dormía en la cama con la boca abierta, babilla incluida... y prometida incluida.

«Pero no puedo evitar quererlo...», me dije.

Tan concentrada estaba en aquellos inútiles pensamientos que no me percaté de que Bruno se había despertado. Percibí por el vello de mi nuca que me estaba mirando, aunque me chocó el ruidillo que parecía acompañar esa sensación; como un objeto rasgando un papel.

Me giré y observé una escena digna de mención. Bruno se había sentado en la cama y, sobre su desnudo regazo, sostenía un cuaderno de dibujo, donde parecía estar plasmando mi imagen a golpe de lápiz.

—¿Me estás dibujando? —le pregunté con la intención de levantarme.

—¡No, por favor! —me pidió, sin levantar apenas la cabeza de la lámina—. No te muevas. Quédate como estabas, mirando hacia la ventana, para que pueda trazar tu perfil.

—No creo que aguante —musité, tratando de no mover mucho la boca.

—Relájate —me pidió—. Hazte a la idea de que sigues meditando en tus cosas.

—Creo que me pica una oreja —me quejé.

—Tranquila...

—Y ahora me pica la frente.

—Todo es una cuestión mental. —Menuda chorrada me soltó—. Piensa en otra cosa.

—Joder, y ahora creo que me ha dado una rampa en el pie izquierdo.

—Rebeca...

—Vale, vale, pensaré en otra cosa... Me siento como Kate Winslet en la escena de *Titanic*, donde Leonardo di Caprio también la dibuja desnuda.

—Pues concéntrate igual que ella.

—Me falta un bonito colgante en el cuello. —No dejaba de hablar para no recordar que seguía quieta y con unas inmensas ganas de moverme.

—Tú no eres Rose —me aclaró mientras no dejaba de mover la mano sobre el cuaderno—. Y yo espero no acabar como Jack, en el fondo del Atlántico.

—Pues, como se entere tu Elsa de esto, sí que acabarás en lo más profundo del océano, y con una piedra atada al tobillo.

—Deja de decir chorradas, Rebeca...

—¿La has dibujado a ella también? —se me ocurrió plantearle—. ¿Y desnuda, como a mí?

—¿Por qué quieres saber eso? —contestó con otra pregunta—. ¿Acaso te gustaría verla?

—¡Claro que no!

—Entonces, cállate y continúa quieta.

—No me has respondido —insistí.

—No, Rebeca, no he dibujado a Elsa. Al menos, no así.

—¡No jodas! —exclamé—. ¿Cómo que no has dibujado a tu prometida?

—Porque ella no entiende, digamos, mi afición. Por eso únicamente tengo algunos bocetos de ella hechos de memoria.

—O sea, que soy la única a la que has plasmado desnuda.

—Yo no he dicho eso. —Sonrió con picardía.

—Entiendo —le dije con una mueca—. Pintas desnudas a todas tus amantes de turno.

—Digamos que... pinto a las que se dejan.

—¿Y luego te acuestas con ellas?

—¿Quién te has creído que soy? —Rio—. ¿Picasso? Ya te he dicho que soy abogado, y que el dibujo y la pintura se han convertido sólo en un *hobby* para mí. Pinto o modelo en mis momentos de intimidad, nada más.

Me rompió el corazón que me lo dijera con semejante tristeza. Bruno no era feliz, se veía a la legua, y yo no podía hacer nada para remediarlo. Únicamente, darle aquellos momentos que, al mismo tiempo, me hacían feliz a mí.

—Bueno, creo que ya está.

—¿Ya? —exclamé—. ¿Puedo verlo?

—Sólo es un boceto —me advirtió mientras salía de la cama y se

aproximaba a mí con el cuaderno en la mano—. Algunos de estos dibujos se quedan así, otros los remato y perfecciono, y sólo unos pocos los paso a color en uno de mis lienzos.

Me erguí en el sillón para que la sangre volviese a fluir por mis venas y mis músculos de desentumecieran. Aquello de ser la musa de un pintor sonaba muy romántico, pero me pareció lo más pesado del mundo.

Bruno se acuclilló ante mí y me mostró el dibujo. Allí estaba yo, representada negro sobre blanco, echada en el sillón, mirando a ninguna parte, desnuda, aunque únicamente se apreciaban los pechos, puesto que había colocado estratégicamente mi pierna derecha para que tapase mi parte más íntima.

El corazón me saltó en el pecho. Nunca había visto algo tan bonito, tan artístico y hecho con tanto arte. Aquellos trazos negros habían plasmado perfectamente la mezcla de felicidad y tristeza que emanaban de mi rostro, al tiempo que, físicamente, habían dado en el clavo, puesto que, claramente, era yo.

—Oh, Dios, Bruno —susurré mientras sostenía aquel cuaderno entre mis manos—; me encanta, es precioso.

—Gracias —sonrió—, aunque creo que has sido uno de los rostros más difíciles de reflejar para mí.

—¿Me estás diciendo que tengo una cara difícil?

—No —rio—, claro que no. Precisamente, ha sido complicado para mí porque, hasta ahora, no había dado nunca con nadie que expresara tanto. Tienes rostro de musa, Rebeca.

—Anda ya —bromeé—. Has sido tú, que, como otros artistas, has mejorado el original.

—Eso es imposible —susurró.

Tragué saliva. Bruno volvía a encandilarme con sus palabras. Me estaba dejando el listón tan alto que me daba miedo pensar en mi futuro sentimental. Si hasta entonces había sido patético, a partir de ese momento sería dramático.

—Aún está inacabado —musitó, señalando el boceto—. El día que lo termine, te lo regalaré.

—Gracias —murmuré, conmovida—. Aunque me contaste lo de tu ilusión por las artes, no sabía que tuvieses tanto talento.

—Bueno —me dijo pícaro al tiempo que cogía el cuaderno y lo colocaba sobre la mesilla—, tengo algunos otros talentos... ocultos.

—¿De verdad? —contesté excitada.

Dejamos a un lado nuestras tristezas y decidimos aprovechar un tiempo que nos iba demasiado en contra. En aquel instante, Bruno se encontraba de rodillas en el suelo, frente a mí, que todavía descansaba en el sillón. Con los ojos encendidos de deseo, comenzó a acariciar mis pechos con una mano mientras con la otra colocaba mis piernas sobre los apoyabrazos del sillón. Me dejó abierta y expuesta ante él. Dejó mi sexo a la altura de su rostro, a sólo unos centímetros de distancia, y lo miró como si fuera el oscuro objeto de su deseo.

—Quiero devorarte —jadeó—. Quiero que tu sabor quede impregnado en mi lengua por el resto de mis días.

Sin tiempo a reaccionar, hundió su boca en mi vagina y la cubrió con sus labios mientras introducía su lengua en el interior de mi cuerpo. Clavé las uñas en la tela del sillón al tiempo que rodeaba sus hombros con mis piernas y me relamía los labios tras un intenso gemido. Nunca, en mi vida, me había imaginado siendo la protagonista de una escena tan erótica, tan placentera, tan excitante...

Bruno me agarró de las caderas para afianzarme con más fuerza y continuó absorbiendo mi esencia, chupando y lamiendo mis labios íntimos y mi clítoris. Cielo santo... Mordí mi labio inferior, pero después pensé que no debería ahogar mis gemidos, mi demostración del deseo que quemaba mis venas. Introduje mis manos en su pelo para atraerlo más a mí y moví las caderas contra su boca, envuelta en la locura de un placer abrasador. Cuando alcancé el orgasmo, grité enardecida, mientras tiraba con más fuerza de su pelo y

clavaba un poco más mis tobillos en su espalda. Grité y gemí hasta que agoté hasta el último rescoldo de placer, mientras Bruno se bebió hasta la última gota de ese placer.

Cuando se puso en pie frente a mí, me encontraba desmadejada sobre el sillón, pero no sin fuerzas como para no entender su proposición. Su miembro apuntaba directamente a mí, grueso y erecto, en una clara invitación a que lo tomara en mi boca, algo que yo deseé hacer desde el primer momento.

Pensé en decirle a Bruno que no lo había hecho nunca, pero cambié de opinión. El montón de veces que había pillado a Simón viendo películas porno tenía que servirme de algo. Como si se hubiesen tratado de tutoriales de YouTube titulados «Cómo chupar una polla», aquello ya no tenía ningún secreto para mí. Además, eso tenía pinta de ser un polvo de despedida, pero Bruno iba a recordarlo toda su vida. Iba a echarle un polvo que se iba a cagar.

Lo cogí por las caderas y comencé a pasar la lengua por toda la longitud de su miembro, de arriba abajo, recreándome en la rugosa piel de sus testículos y en la suave de su glande. Él se sujetó a mi nuca y empezó a mover las caderas, haciendo que su miembro entrara y saliera de mi boca a un ritmo acompasado. Me aferré entonces a sus glúteos y permití que se dejara llevar, que usara mis labios y mi lengua para multiplicar su placer. Me resultó tan erótico verlo gemir de deleite, observar su vientre plano tan cerca de mis ojos, acariciar sus largas piernas mientras él gemía cada vez más fuerte...

—No quiero correrme así —jadeó al tiempo que sacaba su miembro de mi boca.

—No pasa nada —gemí—. Yo he hecho lo mismo contigo...

No me permitió acabar. Me volteó en cuestión de un segundo e hizo que me colocara de rodillas sobre el asiento y me agarrara al respaldo, de manera que mi trasero quedara expuesto ante él. Le oí trajinar en busca en un nuevo preservativo, me asió de las caderas y, a continuación, me penetró desde atrás.

Dios, aquella noche iba a resultar memorable. En todos los años de mi vida no había sido capaz de experimentar ni una pizca del placer que estaba

disfrutando en sólo unas horas. Bruno alternaba tiernas caricias y románticas palabras con la efusividad de sus golpes de pelvis y sus impetuosas penetraciones, acompañadas por expresiones eróticas que hacían que me hirviera la sangre.

Sus envites me obligaron a sujetarme con fuerza al sillón, porque en esa postura su miembro golpeaba el mismo centro de mi ser, haciendo que el placer volviera a inundar mi cuerpo, a instalarse en mi vientre y a explotar en mi sexo. Ambos volvimos a estallar en un increíble orgasmo que nos hizo caer desmadejados. Mis rodillas flaquearon y se doblaron por el peso de Bruno, que se desplomó sobre mí, pero no había suficiente espacio en el sillón y resbalamos hasta caernos. No pude evitar ponerme a reír al vernos de aquella guisa.

—No sé cómo me lo monto —reí—, que me paso media vida tirada por el suelo.

—Ojalá pudiese estar siempre ahí —susurró él—, contigo, para ayudarte a levantarte.

Me dio un beso en el pelo, me cogió en brazos y me llevó a la cama.

—Ojalá... —musité yo.

Pero ambos sabíamos que aquello era una quimera. Como yo había pensado, aquella noche inolvidable no resultó más que varios polvos de despedida. La despedida definitiva.

Capítulo 11

¡Un poco de fiesta, por favor!

Durante aquella semana, Laura estaba que no estaba. Apenas habló sobre el tema, mucho menos mencionó a Martín. Continuaba yendo a su trabajo e intentaba seguir con su ritmo de vida habitual, pero parece que, llegado el viernes por la tarde, una pieza de su cerebro pareció encajar y puso a rodar el engranaje. Supuse que, encontrarse a una persona tan familiar a las puertas de la escuela para adultos donde daba clases, esperándola, la hizo reaccionar. Simón me contó cómo, aquella tarde, decidió acercarse a esperar a nuestra amiga. Sufría por ella y temía que algo tan grave como una depresión se estuviese forjando en su interior.

—Vaya —dijo Laura al salir a la calle y encontrárselo apoyado en una farola—. ¿Qué haces aquí?

—Me apetecía venir a buscarte y pasear un rato. —Simón se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros descoloridos.

—Debéis tranquilizaros, estoy bien, dentro de lo que cabe. —A pesar de aquella afirmación, Laura sonrió y se agarró al brazo de Simón antes de empezar a caminar—. Pero entiendo que os preocupéis y queráis cuidar de mí. Yo haría lo mismo.

Estuvieron caminando un buen rato, sin hablar y sin destino, hasta que Simón propuso que fueran a tomar algo.

—No lo digo para que te desahogues ni nada parecido —le aclaró—. Sólo habla cuando y de lo que te apetezca..., pero creo que te iría bien hablar de ello con nosotros.

Laura se limitó a sonreír y a agarrarle más fuerte del brazo mientras

accedían a una cafetería y buscaban una mesa en el interior del local. La tarde empezaba a caer y el sol se escondía ya por detrás de los edificios, por lo que no apetecía mucho quedarse en la calle. Se sentaron, pidieron un par de cafés y se dedicaron a beber de sus tazas a pequeños sorbos hasta que Laura comenzó a hablar.

—Tenía sólo veinte años cuando lo conocí en la cola del cine, ¿recuerdas? Fuimos a ver *Fast & Furious 6*.

¡Como para no recordarlo! Simón odió a Martín desde aquel día.

—Me choqué con él y le tiré todas las palomitas. —Laura rio—. Cuando quise pagárselas, me dijo que me lo pasaba por alto si me sentaba a su lado.

Un asco de historia para Simón. Volver a escucharla le producía arcadas, pero no podía hacer otra cosa que sonreír en aquella situación.

—Al día siguiente me llamó y quedamos de nuevo para vernos y... —De pronto, Laura interrumpió su narración—. Pero ¿qué coño estoy haciendo? ¿Regodearme en mi propia miseria? ¡Se acabó hablar de Martín!

—Me parece perfecto —soltó Simón, y rio por el alivio.

—¡Yo lo quería, pero él a mí no! —exclamó Laura—. ¡Él se lo pierde! ¡Que se joda!

—¡Eso es! —la apoyó nuestro amigo—. ¡Que se joda una y mil veces!

—Vayámonos de juerga. —Como impulsada por una fuerza de origen desconocido, Laura se puso en pie y tiró de la mano de su acompañante.

—¿Estás segura? —le preguntó éste.

—¡Por favor, Simón, necesito bailar, beber, emborracharme hasta caerme de culo! —Reía y reía sin parar. A cualquiera os puede parecer que se había vuelto loca o que la putada de Martín la había trastornado hasta el punto de aquellos ataques de risa compulsiva, pero no, no era para tanto. Simplemente, era una de las fases de su duelo. Ya había pasado por la fase de negación y aislamiento, y parecía entrar en la de la ira, puesto que saliendo de fiesta hasta el límite pensaba que podía joder a su ex. Una especie de venganza.

Miedo teníamos de las fases siguientes.

—¡Deseo concedido! —chilló Simón mientras también se ponía en pie—. ¡Vayámonos de marcha!

—¡Sí! —soltó, entre risas, Laura—. Vamos a casa a cambiarnos y arrastraremos a Rebeca.

De más está decir que acepté encantada, porque yo también tenía lo mío. Me encontraba bastante melancólica y necesitaba con urgencia una buena curda, lo mismo que mi amiga.

¡Vaya dos! O vaya tres, mejor dicho, porque Simón tampoco debía de estar en su mejor momento.

Aquella noche fue para nosotros una especie de viaje al pasado, de volver a la necesidad de estar juntos porque el mundo nos había hecho infelices a alguno de los tres. Lo peor era que, en aquella ocasión, los tres íbamos tocados. Lo bueno... que seguíamos juntos, que sentíamos que podíamos enfrentarnos, como siempre, a ese mundo hostil que solía atacarnos desde que éramos unos niños. Y podíamos defendernos, porque poseíamos una de las armas más poderosas: la amistad inquebrantable.

Y así, como tres almas perdidas que sólo necesitan un rato de diversión, accedimos a aquella discoteca, donde recibimos de buena gana la mezcla de luces centelleantes y una gran dosis de decibelios que incitaban a menear las caderas, levantar los brazos, gritar y beber, sobre todo esto último. Lo primero que hicimos fue abastecernos bien de alcohol y movernos por entre la gente al ritmo de ese tipo de música que la mayoría de nosotros criticamos pero que luego no paramos de bailar: el reguetón. A mí hay veces que me llega a cansar, pero, cuando tienes ganas de saltar, reír y disfrutar, creo que es la mejor opción. ¡Lo que llegamos a bailar con *Despacito* o *Mi gente*!

—¡Vamos a por otra copa! —gritó Laura en mi oreja, dejando en ella un rastro de vodka caliente. Bailábamos en la pista, pero necesitábamos más provisiones para seguir dándolo todo. O sea, botar y botar sin parar.

—¡Será mejor que nos apalanquemos un rato en la barra! —le contesté yo mientras intentábamos sortear a la gente—. ¡O nos pasaremos la vida entre

codazos y pisotones!

Le pareció buena idea y eso hicimos durante un buen rato, beber y beber como esponjas resacas. Mientras ingeríamos aquellas ingentes dosis de alcohol, esperábamos a que inundase nuestras venas y embotara nuestro cerebro, nos dedicamos a mirar hacia la gente; a nada en particular, únicamente a observar a los tíos para despotricar sobre ellos y decir que ninguno valía una mierda, o a criticar los modelitos o los pelos de las chicas que movían sus caderas con entusiasmo en espera de que alguno de esos tíos sin ningún atractivo aparente se fijase en ellas.

Creo que nuestras miradas aterrizaron al mismo tiempo en una persona que nos era familiar. Se trataba de Simón, que bailaba sin ningún tipo de sentido del ritmo, pero tampoco le hacía falta, porque a la rubia que tenía delante no parecía importarle. La chica ondulaba su cuerpo pegada a él con un bailecito sensual semejante a una lambada discotequera, al tiempo que no dejaba de sobarlo y de comerle la boca.

—Joder con Simón —farfulló Laura—. Ya está otra vez dándose el lote con la primera que se le acerca.

—Y las que la están mirando con envidia —añadí, y me reí.

—Qué facilidad tiene para ligar —gruñó.

—Estamos tan acostumbradas a verlo por casa que no solemos pensar en su éxito con las chicas. Mira, mira —insistí—, desde aquí se les ve la lengua. Menudo repaso bucal se están dando.

—El caso es... —titubeó Laura—, que debo estar ya borracha... ¿Desde cuándo está tan bueno Simón?

Sonreí. Tal vez era verdad que el alcohol era el causante de que Laura viera visiones, pero pensaba aprovecharlo para mis propios fines, que no eran otros que ayudar a mis amigos. La esperanza es lo último que se pierde y yo, de tener esperanza, sabía demasiado.

El caso es que Simón se vistió esa noche totalmente de negro, con un pantalón ajustado y una camisa entreabierta que le sentaba de fábula. Estaba

guapísimo.

—¡Y que lo digas! —Su pregunta me vino rodada—. ¡Te juro que me están dando ganas de apartar a esa rubia y besarlo yo misma!

—¿Qué dices, loca?! —exclamó con una carcajada.

—Te lo prometo, tía. Hace poco descubrí que nuestro amigo el pringado tiene un polvazo. Por eso llevo rato pensando en acercarme, quitarle a esa petarda de encima y ponerme yo en su lugar.

—No tienes ovarios... —me retó.

—¿Que no?! ¿Qué te apuestas? ¡Y con lengua! —le aclaré.

—No puede ser que estés hablando en serio —insistió—. Soltarle un morreo a Simón...

—¡Y tanto que hablo en serio! Y ya sé cuál será la apuesta: si soy capaz de besar a Simón en la boca, tú tendrás que hacerlo también.

—Creo que voy a seguir bebiendo. —Se giró hacia la barra y pidió un vodka a palo seco al camarero—. Voy a dejarme de chorradas. Necesito caer redonda ya.

—¡Pues vaya mierda! —refunfuñé—. ¿No se suponía que ésta era una noche para hacer locuras y divertirnos? ¡Pues deja de cortarme el rollo!

—Joder, Rebeca, me estás proponiendo que le metamos la lengua en la boca a Simón.

—Yo seré la primera... —insistí una vez más.

—Joder...

—Vaaa...

—¡Está bien, pesada! —claudicó—. ¡Pero que se vea la lengua desde aquí!

—¡Hecho!

Le di la espalda y empecé a caminar hacia el gentío. Aproveché para tragar saliva e inspirar con fuerza. Esperaba que mi amigo entendiese aquella tontería que se me acababa de ocurrir, consecuencia del alcohol ingerido.

Cuando llegué a su altura, tal y como le había dicho a Laura, aparté a la rubia de un empujón. Tuvieron que sostenerla entre tres tíos para que no

cayese sobre un montón de pies.

—¿Qué haces, zorra?! —me gritó.

Pero yo la ignoré. Le rodeé el cuello a Simón con los brazos y, después de mirar a Laura y guiñarle un ojo, acerqué mi boca a su oreja.

—¿Se puede saber qué coño haces? —me preguntó él tras despojarlo de su rubia diversión.

—Sígueme la corriente, por favor —le susurré—. Te prometo que es por una buena causa.

Dicho esto, planté mi boca en su boca. En un principio, Simón se quedó quieto, pero, cuando abrí sus labios y le metí la lengua, sentí cómo se tensaba. Para que no tuviera la idea de interrumpirme, afiancé su cuerpo con fuerza entre mis brazos y profundicé el beso un poco más. No sé si porque no beso tan mal o porque sintió curiosidad, al final conseguí que me acompañara y sentí su lengua envolver la mía. Supongo que no hace falta decirlo que no me enamoré de Simón ni nada de eso. Ni tampoco me estremecí de la forma en que Bruno lo había conseguido con cada uno de sus besos o sus caricias durante sus polvos de despedida. Sin embargo, sí puedo afirmar con rotundidad que me gustó, que no me pareció desagradable por pensar que aquello fuese una especie de incesto. Simón, a pesar de sentirlo como tal, no era nuestro hermano.

Cuando calculé que el beso había durado lo suficiente y que nos habíamos dado un buen repaso de lenguas y labios, me separé de él. Su cara era un poema y casi me meo de la risa, pero no le dije ni media palabra. Lo único que hice fue mirar hacia Laura, hacerle una seña para que viniera y separarme de Simón para dejarle paso a ella.

Por cierto, mi amiga parecía bastante nerviosa y eso me daba una pizquita más de esperanza. Se colocó delante de Simón, que continuaba alelado, y rodeó con sus brazos los hombros masculinos.

Suspiré al comprobar las diferencias entre aquel beso y el mío. Primero, cuando Simón tuvo a Laura entre sus brazos y supo que iba a besarlo, casi me

derrito de amor al ver su expresión. Su rostro se dulcificó tanto que tuve que buscar un pañuelo en mis bolsillos por si me daba la llorera. Cosas del alcohol, también, seguro.

Pero Laura también lo miraba de una forma con la que nunca hubieses dicho que estaba haciendo algo a la fuerza. Ambos cerraron los ojos, se fueron aproximando poco a poco y, finalmente, se besaron. Oh, por favor, ¡qué bonito! Sus labios se amoldaron perfectamente, sus cuerpos se fundieron en uno y, por supuesto, sus lenguas asomaron de vez en cuando, con lentitud, saboreándose, regodeándose en el beso. Durante esos instantes no oí la música estridente, ni fui consciente de que estábamos rodeados de gente. Únicamente los miraba a ellos... y ellos... Perdí la cuenta del rato que duró el beso.

Por fin, fue Laura la que se apartó. Simón la miraba embelesado, con los ojos velados y los labios húmedos, pero muy serio. Quedó claro que aquel beso significó mucho para él. Laura, por su parte, hizo un intento de sonrisa poco convincente y se alejó de él para buscarme, cogirme del brazo y arrastrarme hasta la salida.

—¿Qué te ocurre?! —le grité mientras correteaba detrás de ella sin poder evitar pisotear a todos cuantos nos fuimos topando.

—Necesito salir de aquí —me dijo—. ¡Salgamos fuera!

—Pero... ¡hace mucho frío! —contesté.

Laura suspiró y se detuvo. Estaba claro que recordó la poca ropa que llevábamos ahí dentro y lo poco eficaz que sería para el frío nocturno. Se quedó parada en una zona un poco más retirada de los focos y la música, se llevó una mano a la frente y después se atusó los bonitos rizos de su pelo.

—He debido de beber demasiado —gruñó—. O me ha sentado mal por la falta de costumbre. Quiero irme a casa.

—Está bien —suspiré—. Iré a por los abrigos.

—Yo voy al baño mientras tanto. Nos vemos a la salida.

No sabía si había hecho bien o mal, si debería haberme estado quieta o, definitivamente, que el alcohol no es compatible con las ideas estrambóticas

que se te pueden ocurrir en ciertos momentos.

Nada más darle a la chica del guardarropa las tarjetas, una mano agarró mi brazo para hacerme girar hacia la persona que acababa de irrumpir a mi lado.

—¿Se puede saber de qué coño vais? —Era Simón quien me hacía aquella pregunta de forma acelerada. Su rostro, normalmente amable y pícaro, había dado paso a otro cubierto de rabia.

—Perdona, Simón —le dije—. Ha sido una tontería...

—Por supuesto que ha sido una tontería —me interrumpió, lleno de rencor—. Y me refiero a contarte mis secretos, Rebeca. Jamás volveré a hacerlo.

—No digas eso... —Me dolió tanto aquella amenaza...

—Seguís pensando que soy el imbécil al que todo le da igual, ¿verdad? El gracioso, el friki, el gilipollas que ni siente ni padece.

—No sigas por ahí, por favor... —Se me quebró la voz al oírlo hablar así.

—Pues tranquila, porque parece que tienes razón. Soy un gilipollas por creer que podía confiar en ti, pero se acabó. Si queréis seguir teniendo un payaso en casa, os buscáis a otro, porque yo ya he rebasado el cupo de chistes. Ya no hago gracia, Rebeca. Ahora resulta que soy tan normal como vosotras, porque soy capaz de enamorarme, qué contrariedad. Pero no te preocupes. Sigo siendo un fracasado, ya que sólo puedo follar con desconocidas porque la única chica que me interesa cree que soy idiota. La eterna historia de nuestra vida.

—¿Puedes parar de decir gilipolleces?! —salté mientras intentaba apartar las lágrimas de mi cara a manotazos—. ¡Aquí nadie cree que nadie sea idiota!

—Por ahí viene ya tu amiguita. —Señaló con la cabeza a Laura, que salía del baño—. Que os divirtáis, guapa, pero no será conmigo.

Cuando desapareció entre la multitud, mi cara era un mar de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Laura al llegar a mi lado.

—Nada —le contesté. Busqué un pañuelo en el bolso y me soné los mocos, que me rebosaban de la nariz—. Vámonos a casa, por favor.

Cogimos un taxi para evitar problemas y llegar cuanto antes. Una vez en el

interior de la vivienda, seguíamos sin hablar. Cada una estaba en su mundo y dábamos la impresión de no querer compartirlo con la otra. Yo me dejé caer en el sofá y Laura se quedó de pie en medio del salón. Cuando vi sus rasgos desencajados, supe que había llegado el momento de la fase de la depresión. Se había saltado la de negociación porque esperaba que Martín volviera de Burdeos.

—¡Cinco años de mi vida perdidos! —exclamó envuelta en un desolador llanto—. ¡Cinco años convencida de mi buena suerte por haberlo conocido! ¿Cómo puedo ser tan estúpida?

Cogí su mano para tirar de ella y hacer que se sentara a mi lado, abrazarla y consolarla. Coloqué su cabeza en mi pecho y acaricié su pelo al tiempo que lo sembraba de besos.

—No has sido ninguna estúpida —traté de apaciguarla—. Sólo has estado enamorada, como nos ha pasado a todos. Porque así es el amor, Laura, dañino la mayoría de las veces.

—Creía que era mi príncipe azul —sollozó—, y ha resultado ser más de lo mismo, un maldito cabrón de mierda con más polla que cabeza. ¡Qué asco de tíos!

—Al menos tú supiste por un tiempo lo que era un príncipe azul —suspiré—. Porque no recuerdo ningún cuento donde el príncipe estuviese prometido con otra. Y mucho menos que la princesa se follara al príncipe sabiendo que su prometida lo estaba esperando.

De pronto, bajo mis manos, el cuerpo de Laura comenzó a estremecerse, al tiempo que un sonido extraño brotaba de su pecho.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, preocupada, mientras le daba la vuelta para poder ver su cara.

Pero no le pasaba nada. Mi amiga se estaba partiendo el culo de la risa. Una risa compulsiva, de esas incontrolables que no puedes parar... y siguió riendo y riendo...

—Me alegra que te haga gracia nuestro patetismo —repliqué con una

mueca.

—Ay, Rebeca —continuó carcajeándose—. Perdona, lo siento, pero me ha hecho tanta gracia lo de la princesa que se folla al príncipe...

—Sí, vamos —refunfuñé—, soy la monda. Sabes que tengo la gracia en el culo.

Al hablar de risas y de gracia, me vino a la mente nuestro amigo y me sobrevino la tristeza otra vez. Me había dicho cosas muy duras, no sabía si con razón o no. Lo que sí me temía era que ya nada sería igual. Y parece que Laura pensó lo mismo, porque, en cuestión de un instante, cesó su risa y se incorporó para levantarse del sofá.

—Quiero decirte una cosa —me soltó—, pero no sé si vas a pensar que estoy loca de remate.

—La locura es algo muy relativo —le contesté—. ¿Quién sabe dónde está el límite entre la cordura y la locura?

—El caso es que... me ha pasado algo muy extraño cuando he besado a Simón.

—¿A qué te refieres? —Sentí una mezcla de euforia y tristeza, porque lo mismo me decía que le había gustado como que se había muerto del asco.

—Me refiero a que siempre lo he visto como a un hermano. Y no sólo eso, sino que era el hermano molesto, el pesado, el plasta... Jamás se me ocurrió imaginar que un día lo besaría y...

—¿Y? —le planteé, cada vez más esperanzada.

—Pues que me ha gustado, Rebeca. En realidad... me ha gustado mucho. ¡Por favor! —gritó antes de dejarme hablar—. ¡No te rías de mí o te escupo ahora mismo!

—¡No voy a reírme de ti! —Mi cerebro estaba bailando una polka de la alegría—. Es más... a mí también me ha gustado. Simón ha dejado de ser ese hermano, Laura. Es un tío que, para colmo, está como un queso. ¿Qué hay de malo en que sientas atracción por él?

—¡No siento atracción! —exclamó, demasiado molesta—. ¡Está claro que

estaba más borracha de lo que creía!

—¡No estabas tan borracha! —repliqué a voz en grito—. ¡Es sólo una excusa que te estás montando para justificarte!

—¡Pues entonces es por lo de Martín! —insistió en sus explicaciones ambiguas—. ¡Lo odio tanto ahora mismo que vengarme era la mejor opción! Seguro que por eso he besado a otro hombre y lo he disfrutado. ¡Me hubiese valido cualquiera!

—Entonces —le rebatí, con los brazos en jarras—, ¿por qué coño estás tan alterada si todo te parece tan normal?

—¡Y yo qué sé! Creo —suspiró— que empiezo a encontrarme mal. Todo me está dando vueltas... —Se llevó la mano a la frente, cerró los ojos y se puso blanca como la pared.

—¡Ni se te ocurra vomitar! —chillé—. ¡Aquí en medio no, por favor...!

Si antes lo digo, antes abre la boca y lanza un chorro de vómito que sale disparado hasta el suelo, salpicando mis pies, mis pantalones, la mesa de centro y el sofá.

—¡Joder, Laura!

—Lo... siento —se limitó a decir mientras trataba de limpiarse la boca con la manga.

Y yo... pues fue ver el espectáculo y entrarme un ascazo... La visión de aquel horrible charco de vómito y el recuerdo de que yo también me había pasado con la bebida dio como resultado que diera una arcada y acabara devolviendo sobre los asquerosos restos de Laura sin poderlo controlar.

—Mierda... —dije al observar semejante porquería—. ¡Qué asco damos, por favor...!

—Yo me encuentro muy mal —anunció—. Lo siento, pero me voy a la cama.

—¡Eh! —vociferé—. ¡Ni se te ocurra dejar esto así o mañana apestará toda la casa!

Pero ni se molestó en contestar. Se alejó hasta su habitación y cerró la

puerta detrás de ella.

—Genial...

Intentando no mirar hacia el charco de vómitos varios que cubría el suelo del salón, me dirigí a la cocina y saqué del armario de la limpieza un cubo y lo llené de agua y lejía. Cogí después el mocho y una bayeta y me dispuse a recoger aquello mientras no dejaba de dar arcadas. Creo que nunca en mi vida lo he pasado peor.

Y ahí estaba yo, fregando con una mano y tapándome la boca con la otra, cuando oí el sonido de la puerta de entrada. Al momento, las risas de dos personas inundaron el aire. Una de ellas provenía de una chica desconocida, rubia, bajita y de redondeadas curvas. La otra era de Simón, aunque, claramente, con el inconfundible deje pastoso de un borracho.

—Hola, Rebeca —me saludó al tiempo que le iba dando tragos a una botella—. ¿Fregando a estas horas? Más te valdría hacer como yo, follar y follar, y dejar de ser tan patética. ¡Ah, no, espera! Que el patético soy yo. Aunque seré un follador patético.

Me quedé pasmada, tan tiesa como el palo de la fregona, mientras veía a la pareja entrar en la habitación de mi amigo y cerrar la puerta. A continuación, comenzaron de nuevo las risitas femeninas mezcladas con los jadeos masculinos.

¡Aquello era el colmo! ¿Cómo se le ocurría presentarse borracho con una tía, precisamente, aquel día?

Con toda la rabia del mundo corriendo por mis venas, tiré al suelo el mocho y me dirigí a su habitación. Abrí la puerta y volví a quedarme clavada en las baldosas cuando observé la escena. Simón estaba completamente desnudo, de pie en mitad del dormitorio, mientras la chica, igualmente desnuda, se hallaba arrodillada frente a él. Ya se había metido en la boca la totalidad del miembro masculino y lo chupaba y lamía como el más succulento Chupa Chups.

—Rebeca, tía —me dijo Simón mientras no dejaba de mirar a la rubia y se

relamía los labios—, o te unes a nosotros y me la chupas también, o cierras la maldita puerta.

—¡Eres un cerdo! —le grité antes de hacerle caso y cerrar. Con aquella orden había terminado cualquier fascinación que yo pudiese sentir.

En ese mismo instante, Laura apareció en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en medio de un bostezo—. ¿A qué viene tanto escándalo?

—Nada. —Traté de alejarla de la puerta.

—¿Cómo que nada? ¿Ha llegado Simón? Oigo ruido en su cuarto...

Antes de que pudiese hacer nada por evitarlo, Laura abrió la puerta. Supongo que no hará falta decirnos que se quedó tan pasmada como yo. Y eso que la rubia ya no se la estaba chupando. En ese momento, la chica estaba a cuatro patas sobre la cama mientras Simón la follaba por detrás. Ella gemía descontrolada mientras se sujetaba a la colcha y sus tetas se bamboleaban, mientras que él tenía el cuello tenso y la cabeza echada hacia atrás y, con los ojos cerrados, lanzaba sus propios jadeos al aire. Ambos sudaban, se movían a toda velocidad, gemían... Un cuadro.

Quise darles su intimidad y agarré a Laura del brazo para sacarla de allí, pero, sorprendentemente, no parecía tener intención de moverse. Me fijé en su rostro, totalmente absorto en aquella escena pornográfica, como si nunca en la vida hubiese visto a nadie en aquella situación. Y la verdad era que ya habíamos visto a Simón en más de una ocasión en circunstancias similares. La diferencia estribaba en que, el resto de las veces, únicamente nos había hecho gracia... pero aquella noche no reímos mucho, precisamente.

—Laura —la llamé—, vámonos.

—¿Qué? —me preguntó, aún cautivada por aquella imagen tan erótica—. Oh, sí, claro...

Cerré la puerta y miré a mi amiga, que se alejaba hasta su propia habitación.

—¿Estás bien? —inquirí.

—Sí, sí, tranquila. Estoy bien. —Cerró y desapareció tras la puerta.

Suspiré. Aquella había sido una noche muy extraña. Miré el estropicio del salón, todavía con la fregona por medio y los restos a medio recoger. Pasé de todo y me largué a mi cama.

Capítulo 12

Un extraño fin de semana

Como la mayoría de mis sábados, aquél también empezó casi al mediodía. Me levanté de la cama algo mareada y muerta de sed por la resaca, así que, nada más ponerme un chándal, me dirigí a la cocina en busca de un vaso de agua. Allí me encontré a mi amiga, haciendo lo mismo.

—Tía, el salón apesta —me soltó como saludo.

—Pues ya puedes coger y fregarlo, que la vomitona es tan tuya como mía —gruñí.

Después de beber el agua suficiente como para hidratar nuestros labios resecos, ambas procedimos a enchufar la cafetera. Eran las dos de la tarde y nuestros estómagos comenzaron a rugir. Fue su manera de quejarse por atiborrarlos a alcohol y después con agua.

—¿Cómo estás? —le pregunté mientras buscaba una taza en el armario.

—Todavía no me preguntes —refunfuñó—. Mi cerebro aún no está operativo. ¿Y tú?

—Lo mismo digo.

Estaba claro que llevábamos demasiado tiempo sin salir y sin beber.

Nos dispusimos a ingerir cada una nuestro negro café, apoyadas en la encimera y sin articular una palabra... pero el segundo trago se nos atragantó en la garganta cuando la chica rubia que habíamos visto la noche anterior con Simón cruzó nuestra cocina como Pedro por su casa con sólo unas bragas sobre su cuerpo.

—Hola —se limitó a decir antes de fruncir el ceño y observar nuestra cafetera.

—¿Qué buscas? —le dije de forma hostil—. ¿Las instrucciones?

Sí, vale, reconozco que recién levantada soy un poco borde. Más si estoy de resaca. Y más todavía si se presenta en mi cocina la chupona de Simón.

—¿Perdona? —contestó ella. Por suerte, parecía medio dormida todavía. Sin embargo, pareció adoptar lucidez muy pronto, porque, tan tranquila, cogió su cápsula y se hizo su café.

Y yo, seguía muy borde. Tanto que no pude evitar arrancarle la taza de los labios y tirarla al fregadero.

—Oye, tú, si lo que quieres es alojamiento y desayuno, te buscas un puto motel.

—Pero ¿qué dices? —soltó alucinada.

—¡Que ya te puedes largar por donde has venido! —exclamó Laura. Muy dulce ella, pero cuando le tocan los ovarios...

—¡Vosotras estáis mal de la chaveta, tías! ¡Me largo de este antro de locas!

—¡Ya estás tardando! —le espetamos ambas.

Cuando oímos un par de voces de la intrusa, que parecía quejarse a Simón, y después el golpe de la puerta de entrada, Laura y yo estallamos en carcajadas.

—Anda y que le den —grité yo.

—Que se vaya a gorronear a otra parte —rió Laura.

Entre risas salimos al pasillo y observamos la puerta de la habitación de Simón, que estaba abierta. Nos pareció extraño que de la estancia surgiera luz del sol, puesto que nuestro amigo no levantaba las persianas casi nunca, menos después de una borrachera y un polvo. Lo normal era tener que aporrear su puerta a la hora de la cena para que saliera de aquella cueva a la que daba asco entrar.

Nos asomamos y cuál fue nuestra sorpresa al descubrir a nuestro amigo totalmente vestido y llenando una maleta de ropa.

—No os preocupéis —nos dijo al intuir nuestra presencia—, no volveréis a cruzaros con ninguna desconocida en bragas. Al menos, no por mi culpa.

—¿Qué estás haciendo, Simón? —le pregunté llena de pánico—. ¿Qué coño haces con esa maleta? ¿Te vas de viaje?

—No —contestó—, me voy de esta casa.

—¿A dónde? —preguntó Laura.

—Hasta que encuentre algo mejor, me voy a casa de Dani, un compañero de trabajo.

—Pero ¿por qué? —insistí.

—Ya va siendo hora de que me vaya —explicó mientras buscaba calcetines en un cajón—. Ya no somos unos niños.

—De verdad, Simón —imploré—, si es por lo de ayer, perdónanos. Estábamos un poco borrachas y...

—No es por eso —zanjó—. Bueno, quizá me hizo abrir los ojos. Nuestras vidas tienen que tomar caminos diferentes ya.

—¿¿Quieres dejar de decir chorradas?! —saltó Laura—. Vamos, deja esa maleta de una puta vez.

De pronto, Simón se giró hacia ella con una expresión en su rostro que nos hizo dar un paso atrás. Daba un poco de miedo.

—¿Chorradas? —planteó con los ojos desorbitados—. Claro, todo lo que yo digo son chorradas, chorradas, chorradas. ¡Sólo digo putas chorradas!

—A ver —intervine—, haya paz. Laura, no lo atosigues. Simón, se te está yendo la olla. No puedes estar hablando en serio. Llevamos viviendo juntos desde los dieciocho años.

—¿Te crees que no lo sé? —replicó él—. Me fui de una casa donde mi padre me daba con la correa si se me ocurría rebatirle; donde mi madre me prohibía cerrar la puerta de mi habitación para que no se me ocurriera tocarme porque podía quedarme estéril. Irme a vivir con vosotras fue mi sueño hecho realidad, porque podía ser yo mismo, sin reprimirme. Pero ya no somos esos críos, Rebeca. Tengo que centrarme y pensar en mi trabajo, en mi futuro...

—Vale —le respondí, en un afán de convencerlo—, te dejaremos más intimidad y no nos volveremos a reír de tu trabajo. Eres un pedazo de

ingeniero y no tenemos derecho a...

—No es por eso, Rebeca —suspiró, cansado—. Fui un pringado durante toda mi infancia, y no dejé de serlo hasta que entré en la universidad, donde me codeé con futuros ingenieros con las mismas aspiraciones que yo. Pero aquí, en mi propia casa, sigo siendo el pesado de Simón.

—Estás muy equivocado —le chillé, señalándolo con el dedo índice—. Laura y yo estamos pasando una racha complicada y quizá estemos más sensibles de la cuenta, pero nada que ver con la película que te estás montando.

—Déjalo, Rebeca —concluyó al tiempo que se giraba de nuevo hacia la maleta—. Nos seguiremos viendo de vez en cuando.

Un inmenso vacío se instaló en mi pecho. Cerré los puños por la impotencia y me clavé las uñas en las palmas por no poder convencer a mi amigo de que no se marchara... así que supongo que a los dos nos pilló por sorpresa la intervención repentina de Laura. Su voz estaba apagada y sus ojos brillaban por las lágrimas reprimidas.

—¿Y qué voy a hacer ahora sin ti? —murmuró.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Simón, sin dejar de doblar camisetas estampadas con emoticonos.

—A que acabo de dejarlo con mi novio después de cinco años porque tenía una amante casada que pretendía esconder aun casándose conmigo... pero, a pesar de lo fuerte que suena, no estoy tan hecha mierda como sería lo normal. ¿Y sabes por qué?

Él se limitó a negar con la cabeza y yo la miré expectante.

—Pues porque tú has estado ahí en todo momento, Simón. Porque me has hecho reír cada vez que sospechabas que iba a llorar. Porque me has enseñado a jugar a la Play para que te acompañase a jugar al *Call of Duty* en las ocasiones en las que me hubiese encerrado en mi habitación a llorar. Porque has aguantado mis quejas y mis llantos, has dejado que me durmiera en tu regazo de puro cansancio y después me has llevado a la cama en brazos.

El corazón se me encogió al ver llorar a Laura. Dos arroyos de lágrimas resbalaban por sus mejillas y acababan desembocando en su boca, donde se juntaban con la saliva y los mocos. Yo misma empecé a llorar también y Simón abrió mucho los ojos, alucinado, porque no esperaba esa reacción nuestra.

—No lloréis, por favor... —nos pidió Simón al tiempo que cerraba su maleta.

—¡Lloro si me da la gana! —exclamó Laura—. ¡Porque mi amigo me deja! ¡Porque me duele más que la traición de mi novio! ¡¿Qué voy a hacer yo ahora, eh?! ¡Dime! ¡¿Qué voy a hacer ahora sin ti?

No puedo recordar más aquella escena sin ponerme a llorar otra vez. Sentí que se desgarraba un trozo de mi propia alma al ver tan mal a Laura. Incluso los ojos de Simón se inundaron de lágrimas al vernos llorar a las dos a dúo.

Aunque la siguiente reacción de nuestra amiga, tan agresiva, fuera el resultado de su propio dolor.

—¿Y ahora te pones a llorar? —Empezó a darle empujones a base de puñetazos en el pecho—. ¿Ahora lloras como una nenaza?

—Laura, por favor... —murmuró él.

—¡¿La misma nenaza que sólo sirve para trabajar en videojuegos porque no tiene cojones de salir al mundo real?!

—¡Laura, joder! —la regañé—. ¡¿Qué coño te pasa?!

Y Laura se volvió a derrumbar. Nos quedó claro que andaba bastante tocada mentalmente.

—¡No te vayas, Simón! —Se agarró a su camiseta y se la aumentó dos tallas a base de tirones—. Por favor, no te vayas. —Con un llanto desgarrador, se abalanzó sobre nuestro amigo y se enganchó a él como un pulpo—. Quédate con nosotras; quédate conmigo...

Entenderéis que os diga que yo ya lloraba a moco tendido y que imité a mi amiga, enredándome igualmente alrededor de Simón. Compusimos una escena de lo más dramática, los tres abrazados, llorando...

—Joder, chicas, no me hagáis esto...

Al final, como el muchacho tiene un corazón que no le cabe en el pecho, por muy chulo y pesado que se ponga a veces, no tuvo más remedio que salirse del abrazo, sorberse unos cuantos mocos y mirarnos con una sonrisa entre triste y resignada.

—¡Vale! ¡No me iré! ¡Seguiré aquí con vosotras hasta que me echéis a patadas!

—Me alegro —me limité a decirle mientras me limpiaba las lágrimas con la sudadera. Después, sin embargo, me fui alejando de ellos. Me dio la impresión de que sobraba de alguna manera, por la forma en que se miraban, embelesados, ignorando su entorno—. Voy fregando el suelo, que falta hace.

A pesar de retirarme a pasos lentos, poco a poco, por si captaba algo, no oí palabras o murmullos. Únicamente sonidos que identifiqué como los inconfundibles chasquidos de los besos o los roces de la tela en un abrazo.

* * *

Aquella tarde de sábado la pasamos en casa, tirados los tres en el sofá jugando a la Play y comiendo chucherías varias. Al final, únicamente fregué el salón, pero tampoco se notaba mucho, sembrado como estaba de bolsas vacías de patatas y latas de Coca-Cola y cerveza. La habitación de Simón continuaba con la maleta abierta encima de la cama y todas sus prendas desperdigadas a medio doblar. Nosotras no habíamos hecho ni las camas, así que acabamos los tres dormidos en el sofá, después de no aguantar una soporífera saga de *Star Wars* que jamás he soportado. Soy más de películas de amor, terror o suspense, pero, aquella noche, pude constatar que Simón y Laura eran más afines en muchas más cosas que yo.

El domingo por la mañana teníamos las vértebras bailando samba entre ellas. Joder, qué mal se duerme en el sofá, sobre todo si lo compartes entre tres. Y no sé si por el malhumor que me proporcionaba aquel malestar, me levanté y abrí las cortinas para que Laura y Simón se despertaran también.

—¡Joder, chicos! —les grité—. ¡Tenemos el piso que parece una puta pocilga! ¡Ya nos podemos poner a limpiar todo esto si no queremos pillar el tifus!

Gruñeron, refunfuñaron y se cagaron en toda mi familia, pero, cuando se hubieron despejado con un café, admitieron que llevaba razón. Como otras veces habíamos hecho en algún que otro zafarrancho de limpieza, nos repartimos las tareas de fregar suelo y baños, lavar y planchar ropa, sacar el polvo...

Así, en plena desinfección, nos pilló el timbre de la puerta a primera hora de la tarde. Abrí yo y me topé de morros con Selene, quien no me hubiese importado que me hubiera pillado tal como iba vestida para la limpieza, con una camiseta llena de manchas de lejía, unos *leggings* que se me habían quedado pequeños, unas zapatillas de cuadros y el pelo recogido en un moño que parecía más bien un nido de cigüeñas.

El problema fue que venía acompañada por su recién estrenado novio, Ángel, el chico que la llamaba casi cada día desde Qatar o alguna otra parte al otro lado del planeta.

—Hola, Rebeca —me saludó Selene—. Ángel ya se tiene que ir, pero quería presentároslo antes de que deba pasarse por ahí otro montón de días.

—Hola —saludé en forma de murmullo, como si al bajar la voz fuese menos visible—. Perdonad, pero estamos de limpieza general.

Laura y Simón se acercaron también al pequeño recibidor, ambos con pintas iguales o peores que la mía. Ahora me río, pero entonces nos quedamos los tres con ganas de que nos tragase la tierra por tener que conocer a semejante hombre en aquellas circunstancias. Bueno, a Simón le importó un huevo, porque, al vernos tan paradas como estatuas, se adelantó y le dio la mano a Ángel después de sacarse un guante de goma de color rosa.

—Encantado —le dijo—. Selene tiene aquí su casa para lo que sea, así que el tratamiento es extensivo para ti.

—Gracias —contestó Ángel mientras nos daba dos besos a Laura y a mí—.

Y no os preocupéis, podéis seguir con vuestra tarea. Tengo que irme. Ha sido un placer.

Le dio un beso en los labios a nuestra vecina y se marchó escaleras abajo. Ya había desaparecido al fondo del edificio y aún seguíamos los cuatro allí, como si nos hubiese dado un aire.

—¿Vais a decir algo o a dejarme pasar? —preguntó la modelo con una pícara sonrisilla—. Lo digo porque no me apetece contaros mi único, alucinante, extraordinario y flipante fin de semana aquí en medio. Los vecinos se podrían escandalizar.

—Claro, tonta, pasa —le propuse, después de reaccionar.

¡Y como para no estar alelados! Mientras que nosotros parecíamos tres feas gárgolas, nuestra vecina se había presentado divina de la muerte. Para colmo, acompañada de su perfecto, joven y atractivo novio. Por suerte, el pobre chico no tuvo que aguantar nuestra visión más allá de un minuto.

—Ya podrías haber avisado, maja —le recriminé—. Tu novio debe de pensar que te relacionas con una panda de pordioseros.

—Por supuesto que no —nos intentó convencer—. Ángel es un chico muy sencillo que no se fija en cosas tan superficiales.

—Claro... —refunfuñé—. Y ahora dirás que tú llevas puesto el primer trapo que has pillado para estar por casa, ¿no?

Señalé su vestido azul, que se ajustaba a su cuerpo como un guante y le marcaba cada curva y cada detalle. Hacía resaltar su preciosa melena negra y sus grandes ojos grises.

—No lo veía desde hacía semanas —suspiró—, así que tenía que dejarle huella. ¿Queréis que os cuente cómo ha sido nuestro reencuentro, o no?

—Yo voy a jugar una partida al *FIFA* —refunfuñó Simón—. No me apetece para nada escuchar vuestros rollos y amoríos. —Dicho esto, se dejó caer en su sillón, se colocó sus cascos y comenzó a darle al mando mientras nosotras ocupábamos el sofá.

—Ay, Simón —lo pinchó Selene—. Si yo hablara sobre esos amoríos tuyos

tan secretos...

Pero él no se enteró de nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Laura, con pinta de no tener ni idea.

Miré a Selene a los ojos e intenté hacerle una seña para que entendiera que debía callarse y dejarlo para otro momento. Sonreí para mis adentros por el acierto de la chica, que llevaba tiempo insinuando lo que le pasaba a nuestro amigo. Parece que, como suele pasar, los de fuera se percatan mucho antes que los de dentro de lo que pasa en su propia casa.

—Voy a traer unas bebidas —propuse, para zanjar el asunto—. Y ya puedes empezar a contar cómo ha sido este fin de semana con tu Ángel del cielo.

Distraje a Laura en el momento que llegué con las latas y nos acomodamos para escuchar la romántica historia de Selene. Si llego a saber en aquel momento la repercusión que tendría en mi vida aquella historia, juro que hubiese cogido a Ángel y le hubiese dado un par de hostias. Pero, precisamente yo, soy la menos indicada para quejarse de las historias de amor imposibles...

* * *

Tal y como nos había mostrado varias veces Selene, la comunicación entre ella y aquel chico que se había ganado su corazón se limitaba a ser mediante llamadas y mensajes. Así que, en cuanto él la informó de su hora de llegada al aeropuerto de Barcelona, Selene no dudó en pedir prestado un coche a uno de sus muchos amigos y se presentó allí a esperarlo. Arrastrando su maleta, Ángel, dispuesto a coger un taxi que lo acercase a casa, se encontró con aquella inesperada sorpresa. Selene, la chica que apenas hacía unos días que conocía y que le había hecho replantearse tantas cosas, lo aguardaba apoyada en el capó de un viejo utilitario. Sin dudarle un segundo, hizo a un lado su maleta y dio varias largas zancadas para acercarse a ella, que le sonreía de

una forma tan luminosa que consiguió que aquella luz apagara cada estrella del cielo.

La escena, tal y como nos la describió mi vecina, fue de película. Una de aquellas escenas en las que dos enamorados se reencuentran después de muchos días sin verse. Me los imaginé a cámara lenta: Ángel acercándose, Selene corriendo para acabar echándose en sus brazos... y, por supuesto, el beso. Ese beso que tantas veces desearon darse y que nunca compartieron; un beso largo, intenso y apasionado, porque encerraba dentro muchos días de deseo insatisfecho.

—Te he echado de menos —le dijo Selene, aún con la frente apoyada en la de él—. Sé que apenas nos conocemos, que no creo en los flechazos, que esto que me pasa es imposible...

—Chist —la hizo callar él, colocando un dedo sobre sus labios—, tranquila. No hace falta que te justifiques, porque me pasa lo mismo.

Y volvieron a besarse, a unir sus bocas y sus lenguas, olvidándose del lugar donde se encontraban. Fue el sonido de un carraspeo a su espalda el que los hizo separarse. Un vigilante del aeropuerto le llevaba la maleta a Ángel, esa que antes había dejado olvidada en cuanto había divisado a la chica que le había robado el sueño las últimas noches.

—Perdone, señor, pero creo que este equipaje es suyo.

—Claro, gracias —contestó Ángel antes de que el hombre se marchara y de soltar una carcajada—. Creo que será mejor que nos vayamos de aquí o montaremos un escándalo.

—Te invito a mi casa —le propuso Selene mientras abría el maletero del coche para que él introdujera su maleta—. Tengo la nevera vacía, pero podemos encargarnos unas pizzas o cualquier cosa.

—Te lo agradezco —respondió Ángel—, pero necesito cambiarme y darme una ducha y me sería más cómodo hacerlo en mi apartamento. Después de tantos días fuera, tampoco tengo nada de comida, pero acepto tu sugerencia de pedir algo de cena.

—Perfecto —contestó ella al tiempo que arrancaba y ponía rumbo a la dirección que le había dado él.

Cuando Selene aparcó el vehículo, no se fijó mucho en la zona en la que lo había hecho. Fue al subir en el ascensor y acceder al apartamento de Ángel cuando se percató del estilo y la categoría que había a su alrededor.

—Vaya —silbó Selene—, menudo lujo.

Habían accedido a un amplio salón cuyos grandes ventanales dejaban ver gran parte de la ciudad. Los escasos muebles eran totalmente de diseño, y destacaba la gran alfombra gris que se extendía ante una chimenea que él encendió con un mando y que ocupaba toda una pared. Una suave música de piano flotaba en el ambiente.

—Voy a darme una ducha —anunció Ángel mientras se dirigía al baño—. Ponte cómoda.

Y allí se quedó ella, intentando digerir todo aquello que la rodeaba. En el poco tiempo que hacía que conocía a Ángel, no se había parado a pensar en lo bien que le iban las cosas gracias a su importante trabajo; en las diferencias en sus vidas.

Oyó el rumor lejano del agua de una ducha. Sonrió. Dejaría para otro momento aquellas chocantes reflexiones. Comenzó a deshacerse de la ropa mientras caminaba siguiendo el sonido del agua. Accedió al baño y divisó la silueta de Ángel, que se mantenía estático bajo el chorro del agua. Selene, ya desnuda, abrió la mampara y entró en la ducha para colocarse junto a él.

—Pensaba que me invitarías —susurró ella de forma sensual.

—Y yo pensaba que no te decidirías nunca.

Ambos se abrazaron y besaron con frenesí bajo el torrente de agua caliente. Sus cuerpos se amoldaron con inusitada facilidad, sintiendo cada uno el erótico contacto de la piel mojada del otro. Selene devoraba la boca del hombre y se dejaba devorar por él, al tiempo que sentía sus fuertes manos en sus caderas y en sus glúteos. Sus pechos se endurecieron al contacto con el

pecho velludo y empapado, y su vientre se contrajo al acunar el miembro de Ángel, húmedo, grueso y erecto.

Durante un instante de lucidez, Selene pensó en lo tranquilo y caballeroso que le había parecido Ángel todo el tiempo, en la forma respetuosa en la que la había tratado... pero quedaba patente que toda aquella caballerosidad desaparecía cuando se trataba del sexo. Y a Selene no le podía parecer más perfecta aquella mezcla de galantería y potencia sexual.

—Deseé tenerte así desde el primer momento —jadeó él—, pero me gustaste tanto que no quise estropearlo.

—Yo deseé lo mismo —gimió ella—. Te deseaba, pero no quería que tuvieses una idea equivocada de mí...

Antes de acabar la frase, las manos de Ángel la levantaron y la apoyaron contra la pared de azulejos.

—Rodéame con tus piernas —le pidió. Ella obedeció, se abrazó a sus hombros y, sin dejar de mirarlo a sus encendidos ojos castaños, sintió cómo la penetraba de una estocada.

Ángel comenzó a embestirla mientras la sujetaba en vilo y ella se apoyaba en sus hombros. Los gemidos se mezclaron con el sonido del agua que caía sin cesar sobre sus cabezas, con los golpes de la espalda de Selene contra las baldosas de la pared, con el chapoteo de los choques de sus pieles mojadas... Un orgasmo simultáneo hizo acto de presencia y los llevó a lo más alto del éxtasis entre gritos y gemidos. Ambos acabaron tirados en el suelo de la ducha, besándose para saborear hasta el último estremecimiento de placer.

—Siento haber sido tan impetuoso —le dijo Ángel al tiempo que le apartaba el oscuro cabello mojado de la cara—, pero he soñado tantas veces con esto...

—Ni se te ocurra pedirme perdón por semejante polvo —rio Selene mientras se abrazaba a él y besaba su pecho húmedo—, pero quiero que sepas —añadió, un poco más seria— que te agradezco que me hayas tratado de una

forma a la que no estoy acostumbrada. Eres... diferente, Ángel, y todavía no me creo que esté aquí, contigo.

—Tú también eres diferente. —Se levantó y la ayudó a hacer lo mismo. Luego se colocó un pantalón cómodo y le ofreció a ella un albornoz—. Eres fresca y sincera, y, créeme, no es fácil encontrar sinceridad en el mundo.

La cogió de la mano y la llevó hasta la espaciosa cocina, toda ella de color blanco y acero y con una isla en el centro. Abrió la nevera de doble puerta y le mostró el vacío contenido.

—Como verás, yo tampoco ando surtido de alimentos, pues mis idas y venidas impiden que pueda guardar comida sin que se estropee. Lo que sí tengo es alguna que otra botella de vino por aquí.

Ángel sacó una de un botellero bajo la isla, la descorchó y vertió una generosa cantidad en dos copas. Selene la tomó en su mano y bebió un sorbo del líquido oscuro. Estaba delicioso. Seguramente, jamás había probado nada parecido, acostumbrada a beber sólo el vino que entraba en un menú barato.

Ángel la instó a que se dirigiera al salón y a que se sentara sobre la mullida alfombra, frente a la chimenea. Dejó la copa sobre una mesita de centro de mármol y cristal y cogió el móvil entre sus manos para comenzar a marcar.

—Voy a pedir la cena —le comentó—. ¿Te apetece comida japonesa, tailandesa...?

Selene parpadeó y dio un sorbo a su copa. No quería parecer una pringada inculta, pero tampoco era plan de mentir. Él había alabado su sinceridad porque ella era así, y no iba a empezar en ese momento a inventarse cosas que no eran ciertas.

—Yo... —titubeó—, no sé. Estoy acostumbrada a pedir sólo pizza o chino...

—Genial —contestó él—, me encanta la comida china. Pediré un menú variado, de todo un poco.

Encargó la cena, colgó el teléfono, lo dejó sobre la mesita y tomó de nuevo la copa de vino. Miró a Selene y le cogió la mano que tenía libre.

—¿Ocurre algo?

—Claro que ocurre, Ángel —le dijo directamente, sin rodeos—. Apenas acabé el instituto me fui de casa, viajé en autostop y me pagué mis primeras clases haciendo de camarera en un local donde, si te dejabas pellizcar el culo, sacabas más de propinas que de sueldo. Me he emborrachado demasiadas veces, las mismas que me arrepiento de lo que he hecho después y que luego olvido. No me llega para pagar los recibos de un apartamento que cabe en tu cocina, donde todo lo que hay dentro no sirve ni para encender una hoguera.

—¿Has acabado ya? —le preguntó.

—No, pero más vale que pare aquí o acabaré enterrada en mi propia mierda.

—Escucha, Selene. —Soltó de nuevo la copa e hizo que la soltara ella también para poder cogerle ambas manos—. Si lo único que yo valorara en una mujer fueran sus estudios, su nivel económico y el lujo de su casa, me habría enamorado de alguna de las muchas mujeres con las que trato en mi día a día. Y, créeme, alguna vez he creído estarlo, pero, afortunadamente, me he dado cuenta a tiempo de mi error. No quiero mujeres de plástico, no deseo chicas bien educadas ni me seduce el lujo y el dinero... porque, quiero que lo sepas, yo provengo de la nada. Me crié en un orfanato, Selene. ¿Crees, de verdad, que me voy a escandalizar por lo que me cuentas de tu vida? Si yo te contara mi infancia, lo que tuve que hacer para sobrevivir, vomitarías sobre esta alfombra.

—Yo... —titubeó ella—, no quería hacerte revivir cosas desagradables. Lo siento.

—No pasa nada, cielo —suspiró al tiempo que se llevaba una de las manos femeninas a los labios—. Sólo quiero que sepas que lo importante es lo que somos, nuestra esencia. Lo que tenemos o lo que alcanzamos..., todo eso puede desaparecer de un día para otro y no tendrá mayor relevancia. Mientras no nos vendamos a nosotros mismos...

A ella le pareció ver una sombra muy oscura pasearse por los ojos de

Ángel, pero la había emocionado con sus palabras, con su confesión sobre sus duros orígenes, y únicamente pudo quererlo más todavía.

—No me importa lo que poseas, el tamaño de tu apartamento o tu pasado —añadió Ángel—. Te quiero a ti, a Selene, a Antonia o como decidas llamarte. Por primera vez en mi vida, he acosado a mi superior para que me dejara venir este fin de semana si no quería tenerme muy cabreado. Porque, por primera vez, tenía un motivo para volver.

Un par de lágrimas brotaron de los ojos de Selene.

—Hazme el amor ahora mismo —le suplicó al tiempo que se deshacía del albornoz y se colocaba sobre Ángel para que ambos se tumbaran sobre la alfombra.

—Si te quedas conmigo hasta el domingo, cuando tenga que volver a marcharme.

—Eso ni lo dudes...

* * *

Cuando Selene terminó de explicarnos su romántico fin de semana, Laura y yo estábamos con la boca abierta y los ojos llorosos. Sigo pensando que estábamos más sensibles de la cuenta, pero eso no quita que nuestra vecina nos contara una historia bonita de verdad.

—Oh, Dios, cariño —susurró Laura—. Qué romántico todo, qué maravilloso y alucinante...

—Hacer el amor sobre una alfombra junto a un fuego —suspiré yo—. Y con un hombre como Ángel...

—No sé, chicas... —suspiró ella mientras se frotaba el rostro con las manos—. Me da la sensación de que todo ocurre demasiado deprisa.

—Oh, claro —comentó Laura, envuelta en ironía—, puedes esperar cinco años a que te pida matrimonio y, justo en ese momento, descubrir que hace tiempo que se cansó de ti y se folla a una casada.

—O también —intervine yo— puedes esperar a que aparezca tu amor de la adolescencia y, después de acostarte con él, te confiese que va a casarse con alguien más perfecto que tú.

De pronto, las tres dimos un respingo cuando oímos la voz de Simón, que, al parecer, no estaba tan al margen como pensábamos.

—O puedes pasarte toda una vida esperando a que una chica te vea como a algo más interesante que una lombriz de tierra, pero tengas que seguir sentado porque eso no ocurre nunca.

Selene, después de carraspear, estalló en una sonora carcajada.

—Pues no le veo la gracia —se quejó Simón.

—No me río por ti —le aclaró ella, todavía intentando calmar la risa—. Me he reído porque los tres os habéis quejado de vuestras vidas sentimentales y creo que no son tan desastrosas como creéis. Sólo tenéis que mirar un poquito más allá de vuestras narices.

—¿En serio? —contesté yo, con sorna—. Verás tú cuando mañana entre por la puerta de la revista y me encuentre cara a cara con Julia, cómo toda mi vida volverá a ser la misma mierda de siempre.

Si antes lo digo, antes suena mi móvil. Era Julia desde su teléfono de casa, pues el suyo seguía guardado en un cajón en su despacho.

Hablando de la reina de Roma...

—Hola, Julia —la saludé—. ¿Ya estás de vuelta?

—Sí, ya estoy de vuelta. ¿Alguna novedad?

El tono de su voz me sorprendió. No era altivo, despectivo ni estresante, como solía ser. Parecía... ¿triste?

—Eh... —Joder, cualquiera le enumeraba las novedades que habían ocurrido en su ausencia. Mejor dejarlas para el día siguiente. Tragué saliva al imaginarla enterándose de la visita del abogado del viejo De la Torre. Más me valía llevarle el más succulento de los desayunos, por si servía de algo una buena sobredosis de azúcar para aplacar los nervios—, no muchas, Julia. Mañana te pongo al día.

—Sí, claro —contestó apagada.

En lo que fue igual que siempre fue en su cortesía: ni una triste despedida.
¡Qué día tan duro me esperaba en unas horas!

Pasaron tantas cosas aquel fin de semana... Fue el más extraño de mi vida.

Capítulo 13

Bruno: vuelta a la realidad

Encendí mi móvil nada más salir del avión en el aeropuerto de Madrid. Como ya imaginaba, un buen número de notificaciones y mensajes lo ocupaban, pero únicamente abrí los que me había enviado Elsa. En ellos me informaba de su visita a casa de mis padres esa misma mañana de sábado, comería con ellos y esperaría mi llegada allí.

Suspiré. Por suerte, yo había comido en el avión. No me apetecía en absoluto pasarme por allí antes de llegar a mi casa, y menos para comer, pero parecía que, en el ámbito familiar, llevaba demasiado tiempo sin elegir ni seguir mis deseos. Por ello, intentando no agobiarme demasiado, cogí un taxi y me desplazé directamente al dúplex que mis padres poseían en el barrio de Salamanca. Toqué al timbre y me abrió la doncella.

—Buenos días, señor Balencegui. Lo esperan en el salón.

Casi me echa para atrás la estampa que me encontré, pues, para empezar, mi padre permanecía en un sillón, con una manta oscura sobre las piernas. El infarto le había dejado tan débil el corazón que, desde que lo sufriera diez años atrás, se había visto obligado a limitarse a asesorar al bufete y a delegar su cargo en mí. Varias complicaciones coronarias relacionadas con su dolencia cardíaca lo habían envejecido y debilitado de tal forma que apenas salía de casa si no era en su silla de ruedas.

—¿Qué tal va todo, hijo? —Me acerqué a él y me senté en el reposabrazos del sillón.

—Todo genial, papá. La revista *Mundo Mujer* me ha parecido una buena adquisición para Universal y todo está en orden.

—Recuerda que es muy importante tener contento a De la Torre.

—No te preocupes. —Puse una mano sobre su manta—. Te aseguro que, después de esto, quedará más que satisfecho.

—Me alegro, hijo. —Apretó mi mano con una de las suyas y me miró a los ojos. Como siempre, me sentí intimidado por esa mirada. Era como si, sin necesidad de palabras, pretendiese recordarme quién era el culpable de que él se hallase en aquella triste situación—. Pero recuerda que también nos esperan otros clientes importantes, como el Hospital General. Han contratado al bufete, pero quieren que seas tú, personalmente, quien lleve todos sus asuntos legales, como la última demanda que les han impuesto.

—Por supuesto, papá. Hoy mismo tendré una reunión con De la Torre y mañana me centraré en el caso del hospital.

A pesar de todo, si yo había decidido encaminar mi vida al derecho y al bufete, tenía claro que había sido por mi padre, lo mismo que estaba seguro de que, si volviera atrás en el tiempo, volvería a hacerlo. Él lo había sacrificado todo por mí y merecía que yo le correspondiera.

—Míralas —me dijo con un deje de orgullo, señalando a las mujeres—, preparando la boda. No podrías haber elegido mejor esposa que Elsa.

Me giré hacia el centro del salón. Mi madre y mi novia parecían estar muy entretenidas sentadas a la mesa, ocupada por un enjambre de regalos provenientes de los invitados. Habíamos contratado la mejor lista de bodas.

—Hola, cariño —me saludó mi madre en primer lugar con un beso en la mejilla—. Retrasaste tu vuelta un día.

Dicho por cualquier madre, hubiese sido una simple afirmación o un mero comentario; en la boca de la mía sonaba a auténtico reproche.

—Se me complicó el trabajo, mamá.

Elsa introdujo en su caja uno de los regalos, algo parecido a una aceitera de diseño, y se levantó para saludarme, tal como había hecho mi madre, con un beso en la mejilla y con otro reproche, aunque, de los labios de ella lo parecía

un poco menos, debido a una educación con la que la habían enseñado a disimular sus sentimientos.

—Te lo decimos porque te hemos echado de menos. —Dicho esto, mi prometida me sonrió, como si quisiese aplacar mi malestar.

Escruté su cara, visualizando cada rasgo y cada línea. Era un rostro agraciado, con la piel fina y blanca, con los labios rosados y unos rasgados ojos verdes, enmarcado todo ello por una melena castaña y brillante.

Sí, todo eso ya lo sabía. Lo que yo buscaba era otra cosa, algo que no podía definir con palabras, algo que no encuentras sólo con mirar un rostro, sino que es lo que esperas que te transmita... y el de Elsa no me transmitía nada.

Y eso también lo sabía, desde hacía tiempo, pero mi vida se había vuelto una línea tan recta y calculada que me había importado una mierda con quién acabara casándome.

Hasta entonces. Hasta que me volví a cruzar con Rebeca. Su recuerdo me hizo sonreír nada más evocarla. Con ella había resultado todo tan fresco, tan espontáneo, tan real...

—Te veo contento —me comentó Elsa, analizando mi mirada. Siempre me había dado la impresión de que podía ver a través de mí.

—Es lógico —disimulé—. Veros ahí, con tantos regalos...

—Hay muchísimos —exclamó con expresión feliz—, y todos exquisitos. Recuerda que son más de doscientos invitados. Qué poquito queda ya... Estaremos casados en unos pocos días.

Tragué saliva e hice deslizar mi nuez de Adán a lo largo de todo mi cuello. Preferí no pensar en lo que suponía aquello en aquel instante o sería capaz de salir corriendo por la puerta y no aparecer en un año.

—¿Nos vamos a casa? —me preguntó mientras cogía el bolso y el abrigo de manos de la doncella.

—Si quieres, te llevo —le propuse—, pero después debo pasarme por el bufete para recoger unos papeles.

—¿Por qué no te pasas primero? —me dijo, con su delicado entrecejo

fruncido—. Nos pilla de camino.

—Tengo que ir a casa de Diego de la Torre —le respondí—. Ya ha vuelto de su viaje y espera mis informes.

—Estos hombres, siempre pensando en el trabajo —intervino mi madre. Después, me miró con censura de nuevo y me susurró algo al oído mientras se suponía que me daba un beso—. Procura cuidarla, hijo. No vas a encontrar nada igual.

Me limité a simular una sonrisa, porque, si hubiese tenido que contestarle... Suspiré. También quedaba excusada por la educación que yo sabía que había recibido, encaminada únicamente a llevar la casa, cuidar del marido y los hijos y procurar no dar ningún escándalo.

Después de despedirnos de mis padres, cogimos un taxi y, como ya le había dicho, acompañé a Elsa a casa. Subí para coger las llaves de mi coche y poder moverme con soltura por la ciudad.

Miré a mi alrededor, al espacioso ático que habíamos adquirido hacía tan sólo unos meses en pleno barrio de los Jerónimos, de lo más exclusivo que pudimos encontrar. Todo estaba tan limpio, ordenado, perfecto... Tan perfecto como mi perfecta prometida.

—¿De verdad tienes que irte en mitad de un sábado? —me preguntó mientras se cambiaba de joyas frente al espejo del dormitorio—. Elvira y Jacobo nos han invitado hoy a su casa a tomar una copa.

—No puedo postergarlo —le aclaré, al tiempo que rozaba con mis dedos un mechón de su suave cabello. Era tan exquisita y tan fría al mismo tiempo... —. De la Torre me está esperando desde antes de que viajara a Barcelona.

Al fin y al cabo, eran amigos suyos, no míos.

—Está bien —musitó—. Si no llegas muy tarde, pasa a recogerme. Si no, tranquilo, Jacobo me acercará a casa.

—Perfecto. —Busqué sus labios y, por instinto, se los abrí para poder profundizar el beso, pero, como la mayoría de las veces, su respuesta fue fría y acabó apartando su boca—. Hace días que no nos vemos, Elsa...

—Tengo el período —contestó con una imperceptible mueca.

—Claro, perdona. —Deslicé mis dedos entre mi pelo y suspiré. Con Elsa no valía ningún tipo de persuasión o seducción.

—No dejes que se te haga tarde —me indicó antes de encerrarse en el baño.

Bajé al aparcamiento del edificio y cogí mi coche. Lo arranqué con un par de buenos acelerones, bajé la ventanilla y salí disparado de allí. No era gran cosa, pero me sentí un poco más libre conduciendo mi Mercedes deportivo, sintiendo el aire frío de la calle impactar contra mi rostro. Tenía tan pocos momentos en los que descargar un poco de adrenalina...

Mi primera parada, como ya había previsto, fue en el bufete. A pesar de ser sábado por la tarde, estaban trabajando algunos otros pringados, que, seguramente, tenían tan poca vida como yo.

Uno de ellos era Luis, el compañero con el que tenía más afinidad y el único que no estaba allí por ser un pringado, pues era uno de los mejores y tenía una intensa vida social, sobre todo en el ámbito femenino. No es que nos uniera una gran amistad, pero era lo más parecido a un amigo que tenía en el trabajo. Además, era el menos esnob de todos, aunque vistiera con trajes a medida y llevara el pelo engominado.

—¿Qué haces aquí un sábado por la tarde? —le pregunté—. ¿Se te ha acabado tu lista de contactos y has de volver a empezar por el principio?

—Nada de eso —respondió, tan sonriente como siempre—. Sólo he venido a guardar algunos informes en el archivador que cierro con llave. ¿Y cómo ha ido ese viaje, colega? —me preguntó con una palmada en el hombro.

—Bastante bien —respondí—. Ahora sólo me queda una última reunión con el viejo De la Torre.

—Pues genial, tío, pero no acabo de verte muy contento. Pareces... apagado. ¿Los nervios de la boda, quizá?

—Debe de ser eso.

—Por ese motivo yo no pienso casarme —soltó muy ufano—. No

cambiaría mi estilo de vida ni por un puesto en el mejor bufete del país.

—Estás en el mejor bufete del país —acoté, con una sonrisa.

—Lo sé —respondió sonriente—. ¿A que mi vida es perfecta?

Reí las ocurrencias de Luis mientras entraba en mi despacho y recogía diversos documentos y revisaba algunos datos del ordenador. Después, me dirigí a mi aparcamiento reservado y puse rumbo a la dirección del presidente de Editorial Universal.

Diego de la Torre vivía en una de las mansiones del barrio de La Moraleja. Como ya había hecho en anteriores visitas, preferí avisarlo primero por teléfono y así atravesar la verja de entrada nada más llegar. Una vez en su despacho, le hablé de la revista, le mostré informes y le facilité toda la información de la que dispuse en aquellos intensos días que había pasado en Barcelona. El hombre tomó buena nota de todo y se despidió de mí una vez que rechacé una tercera copa de su exquisito brandy.

Cuando me monté en mi coche y salí al exterior de la propiedad, comprobé que todavía era temprano y que me daría tiempo de pasarme por casa de Jacobo y recoger a Elsa... pero decidí no hacerlo. Me encaminé al apartamento que adquiriré antes de conocer a mi prometida y del que nadie tenía conocimiento. En realidad, más que apartamento, era un antiguo edificio de oficinas de una empresa de transportes en Coslada que yo mismo habilité para mis propósitos. Todo el interior era un solo espacio, incluso para guardar el vehículo.

Accioné el mando y se elevó una gran puerta basculante, a través de la cual accedí a la nave. Bajé del Mercedes y pulsé todos los interruptores que había colocados en cajetines vistos sobre un pilar de hormigón. Una veintena de fluorescentes del techo se encendieron todos a la vez, iluminando la amplia nave sin tabiques ni separaciones, cuyas paredes de ladrillo había mandado dejar tal cual estaban.

Sin prisas, me saqué la chaqueta y la corbata y, una vez en mangas de camisa, me coloqué una bata de color gris que colgaba de un gancho en la

pared. Saqué una carpeta que había dejado yo mismo en el maletero, y de su interior extraje una lámina de dibujo. Sonreí. Era el esbozo que había hecho de Rebeca, y que dispuse, horizontal, sobre la mesa, entre botes con pinceles y restos de pinturas, para poder fijarme en él, aunque estaba casi seguro de que podría haberla pintado de memoria.

Con toda la tranquilidad del mundo, coloqué un lienzo en blanco sobre el caballete y preparé los óleos y los pinceles necesarios. Cuando el primer trazo de color apareció en la tela, sentí una gran satisfacción y felicidad.

A partir de entonces, no me esperarían muchos momentos felices más.

Capítulo 14

Mensajera de malas noticias... otra vez

Amanecía el día D o, lo que es lo mismo, el del regreso de mi jefa, la vuelta a la rutina y a las prisas, la convicción de que Bruno había desaparecido de mi vida para siempre...

Me había puesto el despertador a las seis de la mañana... aunque, en vista de que esa noche no me hubiese dormido ni con una sobredosis de ansiolíticos, lo mismo me hubiera valido ponerlo a las tres, a las nueve o no habérmelo puesto, directamente.

En fin, que me lo programé tan temprano porque ese día recibíamos la visita de Diego de la Torre, y, tal y como tantas veces me había señalado Julia, ese hombre no podía inspeccionar la redacción de una glamurosa revista si la secretaria de la directora —una servidora, la que seguramente tendría que dar la cara— se presentaba con una camiseta que sólo servía para trapos. Puesto que también me tocaba pasar a toda carrera a por el desayuno, ideé una forma para poder combinar estilo y comodidad con la falda que me había comprado.

Vale, lo admito, lo he visto en las películas norteamericanas. Se trata de maquillarse y vestirse de forma elegante, con falda, camisa de seda y esas cosas, pero calzando deportivas porque guardas unos resplandecientes zapatos de tacón en tu bolso, que no te pondrás hasta que atraveses la puerta de tu oficina. Y, la verdad, me fue genial, a pesar de la estrechez de la falda, que me obligó a correr a pasos cortos como una muñeca de Famosa.

En cuanto llegué a la oficina, fui derecha al servicio, me solté el pelo, me repasé el maquillaje y me coloqué los zapatos. En cinco minutos, estaba bastante presentable para nuestra inminente e incómoda visita.

Salí del baño y fui a llevarle el desayuno a Julia. Milagrosamente, había llegado antes que yo a pesar de mi madrugón. Claro que ella cogía su coche de su garaje, en pleno Pedralbes, y se iba directa al trabajo.

—Buenos días, Julia —la saludé casi sin aliento por las prisas—. Aquí tienes tu desayuno. ¿Qué tal tu estancia en el balneario? ¿Cuándo llega Diego de la Torre? Ahora mismo te pongo al día y...

Con expresión indescifrable, casi sin mirarme, me interrumpió. Fui consciente en aquel momento de su cara demacrada y sus oscuras ojeras. Estuve a punto de bromear con ella y decirle que no se le ocurriera recomendarme aquel balneario porque con ella no habían hecho su trabajo, pero me arrepentí a tiempo... afortunadamente.

—Me ha confirmado que estará aquí en quince minutos. —Hizo a un lado el paquete con el desayuno y no se molestó en abrirlo—, así que será mejor que me pongas rápidamente al día..., por ejemplo, hablándome de la visita del abogado del viejo.

Sé que era algo de lo que se tenía que enterar, pero, joder, siempre tenía que ser yo la portadora de malas noticias.

—Se presentó de repente —le expliqué, tratando de ignorar la hostilidad de su mirada—, justo al día siguiente que te marchaste al balneario. Intenté ponerme en contacto contigo, pero no me fue posible y...

—No me canses con tus quejas —me interrumpió, de forma bastante borde—. Lo único que me interesa lo voy a saber en unos minutos, en cuanto hable con el viejo y compruebe su reacción.

—¿Acaso no confías en nosotros? —le pregunté, intentando apaciguar mis ganas de enviarla a la mierda—. Según tú, te marchabas porque sabías que dejabas la revista en buenas manos, lo mismo que sabías que podría ocurrir cualquier eventualidad. ¿Qué se suponía que debía hacer, Julia? Lo hemos hecho como mejor hemos podido, tanto mis compañeros como yo.

Mi jefa frunció el ceño y bufó como una gata. No estaba para nada acostumbrada a que la rebatiera, mucho menos a que la cuestionara, pero había

pasado una semana tan intensa y estresante que no soporté sus recriminaciones.

—Vete a tu puesto —me ordenó secamente—. Veo que hoy has cuidado un poco tu imagen y estás perfecta para darle la bienvenida a De la Torre, pero nos dejarás a solas a él y a mí en mi despacho.

—Pero, Julia, fui yo la que trabajé mano a mano con su abogado...

—Te he dicho que no intervengas —me cortó—. Si en algún momento es necesaria tu presencia, te lo haré saber. Y, ahora, a tu sitio.

Joder con el balneario, el *spa*, los masajes o las mascarillas de barro que se suponen que te van a relajar y aliviar el estrés. ¡Y un carajo! Aquello era denunciabile por publicidad engañosa. ¿Qué coño habían hecho con ella, si volvía más insoportable que nunca?

—De acuerdo, Julia.

Me senté en mi puesto, encendí mi ordenador y comencé a repasar todas las notas que tenía escritas a mano en mi agenda o los pósits que todavía me ayudaban tanto. Unos minutos después, mi explotadora salió de su despacho para ir a recibir a nuestra visita, anunciada por la chica de recepción. Pasó por mi lado dejando la estela de su caro perfume, el eco de sus zapatos y una sonrisa que debía de haber conseguido grapándose las comisuras de la boca a los pómulos.

Oí los murmullos de los saludos, las risas exageradas de Julia y todo un compendio de cumplidos por ambas partes. Me puse en pie cuando ambos se acercaron al despacho de mi jefa. Ésta me presentó como su secretaria casi sin mirarme y, antes de abrir la puerta, se quedó clavada en el suelo cuando contempló al hombre frente a mí sin intención de dar un paso más.

Diego de la Torre era un hombre que debía de rondar los ochenta años, pero todavía lo acompañaba un aura de vitalidad, lo mismo que una innata elegancia, remarcada por su forma impecable de vestir, su abundante cabello blanco y su bastón con mango de marfil.

—¿Es usted la señorita Rebeca, por casualidad? —me preguntó el anciano. Me miró con sus claros ojillos vivaces y una sonrisa que me pareció de lo más

sincera.

—En efecto, señor De la Torre. —Le ofrecí mi mano y él me la estrechó de forma contundente, sin dejar de mirarme y sonreírme—. Estamos encantados de recibirlo.

—Y yo, encantado de estar aquí. Veamos si esta revista es digna de pertenecer a mi editorial.

Julia le abrió la puerta, él accedió a su despacho y, cuando se percató de que ella se disponía a cerrar la puerta detrás de él, paró su movimiento con su inseparable bastón.

—Espere un momento. Todavía no ha entrado la señorita Rebeca.

—Señor De la Torre —replicó ella en actitud claramente irritada—, Rebeca sólo es mi secretaria. No es necesario que...

—O está presente ella también en la reunión —la volvió a cortar— o me voy por donde he venido y nos olvidamos del contrato.

—Cla... claro —titubeó Julia, con unos ojos como platos—. Rebeca, por favor, pasa a mi despacho.

Creo que era la primera vez en mi vida que me pedía algo por favor.

«Madre mía de mi alma», pensé. Aquel hombre no sabía lo que estaba haciendo. Con aquella exigencia, ya podía ir redactándome un buen currículum, porque, después de aquello, me quedaba sin trabajo. Me prometí a mí misma que haría una visita al monasterio de Montserrat si era capaz de evitar que mi jefa me echara.

Una vez dentro del despacho, Julia se sentó tras su mesa y De la Torre, como el caballero que era, me instó a que me sentara antes de hacerlo él mismo. Lo hice, pero colocándome tan al filo de una silla que, si me movía un centímetro, acabaría de culo en el suelo.

—Bueno —comenzó a decir mi jefa, al tiempo que colocaba los codos sobre la mesa—, creo que los informes presentados por su abogado han sido claramente favorables.

—Pues sí —anunció el anciano, sin dejar de mirarme de reojo y sonreírme.

Me mosquearon aquellas miraditas tan seguidas y empecé a pensar que pudiera tener enfrente a un viejo verde acosador, pero muy pronto descubrí que eran más paternales que otra cosa—. Muy favorables, sobre todo por unas interesantes propuestas que hizo su secretaria, la señorita Rebeca.

—¿Propuestas? —exclamamos las dos a la vez.

El hombre sacó de su bolsillo un *pen drive* y lo colocó sobre la mesa.

—Si me hace los honores... —le pidió a Julia.

Ésta, totalmente desconcertada, insertó el lápiz de memoria en su ordenador y esperó. Durante aquellos segundos, yo permanecí tensa e igual de expectante que ella.

—Ahí tiene los informes de mi abogado —continuó De la Torre—. Y, si abre el archivo anexo, podrá encontrar una propuesta para mejorar su revista.

«Ay, Dios, ¡ay, Dios! Tierra, trágame.»

No podía ser... Bruno no podía haber sido tan inconsciente de... Pero sí, estaba claro que sí, pues había tenido la desfachatez de presentarle a su cliente la propuesta de revista que yo le comenté.

—¿Qué es esto? —murmuró Julia—. ¿Qué propuesta es ésta? ¿Y de dónde ha salido?

—De su *secretaria* —contestó el hombre con rotundidad, remarcando la última palabra.

Seguramente habría sentido menos dolor con un tiro en pleno estómago en aquel momento que con la durísima mirada que me lanzó Julia.

—La señorita Rebeca dio completamente en el clavo —prosiguió él—. No digo que me gusten todas sus ideas ni que vaya a darle un giro total a la publicación. Quiero que quede claro que continuará siendo una revista femenina llena de glamur, de estilo y de elegancia. Mi sugerencia es que se intercalen las secciones más glamurosas de las que dispone con otras más prácticas. Me ha fascinado el planteamiento de pensar en la mujer trabajadora, con poco tiempo, con obligaciones y a la que el dinero no le sobra.

—Pero, señor De la Torre... —protestó Julia, pero él la hizo callar

levantando una mano.

—Como ya le he dicho, seguirá primando la parte del estilo, de las pasarelas y de las modelos más cotizadas que expliquen sus trucos de belleza.

Se hizo el silencio; un silencio pesado y cargante que dificultaba respirar. Al menos, yo, creo que empecé a hiperventilar.

—Mire, señor —fui capaz de decir tras una fuerte inspiración—, no sé qué le habrá dicho su abogado, pero yo le juro que todas estas propuestas fueron dichas en un ambiente informal, sin ningún tipo de pensamiento ambicioso por mi parte.

—No se subestime —me recomendó el hombre de forma paternal, mientras daba palmaditas en mi mano—. Es usted una joven muy valiosa, con ideales, y a la que le preveo un futuro muy prometedor.

—Gra... gracias, señor De la Torre. —Me atreví a mirar a Julia, pero, un segundo después, había desviado la mirada. Me hizo sentir una traidora con sólo clavar sus hostiles ojos en mí.

Las siguientes horas las pasé tan en trance que ni siquiera las recuerdo. Julia y el anciano debatieron sobre el tema, hablaron de la tirada de ejemplares, de la distribución, de la versión digital... Yo aproveché para levantarme con la excusa de prepararles café y así hacer que mis manos se encargaran de algo, ya que se me había instalado un tembleque en ellas que no era capaz de parar.

—Bien —dijo él, pasada casi toda la mañana—, creo que ha quedado todo claro. Debo marcharme. —Miró su reloj—. Mi asistente personal vendrá a recogerme.

Efectivamente, en un par de minutos, la recepcionista avisó a Julia de la entrada del asistente, un hombre de unos cincuenta años, tan elegante como su jefe, que, al parecer, llevaba a su lado un par de décadas.

—Gracias, Lorenzo —le dijo De la Torre al ser ayudado por él a levantarse del sillón.

Tanto Julia como yo le dimos la mano. La verdad, Diego de la Torre me

cayó genial.

—Revise los borradores hoy mismo —le exigió a Julia—. Tanto si hay algo que le desagrada como si es para seguir adelante, hágamelos saber cuanto antes, para que mi abogado redacte el contrato. Se lo haré llegar para que lo firme y nuestro acuerdo será un hecho.

—No se preocupe —contestó—. Esta misma tarde lo revisaré todo. Rebeca —me ordenó—, acompaña a nuestra ilustre visita a la puerta.

La obedecí. Acompañé a los hombres hasta el ascensor de recepción, donde el presidente de Universal volvió a lanzarme uno de sus halagos, convertido esta vez en un consejo.

—No dejes que nadie decida por ti. No permitas que otros elijan tu camino. Vales mucho, Rebeca, y no te mereces convertirte únicamente en la sombra de otra persona.

—Gracias, otra vez, señor —le dije, nuevamente emocionada—, pero el problema lo dan las facturas que pagar o una despensa que llenar, aunque sólo sea de galletas y patatas fritas —bromeé, y me reí.

—Si te quedaras sin trabajo, llámame. —Me ofreció una tarjeta del bolsillo de su impecable americana—. Seguro que encontraríamos algo para ti.

—No me lo diga dos veces. —Reímos los dos antes de despedirnos.

Emití un suspiro y, arrastrando los pies, me acerqué a mi puesto. Me senté y comencé a hacer mi trabajo, que había dejado olvidado durante horas por seguirle la corriente a nuestro próximo presidente.

De pronto, un fuerte estrépito me sobresaltó. Provenía claramente del interior del despacho de Julia, donde parecía que algo contundente se hubiese estrellado contra el suelo y se hubiese hecho añicos. Asustada, entré y me encontré a Julia en su silla, con los brazos estirados sobre la mesa y la cabeza hundida entre ellos. Todos los enseres que solían cubrir su mesa estaban desperdigados por el suelo, incluida su taza de cerámica, en ese momento destrozada, por lo que quedaba claro que había sido ella quien los había tirado.

—¿Qué ocurre, Julia? —le pregunté, nerviosa.

Tardó en levantar la cabeza. Su largo pelo oscuro caía por su cara como un par de cortinas deshilachadas, tapando gran parte de un rostro desencajado.

—¿Que qué ocurre? —me espetó con desprecio—. ¿Y tienes la desfachatez de preguntarme qué ocurre?

Demasiado había aguantado. Debí imaginar que explotaría de un instante a otro.

—¿Es que todos os habéis propuesto traicionarme?! —exclamó mientras se reclinaba en el respaldo de su silla y levantaba sus brazos—. ¡¿Qué es esto, una maldita conspiración contra mí?!

—Julia... —titubeé, debido a su repentina explosión—, no entiendo a qué viene eso...

—¡Sí, sí! —gritó, al tiempo que se ponía en pie—. ¡Todos pretendéis quitarme de en medio, pero no lo vais a conseguir! ¡Julia Castro puede con todo esto y más!

Lo del balneario ya empezaba a mosquear. Allí no te volvían más borde, sino que te volvían loca del todo, de remate.

—¡Y tú —me señaló—, tú eres la peor de todos! La mosquita muerta, la obediente, la invisible, la friki que es capaz de conseguirme cualquier cosa... ¡Ja! ¡Y una mierda! ¡Tú me has rematado con un puñal en la espalda!

—¡Joder, Julia! —Empecé a ponerme muy nerviosa—. No me digas eso. No he pretendido en ningún momento hacerte sentir mal. El que lo ha liado todo ha sido el capullo del abogado de De la Torre, que...

—¡Cállate! —volvió a gritar. Se puso en pie, cogió su abrigo y su bolso y se dirigió a la puerta—. ¡Estarás contenta! Si querías joderme, ¡lo has conseguido! ¡Porque estoy bien jodida!

Yo seguía clavada al suelo, sin capacidad de hablar o de moverme.

—¡No me mires con esa cara de no haber roto un plato! —Abrió la puerta—. ¡Elegiste bien el momento de tu traición! ¡Justo cuando mi marido me abandona!

Dando un portazo, salió del despacho y me dejó allí, con unas tremendas ganas de ponerme a llorar. ¡Debía de pensar que ella era la única con problemas!

Reaccioné al cabo de unos minutos. Decidí apagar la lamparita de la mesa de Julia antes de marcharme y, al acercarme, vi que también se había dejado encendido el ordenador, algo que no hacía nunca. Rodeé la mesa, coloqué mi mano sobre el ratón y, cuando se iluminó la pantalla con una fotografía, me quedé sin respiración.

Como fondo de pantalla, Julia había elegido una imagen donde se la veía a ella junto a un chico en actitud cariñosa, en algún lugar junto al mar, con veleros al fondo, lo que supuse un puerto deportivo. Lo primero que le hubiera llamado la atención a cualquiera hubiese sido la evidente diferencia de edad, puesto que el tipo que sonreía con ella en la fotografía aparentaba quince años menos.

Sin embargo, a mí, no me extrañó. Para mí, eso fue secundario. Me llevé una mano a la boca y traté de respirar... porque aquel joven atractivo y sonriente era Ángel, el novio de mi amiga Selene.

* * *

No sé el tiempo que transcurrió cuando oí hablar a Julia. Se dejaba caer en el marco de la puerta mientras yo seguía contemplando, anonadada, la pantalla del ordenador.

—Es guapo, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Es... tu marido? —inquirí, deseando que contestara que no, que era un amigo, un sobrino o cualquier cosa, aunque sabía que eran deseos vanos.

—Sí, es mi marido —confesó al tiempo que cerraba la puerta y se dejaba caer sobre ella. Su expresión habitual de jefa borde había cambiado radicalmente, dejando paso a una mujer cansada y derrotada—. Él es dieciséis años más joven que yo.

Percibí sus ganas de hablar, así que me apoyé en el filo de su mesa y esperé a que su mirada dejara de estar perdida y comenzara a explicar.

—Lo conocí en la universidad. Yo fui a dar una conferencia y él estaba allí, entre el público. No dejó de hacerme preguntas y de interrumpirme —sonrió con tristeza—, y pude constatar que se trataba de un alumno brillante. Tenía veinte años y yo treinta y seis.

Se tomó un respiro y yo seguí sin decir nada.

—Quedamos a la salida para tomar un café y hablamos durante horas. Era listo, muy inteligente y con un don para la palabra, por lo que le comenté que debería dedicarse a estudiar algún tipo de carrera que estuviese a su altura, pero me dijo que su economía no se lo permitía. Se había criado en un orfanato, trabajaba en lo que podía y apenas tenía tiempo para asistir a algunas clases como oyente. Todo hubiese quedado ahí si no hubiera sido por la atracción que surgió entre nosotros.

Julia se alejó de la puerta y se acercó a la ventana para admirar el exterior, aunque no creo que estuviese viendo nada.

—Nos acostamos aquel mismo día. Lo que yo pensé que sería un ataque de lujuria, volvió a repetirse varias veces. Al principio lo consideré una simple aventura con un muchacho joven y ardiente, pero se fue alargando en el tiempo... aunque yo sabía de antemano que lo único que él sentía por mí era admiración, la típica fascinación hacia una persona culta y experimentada. Y, para mí, él se convirtió en alguien que realizaba mi autoestima, que me hacía sentir joven y deseada, pero también era alguien que me debía lealtad por todo lo que yo había hecho por él.

Nueva pausa de pocos segundos. Mi expectación crecía a cada momento.

—Le pagué la carrera, el máster y todos sus estudios. Fue antes de introducirlo en el mundo laboral cuando le propuse que nos casáramos, para que, cuando lo presentase en mi ambiente, fuese como mi marido y no como mi joven amante... y él aceptó.

Por primera vez desde que empezara su discurso, Julia se giró y me miró.

—No sólo le financié su preparación, Rebeca, sino que le presenté a un montón de gente influyente que supo ver, como hice yo, lo que valía. Lo convertí en lo que es hoy en día, el mejor embajador de una gran multinacional, respetado, valorado y muy solicitado. Pero, ahora —añadió, vistiendo su rostro con una sonrisa mordaz—, me dice que se acabó, que se ha enamorado de otra. ¿Qué te parece?

Yo no dije una palabra, por supuesto.

—Le permití tener una vida de libertad, que se acostara en sus viajes con todas las exóticas mujeres que le diera la gana, lo mismo que le concedí un estiloso apartamento en el centro para él solo. Ambos gozábamos de esa libertad, siempre y cuando siguiéramos casados. Sin embargo, parece que lo ha olvidado. Me cambia por una mujer más joven, Rebeca. Es algo que debería haber asumido que ocurriría un día u otro, lo sé, pero no por ello me ha dolido menos. Me ha traicionado.

Cerré los ojos un instante. Yo conocía a esa otra mujer más joven: era mi propia vecina y amiga, alguien que tampoco sabía de la misa la mitad y que acabaría sufriendo mucho más que Julia, porque cada día estaba más enamorada de Ángel, mientras que para mi jefa su marido era una especie de posesión.

Lo malo es que la gente lleva muy mal que le quiten algo que considera suyo.

—Pero no se lo voy a poner fácil, Rebeca. —De pronto, volvió a ser la directora fría, altiva y cruel—. Puede que acabe obteniendo el divorcio, pero será cuando a mí me dé la gana. Puedo destruirlo cuando quiera, cerrarle todas las puertas, hundirlo. Y a su novia... Descubriré quién es y... entonces... que se prepare a sufrir.

Me sonó tan macabra... Sólo le faltó una risa siniestra y que rayos y truenos hubiesen reverberado entre las paredes de ese despacho. Me puso el vello totalmente de punta.

—Me voy, Rebeca —me anunció antes de dirigirse de nuevo a la puerta—.

Me voy a casa. Leeré el contrato bien leído, me tomaré un par de somníferos y me echaré a dormir. Mañana estaré como nueva, y te quiero a ti igual, como un clavo, en tu sitio. Vamos a ser la mejor revista de Europa y tendré al viejo comiendo de mi mano, ya lo verás. Porque a Julia Castro no la jode nadie.

Cuando se marchó, volví a respirar, aunque el dolor que me había agarrotado los músculos seguía ahí, produciéndome un malestar que se fue extendiendo y empeorando a lo largo de toda la tarde.

* * *

No vi el momento de salir de la oficina aquel día, pues no recordaba otra ocasión en la que hubiese tenido más ansia de llegar a mi casa. De nuevo, me tocaba ser la mensajera de malas noticias, porque estaba claro que debía contarle a Selene la verdad de su novio. Estaba deseando compartirlo con mis amigos, para que me echaran un cable y no enfrentarme yo sola a la tristeza de nuestra amiga.

Pero, como parece que las desgracias nunca vienen solas, la pregunta que me formuló Simón nada más entrar en casa me dejó muerta de preocupación.

—Hola, Rebeca —me saludó—. ¿Dónde está Laura?

—¿Laura? —pregunté—. ¿Cómo voy yo a saber dónde está si acabo de salir de la oficina?

Simón tiró el mando de la Play al sofá y se levantó de un salto.

—¡No me jodas! ¡Me dijo que había quedado contigo a la salida del trabajo para ir a tomar algo!

—Joder, joder, joder. Ay, que me huelo dónde ha ido...

—¿A dónde? —exclamó él. Estaba pálido y desencajado y empezó a ir de un lado a otro sin orden ni concierto.

—Todavía no ha hablado cara a cara con Martín, ¿recuerdas? Nuestra amiguita nos la ha jugado bien jugada.

—¡La madre que la parió! ¡¿Cómo ha podido engañarme de esta manera?!

—¡Deja de ir de un lado para otro y haz algo más productivo! —vociferé—. ¡Por ejemplo, coger las llaves de tu moto ahora mismo para ir a buscarla! ¡Yo voy a por el casco!

Cuando reaccionó y me obedeció, bajamos la escalera a toda prisa hasta llegar a la calle, donde Simón tenía aparcada la moto que usaba para ir a trabajar.

—¡Supongo que debe de estar en su casa! —gritó mientras se colocaba el casco y arrancaba la moto.

—¡Por desgracia, sí!

Juro que nunca había visto a Simón conducir tan aprisa. Sorteaba coches y obstáculos con tal facilidad y a tanta velocidad que a punto estuve de arrancarle un trozo de su chaqueta de cuero. Atravesamos gran parte de la ciudad, ignorando los pitidos y los insultos de los conductores a los que cortábamos el paso u obligábamos a frenar.

—¡Putas motos de mierda! —gritaron la mayoría de ellos—. ¡Y luego queréis darnos pena, cabrones!

Tras el acelerado recorrido, Simón paró frente a un edificio de viviendas donde sabíamos que estaba el piso de Martín y donde hubiese vivido Laura si se hubiesen casado. Ambos bajamos de la moto, dejándola tirada en la acera, y fuimos corriendo hasta el portal, de donde vimos salir a Laura en mitad de la soledad de la noche.

—¡Laura! —exclamé—. ¡¿Estás bien?!

Pero Simón se me adelantó y se fue directamente a por ella. La agarró de los hombros y la zarandeó mientras le gritaba.

—¡¿Se puede saber por qué nos haces esto?! ¡¿Qué coño te pasa, Laura?!

—¡Estoy bien! —chilló al tiempo que se deshacía de él—. ¡Y no me pasa nada! ¡Soy mayorcita para saber lo que tengo que hacer!

—¡¿Te refieres a mentirnos?! —berreé yo—. ¡¿A preocuparnos?!

—¡No! —respondió—. ¡Tenía que hablar con Martín! ¡¿No lo comprendéis?

—Oh, claro —soltó Simón, con mordacidad—, entendemos perfectamente

que, si a ese cerdo se le hubiera ocurrido hacerte daño, hubieses estado sola y ni siquiera habríamos podido ayudarte.

—¡No iba a hacerme daño!

—¡No lo sabes! —insistió él, cada vez más desencajado—. ¡Y te juro que, si se le ocurre hacerte algo, lo mato!

—¡Tú no matas a nadie!

—¿Queréis dejar de gritar?! —intervine yo, pero para el caso que me hicieron...

—¿Y tú qué sabes?! —continuó Simón.

—¡Porque lo sé! ¡Te conozco!

—¿De verdad?! ¡Pues no lo tengo muy claro!

—¡Basta ya, Simón! —gritó Laura una vez más—. ¿¿A qué viene ponerse así?! ¡¿No comprendes que debía cerrar este capítulo?!

—¿Y tú no comprendes que casi me muero de la preocupación? ¿Que, si te pasa algo, todo deja de tener sentido para mí?!

Se hizo un espeso silencio. Nuestros vahos se mezclaban en la oscuridad de la noche, evidencias de nuestras respiraciones aceleradas.

Miré a Simón. Su pecho subía y bajaba a marchas forzadas mientras escrutaba el rostro de nuestra amiga, que abrió mucho los ojos al oírlo y después suavizó su expresión.

—Simón...

—¡Joder, Laura! ¡Te quiero! —Aplaudí mentalmente a mi amigo por atreverse, aunque en aquel instante casi me da un pasmo al oírlo—. Te quiero desde que me alcanza la memoria. Sé que para ti sólo soy tu amigo el pesado, el idiota, el salido, pero...

Y entonces, Laura, dejándonos todavía más asombrados, se lanzó a los brazos de Simón, lo abrazó y lo besó. Mi amigo tardó un solo segundo en reaccionar, pero, pasado ese tiempo, correspondió al abrazo y al beso de la chica que amaba desde la adolescencia.

Yo retrocedí unos pasos. Me sentí un poco intrusa, a pesar de que no pude

evitar llorar de felicidad al verlos juntos.

—Esto es una locura, Simón —susurró mi amiga tras el largo y apasionado beso—. No entiendo qué me pasa, pero, desde hace un tiempo, me siento confundida. Te miro y ya no te veo como siempre, no sé... —Apoyó su frente en la de él—. ¡Joder, Simón! Ahora te miro y... no sólo me parece guapo. ¡Me parece que estás buenísimo! ¡¿Te lo puedes creer?! ¡Debo de estar mal de la cabeza!

No pude evitar soltar una carcajada en medio de mis lágrimas, lo mismo que Simón, que estalló en risas al oír a Laura, y la abrazó con más fuerza.

—Si tú estás mal de la cabeza, yo la perdí hace muchos años, Laura. Estoy enamorado de ti desde hace tanto tiempo que no he sentido algo parecido por nadie jamás, no podía hacerlo. A veces he creído que te llevo impregnada en mi propia esencia, desde que te vi por primera vez a los seis años y me pareciste la niña más bonita del mundo.

—Y tú, para mí, eres mi refugio —susurró Laura—, mi puerto seguro, siempre lo has sido. Mi amigo, mi protector, mi ángel, mi todo. Siento no haberte correspondido antes.

—No importa —murmuró él al tiempo que apartaba un rizo de su frente—. Si después de veinte años he conseguido que me quieras, la espera ha merecido la pena.

Volvieron a besarse y entonces ya no pude aguantar más sin hacer nada. Me lancé sobre ellos y los abracé. Entre los tres hicimos una piña, irrompible, infranqueable, a prueba de bombas nucleares de hostilidad o dolor. Siempre la habíamos formado y continuaríamos haciéndolo el resto de nuestras vidas.

* * *

Ya en casa, en mi habitación, Laura se metió conmigo en la cama para poder hablar al amparo de la oscuridad reinante. Me contó lo de su repentina idea de ir a ver a Martín y su conversación con él. Bueno, más que

conversación, aquello fue una maratón de insultos de Laura hacia su exnovio mientras él se limitaba a recibirlos.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó después de enumerarme las lindezas que le había dedicado—. Todos estos días he llorado mucho, lo he pasado fatal, y únicamente era capaz de deprimirme pensando en mi mala suerte. Pero hoy, justo al desahogarme con Martín, mientras salía de su piso y bajaba la escalera hacia la calle, he pensado que, realmente, fue una suerte que tú te encontraras allí, justo en aquel momento, en aquel hotel. Si no hubiera sido por eso, hubiese seguido estando ciega ante él y habría llegado a casarme. Imagínate...

—Tienes razón. —Sonreí—. Esto es un claro ejemplo de lo que es ver el vaso medio lleno, de ver el lado bueno de las cosas.

—Y teneros a vosotros dos a mi lado... Ésa es la mejor parte.

—Sobre todo a Simón —comenté—. ¿Cómo llevas lo de que te guste?

—No sé... —Rio—. Estoy como en una nube, pero hecha un lío. ¿Puedo contarte una cosa? Pero no te rías de mí.

—Palabra. —No sé para qué hacíamos aquel paripé de las promesas, si luego nos reíamos igualmente.

—¿Recuerdas el día que pillamos a Simón follando con aquella rubia? Pues ése fue el detonante de que algo extraño me sucedía. Me excité, tía. ¡Me excité al verlos! ¡Quise estar en el lugar de ella! ¿Te lo puedes creer?

—¡Pues claro que sí! —exclamé en medio de una carcajada. Ya os he dicho que lo de la promesa resultaba inútil—. Me lo puedo creer porque yo tampoco soy de piedra. —Y vuelta a reír. Por suerte, Laura me acompañó y rio con las mismas ganas que yo.

—Madre mía —murmuró—. Simón y yo...

—Imaginaba que esta noche... —le insinué—, ya me entiendes... que pasarías la noche en su cama y no en la mía.

—No quiero correr más de la cuenta. Además, todavía me parece extraño que él y yo... ¡Hostia puta! —Volvió a reír—. ¡No puedo imaginarme follando

con Simón!

—Precisamente —solté entre risas—, si no lo pruebas, no podrás saberlo.

—Eso es cierto —suspiró mientras se colocaba boca arriba en la cama y ponía los brazos detrás de la cabeza—. El caso es que... me apetece, Rebeca.

—Entonces, ¿a qué esperas? —Le di un manotazo en el hombro y una patada en la pantorrilla—. ¿Qué coño haces aquí conmigo?

—Vale, vale —rió—, no hace falta que me eches. Ya pensaba irme yo solita.

Salió de la cama y de mi habitación, y oí cómo abría y cerraba la puerta del dormitorio de Simón. A partir de ahí, preferí darme la vuelta y echarme a dormir. Mi día había sido demasiado duro y, el que me esperaba, tenía toda la pinta de ser aún peor.

Capítulo 15

Una auténtica locura

En el trayecto en autobús hacia el trabajo, no dejé de pensar en mis amigos. Esa misma mañana, mientras me hacía un café para despejarme —porque, entre unas cosas y otras, vaya racha de noches sin dormir llevaba—, me encontré con Laura en la cocina. Llevaba una cara de felicidad...

—Oye, tú, petarda —le dije con retintín—. No hace falta que me des en los morros con tu sonrisa de *bien follada*, que ya me imagino tu noche movidita.

—Ay, Rebeca —canturreó mientras daba vueltas en bragas por la cocina—, fue todo tan perfecto...

—Tienes exactamente —miré mi reloj— cinco minutos para contármelo, y seguro que ya llego justa.

Y eso hizo, contarme cómo había sido su primera noche de sexo con Simón...

* * *

Laura entró en el dormitorio de nuestro amigo con cautela y se lo encontró en la cama, con su portátil en el regazo. Únicamente llevaba una camiseta negra sobre su cuerpo y parecía recién duchado, pues las ondas de su cabello oscuro brillaban por la humedad y varias gotas resbalaban por la tela de su ropa. Parecía muy serio y concentrado.

—¿Qué haces? —le preguntó Laura al tiempo que se sentaba a su lado y apoyaba el mentón en el hombro masculino—. ¿Estás jugando a estas horas?

—No —dijo sin apartar la vista de la pantalla—, no estoy jugando. Estoy

probando el juego que yo mismo he diseñado. Dios, Laura, creo que he dado con la clave. ¡Este juego va a ser la caña!

—¿De verdad? —Ella se inclinó hacia delante y contempló algunas escenas de aquel juego ambientado en un escenario postapocalíptico, lleno de batallas y de estrategias para la supervivencia—. ¡Oh, Simón, es una pasada! ¿Cómo es posible que todavía no hayamos jugado juntos a esto?

—Había detalles que no acababan de encajar y algunas acciones no iban bien, pero ya lo he arreglado todo. Mañana mismo lo voy a presentar en la empresa y creo que en pocos meses se podrá lanzar al mercado.

—Eres un auténtico crack, Simón —le regaló ella, orgullosa.

Él, entonces, se dio cuenta de la posición que tenía Laura, apoyada en su hombro. Fue consciente de su tibio aliento en su cuello y del roce de sus sedosos rizos en su espalda y su pecho.

—¿A qué has venido, Laura? —Dejó el portátil en el suelo y se giró hacia ella.

—La verdad, no lo sé.

—Pues, si no lo sabes —replicó él—, más vale que te vayas por donde has venido, porque yo sí tengo claro lo que te haría ahora mismo, y no sería enseñarte mi juego nuevo.

—Entiéndeme, Simón —suspiró ella. Ambos permanecían sentados sobre la cama, frente a frente, al amparo de la tenue luz de la mesilla de noche de Simón—. Hasta hace nada eras como un hermano para mí, y descubrir que siento algo diferente ha sido algo muy fuerte que no acabo de asimilar.

—No voy a intentar convencerte de nada. —Él tomó la mano de nuestra amiga y le acarició suavemente la palma con su pulgar—. Pero ya me has besado y deberías saber si lo que has sentido ha sido real.

—Muy muy real —contestó Laura, bastante alterada—. Tan real como ese dedo tuyo en mi mano, que me está poniendo a cien...

Antes de acabar la frase, Laura se lanzó a los brazos de Simón y ambos cayeron sobre la cama, mirándose fijamente a los ojos, con sus bocas

separadas un solo milímetro.

—Bésame, Simón. Que te quiero... lo sé perfectamente. Que te deseo... acabo de cerciorarme de ello.

Se despojaron de la poca ropa que llevaban puesta y comenzaron a besarse con frenesí, aunque, poco a poco, fue Simón el que fue bajando el ritmo para hacer que aquello no fuera tan rápido.

—Tranquila, tranquila —le susurró mientras apartaba un bucle de su frente—. No quiero que esto sea un polvo rápido. Esto va a ser nuestro primer polvo, y va a ser muy especial.

Bajó su cabeza para buscar sus pechos y poder besar y chupar sus pezones con toda tranquilidad, con parsimonia, degustando aquella tierna carne a conciencia. Laura emitió un gemido y se arqueó sobre la cama, formando un marcado arco con su espalda.

—¿Te gusta? —le preguntó él.

—Me encanta... No pares, por favor...

Con una sonrisa en los labios, Simón siguió bajando la cabeza para continuar sembrando de besos el cuerpo de Laura, para seguir adorándolo con su boca, con caricias, con todo el amor y el deseo que sentía por ella. Besó su vientre, sus caderas, sus piernas y su sexo, con devoción, con calma, degustando cada tramo de piel. Cuando abrió sus piernas, antes de penetrarla, la miró a los ojos. Por un momento, tuvo el estúpido pensamiento de dudar de ella, pero fueron aquellos ojos oscuros los que le confesaron la verdad: que ella lo deseaba tanto como él.

Y entonces sí la penetró y, cuando supo que estaba dentro de ella, casi alcanza el orgasmo de pura y simple felicidad.

Laura se aferró a su espalda, rodeó su cintura con sus piernas y acompañó sus lentos y profundos envites. Poco a poco, éstos fueron haciéndose cada vez más intensos y rápidos, hasta que Laura gritó por el placer del orgasmo, sólo unos segundos antes del gemido ronco que emitió él.

Al acabar, con el corazón a mil por hora, Simón observó la tierna expresión

de Laura. La piel del rostro de ella estaba cubierta de sudor mezclado con las lágrimas que acababan de brotar de sus ojos. Sabía que todo estaba bien, porque sonreía.

—Te quiero, Laura.

—Te quiero, Simón.

* * *

Cuando mi amiga terminó de contarme su noche, me encontré con la boca abierta y las emociones a flor de piel.

—Por Dios, tía, qué bonito. Me siento tan feliz de que estéis juntos...

—Gracias, guapa. —Se me acercó a darme un beso y me hizo un divertido mohín, acompañado de un guiño travieso—. Y, ahora, creo que me vuelvo a la cama.

Como una tonta, me vi sola, en la cocina, con el café frío y con demasiado poco tiempo para irme corriendo al trabajo.

—¡Mierda! —refunfuñé mientras salía como una bala hacia la parada del autobús.

Después, dentro del vehículo, me di cuenta con tristeza de que tantas emociones vividas durante la noche anterior hicieron que me olvidara del problema de Selene y el marido de mi jefa. Mi mente, saturada, no había encontrado un segundo de tranquilidad para pensar en ellos, así que ese otro problema tendría que esperar un poco más.

Para lo que mi mente tampoco tuvo hueco fue para recordar bajarme una parada antes para comprarle el desayuno a Julia. Sin darme cuenta, me encontraba ya entrando en las oficinas de la revista, expectante a cómo podía encontrarme ese día a mi jefa. Si estaba tranquila, intentaría inventarme alguna excusa para lo de la falta de desayuno, como que el Starbucks que había de camino estaba cerrado por reformas o algo así. Y si me la encontraba triste,

abatida o de mal humor... pues no me quedaría otra que volver a salir corriendo en busca del maldito *muffin*.

Pero resultó que ni una cosa ni la otra. Cuando dejé mi chaqueta y mi bolso en mi perchero, fruncí el ceño al oír las carcajadas que provenían del despacho de Julia... y fue ella misma la que abrió su puerta y, al verme, rio todavía con más fuerza.

—¡Oh, Rebeca, estás aquí! —exclamó como si estuviese encantada de verme—. Eres una pillina. No me habías dicho que te habías pasado varios días trabajando con un hombre tan interesante.

De pronto, Bruno surgió del despacho de Julia. Igual que ella, llevaba dibujada una amplia sonrisa en el rostro... y yo me sentí como una imbécil celosa. Sí, sí, celosa, porque mi jefa llevaba puesta una ropa con la que parecía una quinceañera de botellón a las puertas de una cutre discoteca. Vamos, enseñando canalillo y piernas y con más pintura en la cara que un Rembrandt. Debe de ser algo bastante normal en una mujer a la que acaba de dejar su marido por otra veinte años más joven, o tal vez lo hizo por venganza, no lo sé. El caso es que no dejaba de sobar a Bruno y éste parecía en su salsa, el muy capullo.

—Buenos días, Julia —balbucí—. ¿Qué tal, señor Balencegui? —saludé de forma claramente hostil.

—¿Qué tal, Rebeca? —Bruno extendió su mano y me miró con un intenso brillo en sus ojos claros. No sabía si estaba contento de verme, si quería darme una sorpresa o lo hacía para fastidiarme. No lo tenía muy claro, pero me pareció que estaba más cerca de la última opción. Debía de ser que estaba pasando por un momento estresante emocionalmente, pero su aparición consiguió que lo odiara en aquel instante.

—El señor Balencegui —continuó Julia— me estaba convenciendo de las ventajas de sus cambios propuestos para la revista. Y me ha convencido... mucho. —Le lanzó varios pestañeos tan cargados de lujuria que sólo le faltó que se lamiera los labios y le sobara el paquete.

Empecé a echar humo. O sea, si los cambios los proponía yo, eran una mierda; si intercedía De la Torre, era una traidora, pero si un tío bueno se los mencionaba, eran la leche.

Por cierto, eran ideas mías, no de Bruno, joder...

A todo esto, Bruno continuaba con la mano extendida, esperando que se la estrechara. Y lo hice, pero apretando tanto los dientes que casi se me salta un incisivo.

—Encantado de volver a verte, Rebeca —me dijo en un tono de lo más... íntimo.

—Que te jodan, capullo —murmuré entre dientes sin poderlo evitar.

—¿Cómo has dicho? —preguntó una muy sorprendida Julia.

—Que volver a tenerlo aquí es un orgullo —contesté mientras forzaba una falsa sonrisa.

—Por supuesto que lo es. —Julia sonrió—. Y todavía tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿verdad, señor Balencegui?

—Estaré encantado, señorita Castro, pero me gustaría que en la próxima reunión estuviese presente la señorita Rebeca. Al fin y al cabo, ella tuvo mucho que ver en las nuevas propuestas.

—Claro, claro —aceptó ella, con una extraña mueca—. En cuanto Rebeca se ponga al día con mi agenda y las llamadas, la haremos partícipe. De momento, pase de nuevo a mi despacho y continuaremos con nuestra interesante... conversación.

El muy asqueroso la obedeció y entró delante de ella con una enorme sonrisa mientras me ignoraba por completo. ¡Joder! Por poco no le doy un puñetazo en la nariz para terminar de rompérsela del todo.

—Hasta luego, Rebeca —me dijo mi jefa, con recochineo—. Te he dejado sobre la mesa toda una lista de anunciantes con los que tendrás que volver a reajustar los acuerdos y a revisar las condiciones. Creo que tienes trabajo para toda la mañana. —Cerró la puerta tras de sí y, de nuevo, risitas y sonidos

de los cubitos de hielo contra el cristal. Vamos, que tenían montada una pequeña fiesta privada allí dentro.

Hice un par de llamadas, pero no tuve ánimos de continuar. Me levanté de mi puesto y fui en busca de la máquina de café, más que nada para no descargar mi rabia dándole una patada a algún mueble de mi reducido espacio de trabajo.

—Menuda cara llevas —me saludó Vera, que también se sacaba un café de la máquina—. Déjame adivinar: tu jefa tiene predilección por los hombres jóvenes, sobre todo por uno que te interesa.

—No estoy así por eso —gruñí—. Estoy rabiosa porque ha vuelto a ningunear mi trabajo y a colocarse ella las medallas. Además, en todo caso, que se ponga celosa su prometida, que es su pareja.

—Claro, claro —sonrió Vera—, lo que tú digas. Me voy antes de que me claves las uñas en los ojos.

Al final, acabé tirando medio vaso de café a la papelera porque era incapaz de seguir tragando. Sin embargo, como mi puntería siempre fue nefasta, el vaso de plástico chocó contra el borde de la papelera, rebotó y, antes de caer dentro, salpicó todo su contenido hacia mí. Como resultado, mi blusa color marfil acabó estampada de topos marrones.

—Genial —gruñí al ver tal desastre.

Rabiosa hasta el punto de notar mi piel ardiente y mi cabeza palpitante, me dirigí al servicio para poder deshacerme de las manchas si no quería oír la cancioncita de mi jefa, en la que siempre me recordaba que aquella era una revista de estilo y no se podía andar hecha un asco; sobre todo aquel día, con semejante visita...

—Pues me cago en la visita —empecé a maldecir mientras me quitaba la blusa y me quedaba con el sujetador. Vertí un poco de jabón de manos sobre mi palma y me puse a restregar la tela repleta de manchas—, me cago en mi jefa y me cago en la puta revista de los cojones. Estoy hasta los mismísimos de

Julia, de Bruno y de su puñetera madre. —Cada vez frotaba con más energía y cada vez extendía más la mancha y arrugaba más la blusa.

—¿Se puede saber por qué no dejas de despotricar?

Giré la cabeza con rapidez hacia la puerta del servicio, por donde acababa de entrar Bruno, que, para colmo, me sonreía con una mueca de estúpido que tuve que contenerme con fuerza para no darle una patada en la entrepierna y borrarla de un plumazo.

—¿Qué coño quieres? —le espeté sin dejar de frotar mi blusa—. Por si no lo has notado, estoy en ropa interior porque esto es el servicio de mujeres.

—Ya lo había notado —contestó sin dejar de sonreír.

Se acercó a mí y se puso a mi espalda. Levanté ligeramente los ojos para observar su reflejo y el mío en el espejo. Se pegó a mi hombro y acarició esa sensible zona con la yema del dedo. Me fue de un pelo que no percibiera el escalofrío que sentí... aunque seguro que no lo notó, porque moví el hombro y lo hice alejarse.

—Mi jefa te estará echando de menos —gruñí.

—Me ha costado mucho trabajo engatusarla y poder escaparme un rato —me susurró—. No veía el momento de verte a solas.

—¿Se puede saber a qué has vuelto? —le dije a la par que ignoraba sus susurros y sus eróticos roces en mi piel.

—Diego de la Torre me sugirió la posibilidad de traer yo mismo el contrato y me pareció una buena idea. En realidad, volver a verte era la mejor de las ideas.

—Pues ya me has visto. —Aclaré como pude mi blusa y la acerqué al secador de manos para despojarla de la humedad—. Ahora ya puedes seguir flirteando con mi jefa y después te largas con tu prometida, que, a estas alturas, empieza a darme pena, la pobre.

—Por desgracia —suspiró—, sí tendré que marcharme, pero tú decides cuándo. —Con una expresión traviesa, sacó un par de papeles de su bolsillo y

me los mostró—. Aquí tengo dos billetes de avión. Uno es para esta misma tarde y el otro para mañana. Tú eliges cuál de ellos voy a utilizar.

Dejé de secar mi blusa, pues el ruido del secador me estaba dando dolor de cabeza, y la colgué en un gancho del espejo.

—A ver, guapito de cara —le dediqué, con los brazos en jarras, ignorando que sobre mi cuerpo sólo llevaba la falda y el sujetador—. Tú, ¿qué te has creído? ¿Crees que me voy a arrojar a tus brazos a la primera de cambio?, ¿que me voy a convertir en tu desahogo prenupcial?

Pero aquel día no parecían hacerle mucho efecto mis palabras. No paraba de reírse y de mirarme con expresión chulesca, como si estuviese seguro de que no iba a resistirme a sus encantos.

¡Y tanto que me estaba resistiendo! Me dolían los dedos por el ansia de tocarlo; me dolía la boca por el deseo de besarlo; me dolía todo el cuerpo por el anhelo de abrazarlo... pero era cuestión de seguir aguantando.

—No sé ni lo que pasa por mi cabeza —me dijo con vehemencia después de acercarse a mí, cogirme de la cintura y estamparme contra una pared—, así que me es imposible saber lo que tú deseas, aunque me hago una pequeña idea cuando te miro, cuando te toco.

Empecé a respirar con dificultad. Mis pechos, apenas cubiertos por un poco de encaje, se clavaron en el duro torso de Bruno. Sentí su aliento caliente humedecer mis labios y sus manos acariciar mi espalda. Aquello no podía ser posible. Cada vez que se acercaba, me derretía, a pesar de saber que me había dejado bien claro que iba a seguir adelante con la boda.

—Quítame las manos de encima —le exigí con un manotazo—. No se puede ser más cabrón que tú, viniendo de vez en cuando a ver si te follas a la tonta de la Rebe. ¿Y cuando te cases con Elsa? ¿Qué sucederá?

—Cuando me case, se acabará —susurró mientras deslizaba un dedo entre mis pechos—. Pero, mientras tanto, quiero aprovechar cada momento que me sea posible para estar contigo.

Acercó su rostro al mío y buscó mi boca. Yo sabía que esa vez no iba a

resistirme a un beso suyo y me mantuve expectante, esperando ese contacto que tanto anhelaba. Pero fue en ese preciso instante cuando oí el repiqueteo de unos tacones. Dos años intentando escaquearme de mi jefa habían conseguido que reconociera sus pasos entre un millón.

—¡Mierda! —susurré—. ¡Viene Julia!

Ya no había tiempo para hacer que Bruno saliera. Los pasos se oían justo al otro lado de la puerta, así que, sin más tiempo para pensar, agarré a Bruno de la corbata y lo arrastré conmigo al interior de un retrete, cuya puerta cerré con cerrojo.

—¿Rebeca? —me llamó ella una vez dentro—. ¿Estás ahí?

Miré a Bruno, que, pegado a mí, sonreía y gesticulaba como un imbécil mientras señalaba mis pechos, tan cerca de su cara. Furiosa, me di la vuelta y le di la espalda mientras trataba de que mi voz sonara normal.

—Sí, Julia, estoy aquí.

—El abogado bombón de caramelo me ha pedido unos minutos para hacer una llamada, así que he decidido ir a buscarte para que aclaremos algunos asuntos, pero no te encontraba por ninguna parte.

Aquel reducido espacio nos obligaba a estar prácticamente pegados el uno al otro. Sentí cómo las manos de Bruno apartaban mi pelo hacia un lado. Su aliento golpeaba mi nuca mientras sus manos deslizaban los tirantes de mi sujetador. Empecé a respirar cada vez más rápido, sobre todo al sentir su potente erección clavada en mi espalda.

Y, entonces, posó sus labios sobre la curva de mi cuello. Me fue imposible no dejarme caer sobre él, cerrar los ojos y emitir un hondo suspiro cuando su lengua caliente se deslizó sobre mi pulso.

—¿Rebeca? —insistió Julia—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —respondí como pude—. Bueno, me duele un poco el estómago. Me ha debido de sentar mal el desayuno.

—¿Qué desayuno, si tú no desayunas nunca?

—¿Cómo voy a desayunar si no me das ni tiempo para mear? —farfullé en

voz baja. Percibí los espasmos de Bruno, que no hacía otra cosa que reírse, así que le di un codazo en las costillas y él emitió un quejido.

—¿Has dicho algo, Rebeca? —Joder, ¿mi jefa no tenía pensado marcharse en todo el día?

—No, no, perdona. Debió de ser la cena. He pasado mala noche y aún sigo con retortijones.

—Bueno, pues espabila, que no tenemos todo el día.

—Que te den, zorra —volví a farfullar.

—No sé si ir haciendo alguna llamada —insistió, la muy pesada— o, ya puestos, mear, ya que estoy aquí...

De pronto, Bruno decidió pasar a la acción y aprovechar aquella situación en la que me tenía totalmente a su merced. Todavía a mi espalda, rodeándome con sus brazos, colocó sus manos sobre mis pechos y deslizó hacia abajo las copas del sujetador. Cuando sus palmas tomaron mis senos en su totalidad y sus dedos comenzaron a pellizcar mis pezones, un ramalazo semejante a una sacudida eléctrica pegó un latigazo a mi cuerpo.

—Bruno, por Dios, qué haces... Mi jefa aún está aquí...

—Chist —me hizo callar al tiempo que descendía una de sus manos hacia mis piernas, remangaba mi falda e introducía sus dedos bajo mis bragas.

—Oh, Dios...

—Veo que te encuentras fatal —refunfuñó Julia al oír mis gemidos—, así que aprovecharé para entrar yo también al váter.

Oímos cómo cerraba la puerta de otro retrete.

—Joder, Bruno —gemí todo lo bajo que pude—, mi jefa está meando aquí al lado...

—¿Y no te excita esta situación? —jadeó en mi oído. Sus dedos cada vez frotaban más deprisa mi clítoris y mis caderas se vieron obligadas a responder a aquel ataque. Comencé a moverme cada vez más rápido, jadeando y resollando ante aquel asalto a mis sentidos y a mi cuerpo, desesperada por la búsqueda de lo más alto del placer.

Cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, los dedos de Bruno desaparecieron de mi sexo al tiempo que me daba la vuelta y me giraba de cara a él. Se sentó sobre la tapa del retrete y abrió su pantalón para extraer su miembro, grueso y excitado.

—Ven, cariño —me dijo—, colócate encima y fóllame.

—¡Tú... estás loco! ¡Nos va a oír!

—No hay problema. —Apretó el pulsador y comenzó a caer agua de la cisterna, cuyo ruido amortiguaba cualquier gemido.

—¡Y no tenemos condones!

—Todo controlado. —Tiró del rollo de papel higiénico y, cuando obtuvo una gran bola blanca, la colocó sobre su abdomen.

Ni siquiera volví a resistirme. Excitada, encerrada en aquel cubículo junto a Bruno, con mi jefa a unos pocos metros, me sentí más viva que nunca. Lo miré y supe al instante que se sentía igual que yo, excitado, vivo, ilusionado. Su traviesa sonrisa volvía a ser la misma de hacía diez años, cuando no intuía que la vida acabaría quitándole sus sueños de futuro.

Abrí las piernas, me coloqué a horcajadas sobre su regazo y bajé hasta que me sentí empalada del todo. Mi gemido en aquella ocasión fue tan profundo que Bruno volvió a tirar de la cisterna y colocó su boca sobre la mía, para besarme y beberse mis jadeos mientras me ayudaba a subir y bajar sobre su miembro. Aquello fue una locura, una auténtica locura... Nunca en mi vida había hecho nada parecido y sólo tuve ganas de reír mientras el placer iba inundando cada célula de mi ser.

—Bueno, ya estoy. —Creo que eso fue lo que dijo mi jefa, porque yo, en aquel momento, no estaba para escuchar nada—. ¿Todavía no has acabado?

—Casi —gemí—, me... falta... poco...

Agarrada a los hombros de Bruno, cabalgué una vez más antes de explotar en un orgasmo sublime y maravilloso. Justo después, Bruno me tomó de la cintura para separarme de él, y eyaculó sobre la bola de papel higiénico

mientras, abrazado a mí, dejaba que las oleadas de placer convulsionaran su cuerpo.

—Está bien, te dejaré intimidad —gruñó mi jefa desde fuera mientras yo oía cómo se lavaba las manos—. Pero en menos de dos minutos te quiero en tu puesto. Si hace falta, te tomas un antidiarreico y en paz.

—De... acuerdo... Julia —contesté entre los espasmos residuales de mi orgasmo.

Cuando el placer acabó y ella se marchó, observé la expresión todavía traviesa de Bruno. Recordé lo que había hecho y dónde, que había sido capaz de hablar con mi jefa mientras echaba un polvo sobre un váter y ella creía que yo estaba descompuesta... Imposible no estallar en risas como hice yo. Bruno me acompañó y tampoco me resistí a abrazarlo y hundir mi cara en su áspera y tibia mejilla.

—Tienes unas pintas... —Reí—. Sentado en el inodoro, con el pantalón abierto, tu polla asomando entre un montón de papel higiénico...

—Me da igual —dijo, encogiendo los hombros—, porque ha sido el momento más emocionante de toda mi vida.

Hala, ya volvía a conseguir que me derritiera enterita.

—Esto ha sido una locura —suspiré.

—Lo sé, pero una locura maravillosa. —Se limpió con la bola de papel y la tiró a la papelera.

—Ahora tengo que irme. —Me separé de él y me bajé la falda—. La pesada de mi jefa es capaz de presentarse aquí y echar la puerta abajo.

—Dime que nos veremos después de que salgas del trabajo —me agarró la mano para alargar nuestro tiempo allí encerrados—, que esta noche la pasarás conmigo. Me hospedo en el mismo hotel y en la misma habitación.

—Mira, Bruno —susurré—, no creo que sea buena idea. Sólo faltan unos días para tu boda y no puedes andar por ahí tirándote a otra en lavabos y hoteles...

—Por favor, Rebeca —insistió—. Únicamente pretendo que nos veamos,

que hablemos, cenemos... Déjame probar sólo un pedazo de lo que nunca voy a tener.

Lo sé, palabras, palabras, palabras, pero, a pesar de aquella palabrería, la verdad era que Bruno era de otra y yo una simple aventura. Aun así, no encontré réplicas de rechazo en aquel momento; mi jefa me estaba esperando, todavía tenía demasiados problemas en la cabeza...

—Ya veremos —opté por contestar—. Ahora, déjame salir; me pondré la blusa y, si veo que no hay nadie a la vista, te avisaré para que salgas.

Abandoné el cubículo con cuidado, observé la estancia vacía y aproveché para vestirme con rapidez. Me miré un segundo al espejo y contemplé mi desastrosa imagen: mi pelo revuelto y mis labios hinchados delataban a gritos que acababa de darme el revolcón del siglo. Me asomé al pasillo y, cuando vi que nadie pasaba a esas horas por allí, avisé a Bruno.

—En cuanto oigas la puerta, esperas unos segundos y sales de aquí cagando leches.

—No te preocupes —contestó al otro lado de la puerta.

Primero accedí al pasillo con cuidado, pero, al girar la primera esquina, empecé a correr y no paré hasta llegar a mi puesto. Abrí mi bolso, me pinté los labios y pasé un cepillo por mi pelo. Como siempre, se había encrespado tanto que me vi obligada a hacerme una coleta. Por suerte, siempre llevaba gomas de colores en el bolso. Cuando me sentí presentable, aunque la blusa estaba arrugada como un higo y con un enorme cerco de humedad, di un par de golpes a la puerta del despacho de mi jefa y entré.

—Con permiso —le dije, una vez dentro.

Me la encontré echándose a la boca un par de pastillas azules que tenían toda la pinta de ser ansiolíticos. Y, como no tenía ni tengo remedio, sentí pena por ella.

—¿Cómo estás, Julia?

—¿Yo? —respondió, después de beber un trago de agua y reclinarsse en su sillón—. Perfectamente, Rebeca. Divina de la muerte.

—¿Has... hablado con tu marido? —me atreví a plantear.

—Ahora mismo —se miró el reloj de muñeca— debe de estar sacando todas sus cosas de mi casa para instalarse definitivamente en el apartamento que yo le regalé. Si tuviera que llevarse únicamente las cosas que ha pagado él... le cabrían en una puta maleta.

Me arrepentí al instante de haberle preguntado.

—Pero ¡no importa! —exclamó demasiado eufórica—. Si un niño guapo se cree que me va a hundir, lo tiene claro. De todas formas, creo que me conoce lo suficiente como para saber que la ha cagado. Por cierto —cambió de tercio radicalmente—, ¿dónde se habrá metido el abogado buenorro? Se ha ido hace demasiado rato. ¿Lo has visto?

—Pues... no, no, para nada. Ni idea de dónde puede andar.

Qué pava, por favor. No sabía ni soltar una simple mentirijilla sin ponerme nerviosa.

—Bueno, pues iremos adelantando trabajo. Ve a por tu libreta de notas, Rebeca, que tengo que dictarte unos correos. Echa también un vistazo a mi agenda y me buscas hueco para mi peluquero, mi estilista y mi psicoanalista... aunque creo que la única terapia que necesito es cogermelo al tal Balencegui este y empotrarlo encima de la mesa. Se me iban a quitar todas las penas de golpe.

Tragué saliva, pero sonreí para mis adentros. Lo siento, no me creáis mala, pero me satisfizo pensar que yo había conseguido lo que Julia Castro anhelaba y no iba a poder lograr.

Capítulo 16

Te quiero...

Estaba hecha un lío, incluso después de trabajar durante el resto del día y evadirme con la rutina. Bruno no paraba de lanzarme guiños, sonrisitas y besitos cada vez que mi jefa se despistaba, como si fuéramos dos adolescentes tonteando y ligando en el instituto con cuidado de que no nos viera el profesor. A veces he creído que aquello podía ser el resultado de la insatisfacción de ciertos aspectos de aquella época. Yo no digo que no fuera feliz durante aquellos años, pero no fui todo lo que debería haberlo sido a mi edad. Y Bruno... tres cuartos de lo mismo.

Aquel día en cuestión, acabó de una forma un tanto extraña. Julia se empezó a encontrar mal y me ordenó que le llamase a un taxi. Se había querido hacer tanto la fuerte que su aguante mental tuvo un límite. Justo un momento antes, Bruno se había despedido de nosotras y del resto del personal. Ya tenía los contratos revisados y firmados y debía marcharse a su hotel. Así que, después de dejar a punto todo lo que pude de mi trabajo y del de Julia, decidí que mi cerebro también se merecía descansar.

—¿Hoy acabas ya? —me preguntó Vera, incrédula, cuando me vio recoger la mesa y coger mis cosas.

—Sí, tía; hoy necesito largarme de aquí si no quiero acabar mal de la cabeza.

—Podrías venirte con nosotros. He quedado con Paty y Pedro para tomar una cerveza. Anda, ven, te irá bien.

Pensé en Bruno, en su mirada suplicante pidiéndome que pasara nuevamente una noche con él. Pero, irremediabilmente, pensé también en

cómo, después de enrollarse conmigo, no tendría más que cambiarse de ropa, subirse a un avión y presentarse en su pedazo de ático, con su preciosa prometida y seguir enviando invitaciones de boda.

—A la mierda todo, Vera —solté con seguridad mientras salía con ella y cogíamos el ascensor—. Me voy esta noche con vosotros y que le den a todo y a todos.

Entre risas, bajamos las dos hasta la calle, donde nos esperaban Pedro y Paty. Justo al atravesar la acristalada puerta, Vera giró la cabeza hacia un lado y compuso una mueca.

—Oh, oh... Me parece que tendrá que ser otro día, lo de la cerveza.

—¿Por qué dices...?

Dejé de hablar en cuanto hice el mismo gesto y pude ver a Bruno, dejado caer sobre la pared del edificio. De nuevo, cubierto con su abrigo, me esperaba emanando volutas de vaho al relente de la noche.

—¡Joder! —exclamé—. Ya está éste aquí otra vez... ¡Pues no me da la gana de irme con él! Me voy con vosotros, Vera.

—No pasa nada si no vienes —suspiró mi compañera mientras se alejaba—. Además, míralo, con qué ojitos de cachorrito te mira...

—¡No te vayas, Vera, por tu padre!

Pero no me hizo ni caso. Se largó corriendo con el resto de los compañeros, se metieron en un coche y se fueron pitando.

—Rebeca —oí decir a mi espalda.

—De verdad, Bruno —le dije, exasperada, mientras echaba a andar por la acera en sentido contrario a él—. Tus inesperadas apariciones comienzan a resultarme cansinas. Por favor, sigue con tu vida y déjame seguir con la mía.

—Mi vida va a ser una mierda porque tú no vas a estar en ella. —Se colocó a mi lado y lo obligué a ir al mismo paso ligero que yo.

—Yo no tengo la culpa —repliqué, sin dejar de andar—. No hubieras decidido casarte con alguien a quien no quieres.

—Ése no es el problema. Me habrían presentado a cualquier otra parecida.

Cualquier cosa para que me case, me centre y me olvide de mis «tonterías».

—Pues haber pasado de tus padres, que ya eres mayorcito. —Yo ya caminaba totalmente desorientada, sin saber a dónde me llevaban mis pies. Únicamente quería alejarme de él.

—¿Quieres parar, Rebeca?! No puedo explicarte nada si te pones a correr entre la gente.

—Tengo prisa por llegar a mi casa —objeté. Observé a mi alrededor para ubicarme. No tenía ni la menor idea de dónde había dejado la parada del autobús y opté por lanzarme a cruzar la calle.

—¿Quieres dejar de ignorarme? —Me agarró del brazo, me hizo dar la vuelta y me posicionó frente a él.

—¿Qué coño quieres, Bruno?! —Alcé tanto la voz que una buena parte de los transeúntes se giraron hacia nosotros—. ¿No entiendes que estoy huyendo de ti?! ¿No eres capaz de ver que, si vuelvo a pasar otra noche contigo, me vas a destrozar?!

Estaba tan ofuscada que no fui consciente de mi voz quebrada o de la humedad de mis ojos.

—Cariño —me consoló él, estrechándome en sus brazos—, lo siento. Siento hacerte pasar por esto. Tienes razón. He sido un puto egoísta que no ha mirado más allá de sus narices. Lo lamento, de verdad.

Me separó de él y enjugó la lágrima que se había deslizado por mi mejilla. Después me sonrió y curvó su brazo para que me prendiera de él.

—¿Tendrías la amabilidad de acompañarme a cenar? Mi vuelo sale en tres horas y apenas voy a tener tiempo de nada más.

Lo miré unos instantes. Allí estaba él, Bruno, implorándome un poco más de tiempo. Era tan alto, tan guapo, y a la vez me parecía tan triste... Odié en aquel instante al destino, a la suerte y al mundo entero por semejante timo. Me daban una segunda oportunidad que no valía un carajo. Ya podrían haberme dejado en paz y no darme nada.

—Está bien. —Lo cogí del brazo y empecé a caminar a su lado—.

Aceptaré tu invitación para cenar.

Aquello sería *la última cena*. Nunca mejor dicho.

Me relajé mientras deambulábamos por las calles. Hablamos y reímos durante todo el trayecto como viejos amigos hasta que elegimos un restaurante que nos pareció bastante aceptable, íntimo y acogedor.

Una vez nos dieron mesa y elegimos la cena, el silencio hizo acto de presencia entre nosotros. Nos daba la sensación de que, cualquier tema que sacáramos, acabaría irremediablemente relacionado con nuestra penosa situación. Fui yo la que opté por normalizar la conversación.

—¿Cómo está tu padre?

—Cada vez más delicado. He leído los últimos informes de su médico y son bastante desalentadores.

—Vaya... —resoplé—. ¿Y siempre lo ha atendido el mismo doctor? —planteé—. Me refiero... ¿nunca habéis pedido una segunda opinión?

—No se trata de una enfermedad que diagnosticar, Rebeca. Su corazón quedó dañado, yo mismo lo veo cuando se agota dando unos simples pasos o cuando tiene una recaída y tenemos que llamar a la ambulancia para que lo ingresen de nuevo.

—Perdona, perdona —me disculpé—. No tengo ni idea de cuestiones médicas, es sólo que me parece una injusticia para ti. Últimamente estoy rodeada de un montón de injusticias...

—Te veo un poco triste. —Cogió una de mis manos y besó mis nudillos—. ¿Es por algo que te ronda la cabeza, aparte de nosotros? ¿Tu amiga está bien?

—Veo que empiezas a conocerme mejor. —Sonreí y le devolví el gesto de besar sus nudillos—. Gracias por preocuparte, y siento decirte que no vas desencaminado. Estoy pasando por demasiados momentos estresantes en el trabajo, con mis amigos... Primero lo de Laura. ¿Recuerdas que pillé a su novio en plena faena?

—Como para no recordarlo. —Rio—. Y seguro que él también lo recuerda cada vez que se suene los mocos. Se lo contaste a tu amiga, supongo.

—Sí —suspiré—. Se lo expliqué y lo ha pasado bastante mal, pero, en este caso, la vida nos tenía preparada una sorpresa. ¿Recuerdas a mi amigo Simón, el tercer friki del grupo?

—¿El del pelo peinado y los jerséis de dibujitos? ¿Al que le daba miedo una pelota?

—Ése —reí—, pero que conste en acta que ahora es un joven y atractivo diseñador de videojuegos.

—No lo dudo. Es el típico empleo de un friki.

—No te pases. —Le pegué una patada en la espinilla que le arrancó un quejido—. Simón llevaba enamorado de Laura toda su vida, y ha sido justo ahora, tras dejarlo con su novio, que ella se ha enamorado de él.

—¡No jodas! ¡Sin saberlo, has hecho de celestina!

—Sólo hice lo que me dictó mi conciencia. No hubiese soportado ver a mi amiga casada con aquel cerdo. Y la llamaba «bizcochito», el muy desgraciado...

—Pues esa historia ha acabado bien —comentó Bruno mientras atacábamos un exquisito plato de pasta a la carbonara—. ¿Qué es lo que te preocupa ahora?

—Que tengo imán para los mentirosos —solté—, eso es lo que me pasa. Y no me pongas esa cara, que ahora no lo digo por ti.

—¿Por quién, entonces?

—Tengo una vecina, Selene, que se ha enamorado perdidamente de un tipo. Nos lo presentó y parecía bastante decente. Por otro lado, ¿sabías que a Julia, mi jefa, la ha dejado su marido?

—Claro, no dejó de hablarme del tema. Creo que buscaba vengarse conmigo. —Compuso una mueca—. Pero ¿qué relación tiene con tu vecina?

—Que el novio perfecto y maravilloso de Selene es el marido de Julia. Es dieciséis años menor que mi jefa y la va a dejar por una chica de veinticinco.

—Joder, Rebeca..., casi me da pena Julia.

Ya estábamos con el postre cuando levanté la vista. Me llevé tal impresión

que tosió y me salió disparado de la boca un trozo de fresa de la tarta que habíamos pedido. Como no podía ser de otra forma, fue a parar en plena camisa blanca de Bruno.

—Oh, lo siento —le dije mientras humedecía la servilleta en el agua y se la pasaba por la mancha, que se hacía tan grande que parecía un maldito semáforo.

—Vale, para, Rebeca. —Detuvo el movimiento de mi mano y me quitó la servilleta—. Déjalo, ya no tiene remedio. ¿Por qué te has puesto así?

—Porque una pareja acaba de entrar en el restaurante... ¡Y son Selene y Ángel! Oh, mierda, mierda, nos han visto, y vienen hacia aquí...

—¿Ésa es tu vecina? Joder, no me extraña que el fulano ese la haya preferido a Julia.

—Es modelo y actriz —comenté—. Y, sí, es guapísima.

—Vale, cuál va a ser tu estrategia —me preguntó Bruno.

—¿Cómo sabes que voy a seguir alguna estrategia?

—Tú misma me has dicho antes que cada vez te conozco mejor. —Sonrió—. Y sé perfectamente que esa cabecita tuya ya está discurrendo algo. ¿Tengo que ayudarte de alguna forma?

—Ya están aquí, ya están aquí —susurré sin apenas mover los labios—. Tú límitate a seguirme la corriente.

Selene fue la primera en verme y saludarme con la mano. Le dijo algo a Ángel y ambos se acercaron a nosotros. Rápidamente me puse en pie y nos fundimos en un abrazo.

—¡Qué casualidad! —exclamó ella, tras darme un achuchón—. ¡Y qué alegría encontrarte aquí!

—¡Sí! —respondí—. ¿Qué tal, Ángel? —Le di también dos besos—. Por cierto, os presento a Bruno.

—Así que tú eres el famoso Bruno —le dijo Selene en el tiempo en el que le dio los dos besos de rigor.

—Miedo me da esa fama —contestó él.

—Mejor no digamos de dónde te viene. —Mi vecina hizo una mueca. Sabía perfectamente toda la historia de Bruno y su boda y, por tanto, no le tenía mucha simpatía—. Sin embargo, esta noche haremos una tregua. Además, me has dado pena con esa mancha rosa en mitad de la pechera.

Bruno sonrió y creo que eso fue lo que lo salvó de seguir siendo lapidado por la modelo, porque su sonrisa tenía el poder de calentarte el corazón... y alguna otra parte más abajo.

—Supongo que querréis aprovechar para estar solos —le comenté a mi amiga después de que presentara a los dos hombres—, pero nosotros ya hemos acabado y podríamos tomar una copa antes de que pidáis la cena, si os parece.

—Nos parece perfecto —contestaron ambos mientras se sentaban.

Nos sirvieron un par de licores a Bruno y a mí, mientras que a ellos les trajeron una botella de vino. Ángel y Bruno parecieron conectar, hablando durante unos minutos de sus respectivos trabajos, mientras que Selene me hacía constantes muecas divertidas en referencia a lo guapos que eran los dos.

—No voy a preguntarte qué hace éste aquí —me susurró con disimulo, consciente de que ella sabía todo el tema de su inminente boda—, pero imagino que, si estáis juntos, es porque así lo has deseado tú.

—No preguntes —le pedí, poniendo los ojos en blanco—, por favor. Porque no tengo respuesta plausible para mi gilipollez.

Los minutos pasaban y yo no encontraba el momento idóneo para lo que tenía planeado. Bruno me miraba de reojo con expresión suplicante, esperando saber mi señal. Por suerte, ésta tuvo lugar en cuanto a Ángel le sonó el móvil.

—Perdonad —nos dijo mientras miraba la pantalla—, pero tengo que atender la llamada. —Se levantó y se dirigió al pasillo que llevaba al piso superior, los servicios y la salida trasera.

Entonces sí le dirigí una rápida mirada a Bruno, que entendió a la perfección. Por un instante, sentí la pena de que aquella conexión y aquella camaradería entre nosotros no nos sirvieran para nada.

—Pues ahora que veo a tu novio con el teléfono —intervine, al tiempo que

me ponía en pie—, he recordado que yo también he de hacer una llamada muy importante. Si no os importa...

Antes de que Selene pusiera objeción alguna, me alejé de la mesa y la dejé sola con Bruno mientras yo me dirigía al pasillo por el que Ángel había desaparecido. Una vez allí, al principio no logré encontrarlo, por lo que tuve que caminar entre camareros con bandejas y pedidos que se cruzaban conmigo. Tuve suerte de no tirarle a alguno de ellos la fuente al suelo.

Por fin, lo divisé más allá de las puertas de los servicios, cerca de la salida de la que disponía el restaurante en la parte de atrás. Hablaba y gesticulaba mientras mantenía una conversación por teléfono que no parecía muy amistosa. Me acerqué todo lo que pude y me escondí detrás de una frondosa palmera de interior.

—Si quieres joderme la vida, adelante —le decía a su interlocutor—, pero déjala en paz a ella, que no tiene la culpa de nada... Joder, Julia, te lo he dicho mil veces, no entiendo tu actitud. Sabías que lo nuestro era más un contrato que un matrimonio... ¡Pues no me firmes el puto divorcio, pero deja de acosarme!

Colgó con rabia y después trató, claramente, de sosegar. Inspiró unas cuantas veces y, cuando creyó que podría volver de nuevo a la mesa con su máscara puesta, se dio la vuelta y me encontró en su camino.

—Rebeca... —susurró, confundido—. Si buscas los lavabos, te los has dejado atrás.

—Sí —reí—, soy muy despistada. Ahora mismo voy, pero, antes, quería comentarte algo. ¿Te ha comentado Selene dónde trabajo?

—Pues... no. Creo que me ha dicho que eres secretaria, ¿puede ser?

—Exactamente. Trabajo en las oficinas de la revista *Mundo Mujer*. Soy la secretaria personal de Julia Castro. —Casi me río al ver tanta palidez en un rostro y en tan poco tiempo—. El mundo es un puto pañuelo, ¿no te parece? —añadí.

—Se lo pensaba decir a Selene —me soltó de forma claramente hostil.

—Oh, por supuesto que se lo dirás —repliqué con retintín—. Porque mi amiga es una buena chica y no se merece que le mientan.

—Yo no le he mentado —contestó, crispado.

—No, sólo omitiste la información de que llevas seis años casado, no te jode.

—Nada más conocer a Selene, le pedí el divorcio a Julia —me explicó, todavía envarado—, para que no creyera que había roto un matrimonio. Se lo diré cuando sea un hecho.

—Pero resulta —continué— que Julia está convencida de que ella es la culpable de vuestro divorcio, por lo que no esperes que sea un hecho de un día para otro.

—Mira, Rebeca —acabó diciendo—, agradezco tu buena intención y tu preocupación por Selene, pero es algo que debo solucionar yo solito. Yo tengo el problema y yo lo solucionaré.

—Estoy de acuerdo —afirmé—, pero procura que tu mujer no la pague con mi amiga, que es la parte inocente de la historia, aunque Julia no lo crea así.

—Hablaré mañana mismo con ella y...

De pronto, Ángel levantó la mirada por encima de mi cabeza y volvió a palidecer un grado más. Aquello ya era palidez mortal.

—Selene... —musitó. Me di la vuelta y la vi allí, quieta, tan preciosa como era ella y a la vez tan apagada—. Yo... iba a hablar contigo muy pronto...

—Pero no lo hiciste —contestó ella de forma tajante—. Me has tenido engañada todo este tiempo, sin decirme la verdad de tu situación. Y yo quejándome del pobre Bruno... Al menos él tuvo los huevos de decírselo a Rebeca la primera noche que pasaron juntos.

—Lo siento mucho, cariño —me disculpé, sin poder evitar mi congoja.

—Tú no tienes la culpa de nada —me respondió—. Únicamente la tiene un hombre que yo creí diferente y ha resultado ser como cualquier otro. —Se dio la vuelta y empezó a caminar. Atravesó el pasillo y la totalidad del comedor.

Con el bolso en la mano, se despidió con rapidez de Bruno y salió a la calle perseguida por Ángel y por mí.

—¡Selene, por favor! —la llamó él cuando estuvimos en la acera, rodeados de la noche y del frío—. Deja que te explique cómo funcionó realmente mi matrimonio; cómo Julia se convirtió prácticamente en la madre adoptiva de un muchacho al que, tras salir del orfanato y de la calle, no le quedaban esperanzas de futuro.

—No sabía que las madres adoptivas se follaran a sus hijos —rebatí ella—. Déjame en paz, Ángel. De momento, quiero estar sola.

—¡Espera! —le grité—. ¡No vayas a irte sola a estas horas! —Yo misma paré un taxi que pasaba por allí y la insté a meterse dentro—. Perdóname, por favor —le rogué cuando ya se había montado en el coche—. No podía callarme esto.

—No hay nada que perdonar. —Me dio un beso en la mejilla y le facilitó la dirección al taxista antes de cerrar la puerta para que el vehículo arrancara. Me dio tiempo a ver sus mejillas húmedas y brillantes por las lágrimas.

En medio de la acera quedamos Ángel y yo, mirando como pasmarotes el hueco en el espacio que había dejado el taxi. Tenía un nudo tan grande en la garganta que apenas podía respirar. ¿Y si la había cagado?

Cuando miré a mi alrededor, sólo vi a desconocidos paseando, ajenos a mí y a mi angustia. Ángel se había marchado sin decir una palabra y no me había ni enterado.

—¿Cómo estás?

La voz de Bruno me devolvió un atisbo de realidad y calentó mi cuerpo, que había quedado helado por la noche y por la congoja. Me puso el abrigo por los hombros y me ayudó a entrar en un taxi que él mismo había parado. Cuando quise darme cuenta, estaba con él en la habitación de su hotel. Preparaba un par de bebidas en sendas copas cuando pude reaccionar por fin.

—Soy de lo que no hay —musité, tratando de evitar el llanto, algo que no conseguí—. ¿Por qué ese afán de meterme donde no me llaman? ¿Y si debiera

estarme calladita mejor?

—Porque tú eres así, Rebeca, y a mí me encanta. —Deslizó la yema de su dedo pulgar por mis pómulos para despojarlos de las lágrimas—. Eres una buena persona, cariño, alguien increíble. Anda, bebe un poco, te reconfortará.

Me bebí el contenido del vaso de un trago y, como él dijo, se me calentó el interior del cuerpo, aunque demasiado. Sentí el fuego bajar por mi esófago y asentarse en mi estómago.

—Joder —dije, tosiendo—, ¿qué es esto?

—Brandy —sonrió—, y de los buenos.

—Pues me debe de haber quemado medio aparato digestivo.

—Porque te has pimplado el vaso de golpe, cariño, y se toma a sorbitos.

—Si es que todo lo hago sin pensar. —Me puse a llorar de nuevo y Bruno me arrebató el vaso para que pudiera hundir mi rostro en su pecho y desahogarme.

—Y eso no es tan malo —me reconfortó mientras me abrazaba y besaba mi pelo—. Eres espontánea, Rebeca, única, especial. La chica más auténtica que he conocido en mi vida. Supe verlo el día que hablé contigo en el pasillo del instituto y, por eso, me enamoré de ti. En realidad —rio—, te eché el ojo el día que llegué y pregunté por el gimnasio. Me pareciste tan bonita...

—Pues bien que le guiñaste el ojo a Tamara —le recordé entre lágrimas y sonrisas.

—¿A Tamara? ¿De dónde sacas eso?

—Pues hubiese asegurado que...

—La verdad es que te creías tan poca cosa que no pensaste que un chico guapo pudiese fijarse en ti, ¿no es cierto?

—Totalmente. —Reí.

—Pues no vuelvas a creer algo así, porque resulta que, justo aquel día, le pregunté a uno de los chicos si sabía cómo te llamabas... pero el muy capullo...

—No me lo digas —lo interrumpí—. Me apuesto lo que quieras a que se

rio de ti en tu cara mientras te ponía de gilipollas para arriba por fijarte en mí.

—No me lo recuerdes. —Acunó mi rostro entre sus manos y escrutó cada uno de mis rasgos con veneración—. Eres preciosa y quiero que jamás lo olvides.

Volví a emocionarme y rompí de nuevo a llorar.

—Vamos, cariño, quería animarte. Tengo que irme ya mismo y no quiero dejarte así.

Recordé, entonces, los billetes que me enseñó cuando se coló en el servicio de chicas, con los que me daba a elegir si se iba esa noche o al día siguiente. Y, en ese instante, lo tuve tan claro que de ninguna manera lo hubiese dejado marchar.

—No te vayas —le pedí—, Bruno, por favor.

—Rebeca, te dije que no quería hacerte más daño...

—Me dijiste que podía elegir, ¿no? —insistí mientras me limpiaba la nariz con el dorso de la mano—. Pues eso he hecho. Quiero que utilices el billete de mañana. Quiero que esta noche la pases conmigo.

Era una mala idea, pero ¿a quién le importaba?

Él enmarcó de nuevo mi rostro entre sus manos y comenzó a besarme de una forma que me puso el vello de punta y el corazón a mil. Más que besos eran desgarros de su alma depositados en mis labios.

Yo misma lo fui llevando hasta la cama, donde caímos sin haber dejado de besarnos. Nos quitamos la ropa muy lentamente, de forma que, cuando estuvimos desnudos, ya habíamos besado del otro cada centímetro de piel que había ido quedando al descubierto. Cuando me penetró, volví a sentir aquella conexión tan fuerte que nos había unido hacía mucho tiempo. Hacer el amor con Bruno era sentirlo, era conocerlo, era encajar como dos piezas extraviadas que no pertenecen a ningún puzle.

—Te deseo —gimió—; te deseo como no he deseado a nadie en mi vida.

Sus envites fueron en aquella ocasión largos, lentos, profundos, intensos, mientras yo me afianzaba a sus hombros y rodeaba sus caderas con mis

piernas, para sentirlo más fuerte y más adentro. No dejó de besarme, combinando besos y susurros que me ponían la piel de gallina.

—Mírame —me pedía—. Abre los ojos y no dejes de mirarme. Quiero recordarte así el resto de mis días.

Tan feliz me sentía por estar con él que ni siquiera quise empañar esa alegría pensando «Te refieres a los días que estés con otra...».

No tardé en alcanzar el clímax en medio de gritos y suspiros, sólo unos segundos antes de que Bruno también gritara y lanzara al aire su gemido bronco de placer.

Mientras tratábamos de recomponernos, tiró del edredón para taparnos y que el sudor no enfriara nuestros cuerpos. Me enrosqué alrededor de su cuerpo como un pulpo y recordé algo de la última vez que estuvimos juntos.

—¿Hoy no me vas a dibujar?

Él giró la cabeza sobre la almohada y me miró divertido.

—¿Al final te gustó hacer de modelo?

—Si es para ti, sí... aunque supongo que esta vez no has venido cargado con tus cachivaches de dibujo si pensabas estar aquí tan sólo un día.

—Mujer de poca fe... —De un salto, salió de la cama, aún desnudo, y se dirigió a la pequeña maleta que descansaba sobre una mesa baja. La abrió y extrajo de ella su inseparable cuaderno y su estuche de lápices.

—¡Oh, lo has traído!

—Por supuesto. Esto es para mí tan importante como el móvil. En cualquier momento puedo ver algo que quiera plasmar sobre el papel. Como a ti ahora, por ejemplo.

—No te hagas el interesante —le dije con un mohín—. Si no te hubiese dicho nada, ni se te hubiera ocurrido dibujarme.

—Rebeca —soltó con un suspiro—, te he dibujado tantas veces que podría empapelar esta habitación con láminas con tu imagen.

—¿En serio? —Reí y me incorporé sobre la cama—. Pero no es lo mismo si no te puedo mirar mientras lo haces. Me gusta ver cómo te concentras y

admirar el brillo que te brota en los ojos mientras obras magia con tu mano.

—Pues vamos allá. ¿Cómo quieres ponerte?

—Desnuda —contesté, traviesa—, y sin taparme nada.

—Está bien —rio él—, pero debes saber que, para un artista, es más interesante insinuar que mostrar. Túmbate sobre la cama boca abajo. Bien. Ahora coloca la cabeza de lado sobre la almohada, de forma que pueda verse tu perfil. Perfecto. Ponte de forma que estés cómoda.

Le hice caso y me tumbé como me indicó mientras él iba recolocando algunas partes a su manera. Echó mi melena hacia un lado para que cayera desparramada sobre mi espalda; un brazo, a lo largo del cuerpo, y el otro, doblado hacia arriba; una de mis piernas, estirada, y la otra, ligeramente flexionada.

—¿Te sientes cómoda?

—Bueno... —suspiré—, no es que sea mi postura natural para echarme la siesta... pero se puede soportar. Creo que empieza a picarme el hombro derecho.

—No empieces... —Con el reverso de uno de los lápices, Bruno me rascó en aquella zona durante unos segundos.

—Uf, para, para —le pedí—. Si empiezas dándome ese gusto, te haré rascarme durante toda la noche. Será mejor que lo dejes y le des al lápiz pero sobre el papel.

Se sentó, como la otra vez, sobre la cama, y empezó a alternar la dirección que tomaban sus ojos entre el cuaderno y mi cuerpo desnudo. Aquellos instantes, saberme observada por un artista que iba a inmortalizar mi imagen en un cuaderno, estar desnuda, oír el rasgar del lápiz sobre el papel..., todo ello tenía un efecto relajante y reconfortante en mi ánimo, a la vez que el punto erótico de la situación me excitaba en cierta forma.

—Hoy te estás portando muy bien.

Pero la incursión de la voz de Bruno en aquel mágico momento acabó con la placentera situación. Me hizo mirarlo, observar su rostro, hermoso y

concentrado, sus rasgos mostrando la felicidad que lo embargaba al hacer lo que tanto amaba... y, entonces, me invadió una enorme tristeza al recordar que no volvería a admirar ese rostro, que no podría hacer más de modelo, que no podríamos estar juntos, que él iba a casarse con otra...

¿Habéis tenido alguna vez esa sensación de que el corazón se desborda porque nos inunda la angustia? Pues así me sentí yo, desbordada de tristeza, por lo que las lágrimas no tardaron en hacer acto de presencia y comenzaron a caer por mis mejillas, aunque traté de que Bruno no se diera cuenta.

Intento fallido por mi parte.

—¿Rebeca? Cariño...

Y, entonces, abandoné aquella postura serena para saltar sobre Bruno y colocarme sobre su cuerpo desnudo mientras hacía volar el cuaderno y los lápices hasta el suelo.

—No te vayas, por favor. —Comencé a llorar compulsivamente mientras, aferrada a su cintura, hundía mi cabeza en su pecho—. No me dejes..., no te cases con otra... Te quiero...

—Chist, cariño —trató de tranquilizarme al tiempo que acariciaba mi espalda y besaba mi pelo—, no llores, por favor.

Seguí llorando y moqueando un rato, hasta que comprendí que me había puesto un poco histérica. Levanté la cabeza y miré a Bruno, cuyo semblante preocupado intentaba decirme sin palabras que estaba igual que yo, pero que no había nada que hacer.

—Lo siento —me disculpé mientras sorbía líquidos varios por la nariz y trataba de amainar mis suspiros por el llanto—, me ha dado un bajón, no me hagas caso. Y, para colmo, te he llenado toda la barriga de babas y mocos. — Me puse a limpiarlo con mis propias manos.

—No importa. —Tiró de una punta de la sábana y comenzó a limpiarme la cara de todo rastro de lágrimas y demás fluidos. Con todo el mimo del mundo, secó mis ojos, mi nariz y mi boca—. No imaginas lo despreciable que me siento al verte llorar. Soy un cabrón.

—Sólo tienes la mitad de la culpa —repliqué con una sonrisa forzada—. La otra mitad es mía, porque sé lo que hay y lo que me espera.

—Mira una cosa. —Alargó el brazo hasta la mesilla, donde descansaba su cartera. La abrió y extrajo algo de ella—. Junto a los billetes de avión que te enseñé para volver hoy o mañana, también compré éste.

—¿Qué es?

—Un pasaje de ida y vuelta a Madrid a tu nombre para cualquier día de esta semana que entra.

—Pero... te casas el sábado...

—Por eso lo compré —suspiró—, para apurar un último momento de estar contigo antes de estar casado.

—No voy a ir a verte en la víspera de tu boda, Bruno...

—Lo sé —me cortó—. No voy a hacerte esto otra vez. Me resisto a perderte, Rebeca, pero, si sé que no vamos a poder estar juntos, prefiero que esto acabe ya. Me duele el pecho sólo de pensar en el daño que te estoy haciendo. —Cogió el billete y lo tiró a la papelera que había junto a la cama—. Ya es tarde y mañana tenemos que madrugar. Deberíamos descansar.

—Tienes razón. —Volví a deslizarme entre las sábanas y a acurrucarme en su pecho para intentar dormir. Pensé que me sería más difícil, pero, al parecer, los últimos acontecimientos acumulados me habían obligado a demasiadas noches en vela y conseguí que, junto a Bruno, el sueño me venciera, justo después de oír las últimas palabras de su boca.

—Yo también te quiero, Rebeca.

No llegué a saber si lo oí en los delirios del sueño o fue real.

* * *

A la mañana siguiente abrí los ojos temprano. Lo supe por la tenue luz que entraba por entre las cortinas. Levanté la cabeza y comprobé que estaba sola en la cama y en la habitación, pues Bruno había desaparecido, lo mismo que su

maleta y su abrigo. Su lado de la cama ya estaba frío y recordé que su vuelo salía muy temprano.

Abracé la almohada e inspiré el olor que quedaba impregnado en la tela. Después me levanté, me di una ducha y me dispuse a dejar atrás el último recuerdo que me quedaría de Bruno Balencegui.

Capítulo 17

Bruno: unas horas de felicidad

—Creo que con esta documentación tendré suficiente para empezar.

—Cualquier cosa, no dude en ponerse en contacto conmigo por cualquier vía, señor Balencegui.

Estreché la mano de mi nuevo cliente después de una reunión de casi tres horas. El doctor Jorge Sandoval era el director del Hospital General y había solicitado los servicios del bufete para solventar ciertos aspectos legales. Como otras veces en mi profesión, no me gustó la idea de luchar en el lado opuesto a los pobres pacientes que interponían demandas contra el hospital por claras negligencias médicas, pero, hablando claro, nuestros servicios costaban muchos miles de euros que sólo los poderosos podían pagar. Como tantas veces, el dinero mandaba.

—Quería aprovechar para felicitarlo por su inminente matrimonio —me dijo con una sonrisa amable—. Le enviaré en los próximos días, como regalo de boda, una botella del mejor whisky escocés y una caja de Montecristo.

—Muchas gracias, doctor, le agradezco el detalle. Aunque, en realidad, quisiera pedirle un favor como profesional de la medicina.

—Claro, dígame.

Sabía que era una pérdida de tiempo, pero ciertas palabras de Rebeca aún resonaban en mi mente: buscar una segunda opinión. Toda la familia teníamos muy claro que mi padre estaba en las mejores manos, pero, en cuanto supe que la especialidad del doctor Sandoval era la cardiología, pensé que no estaría de más pedirle su opinión. No pensaba que pudiese obrar un milagro, pero, si únicamente conseguía mejorar un poco la calidad de vida para mi padre,

podría resarcirme un mínimo de la culpa que arrastraba desde que yo mismo le provocara aquel infarto.

—Se trata de mi padre —le expliqué el caso por encima—. Así que, si tuviera un momento para echar un vistazo a su historial médico, se lo agradecería.

—Por supuesto, muchacho. Envíeme todo lo que pueda por correo electrónico o fax, y echaré una ojeada lo más rápido posible. Aunque lo ideal sería que trajera a su padre al hospital para poder hacerle un reconocimiento completo.

—De momento, mire esos informes médicos —le pedí—, nada más. No quiero crearles falsas esperanzas a mis padres y volver a decepcionarlos.

—¿Decepcionarlos? —me preguntó, asombrado—. Está usted cogiendo la fama de ser el abogado más brillante y cotizado de este país. Dudo mucho que un joven como usted, con esa planta y esa inteligencia, pueda ser una decepción para su familia.

—Si yo le contara... En fin —me puse en pie y estreché su mano en un firme apretón. A pesar de todo, el doctor Sandoval me cayó bien—, ya va siendo hora de que me marche. Estaremos en contacto, doctor.

—Por supuesto —me dijo con una sonrisilla cómplice—. No quiero robarle más tiempo a esa prometida que debe de estar esperándolo ansiosa en su casa.

Sonreí y me fui del despacho que poseía el médico en el edificio del centro hospitalario. Si él supiera... Dudaba mucho que Elsa me esperara ansiosa. Y la prueba de lo que estaba pensando me la topé de narices en cuanto abrí la puerta de nuestro ático y me encontré a mi novia en el vestíbulo.

—Hola, cariño. —Me dio un beso en la mejilla—. Llegas a tiempo para saludar a mis padres. —Me ayudó a quitarme el abrigo, lo colgó en el perchero de la entrada y me acompañó al salón.

—Claro —suspiré. Un encuentro con mis suegros siempre podía resultar... No encontré las palabras. Sin poderlo evitar, mi cerebro sólo fue capaz de

hallar adjetivos del tipo *aburrido* o *desesperante*, en el mejor de los casos.

—Hombre, mi futuro yerno —me saludó él—. ¿Cómo va eso? ¿Muchos asuntos importantes que llevar y defender?

—Ahí andamos —respondí escueto, para no tener que darle unas explicaciones que no venían a cuento.

Alfonso Echevarría era un hombre inteligente y avisado que había multiplicado la herencia de sus padres gracias a su buen instinto para los negocios. Poseía varias empresas que había levantado después de haberlas comprado en situación ruinosa. Siempre vestía de forma impecable, su cabello blanco todavía era abundante y no faltaban entre sus manos un puro y una copa de Macallan.

—Hola, querido. —Mi suegra se acercó y me dio un beso en la mejilla, de esos para los que los labios no hacen falta.

Ella era una versión más madura de Elsa: igualmente correcta, perfecta, de piel impecable y sin muestra de emociones.

—Nuestras mujeres han organizado una boda perfecta —afirmó mi suegro—. Es una suerte que ellas se hayan encargado de todo, ¿no te parece?

—Sí, una suerte...

—Se hace tarde para Bruno, papá —lo interrumpió su propia hija, aunque con sus impecables modales—. Tendríais que marcharos y dejar que se ponga cómodo después de un día duro.

—Por supuesto, cielo. —Su madre cogió su abrigo y apremió a su marido para marcharse después de darle un beso a su hija y de despedirse de mí.

Cuando se fueron, Elsa me tomó de la mano y, sin decir una palabra, me condujo al dormitorio. Una vez allí, mientras me sonreía de forma insinuante, se plantó frente a mí y se deshizo de su ropa en pocos segundos. Totalmente desnuda, me rodeó con sus brazos y posó sus labios sobre los míos para comenzar a besarme.

Supe de inmediato que aquel ataque de lascivia por su parte se debía al éxito que habían tenido sus preparativos para la boda. Mi prometida era una

mujer fría y distante, pero había una cosa que era capaz de excitarla de forma inmediata: lograr sus objetivos. Ella se había encargado de todo y, tanto mis padres como los suyos o el resto de familiares y amigas, la habían agasajado una y otra vez, por lo que necesitaba explotar esa lujuria del triunfo conmigo.

En un principio, mi instinto fue de rechazo, pero, afortunadamente, recordé a tiempo que aquélla era la vida que me esperaba, junto a Elsa.

Respondí a sus apasionados besos y dejé que me despojara de todas mis prendas para acabar ambos desnudos sobre la cama. Cuando la tuve bajo mi cuerpo, arqueó su espalda en espera de mis caricias. Chupé sus pezones al tiempo que abría sus piernas y acariciaba su sexo, lo que sabía que más le gustaba.

Me resistí a hacerlo, pero me fue imposible no sucumbir a las comparaciones. Mientras Elsa respondía a las caricias de forma silenciosa, Rebeca gritaba y gemía, diciendo sin pudor lo que le gustaba y la excitaba. Una era hielo y la otra era fuego. Elsa era como una muñeca perfecta de frío y blanco mármol, mientras que Rebeca poseía unas imperfecciones que la hacían cálida, real y maravillosamente imperfecta. Hacer el amor con mi prometida era un acto sobrio y apasionado; con Rebeca, había risas y podíamos acabar por el suelo porque era algo apasionante.

Con aquellos recuerdos de mi amante calentando mis venas como fuego corrosivo, abrí más las piernas de Elsa y la penetré. Seguí besando sus pechos pequeños mientras la invadía con fuerza, como si la rabia de que no fuera Rebeca me condujera a aquel estado de lujuria. Me corrí de una forma que no solía hacer con Elsa, tensando mi cuello y agitando mi cuerpo, embistiendo una y otra vez al compás de mis broncos gemidos... hasta que caí sobre la cama, jadeando, agotado por el esfuerzo físico y mental.

—¿Qué te ha pasado hoy? —me preguntó Elsa, que se levantó de la cama de inmediato. Sabía que ella disfrutaba porque en el momento del clímax me clavaba las uñas en los hombros. No podía saberlo por sus gritos, ni porque pronunciara mi nombre o se sacudiera violentamente, como hacía...

—¿A qué te refieres?

—A esa manera tan brusca de hacerme el amor. Además, no sueles derramarte dentro de mí. —Se metió en el baño y oí el agua correr. No soportaba mi semen y solía lavarse nada más acabar.

—Tomas la píldora —le recordé—. No voy a hacer la marcha atrás sólo para no mancharte.

No recibí respuesta. Salió del baño y se volvió a vestir.

—¿A dónde vas? —inquirí.

—Quedé en cenar con Elvira, ya que Jacobo está de viaje. Tienes de todo en la nevera para coger algo para picar. Hasta luego, cariño, no tardaré. —Me dio un fugaz beso y se marchó.

No me apetecía cenar. Me vestí y bajé al parking para coger mi coche. Lo que me apetecía era estar en mi estudio y seguir con mis obras inacabadas. Una vez allí, ya cambiado, descubrí el lienzo que tenía a medias, pero no fui capaz de concentrarme en acabarlo, sobre todo al contemplar en aquel cuadro la imagen de la mujer que amaba. Mis ánimos habían desaparecido, lo mismo que la alegría de los últimos días. Sin más, agarré uno de los frascos de cristal que contenía pinceles en agua y lo estampé contra una de las paredes.

No me molesté en recoger los fragmentos, únicamente me quedé mirando el estropicio y así me mantuve durante varios minutos.

* * *

—Cariño, ¿todavía trabajando? Tendrías que cambiarte ya. Sé que es temprano, pero, antes de la despedida que te habrán organizado los chicos, quedaste en ir a cenar con ellos en compañía de tu padre y el mío.

Elsa me hablaba desde la puerta de mi despacho mientras se colocaba unos pendientes de perlas. Iba ataviada con uno de los vestidos que había mandado confeccionar para esa noche, junto al vestido de novia y los que luciría en nuestra luna de miel en nuestro viaje por Estados Unidos y México.

—Estoy repasando uno de los casos del hospital —le comuniqué, todavía frente a mi ordenador—, pero no te preocupes, enseguida termino.

—Ten cuidado esta noche —me advirtió mientras se dejaba caer sobre mi mesa y me obsequiaba con una de sus escasas sonrisas sinceras—. Recuerda que mañana debes estar fresco y presentable para nuestra boda. Lo digo por si se os ocurre montaros una juerga en algún local de dudosa reputación después de la cena.

—No habrá nada de eso —le correspondí con otra sonrisa—. Creo que mis compañeros del bufete y un par de antiguos compañeros de universidad han organizado una fiesta sencilla en un bar para poder beber durante un buen rato. ¿Y tú? ¿Te presentarás con las chicas en algún espectáculo plagado de *boys* en tanga?

—No tengo ni idea —respondió con una mueca—, pero lo dudo mucho. A mi madre y a mis tías les daría un patatús. En fin, tengo que irme. La reserva era para las ocho y son las siete y media.

—Diviértete, cariño. —Le di un beso en la mejilla para no estropear su carmín y se fue, dejándome de nuevo solo en mi despacho.

Suspiré. No me entusiasmaba la idea de salir, pero reconocí que me apetecía bastante beber y emborracharme hasta caer redondo al suelo. Los chicos se encargarían de recogerme, llevarme a casa y dejarme tirado en el sofá. La boda era a primera hora de la tarde y tendría tiempo de sobra para recomponerme. Lo malo era tener que pasar primero por la cena formal con mi padre y mi suegro.

El móvil, situado encima de mi mesa, empezó a sonar. Fruncí el ceño, pues había quedado en recoger a mi padre a las ocho y media y aún faltaba una hora. Supuse que sería Luis, para comentarme alguna de las locuras que hubiese previsto.

No era Luis, ni ninguno de los que me esperaban aquella noche. Mi mano, en busca del teléfono, quedó congelada en el aire al observar el nombre que aparecía en la pantalla: Rebeca.

—¿Diga? —respondí con cautela. Me preocupó que me llamara aquel día, puesto que, desde nuestro último encuentro, no habíamos tenido contacto alguno.

—Hola, Bruno. ¿Te llamo en mal momento?

—No, no, tranquila. ¿Qué ocurre?

—Yo... debo de estar majareta, joder. Acabo de hacer una locura. ¡Estoy fatal de la cabeza!

—¿Qué sucede, cariño? —Solté aquel apelativo amoroso con toda la naturalidad del mundo—. Me estás preocupando.

—No, no pasa nada. Es sólo que... ¿recuerdas aquel billete de avión que dejaste en la papelera del hotel? Pues... resulta que lo cogí y lo guardé... y lo acabo de utilizar.

Un hormigueo denso y maravilloso se apostó en mi estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy en Madrid. Que he venido. Que necesitaba verte sólo una vez más antes de...

—¡Por el amor de Dios, Rebeca! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

De un salto, me levanté de la silla y me fui directo a por las llaves de mi coche, sin parar a cambiarme de ropa. Llevaba puestos unos vaqueros y un jersey de color vino y únicamente tiré de una cazadora de cuero marrón que colgaba del perchero del recibidor. Bajé al garaje y arranqué a toda prisa el Mercedes para salir disparado hacia la calle.

Durante el trayecto, no me paré a pensar. No quería pensar. Simplemente, Rebeca estaba allí. Sí, era mi noche de despedida de soltero, el día anterior a mi boda, pero, en aquellos instantes, no me dio la gana de pensar en ello. Apenas fui consciente del tráfico, de los semáforos o de las señales, como para tener la mente concentrada en mi extraña situación.

Ya en el aeropuerto, aparqué donde pude y corrí hacia la Terminal 4, en busca de la llegada del vuelo procedente de Barcelona, pero no fue necesario seguir corriendo ni acceder al edificio porque Rebeca ya había salido de él.

Allí estaba, mirando hacia todas partes, un poco perdida. Sentí que mi corazón se hinchaba y se expandía y ya no me cabía en el pecho al contemplar su imagen. Su cabello rubio y alborotado, su forma de caminar algo titubeante, su abrigo a cuadros demasiado grande y unas gafas de sol torcidas... No, no era perfecta, ni de una belleza llamativa. Sólo sé que, nada más verla, yo volvía a vivir y el mundo volvía a girar en el sentido correcto.

Todavía seguía parado cuando ella me vio a mí. Sonrió y después rio, llenando el aire con su risa estridente y chillona. Corrió hacia mí y, cuando estuve a su altura, abrí los brazos para que se lanzara sobre mí de un brinco. Di varias vueltas con ella en brazos mientras los dos reíamos sin parar. Luego, mareados de amor, unimos nuestros labios y nos besamos con desesperación, como si no hubiera un mañana... porque, efectivamente, no lo había.

—¡No me preguntes qué hago aquí! —exclamó cuando la dejé en el suelo—. ¡Porque ni yo misma lo sé!

—Ni yo quiero preguntártelo —respondí, al tiempo que la miraba para cerciorarme de que no se trataba de un sueño—, porque no me interesa la respuesta. ¡Me importa una mierda! —grité al viento.

—Si crees que puedo traerte problemas, me voy —me dijo algo más seria—. Ya te he visto, te he abrazado y besado y puedo volverme otra vez. No me importa, de verdad.

—No te vas a volver a ninguna parte. —Enlacé mi mano con la suya y tiré de ella para dirigirnos a mi coche. Una vez dentro, arranqué y salimos de allí.

—Vaya cochazo tienes —soltó tras un silbido—. No te había visto nunca conducir —comentó, entusiasmada—. Ni vestido con ropa informal, siempre con traje y corbata.

—No me has dado tiempo a cambiarme, con tu noticia de «¡Eh, estoy en Madrid!».

—Es que... yo... —titubeaba, sin tener claro qué decir—, creo que no he sido realmente consciente de que venía a verte hasta que el avión ha aterrizado. Admítelo, me falta un tornillo.

—No te falta nada. —Reí.

—Dime la verdad, Bruno. Tenías planes para esta noche, ¿verdad? Oh, por favor, dime que no has dejado a tu prometida plantada para venir a buscarme, que me tiro del coche en marcha para que me pase un camión por encima.

—¿Quieres dejar de decir chorradas? Sí, tenía planes para esta noche. No, no he dejado plantada a Elsa. Está de despedida de soltera y yo —miré el reloj del salpicadero— debería estar ahora de camino a la mía.

—Mierda, la despedida de soltero, es verdad... —Se dejó caer en el asiento y cerró los ojos—. ¿Qué excusa les has dado?

—Ahora que lo dices —compuse una mueca—, no le he dicho nada a nadie.

—Joder...

—Voy a hablar por el manos libres, así que... tú tranquila, pero procura no hablar ni hacer ningún ruido mientras tanto. —Accioné el teléfono y, en primer lugar, llamé a Luis, que contestó inmediatamente.

—¿Qué pasa, macho? ¿Dónde andas? Hemos pasado por tu casa a buscarte y no hay nadie. ¿No habíamos quedado en que te recogeríamos para no tener que conducir y que pudieras acabar sin conocimiento después de pillar la mayor curda de la historia?

—Joder, Luis, lo siento mucho, pero he tenido que salir pitando. Un cliente me ha llamado con una emergencia para que lo saque de un apuro.

—¡No me jodas! ¡Es tu despedida de soltero! ¿Cómo no se te ha ocurrido enviarlo a la mierda?

—Es alguien muy importante. Y antes de que me preguntes su nombre, te recuerdo el tema de la confidencialidad.

—Vamos, Bruno, no me fastidies. Podrías haber enviado a otro...

—No, es algo muy delicado, tenía que hacerlo yo. Y deja de lamentarte, tío. Aprovechad y divertíos a mi costa, cabronazos.

—Que te follen. —Dicho esto, colgó.

—Madre mía —se lamentó Rebeca—, qué mal me empiezo a sentir. ¡Te he

jodido tu noche de juerga!

—No me has jodido nada —insistí—. En todo caso, me has devuelto un entusiasmo que había desaparecido, a pesar de mi inminente juerga. Y, ahora, calladita de nuevo. Voy a llamar a mi padre. —Volví a accionar el teléfono.

—Dime, hijo. ¿Ya vienes de camino? Tu suegro ya está aquí.

—Lo siento muchísimo, papá, pero vais a tener que celebrarlo sin mí. Me ha surgido una emergencia laboral.

—Oh, vaya, menudo contratiempo... ¿No puedes pasarle el caso a otro?

—Te aseguro que, si pudiera, lo haría. Lo siento de verdad.

Intentaba por todos los medios, como siempre, no alterarlo. Hablar con mi padre sobre alguna adversidad me ponía el corazón a cien. Llevaba diez años viviendo con el arrepentimiento de lo que le hice y con el pánico de volvérselo a provocar. Siempre con tacto, siempre con pies de plomo...

—No importa, hijo. Hay ciertas obligaciones que son lo primero. Eres un abogado estupendo y eso, a veces, se paga con el propio tiempo personal.

—Gracias por entenderlo, papá. Aprovechad la cena.

—Hasta mañana, Bruno.

—Vale —refunfuñó Rebeca cuando colgué—, ahora es cuando me acabo de sentir como una mierda.

—Mírame, Rebeca —le pedí, sin dejar de estar pendiente de la conducción—, mírame. Y, cuando me mires a la cara, decide si es la cara de alguien que cree que le has estropeado sus planes.

Ella me obedeció y, por el rabillo del ojo, la vi sonreír.

—No, no lo parece.

De pronto, comenzó a reír, cada vez más fuerte, hasta acabar haciéndolo a carcajadas.

—¿De qué te ríes si puede saberse?

—Estaba recordando —contestó entre los espasmos de la risa compulsiva— la cara que traías el primer día que llegaste a la revista. Pensé que te habías convertido en el tío más borde del planeta. Tan serio, tieso como un

palo, con tu abrigo perfectamente colgado sobre el brazo, mirándome por encima del hombro... «No me gusta que me hagan perder el tiempo», dijiste todo gruñón.

—Era un amargado —admití, también entre risas.

—¿Eras?

—Bueno... aún lo soy, pero un poco menos. Desde que te encontré, Rebeca, la percepción de las cosas ha cambiado radicalmente para mí. Tú misma lo has dicho, mi cara no parece la de alguien infeliz. Y no lo parece porque estoy feliz de verte y de estar contigo.

—Pero has mentido a un montón de gente...

—Me paso la vida haciendo lo posible por complacerlos —respondí—. Por una vez, que me complazcan ellos a mí.

—Está bien —suspiró con otra sonrisa—. Pero ¿a dónde vamos a ir? No podemos ponernos a pasear por mitad de la ciudad o ir a algún lugar público donde alguien pueda vernos.

—En eso tienes razón. Iremos a un sitio más privado.

—¿A algún hotel?

—No, no vamos a ir a ningún hotel.

Seguí conduciendo mientras dejaba la ciudad a mis espaldas y me dirigía al lugar que yo sentía como más mío. Al llegar a la nave, accioné el mando y, como siempre, entré directamente con el coche. Bajé, le abrí la puerta a Rebeca y se apeó del vehículo mientras contemplaba su entorno con la boca abierta.

—¿Qué es esto?

Una exclamación de sorpresa surgió de su garganta cuando accioné todos los fluorescentes del techo.

—¡Oh, madre mía, Bruno! ¡Es un estudio! ¡Qué puta pasada!

—Premio para la señorita.

Empezó a mirar, embelesada, los cuadros que ya tenía acabados, puesto que, los que estaban sin terminar, permanecían tapados con telas blancas.

—¡Aquí estoy yo! —gritó en cuanto contempló una de las pinturas. La representaba a ella la primera vez que la pinté, sentada en una butaca frente a la ventana del hotel.

—¿Por qué no sigues mirando? —le propuse, divertido.

Y, entonces, se dio cuenta de que, a continuación de aquel cuadro, toda una serie de obras la inmortalizaban a ella.

—Oh, Bruno, madre mía. Me has pintado un montón de veces...

Se acercó y pude contemplar su rostro emocionado.

—Ya te dije que eras una perfecta musa.

—¿Quién ha visto estos lienzos? —me preguntó mientras recorría, interesada, el resto del estudio.

—Aparte de mí y del maestro que viene a darme algunas lecciones de forma clandestina, tú.

—Pues qué pena —se lamentó—. Yo no entiendo mucho, pero me parecen una maravilla, Bruno, de verdad. Tienes el don de captar el estado de ánimo y plasmarlo. Estoy alucinada.

—Gracias —agradecí, emocionado—. Eso es lo que suele decirme mi maestro.

—¿Y por qué no expones, aunque sea como aficionado? —me planteó—. Tienes contactos y conoces a gente importante. Podrías mostrarle al mundo lo que sabes hacer y...

—No —la corté, tajante—. Mi familia no sabe nada y no quiero disgustarlos ahora. Además, no me he preparado correctamente y podría hacer el ridículo.

—No digas tonterías, Bruno.

—Sobre todo, lo hago por mi familia, por mi padre.

—¡Fíjate! —exclamó mientras correteaba hacia la parte que tenía adaptada a taller de modelaje—. ¡También haces esculturas!

—No son gran cosa —comenté, mientras admiraba unos cuantos jarrones, algunos bustos y figuras humanas que representaban, sobre todo, clásicos de la

mitología griega—. Únicamente lo hago porque el modelado en 3D ayuda a desarrollar el concepto del espacio y la visión, algo muy importante a la hora de dibujar.

—¿Puedo tocar?

—Claro, adelante.

Con el entusiasmo de una niña y el cuidado de un artista, deslizó las yemas de sus dedos sobre el busto que representaba a mi padre.

—¿Es tu padre? —Asentí—. Te pareces a él. Qué pasada —murmuró cuando hizo lo mismo con una estatua de Artemisa—. ¿Tienes magia en los dedos? ¿Cómo puedes representar la tela que la cubre, los rizos del pelo o el arco y las flechas?

—Bueno —reí—, gracias otra vez. Me escapo de vez en cuando a una escuela donde enseñan a esculpir lo que sientes. Allí aprendemos a sacar de la escultura lo que somos, como si fuese un lenguaje con el que aflora tu interior. Es la escultura la que te acaba modelando a ti y no al revés.

—Qué cosas tan bonitas dices... Se nota que amas y sientes lo que haces.

—Además —proseguí—, en la academia utilizamos modelos reales.

—¿Modelos reales? —soltó con retintín—. Con razón me dijiste que yo no era la primera modelo desnuda que pintabas.

—¿Celosa? —planteé, divertido—. Ven aquí. —La atraje hacia mí y la pegué a mi cuerpo—. Tú seguirás siendo mi musa favorita.

—Este lugar es impresionante —murmuró—. Seguro que aquí te sientes en tu mundo, como cuando yo me siento delante del portátil y empiezo a escribir.

Me pareció verla afligida... y tuve claro el motivo, que no era otro que saber que yo tenía que hacer lo que más amaba a escondidas del resto del mundo.

—Eh, no estés triste —le pedí—. Yo estoy feliz por haber compartido todo esto contigo. —La alcé y la senté sobre la mesa que utilizaba para modelar, después de apartar algunos utensilios.

—Humm, ¿qué te parecería si me desnudara como una de tus modelos, aquí,

en tu propio taller?

Rodeó mis hombros con sus brazos y sus labios rozaron los míos. Su aliento, caliente, penetró en mi boca y, al mismo tiempo, mi miembro cobró vida. Sólo Rebeca era capaz de ponerme así de duro.

—Pues que no te aseguro que me pusiera a modelar ninguna estatua —susurré—. En todo caso, si ahora mismo te desnudas para mí, modelaré tu cuerpo con mis manos como si estuvieses hecha de arcilla.

—Qué bien suena. —Se mordió el labio inferior y ese acto me excitó un punto más—. Vamos a comprobarlo.

Sin dejar de mirarme, se sacó el jersey por la cabeza y los vaqueros y las botas por los pies. A continuación, se deshizo del sujetador y las bragas y, completamente desnuda, sentada de nuevo sobre la mesa, me abrazó y me besó.

Yo aún estaba vestido, y tenerla así, sin ropa y dispuesta entre mis brazos, hizo que mi sangre corriera a toda velocidad por mis venas. Un fuego líquido arrasó mis entrañas y comencé a profundizar mis besos, a lamer y morder su boca mientras ella me correspondía con la misma ansia.

Antes de que acabara alcanzando el clímax demasiado pronto, me separé ligeramente de ella y opté por tumbarla sobre la mesa. Se dejó hacer, mirándome con un anhelo infinito. Sonreí un instante al verla tan ansiosa. Miré a mi alrededor en busca de lo que necesitaba. Iba a hacer que aquello fuese inolvidable para los dos.

—¿Qué buscas? —me preguntó al ver que abría un cajón—. ¿Condomes?

—No —respondí sonriente—, todavía no. Es un juego de pinceles nuevos.

—¿Y para qué...?

—Chist, déjame hacer. Confía en mí.

Extraje uno de aquellos pinceles, el de mango más largo y filamentos más abundantes y suaves, y lo observé. Me vendría de perlas para lo que había imaginado.

Comencé a deslizarlo por el cuello de Rebeca, que, de forma instantánea,

cerró los ojos y respondió con un gemido. Como si pintara su cuerpo, fui bajando y me detuve en sus pechos para acariciar sus pezones, rotando el pincel sobre ellos, una y otra vez. Los gemidos se hicieron más rápidos y profundos, y fueron aumentando conforme fui deslizando aquella herramienta tan conocida para mí. Seguí deslizando el pincel por su estómago, sus caderas, la entera longitud de sus piernas, por donde volví a subir hasta parar en su sexo. Rebeca dio un respingo y se mordió el labio inferior en medio de un jadeo.

—Bruno...

—Tranquila, tranquila...

Con la suavidad del pincel, acaricié sus labios íntimos y su clítoris, con cuidado, como si pretendiera dibujar su intimidad. Poco a poco, fui acelerando los movimientos al mismo tiempo que ella movía las caderas, cada vez más rápido. Utilicé entonces el pincel para introducirse ligeramente en la vagina mientras yo me inclinaba y colocaba la cabeza entre sus piernas. Lamí y mordí su carne al tiempo que la penetraba con el pincel. Tras un fuerte gemido, Rebeca, en un intento de apaciguar aquel asalto a su cuerpo, extendió los brazos para asirse a los bordes de la mesa, con lo que se fue topando con frascos y recipientes que fueron cayendo al suelo, uno por uno, formando un concierto de sonidos, mezcla de gemidos e impactos de cristal contra el suelo.

—No pasa nada —gemí cuando la vi preocuparse—, tú déjate ir y córrete, mi vida. —Aumenté el ritmo de mi mano, volví a lamer su clítoris y, por fin, su orgasmo explotó en mi boca. Bebí su esencia hasta que su cuerpo cesó de estremecerse por el placer.

—Madre mía —rio cuando acabó y yo me incorporé—, te he destrozado medio taller.

—Han sido sólo cuatro botes —le dije, al tiempo que apartaba un húmedo mechón rubio de su frente. Le di un beso en los labios y ella misma abrió mi boca para besarme mientras se abrazaba a mi cuello y se sentaba de nuevo sobre la mesa.

—Y, ahora, te quiero a ti. —Aferró mi jersey y tiró de él para sacármelo por la cabeza mientras yo desabrochaba mis pantalones y me deshacía de ellos y del resto de mis prendas.

—Y aquí me tienes, cariño. —Se lanzó con desespero sobre mí y comenzó a besar mi cuello, mi pecho y mi boca, acariciando mientras tanto mi espalda. Desesperado ya por follarla, abrí sus piernas y la penetré hasta la empuñadura.

Y entonces se acabaron los suaves y lentos momentos de placer. Comencé a embestirla a un ritmo endiablado, consiguiendo que ella rebotara una y otra vez contra la mesa. Continuaron oyéndose los estrépitos de los golpes de objetos contra el suelo. Cayeron algunos botes más de cristal, que fueron acompañados de algún que otro jarrón o vasija que tenía a medio modelar sobre aquella mesa de trabajo.

—¡Bruno! —chilló ella al observar el estropicio.

Pero nada me importaba; no me importaba nada que no fuera conseguir la plenitud del placer, volver a sentir cómo su carne se estremecía alrededor de mi miembro. Me separé de la mesa, la cogí en vilo por las nalgas y continué embistiéndola con fuerza. Ella ayudaba embistiendo también, lo que consiguió que me desequilibrara un poco y, mientras ambos gritamos de puro gozo por el clímax, acabamos golpeando la estatua de Artemisa, que osciló peligrosamente. Tuvimos que agarrarnos a ella para evitar que cayera, pero lo que conseguimos fue caernos nosotros mientras que la estatua se mantenía en pie. Como otras veces nos había pasado, ambos comenzamos a reír, tirados por el suelo, desnudos y henchidos de placer.

—Dios —rio Rebeca—, tuviste razón cuando me catalogaste como arma de destrucción masiva. Lo tiro todo, incluidos a nosotros...

—Deja de recordar las cosas que te dije aquel día —le dije con una mueca—. Aún no entiendo cómo no me mandaste a la mierda.

—Porque eras Bruno Balencegui —susurró mientras apartaba mi flequillo de mis ojos—, mi primer amor y mi primer beso. Y seguía enamorada de ti,

siempre lo estuve. Soñé contigo tantas veces...

La besé con pasión. No imaginaba las veces que yo también había soñado con ella.

—Tengo un poco de frío —se quejó. Todavía estábamos en el suelo y, la verdad, desnudos, empezamos a tiritar. Fui en busca de una de las batas que utilizaba para no mancharme y se la coloqué. Yo busqué mi jersey y me lo puse, junto a los calzoncillos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté—. ¿Llamo para que nos traigan una pizza?

—Humm, qué bien suena eso —contestó, cerrando los ojos de placer—. ¡La mía de atún!

Reí por su espontaneidad mientras tecleaba en mi móvil y pedía un par de pizzas de las grandes.

El repartidor nos las trajo poco después y nos las comimos sin llegar a sentarnos. Rebeca comía y reía mientras correteaba por el estudio. Sujetaba aquellos pedazos de pizza entre los dedos y les iba dando bocados como si fueran el mayor manjar. A ratos, se quitaba la bata y se colocaba junto a las estatuas para imitarlas y que yo pudiese recordarla como musa para mis próximos modelajes de cuerpo entero.

Y reímos, muchas más veces. Como si nada nos obstaculizara, como si el universo entero fuese nuestro. No quisimos pensar, no quisimos recordar... únicamente, quisimos vivir.

Sin embargo, las horas iban pasando, injustamente en nuestra contra, aunque nos hubiesen concedido un tiempo extra de felicidad. Vi a Rebeca emitir un bostezo mientras le mostraba un pedazo de arcilla y le explicaba cómo modelarla.

—Estás cansada, cariño. Vamos a echarnos un rato. —Omití terminar la frase con «hasta que tengas que marcharte».

Además de todo lo necesario para pintar y modelar, aquel estudio disponía de un baño completo y de un rincón para poder descansar, con una cama, una

mesilla y un armario. Cogí a Rebeca en brazos y la acosté junto a mí.

—Tengo sueño —murmuró, pegada a mi pecho—. Lo siento...

—No pasa nada, duerme —le dije.

Nos acurrucamos y cerramos los ojos, no sin antes haber programado mi móvil para que sonara temprano. Esa misma mañana tendría que acompañarla al aeropuerto para que aquélla sí fuera nuestra última despedida.

Cuando el avión surcó el grisáceo cielo del amanecer, mi corazón se apagó un poco más. Era la segunda vez en mi vida que renunciaba a algo para ser feliz.

Capítulo 18

Bruno: las mentiras de una vida

Frente al espejo de mi antigua habitación, en casa de mis padres, comencé a darle los últimos retoques a mi atuendo de novio, compuesto por un chaqué confeccionado a medida. Ajusté mi corbata blanca de seda bajo el chaleco y abroché los botones de la levita. A continuación, coloqué los gemelos de oro blanco, regalo de Elsa, sobre los puños de la camisa también blanca.

Afortunadamente, nadie me había hecho preguntas sobre mi ausencia de la noche anterior. Todos dieron por hecho que había pasado las horas en alguna comisaría intentando sacar de un apuro a algún cliente importante. Al menos, el ambiente que se respiraba era de total normalidad, pues charlé con mis padres durante un almuerzo ligero en el comedor. Hablamos de los últimos detalles de la ceremonia, de que no se me olvidaran los billetes para la luna de miel, del tiempo de aquel día, que apareció soleado pese a las bajas temperaturas de un 14 de febrero, San Valentín.

Todo parecía correcto, a pesar de mi mente embotada. Aquella noche apenas había podido dormir junto a Rebeca, y, cuando intenté descansar a media mañana, varias llamadas telefónicas me lo impidieron. Cuando les pedí a mis padres que contestaran ellos por mí, fue peor, porque entraron en mi cuarto una docena de veces para asegurarse de si aquellas llamadas eran realmente importantes. En fin, que no había dormido una mierda y me sentía bastante cansado, a pesar de lo cual fui capaz de colocarme toda aquella parafernalia del chaqué.

Unos golpes en la puerta, seguidos de la voz de mi madre, volvieron a ponerme alerta.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, mamá.

—Oh, cariño —dijo al verme—, estás guapísimo. Con este chaqué estás espectacular. ¿No te tira un poco la levita de la sisa? Mira que le digo cuatro cosas al sastre...

—No, mamá, está perfecto.

—Está bien. —Sonrió. Desde que mi boda se había hecho oficial, mi madre había sonreído más que en toda su vida—. Y, ahora, el último detalle. —En el bolsillo de la levita, colocó de forma impecable un pañuelo blanco, a juego con la corbata.

—¿No me vas a prender una flor en el ojal? —bromeé.

—No —contestó con los ojos muy abiertos—, no puedes llevar flor y pañuelo. Además, lo de la flor ya no está de moda. —Pasó su mano un par de veces más por la solapa—. Ajá, ya está, perfecto.

—Gracias, mamá. —Le di un beso en la frente, aunque temí estropear su elaborado peinado. Ya llevaba puesto el largo vestido que luciría como madrina, de color verde esmeralda y mangas de encaje—. ¿Y papá?

—Oh, ya lo he ayudado a vestirse su chaqué. No luce tan atractivo como el novio, pero tampoco me puedo quejar. Luego nos vemos, hijo. Y no te pongas nervioso, que todavía queda tiempo.

Mi madre salió de la habitación y suspiré. Si tengo que ser sincero, no estaba excesivamente inquieto, enfadado o triste. Era algo para lo que me había mentalizado, casarme con Elsa, y, sin otra opción, me limité a estar resignado.

Lancé un exabrupto cuando comenzó a vibrar mi teléfono. Había pensado en apagarlo, pero luego lo desestimé, pues algún invitado, o la propia Elsa, podrían tener algún motivo para ponerse en contacto conmigo.

Miré la pantalla y fruncí el ceño. Era el doctor Sandoval, el director del hospital que se había convertido en cliente prioritario del bufete.

—¿Diga? —contesté.

—Señor Balencegui —me saludó—, espero no pillarlo en mal momento. Sé que hoy es el día de su boda, pero me han comunicado que se casa por la tarde, así que, como he visto que todavía es mediodía, he pensado que tal vez sería un momento idóneo para darle una buena noticia.

—Sí, claro —contesté, algo desconcertado—, no se preocupe; dígame, doctor.

—Pues verá, se trata de los informes de su padre. Los he estado revisando a conciencia, incluso he solicitado la opinión de un colega de máxima reputación.

Tragué saliva. Estaba nervioso pero a la vez expectante. El médico había mencionado algo de una buena noticia y pensé que, por fin, alguien le daba a mi padre una mayor esperanza de vida de la que le habían prometido todo aquel tiempo.

—Déjeme que le informe, en primer lugar —prosiguió—, de mi desconcierto, puesto que, en las pruebas que usted nos envió, no hay indicio alguno de un corazón infartado.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, revisando el electro, la radiografía y el ecocardiograma del corazón, así como los resultados de los análisis, le puedo asegurar que nada indica un infarto, por leve que éste fuera. Sí parece un cuadro de ansiedad y estrés provocado por algún disgusto fuerte o *shock* emocional, pero...

—Perdone, doctor —lo interrumpí—. ¿Y los medicamentos que mi padre toma? Son todos recetados por su cardiólogo.

—Bueno —respondió—, con el paso de los años y el acuse de la edad, he comprobado, con las pruebas posteriores, que su padre padece de arritmia, algo agravada por el colesterol y la tensión alta. Por eso se medica con anticoagulantes, betabloqueantes y vasodilatadores..., pero nada que no entre dentro de la normalidad de un paciente de cierta edad.

Empecé a sudar... Se trataba de un sudor frío que empapó mi camisa de seda y traspasó la piel de mi espalda. Y temblé. Unos temblores que hicieron

que la mano que sujetaba el teléfono tuviese que aferrarlo con fuerza para no dejarlo caer.

—¿Me está usted diciendo —acerté a plantearle— que mi padre puede hacer vida normal? ¿Que pudo hacerla desde la primera vez que lo ingresaron en un hospital? ¿Que nunca ha sufrido un infarto?

—Exacto, señor Balencegui. No entiendo en absoluto que un profesional de la medicina haya podido cometer un fallo tan tremendo. Yo exigiría que les dieran unas buenas explicaciones y...

Ya no pude seguir escuchando. El teléfono acabó tirado encima de la cama, o cayó a la alfombra, ni siquiera lo recuerdo. Mi cerebro trataba de procesar todo aquello, pero, por muchas vueltas que le diera, siempre acababa con la misma resolución: aquello no había sido fallo de ningún médico. Aquello sonaba a mentiras; las mentiras de una vida: la mía.

Salí en tromba de la estancia y empecé a caminar por la casa en busca de mi padre. Lo encontré en el salón, sentado, como siempre, aunque esta vez lo estaba en una silla para no arrugar el chaqué.

—Bruno, muchacho —me llamó—. Todavía no te he visto arreglado. Ven aquí que te eche un vistazo y presuma de hijo.

Me planté delante de él. Agarroté mis puños y apreté los dientes, pero fui capaz de controlar mi furia. Porque, por un diminuto instante, dudé. ¿Y si el doctor Sandoval estaba equivocado? ¿Y si aquellas pruebas eran las de otro paciente y se habían traspapelado con las de mi padre? ¿Y si...?

Lo miré a los ojos durante unos segundos, directamente, sin apartar la vista. Y, entonces, lo supe. Supe que aquello que yo vislumbraba en los ojos de mi progenitor era arrogancia. Nada de culpabilidad o arrepentimiento, sino soberbia y un punto de insolencia.

—No estás enfermo, ¿verdad, papá?

—Sí que lo estoy —afirmó con altivez—. Por el cuadro que presento, podría darme un infarto en cualquier momento, incluso un ictus.

—¿Y hace diez años? —le pregunté—. ¿Hace diez años presentabas el

mismo cuadro?

—No me dejaste otra opción —contestó, por fin—. ¡Querías dedicarte a no sé qué gilipollez! —exclamó, poniéndose en pie con una facilidad que me asqueó—. ¡Y mírate ahora! ¡Eres el mejor abogado del país! ¡Y yo estaba seguro de que lo serías porque lo llevabas en la sangre!

—¿En la sangre? —contesté con desprecio—. ¡¿De verdad crees que ser abogado se lleva en la sangre?! ¡Soy abogado porque me obligaste, joder!

De reojo, detecté la silueta de mi madre en la puerta. Ya estábamos todos.

—¿Cómo te atreves? —intervino ella—. ¿Cómo te atreves a recriminarle algo así a tu padre? ¡Si lo hizo todo por ti!

—¡¿Por mí?! ¡Y una mierda, mamá! ¡Todo este asqueroso montaje no fue más que por vosotros mismos!

—Te aseguro que no —suspiró mi padre—. Fue la única forma que encontramos para que desistieras de tus absurdas ideas de dedicarte a pintar. Es cierto que tuve un ataque de ansiedad muy fuerte, pero luego, en el hospital, con mi doctor...

—Se me ocurrió a mí —reconoció mi madre, con la barbilla levantada—. Vi que era la única solución para que siguieras por el camino correcto. Nos mataba pensar que pudieses acabar como un artista bohemio, de esos que pintan en la calle a cambio de unas cuantas monedas... o lo que es peor: que nuestros amigos se vieran obligados a comprarte cuadros horribles por lástima. ¡Eras nuestro hijo, por el amor de Dios! ¡No nos podías hacer algo así!

—¡¿Os mataba?! —exclamé, fuera de mí—. ¡¿No os podía hacer eso?! —Y entonces alcé varios niveles más el volumen de mi voz—. ¡¿Y yo?! ¡¿Qué pasa conmigo?! ¡¿Sois conscientes del infierno que he pasado todos estos años?! ¡¿De la culpabilidad que he sentido?

—Es el precio que debías pagar, a cambio de ser el mejor.

—¡El mejor, ¿en qué?! —En esos momentos estaba tan desquiciado que lágrimas de furia comenzaron a brotarme y se mezclaron con mi propia saliva,

que salía disparada en cada grito y en cada reproche—. ¡¿En ser un desgraciado y un infeliz?! ¡¿En desperdiciar mi vida?! ¡Joder, voy a casarme con una mujer a la que no amo ni he amado nunca!

—¡Elsa es perfecta! —replicó mi madre—. Tu vida es perfecta, hijo. No la eches por la borda. Tal vez hicimos algo que no estaba bien, pero mírate ahora. Eres la viva imagen del éxito. No hay caso que se te resista y te has labrado un porvenir envidiable. ¿Qué más puedes desear?

—Si Elsa es perfecta, cástate tú con ella —solté con desprecio—. ¿Y dices que hicisteis algo que no estuvo bien? No, para nada —ironicé—. Puedes estar tranquila, mamá. Únicamente destruisteis mis sueños y mis ganas de vivir. No tengo amigos, no tengo inquietudes, no tengo amor. Llevo años tomando antidepresivos. ¿Sabíais eso de vuestro perfecto hijo?

—No, no lo sabía... —Ella tomó el mando de la discusión.

—Pues sí, me he estado hinchando a pastillas todos estos años. La culpabilidad y los remordimientos me producían insomnio. Éste era el causante de mi irritabilidad, y acababa medicándome para contrarrestarla, con lo que todo se convertía en una rueda, sin principio ni final. Pero ¿queréis saber algo más? Dejé esas pastillas hace unos días, el mismo tiempo que hace que volví a reencontrarme con la chica de la que me enamoré en el instituto, pero que tuve que olvidar porque no daba la talla para los Balencegui y que ahora he vuelto a dejar para no causarle un maldito infarto mortal a mi padre. Hemos sido amantes hasta ayer mismo, cuando me vi obligado a dejarla marchar de nuevo. Pero os juro que no voy a volver a renunciar a ella. Ni a ella ni a nada que desee hacer, porque mi vida es mía, no vuestra, y pienso vivirla como me dé la gana.

—Hijo, por Dios —imploró mi madre—, no hagas ninguna tontería...

La ignoré y me puse frente a mi padre.

—Papá —le dije con cuidado, algo que ya llevaba tiempo grabado en mi interior para no alterarlo—, he procurado complacerte y he acabado siendo lo

que deseabas. Creo que he cubierto vuestros deseos con creces. Ahora me toca seguir los míos, ¿no te parece?

—¡No! —gritó mi madre—. ¡No lo hagas, Bruno! ¡Ni se te ocurra anular la boda! Oh, Dios mío, Elsa, los invitados...

Miré a mi padre otra vez. Parecía luchar consigo mismo, con las exclamaciones de mi madre y contra los deseos de su hijo..., pero creo que comprendió que llevaba razón. Me habían robado diez años de mi vida. Tenía derecho a una recompensa.

—Nosotros nos encargaremos de los invitados —intervino él—, pero tú tendrás que hablar con Elsa.

—Por supuesto —contesté. Le di un beso en la frente y me marché pitando de allí, mientras oía a mis espaldas los gritos y los lamentos de mi madre.

—¿Cómo has podido dejar que se vaya?! ¡Eres un desagradecido, Bruno! ¡Después de todo lo que hemos hecho por ti!

Salí de casa y arranqué mi coche para ir en busca de la casa de los padres de Elsa. Por suerte, a aquellas horas de sábado había poco tráfico y pude llegar con rapidez. Cuando accedí a la vivienda y me topé con mis suegros, sus caras de extrañeza no me hicieron frenar ni un centímetro.

—¿Bruno? —preguntó mi suegra, ataviada con un vestido azul y un tocado en el pelo del mismo color.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —Mi suegro vestía un clásico chaqué semejante al de mi padre, con chistera incluida.

—Necesito hablar con Elsa. —Sin esperar respuesta, subí la escalera que llevaba a su habitación.

—¡No puedes ver a la novia todavía! —gritaron los dos.

Hice caso omiso y di unos golpecitos en la puerta de su hija. Ella me dio permiso y entré.

—¿Bruno? —se extrañó—. ¿Qué haces aquí?

Apenas fui consciente un instante de lo guapa que estaba. Se hallaba frente a un espejo de cuerpo entero, vestida de novia, incluido el más mínimo

detalle. Vestía un traje clásico, blanco, con escote en barco, mangas de encaje y un velo de tul tan largo como la extensa cola. El cabello castaño lo llevaba recogido en un severo moño y, sobre la cama, descansaba un ramo de orquídeas blancas.

Daba miedo tocarla.

—Hola, Elsa. Tengo que hablar contigo.

Me sorprendió no ver ningún atisbo de asombro en su rostro. Parecía resignada, como si, de alguna forma, supiese lo que iba a decirle.

—No vamos a casarnos, ¿verdad?

—No, Elsa.

Dejó caer los hombros y miró al suelo al tiempo que se agarraba la cola para poder caminar hasta la ventana.

—¿Te has enamorado de otra?

—Sí, no voy a negártelo, pero no es sólo por eso. He descubierto que mis padres me han estado mintiendo durante demasiado tiempo y se habían apropiado de mi vida. Quiero elegirla yo, Elsa. No quiero que nadie me guíe por un camino que yo no elegí.

—¿Sabes, Bruno? —me contestó, todavía frente a la ventana. El sol del invierno entraba a través de las cortinas y recortaba su figura, convirtiéndola en una estampa impresionante. Juré mentalmente pintarla un día así, tal y como la estaba viendo—. En realidad, lo sabía o, al menos, lo intuía. Son cosas que, la persona que vive a tu lado, acaba descubriendo. Un olor diferente impregnado en tu ropa, reacciones inesperadas por tu parte, un cambio demasiado patente en ti...

—Lo siento, Elsa.

—Sé que lo sientes, porque eres buena persona, Bruno. Pero, si tengo que serte sincera, no es esa infidelidad lo que me molesta, sino lo otro.

—¿A qué te refieres?

—Al olor químico que desprendían tus manos cada vez que volvías a casa de, según tú, algún caso imprevisto. A las pequeñas manchas de pintura que

alguna vez vi en tus zapatos. A la mirada soñadora que desprendías cuando pasábamos por algún museo o exposición. Todo eso fue contra lo que no pude luchar, Bruno. Tus pinceles y tus lienzos siempre fueron más importantes que yo.

—Elsa...

—No te disculpes, por favor, no podría soportar que te disculparas sin sentirlo de verdad. Vete, Bruno. Ya hablaré yo con mis padres.

—¿Vas a hacer eso por mí, después de todo?

—Vete, antes de que me arrepienta.

Titubeé un segundo, pero, después, le di a Elsa un beso en la mejilla y salí de la habitación. Bajé la escalera a toda prisa y me dirigí a la salida para volver a coger mi coche.

—¡Bruno! —gritaron mis suegros—. ¡¿Ocurre algo?! ¡Bruno!

Pero no pensaba pararme ni un segundo. Arranqué el Mercedes y, con el chaqué de la ceremonia todavía puesto, me lancé a la carretera dirección a Barcelona.

Sabía que me esperaban unas cuantas horas de conducción e iba a ser una paliza, pero la adrenalina corría por mis venas y me daba la fuerza necesaria para seguir adelante. Lo malo fue que aquella misma inyección de energía desgastó las pocas fuerzas que me quedaban. No había dormido nada aquella noche, apenas comido al mediodía, y el cansancio comenzó a pasarme factura. Todo ello, combinado con las prisas, la discusión con mis padres y mi propia ansiedad, fue un cóctel muy peligroso que acabó por atragantármeme.

Fue en la provincia de Soria, a la altura de Arcos de Jalón, cuando varios vehículos lentos comenzaron a ponerme nervioso. Menos mal que en nada llegaría al enlace con la autopista. Necesitaba que se quitasen de en medio, no podía tardar tanto en llegar y contárselo todo a Rebeca. Pensé que, con todo el lío, ni siquiera la había llamado por teléfono, pero decidí hacerlo para decirle, al menos, que iba de camino, aunque no le diera más detalles. Fruncí

el ceño cuando comprobé que no se me conectaba el manos libres. ¿Dónde coño estaba el móvil?

Joder, no podía ser que se me hubiese olvidado en casa de mis padres. No recordaba haberlo llevado a casa de mis suegros, por lo que lo más seguro era que se me hubiese caído del bolsillo por el coche. Se habría quedado sin batería y por ese motivo no se conectaba... Sin embargo, no lo encontraba por ninguna parte. Desquiciado y cabreado conmigo mismo porque se me hubiera olvidado el puto teléfono, hice un último intento por buscarlo en los asientos traseros o bajo mis pies... pero está claro que no se pueden hacer tantos malabares dentro de un coche cuando circulas por una autopista a ciento cincuenta por hora. De pronto, un vehículo empezó a frenar, nunca supe por qué. Me dije que no me daba tiempo a detenerme sin darle por detrás, así que tuve que dar un volantazo hacia la derecha.

A la derecha estaba la valla de protección de la carretera, donde reboté y salí disparado por encima, dando vueltas de campana sobre los montículos y arbustos del terreno. Sentí dolor, inquietud, miedo... y, tras una deslumbrante luz blanca, no sentí nada más.

Capítulo 19

Un cambio radical

Menudo sábado de mierda pasé. Mi estado de ánimo iba saltando arriba y abajo como una montaña rusa, desde la tristeza más absoluta, pasando por la rabia más abrasadora y volviendo de nuevo a sentir pena de mí misma y a quejarme del mundo, del karma y de su puñetera madre.

Miraba las horas pasar en el reloj, narrando mentalmente los pasos de cada momento: ahora Bruno estará esperando en la iglesia; ahora estará hablando el cura; ahora se darán el «sí, quiero»; ahora estarán brindando en el restaurante con los invitados...

Opté por colocarme los auriculares y escuchar un poco de música para evadirme, pero, mira por dónde, en vez de ponerme reguetón, que era lo único que podría haberme animado, se coló una canción de Pablo Alborán, *Tu refugio*, cuya letra me recordaba a Bruno... En realidad, todo me recordaba a él. Y vuelta a llorar como una Magdalena.

—Rebeca, cariño. —No me había percatado de la presencia de Laura junto a mi cama, rodeada como estaba de pañuelos de papel mojados, bolsas de gominolas y paquetes de chocolatinas—. No puedes seguir así, tía.

—Estoy bien —le respondí mientras me sonaba los mocos—, no te preocupes.

—Oh, sí, ya lo veo. Ahora mismo te vas a dar una ducha, te vas a vestir y te vas a venir conmigo. Necesito que me acompañes.

—¿A dónde? —dije con desidia—. No me apetece, Laura, de verdad...

—Rebeca... —mi amiga se acostó a mi lado y me abrazó mientras me peinaba el cabello revuelto con sus dedos—, te quiero mucho, eres mi familia,

y no pienso dejar que lo pases mal tú sola, lo mismo que hicisteis vosotros conmigo. ¿Ya no recuerdas las veces que Simón y tú me habéis ayudado a ponerme en pie?

—Por favor, Laura, vete a donde tengas que ir y déjame sola, por favor. Te agradezco tu apoyo, pero únicamente me apetece estar en mi cama todo el fin de semana.

—Lo sé, qué me vas a contar —me confesó—. La mañana siguiente a que me contaras lo de Martín, pensé que sólo quería morirme. Cuando te fuiste a trabajar y oí a Simón meterse en su cuarto con sus juegos, me encerré en el baño y busqué cualquier tipo de medicamento. Encontré unas pastillas para dormir que no sabía ni de quién podían ser y me eché todo el tubo a la boca.

—¡Laura! —grité, mientras me incorporaba sobre la cama—. ¡¿Qué me estás contando?! ¡¿Y por qué me entero ahora de eso?!

—Simón quiso mear justo en aquellos momentos —continuó explicando— y, al comprobar que la puerta no se abría, empezó a llamarme, pero sólo me oyó gimotear. Como en las películas, echó la puerta abajo, entró, me cogió por la cintura y me metió los dedos en la garganta para que vomitara todo lo que había ingerido.

—Oh, Dios mío, Laura... ¿Cómo se te ocurrió hacer una cosa así? ¿Y qué pasaba con nosotros? ¿Pensabas hacernos sufrir tanto?

—Son cosas que uno no piensa mientras está en el ajo —suspiró—. Se me mezclaron los malos recuerdos de mi infancia, tantos golpes y gritos, el cariño no recibido de mis padres, los años perdidos junto a Martín... y acabé haciendo la mayor gilipollez de la historia, lo siento.

—¡Y tanto que puedes sentirlo! —le recriminé—. ¡Jamás vuelvas siquiera a pensar en algo parecido o...!

Ya no pude seguir. La abracé con todas mis fuerzas y lloré en sus brazos mientras le pedía disculpas por no haber pasado esos días más tiempo con ella.

—Lo lamento —lloré—, lo siento mucho. Eres mi amiga, mi hermana, y

debería haberme quedado esos días en casa, pero fue justo cuando se marchó Julia y llegó Bruno y...

—Vale, Rebeca, deja de pedir perdón, que bastante tenías tú con lo tuyo. Además, viniste cada noche a mi cama para velar mi sueño, y por el día tenía a Simón. No me volvió a dejar sola ni un segundo, el muy plasta. —Rio, pero pude contemplar los brillantes ojos de una mujer enamorada que habla con orgullo del hombre al que ama.

—Estoy tan feliz por Simón y por ti...

—Pues, por eso —me dijo de una forma más seria, mientras se apartaba de la cama y me miraba con los brazos en jarras—, tienes que entender el dilema en el que me encuentro ahora mismo.

—¿Dilema?

—Exacto. Hoy, la empresa de Simón organiza una fiesta en la que él va a ser uno de los grandes protagonistas, por su desarrollo del nuevo juego. Tendrá que hablar en público, lo aplaudirán y todas esas cosas. Soy su novia y tengo que estar ahí para apoyarlo y acompañarlo, ¿no te parece?

—Sí, claro...

—Pero no voy a dejar sola a mi amiga mientras se derrumba a llorar en su cama porque el amor de su vida ha decidido casarse con otra. La quiero tanto y la comprendo tanto que puedo convertirme en su paño de lágrimas todos los días que haga falta, porque Simón es un cielo y lo va a entender. O, también, está la opción de que se levante de esa cama y salga un rato para despejarse y yo pueda acompañar a mi novio, que, además, es amigo de las dos. Así, que, o me quedo contigo, o te vienes conmigo, tú decides.

No tuve que meditarlo mucho.

—¡Vale, me voy contigo! —Reí mientras daba un salto en la cama y me metía bajo la ducha.

Mi fracasada vida, junto a mis amigos, era un poco menos mierda.

* * *

El evento tenía lugar en un hotel de la calle Bailén. Laura y yo accedimos a la sala donde se celebraba aquella pequeña fiesta, y no pudimos evitar reírnos un poco de la gente que había por allí. Sí, resulta bastante paradójico, pero fue algo inevitable fijarnos en las pintas de frikis de los ordenadores que tenían algunos.

Por fin, entre el enjambre de gente con copas en las manos, pudimos localizar a Simón, que estaba rodeado de compañeros y compañeras de trabajo. Sobre todo, por una compañera, que no paraba de reírse con él y de agarrarlo del brazo. Miré de reojo a Laura, que se volvía grana por segundos debido a la rabia que iba acumulando.

—Soy una chica muy dulce —gruñó—, pero cuando me tocan los ovarios empiezo a fermentar y me vuelvo amarga como la quina. ¿Qué coño hace ésa? ¿No le parece suficiente el montón de tíos que hay por aquí, que tiene que elegir a Simón?

—Reconócelo, Laura —le contesté, en un intento de disimular la risa—, en el ámbito de casa, Simón nos parece un chico guapo, pero, rodeado de esos compañeros raritos, es todo un adonis, y las chicas se han dado cuenta.

—Me importa un mojón —contestó—, que se busquen a otro. ¡Ah!, y no pienso perderlo de vista.

El acto comenzó y varios cargos de la compañía se dispusieron a dar sus discursos, elogiando el trabajo de los allí presentes. Laura, como bien dijo, no le quitó el ojo de encima a la chica que estaba junto a Simón. Y yo, mientras duraron aquellos aburridos monólogos, me dediqué a beber y beber. Cada vez que pasaba un camarero con una bandeja, cogía una copa llena y dejaba otra vacía... fuera de lo que fuese.

Y, entonces, le tocó el turno a Simón. Lo presentaron como el inventor de aquel título que iba a ser la bomba en el campo de los videojuegos, y Laura y yo nos pusimos a aplaudir y a silbar. Bueno, la de los silbidos fui yo, pues la mezcla de alcoholes varios que seguía ingiriendo ya comenzaba a hacer

estragos en mí. Aun así, me sentí realmente orgullosa de mi amigo. Se lo había currado mucho e, incluso, había sacrificado gran parte de su vida por aquellas máquinas y videojuegos. Era un cerebritito y lo había demostrado desarrollando algo tan exitoso.

Simón dio las gracias, como se suele hacer en estos casos, a la empresa, a sus compañeros y blablablá, y, al final, nos tocó el turno a su entorno personal.

—Y no puedo acabar estos agradecimientos —continuó Simón— sin mencionar a Laura, mi novia, el amor de mi vida, mi mayor apoyo y mi conejillo de Indias, puesto que la tuve jugando horas y horas para cerciorarme de que el juego estaba perfecto.

La gente empezó a reír, pero a mi amiga se le saltaron las lágrimas y le envió un beso desde donde nos encontrábamos. Lo que no me esperaba era que me mencionara también a mí.

—Pero, con tu permiso, Laura —añadió mi amigo—, voy a dedicarle este homenaje a nuestra amiga Rebeca, que está pasando por un mal momento. Mucho ánimo, cariño. —Levantó su copa—. Ya sabes que sigo estando aquí, para lo que necesites, porque os quiero a las dos un montón. Juntos somos invencibles, recordadlo.

Y, entonces, Laura y yo corrimos hacia aquel pequeño estrado y nos abrazamos a Simón. Mi amiga le dio un beso en la boca que casi lo absorbe, y yo en la mejilla, pero ya estaba bastante mareada y me aferré a él como una zarza pegajosa mientras no paraba de decirle lo mucho que lo quería.

La fiesta continuó y Laura decidió que, agarrada de la cintura de Simón, se encontraba un poco más tranquila y más preparada ante el asalto de posibles busconas. Me hizo mucha gracia, porque no recordaba haberla visto nunca celosa por Martín, aunque éste se dedicara a viajar y se pasara días y días por ahí.

Y poco más tengo claro de aquella noche. Únicamente que seguí bebiendo y bebiendo y bebiendo... y di el espectáculo, por supuesto, porque vomité en el baño, en un ficus del vestíbulo, en un rincón del salón, en la bandeja de un

camarero... Pero yo no escarmentaba. Bebía, vomitaba, y seguía bebiendo. Recuerdo ligeramente cuando Laura decidió llevarme al baño y meterme la cabeza bajo el grifo para que espabilara y no acabara con un coma etílico.

—¡Vete a la mierda, Bruno! —grité una y otra vez, según me dijeron—. ¡Eres un mamonazo! ¡Que te jodan! ¡Ojalá te ponga los cuernos la estirada de Elsa!

Todas esas lindezas repetía mientras más borracha estaba, pero, parece ser que, a ratos, tras las vomitonas, me volvía un poco más nostálgica.

—¡Bruno! —seguía gritando y lloriqueando—. ¡No me dejes, Bruno! ¡Te quiero, joder!

Sí, los asistentes a aquella reunión tuvieron circo gratis conmigo.

Después de eso, creo que nos subimos a un taxi y, poco después, todo es oscuridad para mí.

* * *

Lo que no puedo olvidar es el dolor tan terrible de cabeza que tenía al día siguiente. Aquello no era una resaca, era una muerte lenta y dolorosa. Como pude, me levanté de la cama y me fui directa a la cocina a hacerme un café.

—¿Cómo va esa resaca? —me preguntó Laura, que vino en mi busca al oírme trajinar.

—No me hables —gruñí—. Y lo digo literalmente. El sonido de tu voz reverbera en mi cabeza y siento que el cerebro se mueve y choca contra el cráneo.

—Hice todo lo posible por arrancarte las copas de la mano —suspiró—, pero me gritabas e insultabas, y lo mismo hiciste con todo el mundo que intentó ayudarte.

—Dios... —murmuré—, prefiero que no me cuentes nada, por favor, si no quieres que me muera de vergüenza.

—Tienes que reponerte, Rebeca, pasar página y olvidarte de Bruno.

—Lo sé, lo sé, pero deja que lo que queda de fin de semana lo pase enterrada en mi propia miseria y coja fuerzas para ir a trabajar el lunes. Ayer me convenciste para salir, y mira el éxito. Será mejor que hoy me quede en casa viendo la televisión con una manta. Tú puedes marcharte con Simón a cualquier sitio donde se supone que van las parejas de novios, algo que yo apenas he podido hacer porque no éramos novios, sino amantes...

—Vale, Rebeca, vale. —Me habló como a una niña pequeña—. Lo que tú digas, pero voy a volver a hacerte compañía en ese sofá que mencionas, puesto que Simón ha tenido que irse a trabajar. Parece que, mientras sólo era mi amigo, se pasaba la vida en casa jugando a la puta consola —refunfuñó—. Ahora que es mi novio, tiene que salir cada dos por tres porque está más solicitado que nunca.

Me dejé arrastrar por ella hasta el sofá, en espera de que viniera con todas las provisiones posibles, la mayoría cubiertas de chocolate. Justo le daba al mando del televisor cuando sonó el timbre de la puerta.

—Vaya —gruñó Laura—. Quién será ahora, tan inoportuno...

Reconocí enseguida la voz de Selene. Cuando entró en nuestro pequeño salón y empezó a despotricar, supe que cambiaríamos cualquier serie en la tele por escuchar lo que nos tuviese que decir.

—¡Maldita zorra! —gritaba, desencajada—. ¡Putta zorra asquerosa!

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Ángel ya me avisó de que me ocurriría —suspiró mientras se dejaba caer a mi lado y también se tapaba con la manta—, pero nunca creí que se molestara en joder mi mediocre carrera de actriz. ¡Putta tarada!

—Estoy algo aturdida todavía —le dije—, pero, puedo adivinar perfectamente que te refieres a Julia.

—Sí, a esa misma, a tu querida jefa. ¿Sabéis que, ayer mismo, me llamaron para darme un papel en una conocida serie de televisión?

—¡Qué bien! —exclamó Laura—. ¿En cuál? ¿La conocemos?

—En ninguna —bufó Selene—, porque esta misma mañana se han puesto en

contacto conmigo para decirme que me olvide del tema. Parece que han preferido a otra actriz más conocida... ¡cuando ayer me aseguraron que buscaban actrices nuevas como yo!

—Ahí está la mano negra de Julia —murmuré—. Como si lo viera.

—Pero ¿sabéis qué? —nos preguntó, cambiando la cara de mala hostia por otra sonriente—. La señora Castro se acabará comiendo una mierda, porque voy a esperar el tiempo que haga falta y algún día tendré mi papel importante. Tengo una paciencia de santa. ¡Ah!, y para vuestra información, voy a seguir con Ángel.

—¿Os habéis reconciliado? —le preguntamos, expectantes.

—No lo sé —musitó—. Lo quiero, chicas, no puedo evitarlo. Creo que él es tan víctima como yo de esa tipeja y pienso estar a su lado, porque los dos juntos seremos más fuertes. Sin embargo, él no lo tiene tan claro. Cree que, si seguimos juntos, Julia me hará daño, y quiere evitarlo.

—Supongo que habéis hablado —indagué.

—Sí —contestó—. Después de enterarme de que estaba casado de aquella forma tan inesperada, no quería ni oír su voz. Me dejó tantos mensajes en el móvil que explotó la tarjeta de memoria. —Hizo una mueca entre divertida y triste—. Así que, después de estar unos días alejada de él y pensar, decidí que lo mejor sería hacerle una visita a su apartamento y hablar cara a cara.

—Y nos lo vas a contar todo ahora mismo —intervino Laura con una sonrisa maquiavélica—. Porque para eso has venido, ¿verdad?

—Sí —suspiró—, para contaros todo y para aprovechar todas estas chucherías que tenéis acumuladas por aquí. —Desenvolvió tres bombones y se los echó a la boca al mismo tiempo—. Perdona, Rebeca —me dijo con la boca llena—, por beneficiarme de tu desgracia.

—No pasa nada —contesté—, pero termina de masticar y empieza a contar...

* * *

Tras enterarse de la omisión por parte de Ángel en cuanto al tema de su matrimonio, Selene se marchó del restaurante a su casa y se pasó el resto de la noche en vela. No entendía que él no hubiese sido sincero con ella desde el principio, puesto que lo habría entendido... o no. Tal vez él tenía razón y ella no habría querido seguir con la relación, y por eso había decidido silenciar aquella información...

Necesitaba verlo. Necesitaba hablar con él y aclararlo todo, empezando por los sentimientos de cada uno. Por ello, después de un par de días a base de pensar y hablar sola, decidió presentarse en el apartamento de Ángel, del cual tenía su propia llave porque así lo había decidido él... porque pensaba proponerle vivir juntos.

A pesar de todo, Selene no abrió con su llave. Prefirió tocar al timbre de la puerta de aquel ático grande y luminoso, pero nadie abrió. Preocupada, porque tampoco contestaba al móvil, decidió utilizar la llave y entrar.

La recibió una total penumbra y un espeso silencio. Se hubiese dado media vuelta y se hubiera ido si no hubiese sido porque un leve movimiento le llamó la atención. Pulsó el interruptor de una lamparita situada en un rincón y le produjo un sobresalto encontrarse de pronto a Ángel. Éste estaba desparramado sobre un sillón, bebiendo algún tipo de licor directamente de la botella. Llevaba el cabello alborotado, barba de varios días y vestía un traje pero de forma desaliñada, con la camisa abierta, el pantalón desabrochado y los pies descalzos.

—Ángel... —susurró nuestra vecina—, pensaba que no había nadie.

—Pues sigue pensándolo —le dijo, tras dar un nuevo trago—. Ya puedes marcharte por donde has venido.

Ella, por supuesto, no le hizo ni caso y se acercó a él. Arrastró un reposapiés y se sentó frente a él.

—No voy a irme, Ángel. He venido a hablar contigo.

—Creo que ya está todo dicho.

—No; ése es el problema, precisamente. ¿Por qué no me lo contaste? Creo que un matrimonio y una esposa son unos hechos a tener en cuenta.

—No quería sonar a tópico —respondió. No la miraba a la cara, tenía la mirada perdida, únicamente consciente de la botella que sujetaba—. Porque me parecía demasiado manido explicarte que mi matrimonio llevaba tiempo siendo una farsa, que no existía como tal, que estaba muerto... aunque era la verdad.

—Pues haber compartido conmigo esa verdad.

—Preferí no hacerte partícipe y arreglarlo por mi cuenta. Le pediría el divorcio a Julia y luego podría contártelo todo.

—Pero las cosas, a veces, no salen como uno planifica.

—Está claro que no.

—Julia no te concede el divorcio.

—¿Concedérmelo? —Soltó una risa tétrica—. Tenías que haber visto la cara que puso cuando se lo expuse. Se rio en mi cara, como si yo no tuviese ningún derecho a nada que ella no me permitiera.

—Porque nunca le habías pedido algo así, supongo.

—Tengo mucho que agradecerle a Julia, no lo niego. —Se puso en pie y se acercó a la ventana, todavía con la botella en la mano—. Mi infancia fue un infierno en aquel orfanato. Me hice mayor y daba problemas, por lo que no salí de allí hasta la mayoría de edad. Y en la calle... fue peor. Tuve líos de drogas, me detuvieron varias veces... Una trabajadora social me aconsejó que estudiara y me apartara de aquella vida. Le hice caso y me apunté a algunas clases. Descubrí que me gustaba estudiar y me dijeron que era listo, que servía para ello, por lo que decidí compaginar unos cursos con los trabajos mediocres que me iban saliendo. Poco después conocí a Julia en una conferencia en la universidad. Me pareció tan inteligente, guapa y experimentada... Ella fue mi salvación, pero nunca hubo amor de verdad, ni cariño. Entre nosotros sólo hubo atracción sexual y mucha ambición.

—Lo entiendo —intervino Selene, que también se había puesto en pie, a un

par de metros de él—. Le debes mucho a Julia, perfecto, pero da la impresión de que te volviste una posesión para ella.

—Has dado en el clavo.

—Pero tienes que hacerle ver que no puede tratarte así. —La modelo se aproximó a Ángel con cuidado y le arrebató la botella, que dejó sobre la mesa, sin que él protestara—. Las cosas son así. Puedes deberle la vida a una persona y no por ello entregarle la tuya propia.

—Déjalo —suspiró—. Por mucha razón que tengas, yo lo arreglaré con Julia. No te inmiscuyas en una guerra que no es tuya.

—Pues has llegado tarde —bufó—, porque ya estoy metida de lleno.

—¡Me han echado del trabajo! —gritó de pronto, encarándola—. ¿No lo entiendes? Julia ha conseguido que me despidan y que nadie del entorno quiera contratarme. Tiene más poder del que crees, y ahora no tengo nada. Sólo tengo este apartamento, del cual tendré que desprenderme en cuanto no pueda afrontar los gastos porque nadie me dará trabajo ni de conserje.

—¿Y crees que eso me importa?! ¡Te quiero, Ángel! ¡Te querré igual si trabajas de basurero! ¡Y si te quedas sin tu apartamento de diseño, viviremos en el mío! ¡Y si Julia consigue que me echen también, viviremos en una puta tienda de campaña!

—No —negó tajante—, nada de eso va a ocurrir, porque tú saldrás ahora mismo por esa puerta y seguirás con tu vida. No pienso dejar que Julia destroce también tu futuro. Me las arreglaré y, aunque tarde años, volveré a poder ofrecerte lo que te mereces.

—¿Lo que me merezco? ¿Crees que me merezco que cada uno se vaya por su lado y espere a que vuelvas dentro de unos años?

Selene comenzó a desesperar. La tristeza que la embargó al comenzar a hablar con Ángel se transformó en una corrosiva furia.

—¡Me cago en todo ya! —Se acercó a él y lo aferró de los brazos—. ¿Quieres desprenderte de mí?! ¿Es eso?! ¿No me quieres y estás dándole

vueltas a esta mierda para que me largue y te deje en paz?! ¡¿Todo ha sido una puta mentira y no me has amado nunca?!

Aquellas salidas fuera de tono de Selene despertaron a Ángel.

—¡¿Qué coño estás diciendo?! —Se desprendió del agarre de ella con un tirón de sus brazos—. ¡Sólo quiero protegerte!

—¿Protegerme? —replicó con desdén—. Nunca he dicho que buscara un príncipe ni un caballero andante que me protegiera. Te quiero a ti, Ángel, y sólo a ti, y si no me dices ahora mismo que me quieres tú también, entonces sí que cogeré esa puerta y me largaré para no volver en mi puta vida.

La reacción de Ángel fue instantánea. Se lanzó sobre Selene, la cogió por los hombros y la estampó contra la ventana. Después se apoderó de su boca y la besó con ansia, lamiendo y mordiendo su lengua y sus labios, chocando sus dientes. Selene sintió el impacto de la angustia y el ansia de Ángel, los roces de su barba en la suave piel de su rostro, su sabor a brandy, pero no le importó en absoluto. Se esforzó por no llorar cuando el fuego y la pasión del hombre que amaba la desbordaron por completo.

Ángel, por su parte, no llegó a decir una palabra. Como un desesperado hambriento, levantó el vestido de Selene hasta la cintura, arrancó sus bragas de cuajo y la empujó hacia el suelo para tumbarla sobre la alfombra. Sin más preámbulos, se arrodilló frente a ella, se abrió el pantalón, sacó su miembro y la penetró de un golpe. Sin dejar de emitir roncós gruñidos, comenzó a embestirla de forma frenética. Arrancó los botones que sujetaban el corpiño del vestido y aferró los pechos femeninos con sus manos, como si pretendiese sujetarse mientras caía por aquel abismo de desenfreno.

Selene, comprensiva, acogió aquella rabia abriendo de par en par su cuerpo. Recibió los fuertes envites que, aunque bruscos, provocaban en ella el intenso placer que le otorgaba, simplemente, saber que estaba haciendo el amor con Ángel. Alcanzó el orgasmo un instante antes de que él emitiera un gemido ensordecedor y acabara cayendo sobre ella, depositando su cabeza entre sus pechos.

—¿Este polvo salvaje ha sido tu manera de decirme que me quieres? — preguntó ella con un punto de diversión.

Ángel levantó la cabeza y la miró con sus ojos oscuros y profundos, en cuyo interior se podía advertir su dolor.

—Te quiero como nunca he querido a nadie en mi vida. Te amo tanto que estoy pasando un infierno por no poder tenerte.

Una lágrima se deslizó por la sien de Selene y resbaló hasta la alfombra.

—Eso me parecía —contestó, emocionada.

—Pero eso no quita que desee que no te hagan daño. Si sigues conmigo, te destruirá a ti también.

—Pues lo afrontaremos juntos. —Posó la palma de su mano sobre la áspera mejilla masculina—. Una vez dijiste que lo importante es nuestra esencia, no lo que conseguimos obtener. Juntos seremos más fuertes, ya lo verás.

Ángel dejó caer la frente sobre la de ella y suspiró.

—Además, mi vida laboral es un auténtico desastre. —Sonrió ella—. ¿Qué va a poder hacer Julia que mi propio destino no haya hecho ya?

—No quieras saberlo —susurró él.

—Pues estaré esperándola —concluyó Selene—. Y tú estarás conmigo.

* * *

Tras el relato de Selene, Laura y yo concluimos que, como habíamos pensado, había resultado mucho más apasionante que ver cualquier serie en la televisión.

—Qué emocionante... —murmuró Laura, soñadora.

—La madre que parió a Julia —solté yo—. Sabía que disfrutaba jodiendo a la gente, pero esto ya es el colmo.

—Que le den —dijo Selene en medio de un bostezo y acurrucándose bajo la manta—. ¿No ibais a poner una peli? Si no os importa, os haré compañía toda la tarde. Mañana empezaré a buscar trabajo de camarera.

* * *

Aquella misma noche tomé una determinación. Mi vida necesitaba un cambio radical, donde no entraban amores imposibles ni jefas bipolares. Por la mañana me levanté temprano para poder disponer de tiempo y arreglarme debidamente. Aun así, le había cogido el gustillo a vestirme con un punto de elegancia pero con la comodidad de calzarme unas zapatillas deportivas. Ni siquiera me eché esa vez unos zapatos en el bolso. Para lo que tenía pensado hacer, más valía llevar el mínimo peso encima.

Para empezar, no me dio la real gana de pararme a comprar ningún desayuno en el Starbucks. Si Julia quería comerse un *muffin*, que se lo comprara ella misma o aprendiera repostería en YouTube.

Entré en las oficinas de *Mundo Mujer* y me dirigí a mi mesa. Busqué una caja de cartón, la coloqué sobre el escritorio y empecé a meter dentro las cuatro cosas que eran mías porque las había adquirido con mi dinero.

—¿Rebeca? —Sólo un instante después, mi jefa salió de su despacho y abrió de forma desmesurada sus ojos al verme con aquella caja—. ¿Se puede saber qué haces?

—Me voy, Julia —anuncié, con toda la tranquilidad del mundo—. Estoy harta de ti, de este trabajo y de mi vida en general. Necesito un cambio y voy a empezar por cambiar de empleo.

—No digas chorradas y suelta todo eso. Necesito que me redactes un correo para...

—¿No me has oído? —insistí—. Te digo que me largo. Adiós, *bye bye, arrivederci, au revoir*.

Su expresión cambió completamente de la exasperación a la ira. Después, soltó una carcajada cruel y despiadada.

—Dios, Rebeca, qué pena me das. ¿A dónde piensas ir a pedir trabajo? ¿Al McDonald de la esquina?

—Supongo que tienes preparado para mí lo mismo que para tu marido o Selene, ¿verdad? Putearme para que tenga que venir a arrastrarme hasta ti. Pues déjame que te diga, Julia, que me da igual lo que me putees. Cualquier cosa antes que seguir soportándote.

—¿Qué tienes tú que decirme sobre mi marido? ¿Qué coño sabes tú?

—Sólo sé que Selene es mi amiga, y Ángel, el hombre al que ama. Y si decides seguir jodiéndoles la vida, déjame que te diga algo. He sido tu secretaria personal durante dos años, ¡dos años! —Me entraba vértigo sólo con recordarlo—. Y en ese tiempo he tenido que ocuparme de tantas cosas tuyas personales que dudo mucho que te interesara que las fuera pregonando por ahí.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto que sí. Déjalos en paz, Julia; dedícate a vivir más y a joder menos. Bueno, literalmente hablando no, claro. Búscate un maromo que te dé caña y te mejorará el carácter y el cutis.

—Pero ¿tú te estás dando cuenta de lo que dices? —Volvió a reír de forma desalmada—. No eres nada, Rebeca, menos que una mierda pegada en un zapato. ¿Cómo osas...?

—Te lo repito —la interrumpí, después de cerrar la caja que ya había llenado y de cargarla en mis brazos—: déjalos en paz y no tendré que utilizar todas las copias de documentos que tengo en el ordenador de mi casa.

—No te preocupes —dijo, alzando la barbilla—. Sirves para tan poco que ni siquiera voy a tener que mover un dedo para que no te contraten. Nadie va a querer a una inútil, patosa y con tan poco atractivo como tú. Ya puedes ir a pedir trabajo sirviendo hamburguesas. Y puede que no des la talla ni para eso.

—Veo que nos hemos entendido —contesté con una sonrisa.

Con mi caja a cuestas, me dirigí a la redacción y me despedí de mis compañeros.

—Lo sentimos mucho, Rebeca —me dijo Paty.

—¡No lo sentimos para nada! —exclamó Vera—. ¡Ya era hora de que

decidieras plantarle cara a esa amargada! ¿Tienes ya algún trabajo en ciernes?

—No —respondí sonriente—, nada de nada.

—Ea —intervino Pedro—, con dos ovarios, mi niña.

—Ya nos veremos —se despidió Vera en mitad del abrazo que me dio.

—Por supuesto —les dije a todos.

Y, sin más, me alejé de aquella oficina para siempre.

Por cierto, era verdad, me despedí sin tener otro trabajo, pero no podía seguir allí, me resultaba impensable continuar haciéndole favores a Julia. ¿Si me tiré algún farol? Pues no. Era totalmente verídico que guardaba cierta información comprometida de mi jefa. Nunca la obtuve pensando en una situación semejante, pero, después de escuchar la triste historia de mi vecina, se me hizo la luz. Las oportunidades, la mayoría de las veces, están para aprovecharlas.

Después de aquel alarde de valentía que nunca esperé de mí, volví a casa. Antes de nada, me senté frente a mi cómoda y saqué unas tijeras del cajón. Mi pelo me llegaba ya casi a la cintura y me quitaba demasiado tiempo si quería llevarlo en condiciones. Corté por un lado, después por otro, y me dejé mi rubia melena a la altura de los omóplatos. A continuación, busqué el único as que guardaba en la manga: la tarjeta que en su día me ofreciera Diego de la Torre, el único pez gordo que yo sabía alejado de la influencia de Julia. Llamé a su secretaria y me dio cita para el día siguiente. Me iba bien. Tendría tiempo suficiente para solventar algunas cuestiones.

Siguiente paso: comenzar a hacer la maleta. En ello me pillaron Laura y Simón cuando regresaron de sus respectivos trabajos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mi amiga con expresión desolada. Creo que lo intuía y no reaccionó con pánico, como hubiese hecho sólo unas semanas atrás.

—Creo que es hora de que viváis solos —les dije—, y de que le dé un rumbo nuevo a mi vida. Acabo de despedirme de *Mundo Mujer*.

—Pero no tienes que irte, Rebeca —insistió Simón—. Al menos, no ahora

mismo. Espera a que encuentres algo. Estás sin trabajo y...

—Creo que encontraré ese algo que dices —los informé—, pero, posiblemente, sea en Madrid.

—¿En Madrid?! —exclamó Laura—. Pero... ¿qué dices?!

—Tal vez sólo sea durante un tiempo —contesté—, o puede que no, no lo sé. Todo depende de Diego de la Torre.

Di unas cuantas vueltas más por casa buscando todo lo que pudiese hacerme falta. Adquirí por Internet un billete de avión y alojamiento en un hostel. Mis amigos, mientras tanto, seguían a cierta distancia cada paso que daba, sin abandonar en ningún momento aquellas expresiones circunspectas.

—Creo que ya está —les anuncié, pasadas un par de horas—. No os preocupéis por mí, de verdad. Es más, debéis alegraros. Nunca me había sentido tan bien como ahora mismo.

—En realidad, me alegro —musitó Laura, cuyas lágrimas le llegaban ya a la boca—. Me alegro mucho por ti. Si estoy llorando es por mí. —Se abrazó a mi cuello y empezó a gimotear. Me fue imposible no llorar también—. Te quiero mucho —sollozó—. No sé cómo voy a seguir sin ti...

—Tienes a Simón. —Seguí llorando—. Yo también te quiero mucho y se me hará muy duro vivir sin vosotros.

Después, le tocó el turno a él.

—Estás muy guapa con el pelo así —me susurró mientras me abrazaba y me acariciaba el cabello—. Espero que seas feliz, Rebeca; te lo mereces.

—Gracias —gimoteé—. Te quiero, Simón.

—Te quiero, Rebeca.

Decidí irme antes de que me derrumbara encima de los dos. Ya dentro del taxi, rumbo al aeropuerto, con mi equipaje como toda posesión, dejé de llorar.

Había hecho lo que tenía que hacer.

Capítulo 20

Bruno: esperanzas rotas

Abrí los ojos pero mi mente tardó en reaccionar. Me sentía aturdido y desorientado y me costó unos segundos darme cuenta de que aquello que me rodeaba, tan blanco y silencioso, era la habitación de un hospital.

Y entonces recordé. Recordé el pánico, los golpes, el dolor, imágenes del mundo dando vueltas a mi alrededor. En un principio, intuí que estaba vivo, pero volvió a inundarme el miedo cuando noté la rigidez de mi cuerpo. No podía girar la cabeza por el collarín que sujetaba mi cuello, así que, por instinto, intenté mover los dedos de los pies para saber si mis piernas seguían operativas. En efecto, pude moverlos y constatar que, al menos, no había quedado inválido o algo semejante. Luego lo intenté con mis brazos, pero ahí ya hubo algo que me lo impidió. Pensé que sería por la vía del suero, pero, precisamente, sólo pude mover el antebrazo izquierdo, donde se situaba la aguja. Mi respiración se agitó e intenté gritar, pero mi garganta no respondía más que con gruñidos. Supongo que hice algún tipo de ruido, porque percibí la presencia de una persona sentada en una butaca a mi lado y cómo se ponía en pie. Se acercó a la cama y entonces vi que se trataba de Elsa.

—¡Bruno, has despertado! —exclamó sin alzar la voz—. ¿Cómo te encuentras, cariño?

Intenté que comprendiera que la sequedad de mi boca me impedía hablar.

—Espera, cielo, te daré un poco de agua.

Acercó a mis labios un vaso de plástico con agua y dejó que mojara mis labios y diera un pequeño sorbo.

—Ya está, Bruno. Será mejor que esperemos a que el médico nos diga si

puedes ya ingerir líquidos.

—Espera... Elsa —le dije con la voz enronquecida—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días —contestó—. En cuanto nos avisaron, tus padres y yo vinimos corriendo y esperamos en la sala de espera a que nos dijeran que estabas fuera de peligro. Pero les acabé diciendo a tus padres que descansaran en casa, que ya los avisaría de algún cambio. Yo no me he movido de aquí. —Emitió una dulce sonrisa y acarició mi mejilla.

—¿A pesar de todo has estado conmigo? —le pregunté, conmovido—. Te abandoné, te hice quedar en ridículo delante de tantos invitados y tu familia...

—Bueno... —compuso un mohín—, en realidad, no fue necesario. Mis padres y tus padres trataron de idear algo que decir a los invitados; dejaron pasar demasiado tiempo, dándole vueltas al asunto, y, al caer la tarde, nos avisaron de tu accidente. Hicieron creer que ése había sido el motivo de la anulación de la ceremonia. Así que no has quedado fatal. —Rio—. Has resultado ser el pobre novio que tuvo la mala suerte de tener un accidente cuando se dirigía a buscar a unos familiares. Claro que nadie ha aclarado que fuese en Soria.

—Me alegro de no haberte hecho pasar el ridículo de un plantón. —Sonreí como pude—. Lo siento, Elsa. Me comporté contigo como un cabrón, pero debes entender que...

—Chist. —Me colocó un dedo sobre los labios—. Olvida ahora todo eso. Necesitas descansar. Avisaré para comunicarles que has despertado y llamaré a tus padres.

—Espera, Elsa. —Paré su movimiento con esa orden antes de que se alejara de la cama—. Dime, ¿por qué no puedo mover la mano derecha? Sé que mis piernas están bien y noto el collarín, pero...

—Será mejor que te lo explique el médico. —Me dio un beso en la mejilla y salió de la habitación.

Sólo un minuto después, un doctor bastante joven con una perfecta sonrisa

apareció en la estancia, seguido de una enfermera que tenía aspecto, igualmente, de acabar de terminar sus estudios.

—Parece que le tenemos de vuelta, señor Balencegui.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué no puedo mover la mano?

—Va usted directo al grano —me dijo mientras la enfermera comprobaba el suero y empezaba a tomar nota de mis constantes. Me colocó el termómetro y me tomó la tensión—. No debe preocuparse, está fuera de peligro. Sus heridas son relativamente leves para la aparatosidad del accidente y del estado de su coche, que ha quedado para el desguace. Únicamente tiene una leve conmoción cerebral, diversas contusiones y poco más. Lo único que nos dará más trabajo será su mano. Al parecer la utilizó para protegerse y recibió un fuerte impacto.

—Explíquese, doctor —le exigí—. Sé que la tengo totalmente inmovilizada, pero no me está aclarando el alcance del daño.

—Tiene usted rotos varios metacarpianos —me confesó—. Ya hemos llevado a cabo una intervención quirúrgica, pues, dado que se trataba de una fractura desplazada, no había suficiente con inmovilizar con tratamiento ortopédico. Hemos tenido que recurrir a la síntesis de placas y tornillos.

A pesar del aturdimiento, las palabras del médico me mantenían alerta. Necesitaba saber qué iba a pasar, si podría volver a utilizar mi mano derecha con normalidad.

—Quiero que hable claro —le pedí—. Dígame cuánto tiempo voy a necesitar para recuperarme y las posibles secuelas.

—Por supuesto —contestó—, está usted en su derecho de saber. Seguirá inmovilizada unas tres semanas con el yeso y después deberá comenzar la rehabilitación. En cuanto a las posibles secuelas, estamos casi seguros de que no las habrá si sigue nuestras indicaciones y...

—Doctor... —lo interrumpí.

Él suspiró.

—Pérdida de movilidad de la mano, complicación para abrirla y cerrarla, dificultad para manipular objetos, sobre todo pequeños...

—Es suficiente —volví a interrumpirlo.

Cerré los ojos. Aquello debía de ser lo que unos llamarían castigo divino y otros el karma, por abandonar a Elsa unas pocas horas antes de la ceremonia, por recriminarle a mis padres que fingieran un infarto para que mi futuro fuera mejor... Noté romperse algo en mi interior, lo que yo supuse que eran las pocas esperanzas que había saboreado mientras duró la loca idea de irme con Rebeca y comenzar una nueva vida, haciendo lo que más me gustaba hacer, algo que parecía que, de momento, iba a tener que olvidar.

—Pero no se ponga triste —interrumpió el médico mis lúgubres pensamientos—. Tengo entendido que es usted abogado, así que no se preocupe. Podrá reanudar su vida normal sin ningún problema en sólo unos días, porque puede combinar su trabajo con la rehabilitación. Así que levante ese ánimo, hombre.

—¿Puede hacerme un favor, doctor? —le pedí al cirujano, el cual parpadeó al cambiarle de tema tan radicalmente.

—Por supuesto, dígame.

—¿Podría prestarme un teléfono? Necesito hacer una llamada. Bueno —sonreí con esfuerzo—, en realidad, tendrá que hacerla usted.

—Sí... claro —titubeó. Extrajo su móvil del bolsillo y yo le fui enunciando el número que deseaba que marcara. Después, me lo apoyó sobre el collarín para que pudiese escuchar y hablar mientras él se alejaba hacia la ventana. Unos segundos después, descolgaron al otro lado.

—¿Diga?

—Hola, Rebeca —la saludé.

—¿Bruno? ¿Eres tú? ¿Se puede saber para qué me llamas? ¡Debes de estar de luna de miel, por el amor de Dios!

—Yo... sólo quería oír tu voz.

Reconozco que, en un principio, deseé contárselo todo, pedirle que viniera, pasar aquel trance con ella... pero, en cuestión de un segundo, supe que ya no podía seguir comportándome como un egoísta. Si mi mano no acababa de

recuperarse bien y ello me impedía sujetar un lápiz o un pincel, guardaría tanta amargura en mi corazón que acabaría amargando a quien estuviese a mi lado. Ya la había torturado bastante.

—Joder... —refunfuñó ella—. ¿Desde dónde me llamas? ¿Desde la Polinesia o las Seychelles? ¿Y Elsa? ¿Has aprovechado mientras se da un baño en alguna playa paradisíaca para hacerle ver que tienes una llamada de trabajo? ¡Por favor, Bruno, déjame en paz! He borrado tu contacto del móvil, así que hazme el favor y borra tú el mío. ¡No vuelvas a llamarme más! —Y colgó.

—He acabado, doctor —lo avisé, para que me retirara el aparato de la oreja—. Gracias.

—No hay de qué —contestó al tiempo que volvía a meterlo en un bolsillo de su bata blanca—. Y, ahora, descanse. Coja fuerzas para las pruebas que tendremos que hacerle. En cuanto llevemos a cabo el protocolo, como hacer que ingiera líquidos y sólidos, que camine y comprobemos que todo esté bien, podrá marcharse.

—Lo estoy deseando —respondí.

Una frase de esas que dices por inercia, porque, en aquel momento, mi mayor incertidumbre se centraba en saber qué iba a hacer al salir de allí.

Capítulo 21

Sueños cumplidos

Menudo momento más inoportuno fue aquél para recibir una llamada de Bruno. Me encontraba en una de las salitas de espera de Editorial Universal. Ya me había anunciado a la secretaria del presidente y esperaba, algo inquieta, a que me hicieran pasar a su despacho. Y si ya era normal estar de los nervios en aquella situación, la llamada de Bruno fue el remate total.

¿Cómo se le ocurría tamaña estupidez? Llámame durante su viaje de novios, por favor...

—Señorita Rebeca —interrumpió la secretaria mis evasiones mentales—, puede usted pasar. El señor De la Torre la espera.

—Gracias.

Accedí al despacho y cerré tras de mí. Quedé impresionada al observar aquella estancia tan elegante, plagada de maderas nobles, estanterías con libros y mapas antiguos enmarcados y colgados en la pared.

—Muchas gracias por concederme esta cita y atenderme, señor De la Torre —le dije después de estrechar su mano, aunque él no se hubiese levantado de su sillón. Entendí perfectamente que era por el esfuerzo que representaba para él levantarse y volverse a sentar.

—Ha sido todo un placer —me respondió al tiempo que me indicaba una acolchada silla frente a él—, aunque no puedo decir que haya sido una sorpresa. No sabía cuándo sería, pero sí tuve claro que un día me llamaría. Julia Castro puede llegar a ser demasiado... absorbente. Y usted no merece que nadie le absorba ni una pequeñísima parte de su energía.

—No espere que hable mal de ella, señor De la Torre.

—Oh, por supuesto que no, es usted demasiado leal. Pero sí estuve seguro de que acabaría yéndose de *Mundo Mujer*. Por eso le tengo ya preparado un puesto en Universal.

—¿En serio? —exclamé. Intenté que no se me notara mucho la euforia, pero creo que fue misión imposible—. Cuánto se lo agradezco, señor De la Torre, de verdad, no se va a arrepentir. Le prometo que haré lo que sea. Soy muy buena haciendo fotocopias. ¡Y café! —solté antes de dejarlo hablar para que no se arrepintiese—. También tengo práctica en hacer cualquier tipo de café en diversos tipos de cafeteras, con filtro o con cápsulas. O puedo traer desayunos para el personal. En cuanto me aprenda un poco mejor las líneas de autobús y metro de la ciudad, le juro que...

—Señorita Rebeca —interrumpió mi diatriba—, haga el favor de callarse o me entrará dolor de cabeza. No la necesito para ninguna de esas funciones, porque ya tengo a empleados que se encargan de ello. He aceptado entrevistarla porque tengo para usted un puesto de editora.

Tenía que haber oído mal. Era imposible que aquel hombre hubiese dicho lo que me había parecido escuchar.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? Estaba tan entusiasmada hablando que no le he entendido bien.

—Por supuesto que me ha entendido bien —replicó, algo exasperado—. Olvide su anterior trabajo, su anterior jefa y todo lo demás. Le he dicho que, aquí, será editora. Si le parece bien, hemos pensado como línea editorial para usted el género romántico y erótico. Su cometido, como supondrá, será seleccionar originales tras su recepción, estudiar las propuestas de agentes literarios, rastrear redes sociales y plataformas de autopublicación, estar al tanto de los fallos de premios literarios... Todo eso antes de reunirse con cada escritor elegido, claro está.

—Pero... señor De la Torre... ése es mi sueño desde hace tantos años...

—¿Sabía usted que los sueños, a veces, se cumplen?

—Debo de estar soñando todavía —dije, emocionada.

—Siempre y cuando —añadió— conozca bien el género mencionado y sea de su agrado. Si va a pensar que la literatura romántica no tiene el nivel necesario, entonces, puede que deba buscarse otro trabajo.

—¿Bromea, señor De la Torre? —Sólo me faltaba dar un salto y ponerme a bailar en medio del despacho. Nadie imagina lo que tuve que moderarme para no lanzarme sobre aquel anciano y llenarle su apergaminada mejilla de besos—. La literatura romántica es el género que más vende en todo el mundo y que mueve gran cantidad de dinero. Es la única que crece cada año y cada día es mejor, porque las lectoras exigen cada vez más. ¿Cómo voy a negarme a formar parte de ella? Y la conozco bien, no se preocupe. Siempre he leído de todo.

—Me alegro de que opine así. Sólo pongo una condición —añadió mientras apoyaba los codos en la mesa—. Quiero el primer borrador de su novela.

—¿De... mi novela? —planteé, alucinada—. Pero ¿cómo sabe usted que...? —Corté a tiempo la pregunta. La respuesta estaba clarísima: el capullo de Bruno, que no pudo tener la lengua más larga desde el primer momento—. Además, todavía no está revisada ni...

—Sólo quiero echarle un vistazo —me dijo—. Tal vez me equivoque, pero tengo la impresión de que usted ha escrito algo bueno... y no voy a permitir que la publique otra editorial.

—No, no, por supuesto que no. Pero no es una novela romántica al uso. Es más bien narrativa contemporánea, aunque no falte en ella una conmovedora historia de amor.

—Me parece perfecto, pero no se preocupe ahora por nada —dijo antes de pulsar un botón—. A continuación, Lorenzo la acompañará a ver las instalaciones, le explicará las condiciones de trabajo y podrá firmar el contrato de inmediato. Quiero que empiece mañana mismo, aunque sólo sea como adaptación.

—¿Ma... mañana? Claro, claro, sin duda.

Su asistente personal apareció en pocos segundos. Me levanté, le di la mano de nuevo al viejo presidente y me fui hacia la puerta en compañía de Lorenzo.

—Espero no defraudarlo, señor De la Torre —le comenté antes de salir.

—No lo hará —contestó mientras se reclinaba en su sillón y sonreía satisfecho.

* * *

Aquel día fue una vorágine, pero, aun así, nunca me había sentido más feliz. Lorenzo me enseñó cada departamento y me presentó a la mayoría de compañeras y compañeros. En un momento de respiro, cogí el móvil y empecé a mirar pisos de alquiler donde poder establecerme, dado que mi contrato ya estaba firmado y tendría que vivir en Madrid en algún lugar más apropiado que el hostel donde había pasado la noche anterior. Una compañera, Carla, me vio de reojo y me ofreció algo que fue mi salvación.

—Tengo un piso amueblado en alquiler —me comentó—. Hace poco se fueron los anteriores inquilinos y todavía no ha preguntado nadie por él. No es gran cosa, pero, para ti sola, creo que estará bien. Tiene muebles, electrodomésticos y está bastante bien situado, en el barrio del Pilar. Es un noveno y tiene unas impresionantes vistas de Madrid, con un parque justo enfrente. No es La Moraleja, pero tiene buena comunicación y bastantes servicios. Lo acabo de pintar y limpiar. ¿Qué me dices?

—Que quiero verlo hoy mismo.

* * *

Esa misma noche la pasé en mi nueva vivienda. Tal y como me había dicho Carla, no era gran cosa, pero tampoco venía de vivir en Pedralbes, así que

estaba fenomenal. Nada más instalarme, guardar mi ropa y darme una ducha, lo primero que hice fue llamar a Laura.

—¡Ay, mi Rebeca! ¡Cuánto te echo de menos!

—Y yo a vosotros, mi niña. ¿Qué tal lleváis lo de tener el piso para vosotros solos?

—Pues como una mierda. Me da la impresión de que, en cualquier momento, vas a salir de tu habitación o te voy a encontrar en la cocina haciéndote un café.

—He hecho lo posible por no ponerte triste, tía, sígueme la corriente. —
Reí.

—Ya sabes que estoy triste, pero no por ti —suspiró—. Sé que esta separación ha sido imprescindible para poder cumplir tu sueño. Madre mía, editora de Universal... Qué pasada, Rebeca. Si supieras lo orgullosa que estoy de ti...

—Eso de cumplir sueños nos ha costado —le dije, sonriendo—, pero creo que, al final, la mayoría se están realizando, ¿no te parece? Yo encuentro esta maravilla de trabajo, Simón crea un juego que va a ser la pera limonera, además de conseguir enamorar a la chica de sus sueños, y tú, que sigues encantada dando clases, has encontrado a tu príncipe azul.

—Pero el de verdad —declaró entre risas—, no el desteñido. Tienes razón —suspiró—. Los tres hemos peleado mucho contra el mundo, pero creo que, al final, estamos consiguiendo ganarle. Ahora sólo falta que tú encuentres tu propio príncipe azul, porque el que encontraste no llegaba ni a turquesa.

—¿Turquesa? —solté con ironía—. Ése más bien era un príncipe negro, tía, porque no hizo otra cosa que hacérmelo pasar mal. —Reímos las dos—. Además, sabes que yo nunca lo he buscado, Laura. Recuerda aquello que siempre digo: prefiero tipos normales...

—Con más cabeza y menos corona —terminó ella la frase, envuelta en risas.

—Y si no aparece nunca —continué—, pues no pasa nada. De momento, mi

amor y mi dedicación irán destinados a mi trabajo.

—El que puede aparecer cualquier día es Bruno y topártelo en alguna parte —me comentó Laura—. ¿Ya lo has pensado?

—Tengo fe en lo grande que es Madrid y en la cantidad de gente que vive aquí —contesté con diversión—. Sería demasiada casualidad.

Pues claro que lo había pensado. Me iba a vivir a la misma ciudad que él, pero, como le comenté a mi amiga, no nos movíamos en los mismos círculos. Y el detalle de ser abogado de Diego De la Torre no tenía importancia, pues Bruno me contó que siempre se veían en casa del viejo presidente.

Oí, mientras tenían lugar esos pensamientos, los sonidos que delataban el cambio de manos del móvil.

—¿Cómo está mi rubia favorita? —preguntó Simón.

—Estoy bien —reí—, aunque me siento muy extraña sin vosotros. Imagínate si os añoro que hasta echo de menos encontrarte en calzoncillos por el pasillo o toparme contigo al salir de la ducha porque has entrado en el baño y me has visto desnuda «sin querer».

—Y yo voy a echar de menos tus broncas por no limpiar, porque me pase la vida tirado en el sofá o porque me cuele en el baño mientras estás meando.

Me llegaron las risas de mis dos amigos y yo también me puse a reír, aunque aproveché que no pudieran verme para dejar caer una lagrimilla. Habían sido tantos años juntos... Supongo que así se deben sentir los chicos y chicas que han de dejar sus hogares para irse a estudiar o a trabajar a otra ciudad u otro país. Y lo intuyo porque mis amigos eran la única familia que yo tenía. Aunque suene duro, nunca pude querer a mis padres como los quería a ellos. En aquella época, mi madre había vuelto a casa y mi padre la había vuelto a acoger, aunque fue algo más severo con ella. Se sentía viejo y solo, así que le advirtió que, si volvía a irse, ya no se le pasara por la cabeza volver. Mi madre aceptó porque se sentía igual de vieja e igual de sola. Se me ocurrió llamarlos para informarlos de que me iba a Madrid, pero apenas

obtuve alegría de su parte. Y, después, un espeso silencio ocupó la línea, pues ni ellos ni yo teníamos la menor idea de qué decir.

—Cuida de Laura —le dije a Simón, después de secarme aquella lagrimilla.

—Y tú, cuídate a ti misma —me pidió él antes de colgar.

* * *

Qué cierta es aquella frase de Confucio que dice: «Elige el trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida». Debo reconocer que, aquellos días en los que empecé mi curro como editora en Universal, fueron de locos; trabajaba tanto o más de lo que lo hacía en *Mundo Mujer*, pero, al final de la jornada, me sentía como mil veces más satisfecha...

Y eso que, al principio, empecé haciendo un poco de todo. Me dieron algunos manuscritos para corregir, asistí a varias reuniones de otros editores con escritores y me entregaron lectura para llevarme a casa y no parar de leer ni siquiera allí... hasta que llegó el día en que leí la novela de una escritora novel que me envió los primeros capítulos, y me pareció que podría ser un buen fichaje para la editorial. Me satisface decir que, hoy por hoy, esa escritora es de las más leídas en nuestro país y que fui yo quien la descubrí.

Otra frase conocida que también me vino al pelo aquellos días fue la de que el mundo es un pañuelo... o la de que las casualidades existen. Porque sí, llegó el día en que me topé con Bruno en medio de la ciudad.

Yo ya había salido del trabajo y esperaba que pasase el autobús mientras, sentada en la parada, escuchaba música a través de mis auriculares. Me fijé entonces en cómo un taxi paraba junto a la acera y de él emergía Bruno, seguido de la que supuse que era su mujer, Elsa. En realidad, estaba segura de que era ella, porque contemplé un par de retratos suyos el día que estuve con Bruno en su estudio.

Me dolió verlo. ¡Y tanto que me dolió! Sentí una especie de presión en el

pecho que se fue extendiendo y llegó hasta lo más profundo de mi vientre, donde tuve que presionar con ambas manos para intentar paliar aquel dolor.

Pero él, por supuesto, parecía tan tranquilo. Ayudó a salir a su mujercita del coche y se encaminaron por la acera, cogidos del brazo, hasta un exclusivo restaurante.

Al final, mi pena y mi dolor se transformaron en rabia.

«Que te jodan, Bruno —pensé—. Que le jodan a Elsa y a toda vuestra vida perfecta de dinero y categoría. ¡Que os den a los dos!»

Para colmo, las personas parecemos a veces masoquistas, o nos gusta, simplemente, regodearnos en nuestra propia desgracia. Imaginé a Bruno el día de su boda, vestido de forma elegante, tan alto, tan rubio y tan guapo, sonriéndole a su recién estrenada esposa, dándole el «sí, quiero», brindando con ella, bailando el vals y cortando la tarta con una enorme espada. ¡Seguro que habían sido así de tradicionales!

Con lo que odiaba las bodas, después de la de Bruno no quise ni oír hablar de ellas.

Di gracias al autobús por llegar puntual, porque, con la ira todavía quemando mis venas, me subí al vehículo, me senté y continué escuchando música. Sonaba algoailable; ¡genial!, lo mejor para mi ánimo. Subí el volumen, a pesar del aviso del móvil, que me recordaba los posibles daños a mi audición, y me concentré en la canción, *Taki Taki*.

Creo que no lloré, pero no estoy segura...

Capítulo 22

Bruno: demasiado rencor

—Vamos, Bruno, puedes hacerlo un poco mejor.

—¡Te he dicho que no puedo sostener el maldito lápiz!

No había sesión de rehabilitación en la que no acabara enfadándome con Nacho, mi fisioterapeuta. Después de los masajes, las corrientes y los estiramientos con gomas, los primeros días pasaba las sesiones presionando una bola de plastilina. Más tarde, a lo largo de los días y del resto de sesiones, comencé a hacer lo mismo, pero con pelotas pequeñas o bolas, algo que me dejaba la mano con calambres y rigidez.

Por ello nunca entendí que a Nacho se le metiera en la cabeza comenzar tan pronto a ejercitar la motricidad fina, haciéndome presionar pinzas de la ropa o, lo que era peor, sostener un lápiz entre mis dedos.

—¡Claro que puedes, pero no te da la gana!

—¡Maldita sea, Nacho! —Agarré el lápiz y lo lancé a la otra punta de la habitación. Se estrelló contra la pared, rebotó y volvió como un *boomerang*. Por poco no me saco un ojo a mí mismo.

¡Era lo que me hacía falta, acabar tuerto!, lo último para acabar como un puto lisiado.

—¡¿Has visto cómo tienes fuerza suficiente?! —exclamó el fisioterapeuta—. ¡Si puedes agarrarlo para lanzarlo, podrás sujetarlo para escribir!

—¡No lo entiendes! —le grité—. ¡No quiero escribir, quiero dibujar!

—Y lo harás, Bruno —me aseguró, algo más calmado—, pero tienes que creerte que podrás. Todo el problema lo tienes en la cabeza. ¿Has seguido viendo a la psicóloga?

—No —solté—. Esas sesiones de terapia no me servían para una mierda.

—Joder, tío —bufó—. A veces creo que no quieres recuperarte. Si tanto amaras la pintura, le pondrías más empeño. Sin embargo, al más leve dolorcito, te quejas como un niño mimado. ¡¿Por qué no dejas de protestar y le echas un par de huevos?!

—Vete al carajo —le espeté al pobre chaval. Me puse en pie, le pegué una patada a la silla y me largué pitando del centro.

Sí, lo sé, visto ahora en retrospectiva, me veo como a un capullo. También entiendo que Nacho sólo quería provocarme para que reaccionase e hiciese la rehabilitación bien para poder volver a mi vida anterior.

Pero yo no estaba por la labor, lo reconozco, porque no estaba preparado. Estaba pasando una fase en la que sólo quería autoflagelarme y autocompadecerme. Sentía pena de mí mismo, todo me importaba una mierda y la gente menos aún. Si antes del accidente me ayudaba el trabajo, después ya ni eso. Le pasaba los casos más difíciles al resto de abogados del bufete y me limitaba a quedarme en el despacho apretando bolas de goma. Al principio, me servía una copa para matar el rato. Con el paso de las semanas, la dosis fue aumentando y me bebía las botellas de whisky como si fuesen Coca-Cola.

Aquel día, después de enfadarme por enésima vez con mi fisioterapeuta y salir en tromba del centro hasta la calle, comprobé que, como el resto de las veces, Elsa me estaba esperando en su coche. Habíamos quedado en que no me acompañaría en la rehabilitación, que se limitaría a esperarme fuera. No quería que me viese con aquella amargura y aquella impotencia por no poder sostener un maldito bolígrafo.

Me subí al asiento del copiloto y ella arrancó el automóvil. Desde el accidente, no había vuelto a conducir. Les decía a los demás que volvería a hacerlo cuando me comprara un coche nuevo, pero la verdad era que me daba miedo... y no por el accidente en sí, sino porque me imaginaba con mi mano agarrotada, inservible para el volante o el cambio de marchas, y lo iba retrasando.

Por suerte, Elsa fue mi mayor apoyo durante aquellos días..., la última persona que hubiese creído capaz de ayudarme. No volvimos a hablar de la boda ni de nuestra relación. Únicamente éramos amigos y ella no insinuó que quisiera algo más..., al menos, al principio.

—Otra vez vienes alterado, Bruno —me dijo mientras se concentraba en la conducción—. ¿Quieres que vayamos a tomar algo o a dar una vuelta?

—No —respondí secamente—. Llévame a casa, por favor.

—Como prefieras.

Pensé que, como otras veces, se limitaría a dejarme en la puerta, pero, en esa ocasión, bajó del vehículo para acompañarme hasta la vivienda.

Tras la anulación de la boda y mi vuelta del hospital, Elsa decidió sacar sus cosas del piso y marcharse de nuevo a vivir con sus padres. Yo me quedé viviendo en aquel enorme apartamento, que cada día se me hacía más grande y más inhóspito. Mi intención era venderlo e irme a vivir a otro más pequeño, pero tenía que ponerlo en manos de un agente inmobiliario y nunca encontraba el momento.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —me preguntó Elsa, una vez accedimos al salón—. Te veo algo cansado y...

—No —la interrumpí.

Me fui directo al mueble donde descansaba una bandeja con una botella y un juego de vasos de cristal tallado. Tal vez pertenecían a alguno de los regalos de la lista de boda que se me hubiese pasado devolver. Ni lo sabía ni me importaba.

Vertí una generosa cantidad de whisky en un vaso y me lo eché de golpe a la garganta, donde sentí pasar el fuego del licor y deslizarse por todo el esófago. Hice una mueca por la impresión, pero repetí la operación y, entonces, el fuego pareció disminuir. Me serví una tercera copa y comencé a beberlo más despacio, después de habituar al cuerpo con los tragos anteriores.

—¿No estás bebiendo demasiado últimamente? —me planteó Elsa.

—Nada que no pueda controlar. —Me deshice la corbata y me dejé caer en

el sofá.

—Está bien —suspiró ella—. Si no necesitas nada más, me marcharé, pero no sin antes recordarte que deberías visitar a tus padres. Están muy preocupados por ti, y tú no los llamas ni los visitas...

—Que se hubiesen preocupado por mí hace años —contesté con amargura. Terminé de beberme el contenido del vaso y le hice un gesto a Elsa señalando la bandeja—. Acércame la botella, por favor.

Ella me obedeció y pude servirme una nueva copa sin levantarme del sillón.

—Eres injusto con ellos, Bruno. A veces, los padres hacen cosas por sus hijos que los propios hijos no entienden. Deberías perdonarlos y...

—¿Qué haces aquí todavía, Elsa? —la interrumpí—. Ya te he dicho que no necesito nada más. ¿O es que tienes intención de que echemos un polvo? Te recuerdo que tengo la mano atrofiada, pero la polla sigue respondiendo igual.

—Estás borracho, Bruno —replicó de forma despectiva—. Ya me llamarás cuando estés más lúcido. —Se dirigió a la puerta, pero se giró para hablarme un instante antes de irse—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta. Adiós, Bruno.

Puede que estuviera borracho, como me acusó Elsa, aunque creo que más que eso lo que me pasaba era que me había vuelto un amargado y un capullo. Era cierto que ella estaba ahí cada vez que la necesitaba y yo la trataba como a una basura.

De todos modos, ya no quise pensar más. Seguí bebiendo y bebiendo hasta que me quedé dormido en el sofá.

* * *

Un zumbido se introdujo en mi cabeza y no había manera de sacarlo de allí. Seguía y seguía y, tras emitir una maldición, abrí los ojos. El sonido no era otra cosa que mi móvil, que no dejaba de sonar. Lo cogí del suelo, a donde

supuse que habría resbalado desde mi bolsillo, y enarqué las cejas al comprobar la hora que marcaba.

—Joder —refunfuñé antes de descolgar—. Dime, Luis.

—Mierda, Bruno, tienes voz de resaca. ¿Dónde coño te metes? Son las once de la mañana, hostia.

—Yo... —intenté pensar mientras presionaba mis sienes con la mano libre—, tenía una visita médica a primera hora, un control rutinario. Se me olvidó decírtelo.

—Tienes aquí a un cliente muy cabreado, Bruno. Quedaste con él hace un montón de rato y aún no sabe nada de ti.

—Hazte cargo tú —le pedí. Ni siquiera recordaba de quién se trataba.

—¿Yo? —gruñó—. Yo solo no puedo con todos los casos que me estás endosando. Deja de escaquearte y vente para acá. ¡Ya! —Y colgó.

Mareado y con esfuerzo, me levanté del sofá y me di una ducha que pareció despejarme lo suficiente como para poder arrancar. A continuación, pasé la mano por la superficie del espejo y observé mi descuidado mentón, lo que suponía tener que afeitarme. Lo hice, pero gracias a la maquinilla eléctrica, porque no me fiaba para nada de sujetar una cuchilla con mi mano atrofiada.

Por último, me bebí un café negro y amargo y, antes de salir por la puerta, eché una ojeada al salón. Todavía descansaba el vaso en mitad de la alfombra, y la botella sobre la mesita de centro. Dudé un instante. No era tan temprano y podría beberme una copa... pero miré el reloj y constaté que se había hecho demasiado tarde. En medio de un gruñido, cerré la puerta y bajé a la calle en busca de un taxi.

* * *

Tras una larga y tediosa jornada, después de la marcha del resto de los abogados del bufete, seguí sentado un rato más en mi despacho, pero no adelantando trabajo, como hacía antaño, sino bebiendo un trago tras otro.

Saqué del cajón una de las pelotas de goma que aparecían por todas partes. La estuve presionando con la mano durante unos minutos y, a continuación, la solté para agarrar un lápiz. Cogí una hoja en blanco y coloqué la mano encima, todavía sujetando el lápiz. Me pasé así un buen rato, únicamente clavando la punta en la hoja de papel. Al final, la clavé tanto que percibí el «crac» al romperse. El papel quedó agujereado y mi brillante mesa, marcada.

Hice una bola con el papel, lo tiré con furia al suelo y lo mismo hice con el lápiz, que acabó debajo de uno de los sillones de piel del despacho.

—¿Bruno? —oí la voz de Elsa en cuanto abrió la puerta—. Me ha parecido captar un golpe.

—No es nada —gruñí, al tiempo que me levantaba del sillón y me colocaba la americana—. Si has venido a recogerme, será mejor que nos vayamos.

Una vez en el interior del vehículo, fruncí el ceño. Aquél no era el camino hacia mi casa. Reconocí enseguida el lujoso barrio donde vivían mis padres.

—¿A dónde coño me llevas, Elsa? ¡¿Cuántas veces te he dicho que no me apetece venir a ver a mis padres?!—

—Sabía que te enfadarías conmigo —dijo con serenidad mientras estacionaba frente al elegante edificio—, pero he preferido correr el riesgo.

—Esto es una puta encerrona. —Suspiré y, con bastante mala hostia, abrí la portezuela del coche y caminé hasta la entrada. Cuando mi madre abrió la puerta y me miró con aquella cara de reproche, juro que estuve a punto de darme media vuelta.

—Hijo. —Me saludó con un imperceptible beso en la mejilla—. Ya era hora de que te dignaras venir a visitarnos.

—Hola, mamá.

Anduve hasta el salón, siempre acompañado por una muy risueña Elsa, y me encontré con mi padre. A pesar de haberse destapado su mentira, continuaba sentado en su sillón con una manta sobre las piernas. Quizá, lo que sí parecía real, era su rostro más enjuto y envejecido.

—Bruno, hijo, siéntate y cuéntame cómo van las cosas por el bufete.

Elsa, mucho más suelta en aquella casa que yo, se encargó de preparar unos cafés y unos platos con galletas. Creo que nadie las tocó.

Conversamos sobre cuatro trivialidades. Tuve la sensación de que, si yo tenía pocas ganas de hablar, ellos tenían aún menos, aunque, al menos, mi padre tenía la ventaja de poder conversar sobre el trabajo. Mi madre parecía limitarse a soportar mi presencia.

Con todo, como yo temía, acabó surgiendo el tema tabú.

—¿Cuándo vais a fijar una nueva fecha para la boda? —planteó mi madre—. Los invitados no dejan de preguntar por ello al saber que te encuentras mejor, Bruno. Además, hicieron un gasto que esperan poder amortizar. El restaurante sigue esperando la reserva, lo mismo que la iglesia de los Jerónimos, que nos hace un gran favor al darnos prioridad.

—Ya, mamá —contesté en un intento de contener la ira, algo en lo que fracasé estrepitosamente—, pero resulta que a mí me importa una mierda lo que pregunten los invitados, la reserva del restaurante o la puñetera iglesia.

—¡Bruno! —exclamó escandalizada—. ¡Un poco de respeto!

—Pues empezad vosotros respetando mis deseos. De momento, Elsa y yo no vamos a seguir adelante con la boda. Es más, no pienso hablar de boda en mi vida.

—No vamos a obligarte —intervino mi padre—, pero deberías pensarlo, hijo. Corren rumores sobre vosotros que...

—Me importan un carajo los rumores —sentencié.

En medio de aquella discusión, Elsa nos miraba en silencio. Se debatía entre defender la idea de nuestro enlace, y con ello a mis padres, o ponerse de mi lado. Pero, como solía hacer, ya que era una experta, acabó poniendo paz entre nosotros.

—Vamos, Bruno, no te alteres más. Será mejor que nos marchemos y ya habrá días para pensar en todo esto.

—Sí —gruñí mientras me dirigí a la salida—, será mejor que nos vayamos de aquí.

Durante el trayecto en el coche, no nos dijimos una palabra. Ella se limitó a conducir, y yo, a mirar por la ventanilla, aunque no viera nada en realidad entre los destellos de las luces del resto de los vehículos, de las farolas y de los escaparates de los comercios que aún permanecían abiertos. No veía el momento de entrar en mi casa y servirme una copa.

Cuando llegué, eso fue lo que hice en primer lugar. Elsa volvió a acompañarme; según ella, para cerciorarse de que iba a estar bien.

—No puedes seguir así, Bruno, estás lleno de rencor por dentro.

Yo le daba la espalda, bebiendo un trago detrás de otro. Ya no me molestaba ni en echar hielo.

—Deberías saber perdonar y pasar página —susurró al tiempo que se acercaba a mí.

Sentí su mano sobre mi hombro y cómo ejercía la fuerza suficiente como para instarme a darme la vuelta y poder estar cara a cara. A continuación, colocó su fría palma sobre mi mentón y se acercó para posar sus labios en los míos.

Estaba cachondo, o, quizá, únicamente frustrado, no tengo ni idea. El caso es que tomé aquel beso como una invitación, por lo que respondí abriendo su boca para introducir mi lengua y buscar la suya. En cuestión de un segundo, la rabia y el deseo se entremezclaron y encendieron mi cuerpo, que ardía en una especie de espiral de anhelo, de ganas de desahogo, de algo ardiente que no sabría explicar. Le arranqué a Elsa la blusa, aparté el sujetador y me lancé a chupar sus pechos mientras le subía la falda y le bajaba las bragas. Deslicé mis dedos por su sexo para prepararla antes de abrirme el pantalón y sacar mi miembro excitado. Una vez sin barreras, la tumbé sobre el sofá, le abrí las piernas y la penetré. Cuando apoyé mis antebrazos sobre el sofá para poder comenzar a embestir con mis caderas, la miré a la cara. Fue suficiente para saber que algo no cuadraba.

—¿Por qué te estás dejando follar por mí, Elsa? —le pregunté, todavía estático—. ¿Realmente lo deseas o es para complacerme, que es lo único que

haces últimamente?

—Yo sólo quiero que seas feliz —susurró antes de acariciar de nuevo mi mentón.

—¡Maldita sea!

Salí de su cuerpo, me subí el pantalón y deslicé los dedos por entre mi pelo. Después, fui en busca de la copa que había dejado a medias, me terminé su contenido y lo volví a llenar.

—Vete, Elsa. No necesito caridad de nadie, y menos para follar.

Se arregló la ropa, se puso en pie y se dirigió a la salida.

—Yo... te sigo queriendo, Bruno. —Y se marchó.

Hasta entonces, cada vez que me había servido una bebida, lo había hecho con la mano izquierda, algo que intentaba practicar. Pero, en aquel momento, la inercia por la rabia me llevó a coger el vaso con la derecha. Al ver el recipiente en esa mano, noté palpitaciones y gotas de sudor caer por mi frente. Como resultado, los dedos se aflojaron y la copa cayó al suelo en medio de un agudo estrépito de cristales rotos.

Me sentí tan impotente que le di un manotazo a la bandeja, con lo que salieron disparados el resto de los vasos, la botella y la cubitera. El desastre que formé en el suelo del salón consiguió, al menos, que me sintiera un poco mejor.

Capítulo 23

Aprendiendo a ligar

Diego de la Torre me convocó aquel día a una reunión en su despacho para saber cómo me iba. De alguna forma, aquel anciano de ojos chispeantes que apenas podía dar un paso sin su bastón o la ayuda de Lorenzo se convirtió en una figura paternal para mí.

A pesar de pasarse a diario por la editorial, el presidente llegaba a media mañana, se metía en su despacho e iba recibiendo visitas de responsables, editores, jefes de sección o alguna que otra cita importante. A la hora de comer, se marchaba a su casa y no volvía hasta el día siguiente.

Por eso, no convocaba demasiadas reuniones con los empleados, pero recuerdo que, casi cada día, se acercó a mi cubículo a saludarme, preguntarme cómo me iba o si estaba contenta. Y siempre le respondí con una enorme sonrisa, lo prometo, porque me sentía feliz trabajando allí y me alegraba de corazón su presencia.

—Aquí me tiene, señor De la Torre —le dije después de entrar en su despacho.

—No hemos tenido demasiado tiempo para hablar —soltó después de reclinarsse en el sillón y mirarme a los ojos, como solía hacer—, y ya tenía ganas de hacerlo. ¿Cómo estás, Rebeca? ¿Estás contenta?

—Contenta y muy agradecida —contesté.

—No necesito que me des las gracias más veces —replicó, algo irritado—. No aguanto a la gente pelota. Tú dime si te sientes bien, con el trabajo, los compañeros...

—No pretendía ser pelota —respondí con una sonrisa—. Entienda que,

después de dos años en un trabajo donde me programaban como a una máquina, estar aquí es el paraíso para mí. Me encanta el trabajo y los compañeros son muy amables, aunque aún no he tenido tiempo de conocerlos mejor.

—¿Y el cambio de ciudad? —se interesó—. ¿Qué tal en Madrid?

—Echo de menos la playa —sonreí—, pero me estoy adaptando bien.

—Sin embargo, me parece que te pasas la vida del trabajo a casa. Deberías salir un poco más, distraerte, hacer amigos...

—Prefiero aprender todo lo que pueda de momento. Ésta es una gran oportunidad que no voy a desperdiciar. Ya tendré tiempo de conocer gente y salir más.

La verdad era que apenas tenía un minuto de vida para mí, excepto hablar con mis amigos por teléfono. Tenía que leer, tenía que escribir, tenía reuniones cada dos por tres, con escritores o con los responsables de otras secciones. La única tarde que me tomé libre fue para comprar ropa, pues, a pesar de seguir con la costumbre de salir de casa con deportivas puestas y los zapatos en el bolso, no pensaba dejar que mi aspecto volviera a deteriorarse.

—Y es admirable —comentó el presidente—, pero, aun así, te irá bien relacionarte. Entre otras maneras de presentarte gente, voy a invitarte a una fiesta de carácter informal que va a reunir a personas del mundo de las letras y que puede resultarte enriquecedor y... entretenido. Se trata de la presentación del nuevo libro de Enrique J. Sainz, que se va a celebrar en la Librería Odisea, una de las pocas grandes que quedan en la ciudad.

—Gracias, señor De la Torre, pero no es preciso que se moleste...

En aquel justo momento, unos toques en la puerta nos interrumpieron. Era Lorenzo, su asistente personal.

—Perdone, señor —murmuró—, lamento interrumpirlo, pero me pidió que lo avisara en cuanto llegara su abogado y ya lleva un buen rato esperando.

—Oh, es cierto —se lamentó el presidente—. Es un tema importante, Rebeca. Si no tienes nada más que comentar y no te importa...

—Por supuesto que no, señor De la Torre, faltaría más. —Me puse en pie y me acerqué a darle la mano antes de girarme hacia la puerta.

Juraría que el viejo presidente debió de notar el temblor de mis dedos. Justo mencionar Lorenzo a su abogado, mi corazón se disparó y todos mis músculos se volvieron de gelatina, de ahí los temblores que no pude controlar. Sabía que era cuestión de tiempo encontrarme con él cara a cara, lo había ido asumiendo, pero, como se suele decir, del dicho al hecho...

Antes de salir del despacho, inspiré muy hondo para intentar calmarme. Como ya le había dicho a De la Torre, estaba teniendo lugar el sueño de mi vida. Tal vez para mi amiga Laura era muy importante tener a alguien al lado, encontrar a ese príncipe azul con el que todas hemos soñado alguna vez... pero, para mí, no. Al menos, en aquel momento de mi vida, enamorarme quedaba descartado, y más descartado quedaba todavía volver a sufrir por Bruno. Él había elegido su vida. A pesar de todos aquellos motivos y circunstancias que le habían llevado a hacerlo, se había casado, se había olvidado de mí y se había fabricado su existencia perfecta.

Fue como si, de pronto, una nueva luz se hubiese encendido, para esclarecer todo el montón de dudas e inseguridades que marcaban mi existencia. Puede que siguiera siendo tímida y no demasiado sociable, pero «la Rebe», con todo lo que conlleva ese diminutivo, había quedado atrás a fuerza de tropiezos. La experiencia es un grado y no iba a permitir que un tipo, por muy enamorada que hubiese estado de él y aunque fuera el más atractivo del mundo, volviera a hundirme en la miseria. Ni él ni nadie. Adiós, Bruno; adiós, Julia; hola, Rebeca.

Con la barbilla bien alzada, salí de la estancia y accedí a la antesala que custodiaba Lorenzo. Tan tiesa iba que no pude evitar que tuviera lugar otro de aquellos tropiezos que acabo de mencionar. Una cosa es que ganara en seguridad y autoestima, y otra es que me volviera la mujer más segura del planeta. Sí, seguía siendo un poco patosa, no lo voy a negar... y andar con tacones y falda todo el día tampoco es que ayudara mucho.

Cuando quise reaccionar, ya me había topado con un hombre que venía caminando y sujetaba un vaso con café en su mano. Como resultado, la bebida fue a parar toda enterita sobre su impoluta camisa. Maldecí y me insulté mil veces a mí misma. Si quería que Bruno notase que pasaba de él y que mi vida había cambiado, echarle un café por encima no era la mejor forma de hacerlo..., pero aquel hombre no era Bruno.

—¡Oh, mierda! —exclamé al ver el estropicio—. Otra vez no...

Levanté la vista sobre aquel pecho inundado de café y me encontré con un rostro desconocido, además de atractivo y sonriente. Vestía un traje oscuro impecable, llevaba el cabello negro peinado con gomina y su radiante sonrisa hacía juego con sus pícaros ojos marrones.

—Tranquila, guapa —me animó—. Si el precio que debo pagar por conocerte es una camisa y una corbata, lo pagaré encantado.

—Y usted es... —inquirí, algo desconcertada.

—Me llamo Luis Ortiz, y soy el abogado del señor De la Torre. —Sin perder su sonrisa, extendió su mano hacia mí.

—Yo soy Rebeca —le correspondí al saludo. Él atrapó mi mano entre la suya y se la llevó a los labios para besar mis nudillos—, editora de Universal.

—Un placer, Rebeca editora —susurró después.

Puse los ojos en blanco. Aquel tipo tenía pinta de ser bastante engreído y un ligón empedernido.

—Tengo la impresión de que no eres de aquí —continuó con sus intentos baratos de seducción—. ¿Catalana, tal vez?

—Sí, de Barcelona —contesté exasperada—. En cuanto a su ropa...

—Lo sabía —me interrumpió—. Tengo un don innato para reconocer los acentos. Y, por favor, tutéame. Tengo la corazonada de que nos vamos a ver muy a menudo.

—Lo dudo.

—Las barcelonesas podéis parecer duras, pero soléis ser muy... complacientes.

—¿A qué barcelonesas te refieres? ¿A las que conoces en tus noches de juerga por los garitos de Lavapiés?

Lo sé, me puse bastante borde. Aquel chico no tenía ninguna culpa de que yo, hasta entonces, me hubiese topado con algunos cabrones.

—Vamos, rubia —me dijo, acercándose demasiado—, no te pongas así. Juraría que soy yo el que va a tener que lucir una desagradable mancha.

—Claro —suspiré—. Lo siento. Si se acerca después a mi mesa, le daré una tarjeta con mi correo para que pueda enviarme la factura de la tintorería.

—Si llego a saber antes esta técnica tan sencilla para obtener los datos de una chica, hace tiempo que habría hecho lo posible por tropezar y recibir una buena mancha en la ropa.

Qué pesado...

—Puede pasar cuando acabe de su reunión con el presidente, que creo que le está esperando. Yo tengo mucho trabajo. Si me disculpa, señor Ortiz...

Me alejé de allí y fui directa a mi lugar de trabajo. Aquel tipo me había puesto bastante nerviosa, pues, tras la sorpresa de comprobar que el abogado no era Bruno, me encontraba, después de mil años de sequía, con alguien que intentaba ligar conmigo. No me disgustó la idea, porque el chico era guapo, de mirada traviesa y un punto malote, pero apenas recordaba cómo corresponder o cómo proceder. A pesar de tantos cambios, mi personalidad no podía cambiar de un día para otro.

Me senté a mi mesa y continué con mi trabajo, algo que conseguía apartarme del mundo exterior radicalmente. Supongo que llevaría un par de horas concentrada en la lectura de varios correos, porque no me di cuenta de la presencia de Luis hasta que lo tuve encima.

—Hola, rubia.

Se había asomado a mi cubículo y me sonreía abiertamente. La mancha en su camisa de color gris se había secado y había arrugado la tela como un pergamino, detalle que no le restaba ni un ápice de elegancia y atractivo.

—Supongo que viene por lo de su ropa. —Suspiré y le alargué una tarjeta

con mi nombre, mi correo electrónico y mi teléfono—. Aquí tiene. Envieme la factura y le haré llegar el importe del tinte.

Atrapó mi tarjeta, se la llevó al bolsillo de la chaqueta y, de ahí mismo, extrajo una de las tuyas.

—Y aquí tienes mis datos, rubia —me dijo—, pero no para que me abones ninguna factura. Te aseguro que me considero pagado con tu presencia.

Tuve que reconocerle al tipo su insistencia, y, la verdad, a nadie le amarga un dulce. Quise reprenderme a mí misma por haber sido tan desagradable con él, porque, sinceramente, muy pocos hombres habían insistido tanto en intentar ligar conmigo. Además, aquél era guapo e interesante y, aunque yo únicamente quisiera dedicarle la mayor parte del tiempo a mi trabajo, De la Torre llevaba razón cuando me dijo que también necesitaba salir y divertirme. Me sentí de lo más interesante al pensar que yo, Rebeca la mediocre, podría tener sexo eventual o una aventura con un desconocido, lo que había visto hacer a otras chicas más atractivas que yo. De pronto, me salió la vena coqueta, aquella que algunas mujeres utilizan de una manera natural, mientras que otras, como una servidora, hacen torpes intentos en sacarla para que luego, para colmo, el resultado sea imprevisible.

—Así que eres el abogado del presidente...

Intenté lanzarle un pestañeo sensual, pero creo que me salió como el culo, porque casi sentí enredarse las pestañas entre sí.

—¿Se te ha metido algo en el ojo, rubia?

Primer intento: nulo.

Mi experiencia en esas lides era tan pobre que no se me ocurrió otra cosa que responderle que sí, que algo me molestaba en el interior del ojo.

—Veamos —me propuso—, te echaré un vistazo.

El abogado se acuclilló frente a mí, tomó mi rostro entre sus manos y se acercó para poder encontrar mejor aquello invisible que se suponía que había entrado en mi ojo.

—No veo nada —me informó, muy concentrado—. Soplaré un poco a ver

si mejoras.

Lanzó un suave soplido directo a mi lagrimal que me hizo parpadear, pero reconozco que resultó muy agradable sentir la tibieza de su aliento, tener su rostro tan cerca, sentir sus manos en mi piel...

—¿Mejor? —me preguntó con una seductora sonrisa.

Visto de cerca era aún más guapo. Por supuesto, había en el mundo hombres atractivos, Bruno no era el único.

«¡Deja de pensar en Bruno!»

—Sí, gracias. —Lancé una sonrisa que esperé fuera un poquito sensual.

—No hay de qué —contestó mientras se ponía de nuevo en pie—. Aunque, visto lo visto, vas a tener que acabar pagándome de alguna forma. Ya son dos los favores que te hago.

—¿Y cómo, si puede saberse?

No había escarmentado con lo del pestañeo, por lo que, en un nuevo intento de coqueteo, crucé las piernas lentamente y me incliné hacia atrás para apoyarme en el respaldo de mi silla y así darle un toque mundano a mi pregunta. Por desgracia, estaba más retirado de lo que supuse, así que, para evitar caerme de espaldas, me agarré con fuerza a la mesa mientras mis piernas se levantaban hacia arriba. En el proceso, arrasé de una patada con un recipiente lleno de clips, que acabaron desparramados sobre mi mesa y el suelo, al tiempo que el abogado corría a sujetarme a la altura de las rodillas por el susto que le di.

Segundo intento: desastroso.

—¿Te he puesto nerviosa, rubia? —susurró. Sus manos seguían en mis piernas y su boca exhalaba su aliento a sólo unos centímetros de la mía.

—Yo... —balbucí—, creí que...

—Puedo ayudarte a recoger los clips —se ofreció—, pero ya serán tres los favores que deberás pagar.

—Tranquilo —susurré—, los recogeré yo misma.

Continuábamos en la misma postura, yo sentada en mi silla y él arrodillado

frente a mí, aunque sus manos se habían deslizado por mis muslos y habían aterrizado en mi cintura, donde sentía sus dedos, calientes, a través de la fina tela de la blusa.

—¿Lo haces para disminuir tu deuda?

Me lanzó otra sonrisa, más intensa que las anteriores, más erótica. Se apartó de mí y recogió los clips que habían caído al suelo. Después, los echó en el recipiente que yo había tirado.

—Te dejo a ti los que han caído sobre la mesa —añadió, divertido—, para que no te asustes por deberme un favor más.

Soy tan transparente que seguro que se dio cuenta de lo embobada que me había dejado, de ahí su sonrisa engreída y su pose de tipo experimentado.

—Te llamaré, rubia —soltó como despedida.

Me entró pánico. Yo no era nada interesante y seguro que se olvidaría de mí en cuanto saliera por la puerta.

Lo sé, os he hablado de la nueva Rebeca de aquellos días, pero recuperar seguridad y autoestima requiere tiempo. Tenía que ser poco a poco.

—¿Tienes libre mañana por la tarde?

Si sonó a mujer desesperada, nunca lo sabré.

El atractivo abogado clavó sus pies en el suelo y giró después su ancho cuerpo para poder dedicarme otra de sus sonrisas depredadoras.

—Te recogeré aquí mismo —anunció—. A las siete. —Y se marchó.

En cero coma un segundos tenía pegada a mí a Carla, la compañera que ocupaba su puesto cerca del mío y con la que, desde que me alquilara el piso, mantenía una relación algo más estrecha. Estaba casada, sin hijos, tenía treinta y cinco años y era muy abierta y divertida.

—¿Acabas de quedar con Luis Ortiz, el tipo que más fama tiene de utilizar a las mujeres?

—Ha sido una gilipollez, ¿verdad? —musité, algo chafada—. Entiendo que un hombre así no suele salir con mujeres como yo.

—¡No me refería a eso! —exclamó—. ¡Te lo digo por el gustazo que le vas

a dar a tu cuerpo, tía! ¿Y a qué te refieres con lo de mujeres como tú? ¡Eres un bombonazo, guapa!

—Me refería a mi falta de experiencia —reconocí con una mueca. Obvié hablarle de mis complejos, como mis anchas caderas o mis grandes tetas.

—¿Y cómo crees tú que se adquiere? —preguntó, risueña—. ¡Pues follando con tíos como ése!

Reí con ganas por las palabras de Carla mientras bajaba la vista hacia la tarjeta que Luis había dejado sobre mi mesa. Sentí un hondo pesar cuando leí, debajo de su nombre, «Bufete Balencegui e hijo». Aquel hombre trabajaba en el mismo lugar que Bruno, se verían cada día, hablarían...

—Además —prosiguió Carla al observar la dirección de mi mirada—, trabaja en el mejor bufete del país. Has de ser muy bueno para estar ahí.

—Tengo entendido que antes era el dueño el abogado del presidente —indagué, aunque simulando estar desinteresada.

—Sí, pero nunca se dignó aparecer por aquí. Ya sabes, es el dueño de su propio negocio, así que imagino que envía a otros a currar y a dar la cara. Aunque no tengo ni idea del motivo del cambio.

—He oído que es el mejor...

Y dale con insistir en hablar de él.

—Tú olvida al dueño y céntrate en Luis. Un buen empotrador es lo que te hace falta, Rebeca, que te pasas la vida trabajando.

Sonreí al verla marchar. Tenía razón, pero, mientras más miraba aquella tarjeta, más desasosiego me entraba.

* * *

Aquella misma tarde decidí adelantar en casa todas las lecturas que tenía pendientes. Sabía que, al día siguiente, no podría dedicarme a ello si había quedado con el abogado macizo. Por eso, al oír el timbre de la puerta, primero maldecí, y, después, fruncí el ceño al pensar en la remota posibilidad de que

fuera alguien conocido. No conocía a ningún vecino más allá de un par de saludos, por lo que me extrañaba que fuese alguno de ellos. La probabilidad más plausible era que fuese Carla, la única que tenía constancia de mi dirección. Eso y que la insistencia del timbre empezaba a sacarme de quicio, hizo que me levantara de mi mesa de trabajo y fuera a abrir, no sin antes echar un vistazo por la mirilla.

Cuando vi la persona que me saludaba al otro lado de la puerta, casi lloro de felicidad.

—¿Piensas abrirnos o qué?! —exclamó—. ¡Nos van a dar las uvas!

Abrí como una exhalación y me lancé a los brazos de Selene. Encontrarme con alguien conocido, y de forma tan inesperada, resultó de lo más reconfortante; se trató de uno de aquellos abrazos que curan y hasta te reinician. Pensé que no había llegado a soltar ninguna lágrima, pero me equivoqué. Me puse a llorar mientras mi amiga intentaba desprenderse de mí.

—Será mejor que no le hable de esta reacción a Laura o Simón —me confesó con una mueca—. No quiero preocuparlos.

—Estoy bien —afirmé mientras sacaba de mi bolsillo un pañuelo de papel para limpiarme los ojos y la nariz—. Es sólo que... no te esperaba.

Miré por encima de su hombro. Con tanta emoción, no había sido consciente de la persona que la acompañaba.

—Ángel, perdona —me disculpé—. Me he puesto tan llorona que ni te he visto.

—Hola, Rebeca. —Se acercó a mí y me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

Volví a quedarme algo desconcertada por aquel saludo tan cariñoso. La última vez que había visto a Ángel no resultó, precisamente, un encuentro afortunado. Fue la ocasión en la que lo desenmascaré delante de Selene y no pareció gustarle mi intromisión... aunque menos me gustó a mí saber que el novio de mi amiga era el marido de mi jefa.

¡Madre mía, qué culebrón!

—Pasad, por favor —les pedí, guiándolos hasta el pequeño salón—. Perdonad el desorden, pero esto, más que un apartamento para vivir, es una extensión de mi despacho.

—Tranquila. —Selene sonrió—. Teníamos ganas de verte a ti, no de criticar tu piso, que, por otro lado, está de maravilla. Siempre que he vivido sola he tenido bastante más mierda a mi alrededor. En comparación con mis anteriores apartamentos, éste es para foto de catálogo.

Aun así, me puse a recoger algunos papeles y carpetas que tenía desparramados por todas partes.

—Sentaos donde pilléis —les dije—. Y, mientras hago un café, explicadme a qué se debe esta inesperada visita.

—Deja, no prepares nada. —Selene me agarró de un brazo y evitó que me fuera a la cocina—. Hemos venido a darte las gracias, Rebeca. Mayormente, ha sido idea de Ángel. —Desvió la vista hacia su novio y reflejó tanto amor en ella que me pareció oír violines de fondo.

—Pero... ¿por qué? —le pregunté a él.

—Vamos, Rebeca, no seas tan humilde. No sé qué diantres le dijiste a Julia, pero sabemos que, desde que dejaste la revista, su comportamiento ha cambiado radicalmente. Para empezar, he recuperado mi trabajo.

—Oh, Ángel, ¡eso es genial! —exclamé.

—No es sólo genial, Rebeca. Al recuperar mi empleo, recuperé mi vida, porque, a pesar de estar recomendado por Julia, tuve que ganarme el respeto de mis compañeros y clientes a base de esfuerzo. Por eso es tan importante para mí.

—Yo... no sé qué decir —titubeé.

—No tienes que decir nada —intervino Selene—. Simplemente, dejar que te lo agradezcamos diciéndote que tu jefa le acaba de conceder el divorcio a Ángel.

—¿Os vais a casar? —pregunté, emocionada.

—¡No! —rio ella—. No tenemos previsto casarnos. Tenemos bastante con

vivir juntos. Se trataba de cortar el único vínculo con su ex.

—Me alegro tanto por vosotros... —declaré, cada vez más conmovida—. ¿Y tú, Selene? —le pregunté—. ¿Has encontrado trabajo como actriz?

—Pues no —contestó, arrugando la nariz—. Ya os dije que la cabrona de Julia perdía el tiempo intentando sabotear algo que ya era un desastre. Trabajo de relaciones públicas en la sección de perfumería de unos grandes almacenes. —Emitió una nueva mueca, aún más graciosa—. O sea, asaltando a las pobres clientas, vaporizándolas a traición con un bote de perfume, a la vez que les digo: «Déjese seducir por el aroma de Eau d'amour». Todavía me extraña que alguna pobre mujer no me haya tirado un bote a la cabeza.

—Bueno... —solté, algo contrariada—, está muy bien...

—No me mires con esa expresión horrorizada —rio mi amiga—. Ese trabajo me va bien porque únicamente es en fechas puntuales, lo que me deja tiempo para seguir presentándome a *castings* y hacer un par de anuncios de leche desnatada y yogures. ¡Te avisaré en cuanto se estrenen en la tele!

La vi feliz, a la par que realista.

—Además —continuó—, no me da la gana que Ángel sea el único que aporte dinero. Le dejé claro que no buscaba un tío que me mantuviera mientras yo me pasaba la vida oyendo cómo me rechazaban...

—¡Bien dicho! —solté entre risas—. ¡Algunas princesas no buscamos príncipe azul!

—¡Exacto! —Se rio—. Y, si me sobra tiempo algún día entre trabajo y trabajo, siempre puedo acompañar a Ángel a alguno de sus exóticos destinos.

—Os lo merecéis —afirmé—. Ya estaba bien de aguantar tanto rencor por parte de Julia.

—Sé que tuviste que arriesgarte mucho para enfrentarte a ella —sentenció Ángel—. Para empezar, te quedaste sin empleo.

—Sólo fue una excusa —le aclaré—, una forma de obligarme a no quedar estancada en aquel lugar. Tendría que haberme marchado hace mucho tiempo, pero nunca encontraba el momento.

—No le quites importancia, Rebeca —insistió—. Nos ayudaste muchísimo y estaremos en deuda contigo el resto de nuestras vidas. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, ya sabes.

—De momento —contesté, sonriente, intentando no emocionarme con tanto agradecimiento—, necesito que os sentéis mientras os preparo un café, aunque para acompañar sólo tengo unas galletas que lo mismo se han puesto blandas.

—No vas a preparar nada —negó Ángel—, porque nos vamos a ir los tres por ahí a cenar a un buen restaurante y, después, a tomar un combinado en algún garito de Chueca para brindar por Julia y por el divorcio que me ha concedido.

—Pero seguro que querréis estar solos...

—Cállate —me interrumpió Selene mientras me agarraba del brazo—, y cámbiate ahora mismo. Ponte unos taconazos y el vestido más sexy que tengas, porque esta noche vas a deslumbrar.

Capítulo 24

¡Lo mío es de psiquiatra!

Aquella noche sólo dormí cuatro horas, pero me lo pasé en grande con mi pareja de amigos. Comimos, reímos, bebimos, bailamos... Estuvimos en un local de salsa y acabé descalzándome para no acabar con los pies deformados de por vida. Incluso me fue fácil encontrar pareja de baile. Temí que, al estar cerca de Selene, los hombres compararan y no me hicieran ni caso, pero parece que también tengo mi punto.

Os lo dije: la autoestima irá volviendo poco a poco.

Al día siguiente, en el trabajo, la alegría de la noche anterior me dio la energía suficiente como para contrarrestar el cansancio. Y, para qué negarlo, todavía tenía pendiente la cita con Luis, el abogado del bufete de Bruno.

Voy a aprovechar este momento para sincerarme un poco. Puede, sólo puede, que mi empeño en salir con Luis se debiera, sobre todo, a saber que trabajaba con Bruno... como si obtuviese placer con esa especie de plan maquiavélico para salir con alguien que formara parte de su vida.

Lo mío era de psiquiatra, lo sé, pero a veces las personas necesitamos también esos extraños placeres humanos, sentir la satisfacción de una absurda venganza, intentar imaginar lo que pueda estar pensando el destinatario de esa revancha.

(Podría haber dicho que pretendía joder a Bruno de alguna manera y hubiese resultado más fácil de entender, pero me apetecía un poco de sutileza.)

A las siete en punto, tal como me había dicho, Luis me envió un whatsapp para hacerme saber que me esperaba en la puerta, dentro de su coche, porque en aquella calle no dejaban parar más de un par de minutos sin multarte. Yo ya

llevaba esperando desde antes de las siete, sentada en mi silla, después de haberme retocado el maquillaje, el pelo y el perfume, así que no tuve más que contestarle un «ok» y salir pitando.

Al abandonar el majestuoso edificio de la editorial, lo vi esperándome, apoyado en su Audi de un brillante color azul, mientras sostenía la puerta del acompañante para hacerme entrar.

—Muchas gracias —le dije de la forma más coqueta que pude. Obvié los pestañeos y las poses estudiadas, no fuera a liarla otra vez.

—Un placer, Rebeca editora —contestó en un tono entre galante y sensual.

Él ocupó el asiento del conductor y arrancó el vehículo para acceder a la concurrida avenida madrileña.

—¿A dónde me lleva, señor letrado?

—Pues, como estoy casi seguro de que aún no te ha dado tiempo, con tanto trabajo, a ver nada de la capital, te invito a un pequeño *tour* desde el coche antes de llegar al restaurante donde he hecho la reserva.

—¿Y cómo sabes que tengo tanto trabajo? —le pregunté, continuando con el tono divertido de la conversación—. Tal vez me haya recorrido Madrid de punta a punta.

—Te dije que tenía un don para reconocer los acentos, ¿verdad? Pues también lo tengo para contemplar a una mujer que está en pleno proceso de adaptación en su nueva ciudad y su nuevo curro. Seguro que no has tenido tiempo ni de pasear por el Retiro.

—Vale —reí—, reconozco tus dones.

—Gracias. —Rio también—. Y si tienes libre cualquier día, me lo haces saber y haremos una ruta turística.

—Me encantaría.

—Perfecto —contestó visiblemente satisfecho—. Y ahora pasaremos por...

El incesante zumbido de su teléfono móvil le hizo interrumpir la conversación.

—Perdona —se disculpó al ver el número en la pantalla—, es del trabajo.

Si no te importa, pondré el manos libres.

—Claro —respondí—. Seguiré mirando el paisaje madrileño.

—Dime, Bruno —respondió al descolgar.

Escuchar ese nombre y saber que iba a oír su voz de un momento a otro fue como recibir un pinchazo en mitad del pecho. Tuve que hacer un gran esfuerzo para aparentar normalidad y seguir mirando por la ventanilla.

—Luis, joder —se oyó al interlocutor—, no encuentro el expediente del caso Tavessa. ¿Dónde coño lo has metido? Te pedí que lo dejaras encima de mi mesa antes de marcharte.

El pinchazo del que hablaba en mitad del pecho resultó ser con un hierro candente que me atravesó de lado a lado en cuanto oí aquella voz tan amada, tan mía, tan frecuente en mis sueños.

—Mierda, Bruno, se me ha olvidado. Lo tengo guardado en mi archivador y llevo la llave encima. ¿Lo necesitas hoy mismo? Puedo pasarme luego, más tarde, y llevártelo a casa...

—No lo necesito hoy, Luis, lo necesito ahora. Así que, aunque por el sonido sé que me hablas desde tu Audi y eso signifique que vas acompañado, ya puedes despedirte de tu ligue en cuestión y venir para acá para darme ese expediente.

—Está bien —contestó—. Me acercaré un momento.

Cuando colgó, me miró con cara de circunstancias.

—No te importa que pasemos por el bufete, ¿verdad? Puedes quedarte en el coche, mientras tanto. Sólo será un minuto.

—¿Bromeas? —exclamé—. ¡Me alucina la idea de ver ese famoso bufete! ¿No podría entrar contigo?

Podéis pensar que me dio un ataque de locura, y sería lo normal, porque es lo que tuvo que pasarme para que la idea de presentarme en el bufete y ver a Bruno me pareciera tan genial.

—Claro que puedes acompañarme —aceptó con la satisfacción del tío que va a presumir delante de un ligue—. Te mostraré mi despacho y te presentaré a

mi jefe.

—¿No es un poco borde?

—Es buen tío, no te preocupes. Estaba agobiado, nada más.

Temblé como un flan durante lo que duró el trayecto en ascensor hasta acceder al famoso bufete. Sentía perfectamente cómo me temblaban las piernas y el corazón me iba a mil por hora. Creo que todos aquellos síntomas, junto con los nervios, casi consiguieron que me marease, porque hasta la vista me pareció tenerla más borrosa.

De todos modos, cuando accedimos a la firma de abogados, cambié ligeramente los nervios por la curiosidad. Tal y como ya había leído por ahí, aquellas oficinas ofrecían la elegancia y seriedad que prometían. La mayoría de los muebles eran oscuros, las paredes estaban forradas de madera y adornadas con diversos cuadros que parecían originales. El suelo estaba enmoquetado, y los grandes ventanales, cubiertos por estores blancos.

—Éste es mi despacho —interrumpió Luis mi *tour* visual por los pasillos y diversas estancias—. Si me disculpas, cogeré ese dichoso expediente.

Entramos y lo esperé mientras extraía una llave de su bolsillo y abría un armario para coger una carpeta de su interior.

—Y ahora —propuso mientras volvía a cerrar—, vayamos a darle esto al pesado de mi jefe.

Si mi admiración por el lugar había aplacado mis nervios, éstos aparecieron de nuevo cuando nos plantamos frente a una puerta de madera oscura, manija dorada y un letrero del mismo metal con el nombre de Bruno. Luis dio un par de toques y abrió la puerta.

Inspiré y espiré varias veces. Tenía que ocultar aquel estado de ansiedad que me embargaba o la cagaría bien.

—Aquí tienes, joder —oí decir a Luis—, tu maldito expediente.

—Si pensaras más con la cabeza de vez en cuando y no con otra cosa, no te pasarían estas cosas.

Era Bruno el que hablaba... y estaba al otro lado de la puerta, que, aunque

permanecía abierta, yo no me atreví a traspasar hasta que no me invitó a hacerlo Luis.

—Deja de refunfuñar y te presentaré a una admiradora de tu bufete. La conocí ayer en el despacho del viejo De la Torre.

—¿Ayer? —bromeó Bruno—. Cada vez te tomas más tiempo.

—Pasa, Rebeca —me dijo, asomado a la puerta.

Yo le obedecí y entré. Temí por un momento que los golpes de mis latidos rebotaran en mis costillas y se oyeran como un tambor en aquella enorme estancia.

—Rebeca es editora en Universal —me presentó—. Y él es Bruno Balencegui, dueño de todo lo que estás viendo.

No sabría definir muy bien cuáles fueron mis sentimientos en aquel instante. Tantos nervios, tantas ansias de venganza, tantas ganas de tenerlo frente a mí y que me viera con otro hombre... Fue demasiado. Únicamente me dio tiempo a pensar que ahí estaba él, Bruno, el amor de mi adolescencia y de parte de mi edad adulta, a punto de convertirse en el amor platónico del resto de mi vida, porque, a causa de los remordimientos que sentía desde que le provocara un infarto a su padre, había decidido casarse y apartarse de mi lado.

Parece el guion de una novela sentimental, de esas que acaban mal...

Estaba de pie, apoyado en el filo de su mesa, con aquel informe en sus manos mientras le echaba un vistazo. Me fijé en su pelo, ligeramente despeinado y algo más largo de lo que recordaba. Llevaba un clásico pantalón gris, corbata a rayas y una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos. Levantó el rostro al presentir mi presencia y, de pronto, cambió la sonrisa que le había provocado su empleado por un semblante que parecía tallado en piedra, duro, inexpresivo, distante.

Tuve miedo, durante un sólo segundo, de que él dijera algo que pudiese delatar que nos conocíamos, pero yo no podía permitir que Luis me creyera una loca o que había salido con él por acercarme a su jefe casado.

Sí, lo sé, hubiese llevado razón, pero ésa no es la cuestión.

Antes de que Bruno hiciese cualquier movimiento o comentario alguno, me acerqué a él y le ofrecí mi mano.

—Señor Balencegui, un placer conocerlo. He oído hablar mucho de usted y de su bufete.

Tardó varios segundos en reaccionar, pero, por fin, me devolvió el saludo estrechando su mano con la mía.

—Encantado, Rebeca.

Me imaginé una de esas escenas de película, donde una pareja estrecha sus manos y se quedan mirando un largo instante mientras siguen unidos y ajenos a lo que los rodea. Sin embargo, en mi caso, no ocurrió así. La mano de Bruno estaba fría y rígida, y no se mantuvo más de un segundo pegada a la mía. Noté su incomodidad y su impaciencia por distanciarse de mí. Incluso apartó la vista para no tener que soportar mi presencia.

¡Y yo muerta de miedo por verlo y admitir que seguiría siempre en mi corazón!, ¡que nunca podría olvidarlo!, ¡que jamás amaría a nadie tanto como lo amé a él!

¿Para qué? ¿Para descubrir que mi presencia le desagradaba?

—No sabía que tuvieses visita, cariño.

¡La que faltaba a la fiesta! ¡Su mujercita!

Vista al natural parecía más irreal todavía que en un dibujo, tan perfecta y tan tiesa. Se acercó a Bruno, le dio un beso en la mejilla y se agarró a su brazo.

—¿No nos vas a presentar, Luis?

—Claro, Elsa. Ella es Rebeca, editora en Editorial Universal.

—Un placer. —Extendió su mano, pero, creo que, en esa ocasión, ninguna de las dos quisimos mantener el contacto. Fue odio a primera vista.

—Igualmente.

—Me alegro de que hayas cambiado de gustos, Luis —dijo la muy petarda con un vomitivo mohín—. Esta vez has preferido la inteligencia.

El aire del despacho se volvió tan espeso que casi sentí su peso en mi

cabeza..., lo mismo que la rabia, que empezó a condensarse en mis venas.

¿Qué coño se había creído doña perfecta-estirada-siesa? ¿Se creía en el derecho de llamarme fea por todo el morro?

—Esta vez he combinado belleza e inteligencia —le respondió Luis—. Porque una mujer lista brilla y su belleza se multiplica.

Al menos, tengo que admitir que mi acompañante me defendió. Puede que sólo quisiese echar un polvo conmigo, pero también podría haber pasado de mí y elegir a cualquier modelo de plástico, ¿verdad?

Eso es lo que tuve ganas de responderle a Elsa, la Repelente: «Pues resulta que el abogado buenorro me ha elegido a mí, lo mismo que tu querido marido, al que me follé hasta el día antes de vuestra boda. Hasta en un váter lo hemos hecho».

Vale, eso ha sido una ida de pinza en toda regla.

—¿Nos vamos, Rebeca? —me propuso Luis, ofreciéndome su brazo—. Mi jefe nos ha fastidiado el *tour* por Madrid, pero la reserva en el restaurante nos espera.

—Claro —le respondí al tiempo que enlazaba mi brazo con el suyo—. Me muero de hambre.

—¡Me encantas! —exclamó Luis en medio de una carcajada—. Otras mujeres disimulan y fingen no tener apetito para parecer más glamurosas. Qué ganas tenía de un poco de aire fresco.

Miré a Bruno de reojo para observar su reacción a los halagos de Luis y a mis risas, pero su cara seguía igual de pétrea. No expresaba nada. Ni siquiera nos miraba.

—Un momento, Luis —intervino Elsa cuando ya salíamos por la puerta—. Estaba pensando que hace poco te negaste a asistir a una presentación en la Librería Odisea. Dijiste que sonaba muy aburrido para ir solo, pero ahora tienes compañía, y, por lo que hemos podido entender, sabe de libros. ¿Por qué no venís los dos? Bruno y yo asistiremos.

—En realidad —contesté, con un puntito de rabia que la tal Elsa cada vez

desarrollaba más en mi cuerpo—, yo ya he sido invitada por el propio Diego de la Torre, pero me encantaría asistir contigo, Luis. ¿Qué te parece? ¿Te importaría pasar conmigo una velada entre libros?

—Contigo voy yo a cazar moscas, guapa.

—Bien —dijo Elsa—, pues allí nos veremos los cuatro.

Mientras salíamos del edificio e íbamos en busca del coche, estuve tentada de decirle a Luis lo pedante que me había parecido aquella pija envuelta en perlas y la pena que me daba Bruno, que no pegaba con ella ni con cola. Sin embargo, al final, pasé. No quise darle a entender que me hubiese importado más de la cuenta y preferí que pensara que la había olvidado nada más salir del bufete.

Tal y como me prometió, me llevó a un restaurante muy elegante, aunque también íntimo y discreto. No tan discreto como sus continuas alusiones a seguir con nuestra cita después de cenar... en su casa o en la mía.

—Lo siento, Luis —le dije una vez que terminó la velada y ambos estábamos en el interior de su Audi, frente a la puerta de mi casa—. Si no quieres verme más, lo entenderé, pero no estoy acostumbrada a tener sexo en la primera cita. En realidad —compuse una mueca—, no estoy acostumbrada ni al sexo ni a las citas.

—¿En serio? —me preguntó al tiempo que se giraba hacia mí y deslizaba el dorso de su mano por mi mejilla—. ¿Qué coño les pasa a los catalanes?

—No son ellos. —Reí—. Soy yo, que los espanto.

—No me lo creo —susurró mientras se acercaba más y más—. Porque, desde la primera vez que te vi, después de echarme un café encima, supe que acabaría compartiendo contigo algo más que una disculpa por tu parte.

Ya está, ya estaba demasiado cerca y sabía que iba a besarme. Posó sus labios sobre los míos y abrió mi boca con una maestría impecable. Introdujo su lengua y buscó la mía para enredarse en ella y hacer de aquel beso un momento sensual y erótico.

—Y sí querré volver a verte —murmuró después del beso, deslizándose sus

húmedos labios sobre la línea de mi mandíbula y mi cuello—. Dejaremos el sexo para la segunda cita.

Me gustaron sus caricias, no soy de piedra. Era un hombre atractivo, encantador y con experiencia, algo que se notaba en sus besos y en su carisma. Pero algo fallaba: yo. Porque había cometido el error de ver a Bruno justo antes de enrollarme con otro.

¿A quién se le ocurre?!

—Buenas noches, Luis. —Di por finalizados aquellos besos—. Gracias por esta velada tan maravillosa. Supongo que nos veremos en el aburrido evento literario.

—Qué remedio —bufó—. Tendré que seguirles el rollo a mi jefe y su querida Elsa.

Oír aquellos dos nombres empezaba a causarme urticaria, y más si se mencionaban en la misma frase.

Bajé del vehículo, atravesé el portal y subí a casa. Sin cambiarme, únicamente me deshice de los zapatos, me dejé caer en el sofá. Repasé los acontecimientos del día y decidí no analizarlos demasiado. Acabaría pidiendo hora con el psiquiatra si pensaba en las tonterías que había hecho sólo por ver a Bruno.

* * *

—Perdone, señor De la Torre.

—Dime, Rebeca.

Una mañana de aquella semana, el presidente volvió a interesarse por el funcionamiento de cada sección, acercándose a cada uno de nosotros para escuchar cualquier problema o sugerencia. Fue cuando aproveché para comentarle lo de su invitación.

—Quería agradecerle que me invitase usted a la presentación del libro de Enrique J. Sainz, y de paso decirle que la acepto encantada. Estaré allí el

viernes por la tarde.

—¿Vendrás sola? —me preguntó con un pícaro mohín—. No quisiera que cancelaras tus interesantes planes de un viernes.

Qué gracioso el ancianito. Menuda forma de decirme que era una especie de ermitaña.

—No —reí—, no iré sola. Llevaré compañía.

—¿Hombre o mujer?

—No se da usted por vencido, ¿eh? —Volví a reír—. Un hombre.

—Me alegro, Rebeca. —Me dio unos golpecitos en el brazo y siguió su camino con su inseparable bastón y su omnipresente Lorenzo.

* * *

La Librería Odisea resultó ser un paraíso de los libros. Quedaban ya pocos lugares como aquél, con el encanto de una antigua librería pero adaptada a los tiempos, con espacios dedicados a presentaciones y tertulias. Llegué cogida del brazo de Luis y empezamos a saludar a personas que conocíamos y que aprovechamos para presentarnos uno a otro. Supongo que el bullicio del principio y la llegada del escritor fueron suficiente para que mi acompañante no se diera cuenta de mis continuas miradas a mi alrededor. Por supuesto, buscaba a Bruno.

Decepcionada por pensar que hubiesen decidido no aparecer en el último momento, me senté junto a Luis en una de las sillas organizadas en hileras frente a la mesa del autor. Debía de llevar unos cinco minutos hablando de su novela cuando oí unos susurros y el movimiento de mi acompañante.

—Lo siento —murmuró Elsa mientras tomaba asiento al otro lado de Luis—, se nos ha hecho tarde. Gracias por guardarme el sitio.

Yo no le había guardado nada. Ni siquiera me había percatado de que Luis lo hubiese hecho.

—¿Y Bruno? —preguntó éste a Elsa.

—Está ahí detrás —dijo con una mueca—. Parece ser que le apetecía más estar de pie.

No quise mirar enseguida, así que esperé unos segundos, me aparté el pelo de la cara y miré hacia atrás. Tal y como había dicho su mujer, Bruno estaba junto a la entrada, dejado caer en una pared mientras parecía consultar el móvil. Tenía aire de aburrido o sin muchas ganas de estar allí. Vestía con un clásico traje de color gris y una camisa malva, aunque todo el conjunto aparecía algo arrugado, delatando así que llevaba demasiadas horas con aquella ropa puesta.

La voz de Elsa, aunque Luis estuviese en el medio, me obligó a volver a mirar al frente a toda prisa.

—Supongo que tendrás tu ejemplar para que te lo firme Enrique. —De forma engreída, me mostró el libro del autor.

Sin duda debía de pensar que podía quedar por encima de mí. ¡Ja!

—Yo hace días que tengo el mío. —Abrí el bolso y saqué la novela—. Es uno de los ejemplares que recibimos calentitos en la editorial. ¡Ah!, y, en su momento, ayudé con su revisión.

Chúpate ésa, Barbie Sosa.

—Eres una caja de sorpresas, Rebeca —me dedicó Luis, antes de darme un beso en la mejilla y otro en la mano—. Te lo dije, Elsa. Es guapa y lista.

Decidimos seguir el discurso del escritor para no molestar con nuestros comentarios, pero volví a sentir el impulso de mirar hacia Bruno. Me daba la impresión de que él me estaba observando, por el cosquilleo que parecía sentir en mi nuca. Para disimular otra vez, miré primero a los lados y hacia arriba, como si quisiese admirar todas aquellas estanterías de libros o la planta superior, toda ella rodeada de una barandilla de madera. Como quien no quiere la cosa, giré el cuello hacia atrás y ahí seguía él, impassible, alternando su atención entre el evento y su móvil. De pronto, le vi quedarse muy quieto. Creo que percibió mi mirada, porque levantó la vista del teléfono y la dirigió directamente a mí. Nuestros ojos se encontraron durante varios segundos y, a

pesar de que me sentí nerviosa, aguanté todo lo que pude, esperando su reacción. Él pareció pensar lo mismo y me sostuvo la mirada, pero acabó desviándola primero.

Volví a mirar al frente, decepcionada de nuevo. Había esperado... En realidad, no sé qué había esperado encontrar en su rostro, pero, desde luego, no creí que ese algo fuese... nada.

Suspiré en mi interior y emití una sonrisa triste al recordar momentos vividos con él, aunque aquel hombre que acababa de mirarme no pareciese la misma persona. Como en esos *flashbacks* de las películas, hice un repaso mental rápido y recordé nuestras risas al contemplarnos en el espejo del baño de Julia cuando nos reencontramos. Lo recordé a él, desnudo sobre la cama, con su cuaderno y su lápiz, dibujándome, desnuda también. Rememoré nuestro encuentro sexual en el baño, lleno de pasión y de risas. Y casi se me saltan las lágrimas al recordar la expresión de su rostro al verme aparecer en el aeropuerto de Barajas, su alegría, sus prisas por llegar hasta mí y alzarme en el aire para hacerme girar y reír...

—Vamos, Rebeca. —La voz de Luis se introdujo en aquellos recuerdos como la hoja afilada de un cuchillo—. Tienes que ponerte ya en la cola si no quieres quedarte la última para la firma.

Seguí su consejo y me puse en la fila, detrás de Elsa, quien aprovechó aquel momento para mirar a su maridito y lanzarle una sonrisa de chica buena.

Menuda loba con piel de cordero.

Por fin, llegó mi turno y, muy amablemente, Enrique, al que yo ya había conocido en la editorial, me firmó mi ejemplar con una bonita dedicatoria. Después, me dirigí hacia Luis, que me esperaba justo al lado de la mesa. Allí fue donde me topé con Diego de la Torre, que me saludó alzando hacia Luis su bastón.

—Así que ésta es tu compañía de esta noche —me dijo con cierto retintín.

—Qué tal, señor De la Torre —lo saludó Luis—. Una presentación muy entretenida e interesante.

—Déjate de monsergas, que te conozco, letrado. Haz el favor de recordar que Rebeca es mi protegida, así que más te vale cuidar de ella.

—Por supuesto, señor De la Torre —le contestó, muy sonriente.

Quedó patente que estaba acostumbrado a lidiar con esa clase de comentarios y no pareció afectarle, aunque supiera de antemano que no iba a hacerle caso a aquel anciano cascarrabias.

—Oh, por favor —intervine yo, con los ojos en blanco—. No necesito que nadie cuide de mí.

—Avisado quedas. —Fue lo último que le dijo a mi acompañante antes de dejarse guiar por Lorenzo y alejarse de nosotros.

—No le hagas ni caso —le comenté a Luis—. Supongo que sabe que aquí no tengo a nadie y se siente en la obligación de ejercer un papel paternal.

—No importa —me respondió con una sonrisa—. Es muy mayor y no se lo tendremos en cuenta. Ven —me propuso, tirando de mí—, vayamos un momento a saludar a mi jefe, que aún no hemos cruzado ni una palabra con él.

No me tomaba de sorpresa, pero tampoco podía evitar ponerme nerviosa. La cercanía de Bruno era algo que seguiría afectándome de por vida.

Cuando los alcanzamos, Elsa conversaba con unas personas y su marido bebía una copa de cava de las que empezaron a repartir, junto con algunos aperitivos y dulces. Luis y yo nos hicimos con nuestras copas y bebimos cuando estuvimos junto a Bruno.

—Cuidado, jefe —le dijo Luis con sorna—, no vayas a disimular y aparentar que el acto te interesa.

—He venido por Elsa, que conoce al escritor, y por no hacerle el feo al viejo De la Torre —respondió. Justo después, cuando pasó un camarero por nuestro lado, dejó su copa vacía, cogió otra llena y se la bebió de un trago. Me pareció que Luis lo miraba con censura.

—Podrías comer algo entre copa y copa —le aconsejó, con el ceño fruncido.

—No veo a nadie comiendo —replicó Bruno.

—Y tampoco acabando con las existencias de cava.

Noté cierta tensión entre los dos, pero no me dio tiempo a analizar la conversación por la oportuna aparición de Elsa, que se dispuso a presentarnos a unas cuantas personas importantes del mundo de la cultura que parecía conocer. Empecé a sentirme incómoda... No sabía qué decir, Elsa no paraba de hablar y Bruno parecía estar en otra parte, seguro que incómodo también con mi presencia. Por ello, decidí buscar una excusa para irme de allí.

—Perdona, Luis, no conocía esta librería y me parece una pasada. ¿Me acompañas a recorrerla?

—Por supuesto.

Él también pareció estar ansioso por alejarse de allí y me tomó del brazo para seguirme. No habíamos dado más que unos cuantos pasos cuando le vibró el teléfono.

—Mierda —gruñó al mirar la pantalla—. Lo siento, Rebeca, es una llamada importante. Ve yendo tú y luego te alcanzo.

Suspiré por aquella intromisión, pero, conforme fui avanzando en aquella visita, se me olvidó que lo hacía sola. Primero contemplé las estancias de la planta baja, donde, además del espacio para vender, pude encontrar un apartado infantil, con moqueta en el suelo, sillas y mesas pequeñas y un montón de libros para niños, algunos para pintar y colorear. También localicé una sección juvenil y otras especializadas. Sin embargo, era la planta superior la que me llamaba la atención. Subí por la estrecha escalera de caracol y ahogué una exclamación al contemplar aquellas estanterías repletas de libros antiguos, algunos sólo para poder leerlos allí. Había varias salitas entre los estantes, con sillones y lamparitas, para poder leer u hojear alguno de aquellos tesoros.

Tan ensimismada estaba en aquella visita que no me di cuenta de la presencia de una persona a mi espalda hasta que ya la tuve encima. Me di la vuelta y contemplé a Bruno frente a mí, tan cerca que tuve que erguir la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Bruno —murmuré, sin tiempo a reaccionar—, ¿qué haces aquí...?

Sin responderme, me sujetó de un brazo y me arrastró hasta la última de aquellas estanterías, donde me apoyó y me acorraló.

—¿Estás saliendo con Luis? —inquirió de forma bastante agresiva.

—¿Y a ti qué coño te importa? —le contesté.

—Si quieres te comento un poco por encima la fama de mi empleado con las mujeres —me soltó.

Toda la ilusión que pudiese haber sentido por tenerlo a solas y tan cerca unos segundos se fue al garete en cuanto me acorraló y me habló con aquel despotismo.

—Oh —repliqué—, tal vez quieres advertirme de que Luis sólo quiere echar un polvo conmigo. ¡No me digas! ¡Qué miedo!

—No esperes otra cosa de él —insistió.

—¿Y tú quién eres? —le espeté con sorna—, ¿mi guía espiritual? Te recuerdo que ya estoy acostumbrada a tener rollos únicamente de sexo con tíos que ponen los cuernos a otra conmigo. Más bajo que eso ya no se puede caer.

—¿Rollo de sexo? —me planteó, alzando una de sus cejas.

—¿Fue otra cosa, acaso?

—No me he acercado para hablar de nosotros —me aseguró—. Sólo he querido prevenirte, pero si ya lo tenías tan claro...

—Entre nosotros ya no hay nada de que hablar —afirmé—. Y sí, ya lo tenía muy claro, que los tíos únicamente servís para un ratito, porque, para otra cosa, os faltan huevos.

—Parece que eres una mujer muy segura y con las ideas muy claras.

—Con respecto a eso, sí.

Así es como quería que él me viera, aunque tuviera que aguantar a ratos la respiración para que no notara los violentos latidos de mi corazón rebotar en su pecho. Porque el muy desgraciado se había ido acercando hasta pegarse por completo a mí, intimidándome y encerrándome entre la pared y su cuerpo. Sentí la dureza de su tórax clavarse en mis pechos, la tibieza de su aliento

calentar mi rostro, el brillo endiablado de sus ojos azules clavarse en mi boca mientras yo trataba de respirar como un pececillo fuera de su pecera.

—Intuyo que has ganado en experiencia. —Sus palabras se fueron convirtiendo en susurros al tiempo que sus manos se paseaban por mi pelo y mi rostro—. Y a una mujer experimentada no le importa flirtear un poco en lugares poco convencionales.

Su boca cada vez estaba más cerca de mi piel y mi respiración resultaba cada vez más agitada. No sé qué me pasó pero no tuve fuerzas para alejarme ni para alejarlo a él. Estaba como en trance, únicamente sintiendo, invadida por unas sensaciones que no había vuelto a experimentar desde la última vez que estuve con él. Realmente, algo así sólo lo había vivido con él.

—Una mujer mundana y sofisticada —continuó susurrando.

Casi emito un jadeo cuando sus labios se acabaron posando en mi cuello. Una miríada de escalofríos recorrió todo mi cuerpo, como si docenas de dedos pellizcaran desde dentro cada uno de mis órganos.

—Bruno, por favor...

Una petición totalmente inútil.

—¿Qué te ocurre, Rebeca? —susurró de nuevo—. ¿No es esto a lo que estás acostumbrada?

Su boca se desplazó y fue dejando un húmedo rastro con la punta de su lengua, desde la línea de mi mandíbula, subiendo por mi cuello y acabando en mi oreja. Cerré los ojos. Mi cuerpo se volvió tan maleable que me sentí totalmente a merced de aquel hombre, sin fuerzas para negarme a nada de lo que quisiera darme o pedirme.

De nuevo, su boca se posó en mi garganta para subir por mi mentón y buscar mi propia boca. Y no me resistí, no pude resistirme. Dejé que abriera mis labios e introdujera su lengua, que lamiera hasta el último rincón de mi paladar y mis dientes. Después de darse un buen banquete, su boca volvió de nuevo a mi barbilla y mi cuello para poder bajar hasta mi escote. Con su nariz,

apartó mi blusa y buscó uno de mis pechos, que lamió y mordisqueó por encima del encaje del sujetador.

Creí morir. Me aferré a su cabeza y enredé mis manos en su pelo mientras mi pelvis se movía acompasada contra la dureza de su erección. Cada célula de mi cuerpo me pedía a gritos más y más, y estoy segura de que hubiese hecho el amor con él allí mismo.

—Bruno... Bruno... —gemí.

De pronto, se separó de mí. Pero no sólo su boca, sino todo su cuerpo, como a medio metro de mí. Me miró con desdén, aunque sus labios húmedos y sus pupilas dilatadas sugiriesen otra cosa.

—Pues no pareces tan mundana ahora mismo si no has sabido ni pararme —me soltó—. Yo más bien creería que pareces una mujer muy excitada, deseosa de un buen polvo porque no echa uno en condiciones desde hace tiempo. Dile a Luis que se emplee más a fondo, que tú necesitas caña.

Agradeceré eternamente que fuera capaz de aguantar unos segundos, los que me hicieron falta para acercarme a Bruno con una sonrisa, colocar mis manos sobre sus hombros y asestarle un rodillazo en la entrepierna.

—Joder... —gimió al tiempo que se doblaba hacia delante y comenzaba a toser.

—Y tú dile a tu mujercita que deje de parecer una estatua de cera para que no tengas que ir por ahí follándote a otras en cualquier parte. ¡Gilipollas!

Toda la sangre hirviendo que se me había acumulado en las venas con sus besos había vuelto a hervir de la indignación. Me fui corriendo de allí en busca de un baño para recomponer mi aspecto y dejar pasar el rato necesario para bajar la hinchazón de mis labios. Después, fui en busca de Luis, al que encontré departiendo con un grupo de personas.

—Rebeca, perdona por haberte dejado sola, pero...

—¿Podrías llevarme a casa, por favor? —le espeté—. No me gusta estar con tanta gente. Prefiero la... intimidad.

Al abogado le brillaron tanto los ojos que no tardó ni un segundo en

cogerme de la mano y arrastrarme hacia la salida. Un segundo antes de salir, nos abordó Elsa, preguntando si habíamos visto a Bruno.

—Creo que no se encuentra bien —le dije—. Me ha parecido verlo por ahí un poco pálido.

Satisfecha, la vi correr en busca de su marido mientras Luis y yo salíamos y nos montábamos en su Audi.

—Vámonos de aquí —le pedí—. Necesito un buen polvo ya.

—Joder, menudo cambio —celebró Luis.

Capítulo 25

Primeras dudas

Nada más entrar en mi apartamento y cerrar la puerta, Luis y yo comenzamos a desnudarnos el uno al otro, sin ni siquiera encender la luz. Ése, precisamente, fue el detalle que ocasionó que me diera unos cuantos golpes en la rodilla y el codo, aunque no me paré a quejarme para no parecer la misma pava de siempre.

El fuego que arrasó mis venas durante mi encuentro con Bruno en la librería continuaba quemándome por dentro, pero era un fuego diferente, mezcla de lujuria, ira e insatisfacción. Únicamente quería quemar ese fuego a la par que vengarme de Bruno de una vez por todas.

Comencé por desahogarme besando a Luis al tiempo que trataba de arrancarle la chaqueta y la camisa. Él, por su parte, me besaba mientras se deshacía de sus pantalones. Cuando quedó en ropa interior, abrí mi blusa y me deshice de la falda antes de caer ambos sobre mi cama en una madeja de brazos y piernas. Sobre las sábanas, Luis se colocó encima de mi cuerpo y apartó mi sujetador para comenzar a besar mis pechos. Sus labios succionaron mis pezones al tiempo que su mano se introdujo bajo mis bragas para acariciar mi sexo empapado. Y yo, todavía con ganas de desfogar mi ansia, busqué la cinturilla de sus calzoncillos para introducir mi mano bajo la tela y agarrar su hinchado miembro para acariciarlo.

No tengo muy claro qué fue lo que me pasó para que, de pronto, aquel fuego se apagara como si acabaran de echarme un cubo de agua helada por encima. Creo que fue una idea, uno de aquellos pensamientos que abordan tu mente en el momento menos apropiado. Porque, ya me vale, ponerme a pensar en eso en

aquel instante, mientras intentaba echar un polvo con el tío más buenorro. Si alguien llega a decirme tiempo atrás que iba a ser capaz de ligarme a dos tíos como Bruno y Luis, me hubiese reído en su cara.

El pensamiento al que tuve que enfrentarme en aquel instante fue el recuerdo de ciertas palabras de Bruno.

«Me siento culpable de lo que le pasó a mi padre», «Tuvo el infarto por mi culpa», «No puedo volver a correr el riesgo. Seguiré en el bufete y con mi vida», «Lo hago por mi familia»...

Empecé a sentirme mal. Bruno no podía volver a decidir, pero no era su elección. Llevaba años culpándose de la enfermedad de su padre, sometiéndose a la presión de su familia, que había elegido su futuro con una profesión y una prometida. Vale que todo eso no justificara su comportamiento conmigo, pero tal vez fuera porque era la única forma de alejarse de mí y de no engañar a su esposa...

Luis debió de darse cuenta de mis divagaciones mentales, porque paró de besar mis pechos y levantó la cabeza para observarme. Seguro que me encontró con la mirada perdida y más quieta que un poste.

—¿Qué te ocurre, Rebeca? Deseabas esto igual que yo y, de repente, ha sido como si desaparecieras.

—Tengo que hablar contigo, Luis. —Salí del cobijo de su cuerpo y me senté sobre la cama. Tiré de la colcha para taparme un poco, gesto con el que le dije sin palabras que aquello no iba a continuar. Él también se sentó, emitió un suspiro y se pasó la mano por el pelo, pero no se molestó en taparse.

—¿Hablar? ¿Ahora? ¿Sobre qué?

—Te he utilizado.

—¡Nos ha jodido! ¡Pues claro, para echar un polvo! ¡Lo mismo que yo a ti!

—No es eso —suspiré—. Se trata de que me acerqué a ti y acepté quedar contigo únicamente para poder ver a Bruno.

—¿A Bruno? ¿Mi jefe? Ahora sí que me has despistado.

—Bruno viajó a Barcelona hace unos meses por encargo de Diego de la

Torre. Tenía que supervisar el funcionamiento de una revista.

—Sí, lo recuerdo.

—Yo trabajaba allí. Aquello fue un reencuentro, diez años después de coincidir en el instituto. Bruno fue mi amor de la adolescencia y volví a enamorarme de él después de una década. Tuvimos una aventura justo antes de su boda.

—Joder. —Luis compuso una expresión de asombro—. Recuerdo que estuvo algo extraño algunos días, pero pensé que se debía a los nervios de la ceremonia.

—Debes de pensar que soy una tonta, que colarme por un tipo casado es una pérdida de tiempo. O peor, que soy una loca obsesionada por un hombre que se ha fabricado una vida en la que yo no entro. Es un respetable abogado casado con una mujer perfecta y con una familia igual de respetable. Tendría que sacármelo de la cabeza, pero...

Luis apenas me miró a los ojos. En realidad, nada más empezar a contar mi historia, desvió la vista y pareció mortificado. Creo que trató de decirme algo, pero se arrepintió en el último momento y cerró la boca.

—No creo que seas tonta ni estés loca —me dijo, sin embargo—. El único consejo que puedo darte es que te alejes de Bruno Balencegui. Él... ha elegido un estilo de vida con el que no estoy de acuerdo, pero ya es mayorcito.

—Tuvo sus motivos para hacerlo —le aclaré.

—Veo que lo defiendes. —Sonrió—. Todavía lo quieres.

—Esto del amor, a veces, es una mierda. —Resoplé.

—Pues haz como yo —me propuso con una sonrisa—. Olvídate de enamorarte; disfruta, simplemente. La vida está hecha para disfrutarla, no para sufrirla.

—Ojalá pudiera. En fin, lo siento, Luis. Perdona por haberte hecho perder el tiempo.

—Tranquila, no pasa nada. No todo en mi vida es sexo, también disfruto conociendo gente interesante, y tú lo eres, Rebeca.

—Eres un amor. —Sonreí.

—No digas eso por ahí o echarás por tierra mi fama de conquistador.

—Anda —reí al tiempo que le tiraba una almohada—, calla y tápate, que cualquiera se concentra mirando tu polla tiesa.

Emitió una carcajada y se levantó para vestirse. Una vez nos despedimos, me quedó una sensación de vacío y desamparo. Necesitaba a mis amigos y los necesitaba ya. Sin más demora, agarré el teléfono y los llamé.

—Os necesito —me limité a decirles. Y ellos me entendieron.

* * *

—Pues yo creo que deberías hablar con él y resolver algunas cuestiones. Las dudas, en ocasiones, atormentan y no te dejan seguir adelante.

—Hace un tiempo yo no habría estado de acuerdo con Laura —intervino Simón—. Te habría dicho que olvidaras a ese tío, que tú vales demasiado como para pasarte la vida esperando unas migajas que nunca llegarán. Pero, ahora, ya no lo veo igual. Yo también pasé muchos años en una especie de limbo, sin poder avanzar, porque no tenía a la mujer que amaba, pero tampoco podía olvidarla. Así que... estoy de acuerdo en que tendrías que hablar claro con él, pasar página y continuar.

Mis amigos, ante mis ruegos, cogieron un AVE y se presentaron en mi casa el sábado por la mañana. Después del concierto de abrazos, besos y achuchones varios, nos dispusimos los tres en mi sofá y hablamos del tema para el que los había requerido.

—No lo había pensado —les dije—. He pasado estos meses intentando olvidarlo, odiándolo a ratos, llorando otros... un desastre, sabiendo que está casado. Ahora que tengo el trabajo de mi vida, necesitaría estabilizarme un poco más. Y para ello debería pasar página, tal y como me habéis dicho.

—Claro que sí, cariño.

Laura apretó su abrazo. Y digo «apretó» porque me había estrujado entre

sus brazos nada más sentarse a mi lado y no me había vuelto a soltar. Simón se había sentado enfrente, en un puf que utilizaba para descansar los pies después de todo un día con tacones. Él no me tenía abrazada como Laura, pero sus expresivos ojos oscuros me miraban con el amor que sólo un amigo de verdad puede sentir.

Y yo, encantada de tenerlos allí de nuevo. Los echaba de menos hasta la saciedad, pero siempre tuve claro que mi vida iba a seguir en Madrid.

—¿Y entonces? —preguntó Laura—. ¿Qué te parece? ¿Te citarás con Bruno para hablar con él?

—No sé... No lo veo, la verdad. Para que me diga las mismas gilipolleces que en la librería...

—Podrías citarlo aquí mismo, en tu casa. —Simón se había levantado de su asiento y, con toda confianza, había ido a la cocina y había encontrado una bolsa de patatas fritas que devoraba sin parar—. Hoy mismo, con nosotros como mediadores. Si se le ocurriera ponerse imbécil, lo iba a pasar mal.

—No necesito mediadores —le aclaré, mirándolo con exasperación—, y menos a un par de matones. Puedo yo solita con él. Todavía se debe de estar sujetando el escroto.

—¿El escroto? —Laura estalló en una sonora carcajada—. Joder, dicho así todavía parece que duela más.

—Como quieras —comentó Simón, encogiendo los hombros mientras se chupaba la sal de los dedos—. Lo decía por si podíamos ser de ayuda para que puedas pasar esa página que tanto mencionas. Deberías borrar tu historia con Bruno y dejar esa parte de tu mente como un lienzo en blanco para volver a reescribirlo de nuevo. Joder —gruñó mientras acababa con las migas de la bolsa—, qué poético me ha salido.

—Ahora que hablas de lienzos en blanco...

Las palabras de Simón me iluminaron. Se me ocurrió algo que podríamos hacer en aquel momento.

—Chicos —les dije, poniéndome en pie—, sí que podéis hacer algo por

mí. Vais a acompañarme a dar una vuelta por Coslada.

—¿A dónde?

* * *

Casi vuelvo loco al pobre taxista mientras trataba de indicarle mi destino sin saber la dirección. Pero, al final, el hombre reconoció el lugar que le describí, en cuanto recordé que se trataba de un edificio de ladrillo rojo, que había albergado unas oficinas varias décadas atrás y que en la actualidad se trataba de un estudio de pintura.

Después de decirle al tipo que nos esperara en el taxi, mis amigos y yo nos acercamos al edificio que tantos recuerdos me trajo. Busqué cerca de la puerta basculante de entrada y encontré el pulsador de un timbre. Lo presioné varias veces y, aunque el sonido estridente resonó en cada pared, nadie contestó ni abrió la puerta.

—No está —suspiré.

No sé lo que esperaba hallar allí. Supongo que tuve la ridícula esperanza de encontrarme a Bruno, vestido con su bata gris, con un pincel y una paleta en sus manos frente a un lienzo a medio pintar... o, quizá, sentado frente a un gran pedazo de arcilla, intentando modelar alguna deidad griega.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Había actuado de forma precipitada, creyendo tener una corazonada. Pero os lo advierto: eso de las corazonadas es una chorrada.

—Y, ahora, ¿qué? —preguntó Laura.

—Si al menos pudiese mirar por una ventana —contesté yo—, me aseguraría de que no está.

Otra tontería que solemos hacer: hasta que no nos cercioramos de algo, no nos quedamos satisfechos, aunque todas las pruebas indiquen lo que es evidente.

—Hay varias ventanas —comentó mi amiga—, pero están demasiado altas.

Los tres miramos hacia arriba. Recordé el día que estuve con Bruno en aquel lugar, en cómo la luz natural y después la oscuridad de la noche entraban por aquellos altos ventanales.

—Sí —musité—, porque esto había sido un edificio industrial. Si al menos hubiese algo en lo que subirme...

Miré a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pudiese ayudarme en aquel cometido. ¿Por qué en las películas siempre encuentran cajas, un contenedor o incluso una escalera para encaramarse a los lugares altos?

Voy a tener que empezar a ver cine más realista.

—Aquí no hay nada, Rebeca —intervino Simón—. Aparte de nosotros mismos... ¡Eso es! —exclamó—. Puedo ayudarte aupándote.

—¿Estás loco o amnésico? —le espeté—. ¿Ya no recuerdas lo fácilmente que me tropiezo? ¿Cómo voy a subirme a ti y trepar hasta la ventana?

—No tendrás que trepar nada, ya lo verás. Coloca tu pie en mis manos. — Simón se apoyó en la pared del edificio, se inclinó hacia delante y juntó ambas manos en forma de estribo para que pudiese darme impulso.

—¿Y después? —planteé, temerosa—. ¿Qué hago?

—Te das impulso, te sujetas a mi cuello y colocas una rodilla encima de mi hombro.

Madre mía, qué mal podía acabar eso.

—Joder, Simón, como si no me conocieras...

—Vamos, Rebeca —me alentó mi amigo, todavía en la misma postura—. Confía un poquito más en ti.

No es que confiara mucho, pero tenía que decidirme y elegí lo más insensato. Coloqué el pie derecho en las manos de Simón, puse una mano en su hombro derecho y entre los dos hicimos que tomara impulso hacia arriba hasta que coloqué mi rodilla en su hombro izquierdo.

—¡Sujétate a la pared! —gritó Simón—. ¡E intenta colocar la otra rodilla en mi otro hombro!

—Ay, madre... —me lamenté—, nos vamos a matar...

—¡Vamos, Rebeca! —me alentó Laura—. ¡Tú misma ves las cosas más difíciles de lo que son en realidad!

Ya tenía las dos rodillas sobre los hombros de Simón. Al mismo tiempo que empecé a arrepentirme de estar en aquella situación, pensé que ya tenía la mitad del trabajo hecho. Un impulso más y llegaría a aquellas ventanas.

Agarrada a los ladrillos de la pared, fui trepando por ellos al tiempo que colocaba un pie en el hombro de mi amigo. Cuando mis manos alcanzaron el alféizar, hice lo mismo con el otro pie y conseguí llegar a la ventana. No quise ni pensar en que estaba subida a una persona, y mucho menos mirar hacia abajo.

Los cristales estaban algo sucios, así que pasé el puño de mi sudadera sobre él para poder ver con más claridad el otro lado. Cuando contemplé el interior de aquella nave, mi corazón se paró por la pena.

Todo estaba tal y como lo habíamos dejado la única vez que yo estuve allí. Quedaban los fragmentos de cristal y cerámica de los objetos que tiré mientras Bruno me hacía el amor sobre su mesa de trabajo, la misma mesa donde seguían esparcidos varios pinceles que, con sólo mirarlos, me excitaba. La cama donde dormimos continuaba deshecha y seguían colgados los mismos cuadros acabados, el mismo lienzo tapado sobre su caballete, la estatua de Artemisa que a punto estuvo de caerse cuando la golpeamos en pleno orgasmo... Una capa de polvo cubría el suelo y, junto a la rendija de la puerta de entrada, se agolpaban varios folletos de propaganda entremezclados con hojas secas de la calle.

—¿Por qué, Bruno? —murmuré—. ¿Por qué no has aparecido por aquí en varios meses? ¿Cómo es posible que hayas dejado de lado aquello que tanto amas?

—¡Rebeca! —oí gritar a Simón—. ¡Te recuerdo que sigo aquí abajo!

Tan desconcertada me había quedado que no recordaba mi precaria situación sobre mi amigo. Tragué saliva al pensar que debía bajar de allí.

—¡Perdona! —contesté—. ¡Voy a bajar ya!

—Deshaz tus movimientos de antes —me indicó—. Ayúdate de nuevo con los ladrillos de la pared para colocar primero una rodilla sobre mi hombro y después la otra.

Y eso hice, lo juro, pero tampoco os voy a sorprender si os digo que, una vez que conseguí arrodillarme sobre sus hombros, uno de ellos resbaló, por lo que me tuve que agarrar de la cabeza de Simón. Lo cegué, lo desequilibré y empezó a trastabillar. Mi amigo parecía jugar a la gallinita ciega, pero con el peso de una pava encima.

—¡Cuidado! —chilló Laura. Ella trató de ayudarnos, pero no pudo evitar lo que estaba cantado: que acabáramos los tres en el suelo.

—¡Os lo dije! —me lamenté casi sin aliento—. ¡Sabía que esto acabaría mal!

La respuesta de mis amigos fue una carcajada a coro. Ambos comenzaron a reír, tal y como habían quedado tras la caída, tirados en el suelo y cubiertos de polvo.

Y eso hice yo también, unirme a sus risas, a pesar del dolor de espalda que no me abandonaría durante una semana.

Capítulo 26

Bruno: secretos guardados

—¿Por qué no quieres acompañarnos a cenar, Bruno? —insistió—. Al menos te relacionarás con alguien que no tenga que ver con tu trabajo. Son personas muy interesantes y...

—Por favor, Elsa, no sigas dándome tus razones. Ve tú y pásatelo bien. Te recuerdo que ni siquiera somos pareja. Puedes salir cuando y con quien te dé la gana.

—Pero podríamos serlo, Bruno...

Demasiado había tardado en proponerme salir juntos de nuevo. Debería habérselo aclarado desde el principio, incluso haberme alejado de ella para no darle ningún tipo de esperanza. No obstante, me había sentido en deuda con mi exprometida por lo que le hice y no deseaba hacerle daño. Como siempre, me sentí responsable de la desgracia de otra persona... y empezaba a estar harto.

—Sólo somos amigos, no te confundas; lo dejamos claro desde el accidente.

—Sí, te dije que lo entendía para no agobiarte, pero no puedes seguir haciéndote el ignorante, Bruno. Sabes lo que siento por ti.

—Pues no, francamente no es así, Elsa. Te recuerdo que me enamoré de otra mientras tú organizabas nuestra boda.

—Sí, te enamoraste de otra. —La serenidad que solía acompañar a Elsa en nuestras discusiones de pareja se transformó en una hostilidad que no acostumbraba a mostrar—. Pero ¿dónde está esa otra ahora? ¿Dónde ha estado desde que te despertaste en un hospital? ¡Nadie ha estado contigo, Bruno,

nadie! Sólo yo te he acompañado, te he apoyado y he aguantado tus crisis, tus depresiones y tus borracheras. ¡Siempre esperando que volvieras a ser el de antes!

—¡Pero es que no quiero volver a ser el de antes! —estallé—. ¡El de antes era un pelele que se dejaba engatusar por una familia embustera que me hizo sentir culpable durante diez malditos años de mi vida! ¡Casarme contigo formaba parte de aquella vida falsa, Elsa!

—¿Y te gustas más ahora? —me pinchó—. Porque, si antes eras un pelele, ahora eres un borracho desagradecido que lo único que sabe hacer es encerrarse en su casa a coger cogorzas y lamentarse en lugar de mejorar. Acabarás echando por tierra tu trabajo y el legado de tu familia. —Sus acompañantes le hicieron un gesto desde el vehículo para que se marchara con ellos—. Adiós, Bruno. Si algún día recapacitas, te estaré esperando..., pero no eternamente.

Se dio la vuelta y se fue con sus amigos en el coche de alguno de ellos mientras yo me quedaba clavado en mitad de la calle.

—¡Pues que os jodan a ti, a mi familia y a su puto legado! —grité.

Estaba tan fuera de mí que no quise aceptar que Elsa tenía razón. Como única alternativa, me largué a casa, donde, sin parar a cambiarme, me serví un vaso de licor y me lo bebí de un trago. Necesitaba algo que calmara la ira que se me había ido acumulando durante aquella aciaga noche. La furia de ver a Rebeca con Luis, el encuentro con ella entre los libros, la discusión con Elsa... Volví a servirme otro trago, pero no llegué a bebérmelo porque el timbre de la puerta me interrumpió. Miré mi reloj: eran las once de la noche. ¿Quién me visitaba a esas horas? Aparte de Elsa, no imaginaba a nadie más.

Abrí la puerta y alcé mis cejas al ver a Luis. Iba despeinado, con cara de preocupación y entró en el salón sin esperar mi invitación. Antes de que pudiese abrir la boca, me arrebató la copa de la mano y se la bebió.

—Ponme otra, por favor.

—Vaya —le dije con retintín mientras hacía lo que me pedía—, esta vez no

vienes a endosarme un sermón.

—Cállate, Bruno —gruñó—. ¿Quieres que te borre de un plumazo esa sonrisa de capullo? Pues ahí va: vengo de estar con Rebeca, en su casa y en su cama.

Si en ese momento alguien acerca una cerilla a mi cuerpo, salto en llamas en una incandescente bola de fuego.

—¿Qué cojones me estás contando?

Se juntaron la furia más salvaje y la turbación por imaginar que Luis se hubiese enterado de lo mío con Rebeca.

—No, Bruno, qué cojones te pasa a ti. Sé que no somos amigos del alma, pero podrías haberme dicho que habías tenido una relación con esa chica.

—Qué más da. —Me encogí de hombros como si me importase una mierda—. Ya no somos nada.

—¿Estás seguro de eso? —insistió—. Entonces, ¿por qué cree que estás casado con Elsa? Si entre vosotros no hay nada, ¿por qué no la has sacado de su error?

—¿Le has dicho algo? —Lo único que me preocupó en aquel momento fue que Luis hubiese podido irse de la lengua.

—No, tranquilo, he guardado tu secreto. Tal vez no seamos tan amigos, pero me pediste en su día que no le hablase a nadie del accidente o de la cancelación de tu boda y eso he hecho.

—Bien —me limité a decir, aliviado.

—¿Bien? —exclamó—. ¿Algo de todo esto te parece bien? Mira, Bruno, seré el menos indicado para dar consejos, pero deberías replantearte tu estilo de vida. Si no te vas a casar con Elsa y quieres olvidar a Rebeca, sal por ahí, enróllate con mujeres, haz amigos, pero deja de compadecerte de una vez.

—Tú lo has dicho —repliqué de forma hostil—. No eres el más indicado.

—¿Y qué pasa con Rebeca? —preguntó—. Me utilizó para darte celos, ¿sabes?

—A ella, déjala.

—Claro que voy a dejarla —contestó mientras se dirigía a la puerta—. Pero recuerda que, si no soy yo el que se enrolla con ella, lo hará otro. — Dicho esto, se marchó.

Lo único bueno de aquella noche fue asegurarme de que Rebeca no se había enterado de nada. No quería darle pena. Seguro que me odiaba por haberme casado y por las cosas que le dije en la librería... y era mejor así. Y, si algún día descubría la verdad, ya sería demasiado tarde.

Capítulo 27

Buscando respuestas

La vuelta a la rutina fue mi mejor aliada, a pesar de que, mientras iba en autobús al trabajo, no dejara de acordarme de mis amigos, de las horas pasadas con ellos, tan necesarias para mí. Su falta era el único punto negro de aquel cambio de vida.

De todos modos, aquella mañana, otro pensamiento ocupaba mi mente. Apenas era consciente de la música que sonaba a través de mis auriculares mientras volvía al recuerdo de lo que había visto a través de aquella alta ventana del estudio de pintura. Podría haber pasado, no preocuparme, pensar que Bruno ya tenía su vida con otra mujer y era mayorcito para decidir hacer lo que le diese la gana, pero era incapaz. Todavía resonaban en mi cabeza todos aquellos discursos con los que me describía su gran pasión, lo mismo que seguía impactándome recordar el brillo que emanaba de sus ojos azules cuando tomaba entre sus manos un simple lápiz y una hoja en blanco.

Aunque fuera pensando en todo aquello, mi vista seguía puesta en la calle a través de la ventanilla del autobús. No sé si será cosa de mentes inquietas, pero siempre me ha gustado mirar a la gente, imaginar las historias posibles que puedan vivir. Daba igual si era un hombre joven y guapo, una mujer con su hija de la mano, una pareja de novios que ríen mientras pasean... Por eso no se me escapó ver a Bruno aquella mañana. Me sobresalté al reconocerlo y me puse alerta, contemplando cómo salía de un edificio y se dirigía a un coche, donde se montó en la parte del copiloto. En un primer momento pensé que sería algo relacionado con su trabajo del bufete, pero algo no cuadraba. El lugar del que había surgido como un relámpago era un centro de

rehabilitación, él iba vestido con ropa cómoda y llevaba una bolsa al hombro. Nunca ejercería su función de abogado sin vestir uno de sus clásicos trajes.

Los engranajes de mi cabeza se aceleraron. Tal vez era una tontería y le dolía la espalda por la mala postura, pero esa hipótesis no acababa de convencerme. Aquellas dudas, junto con las preguntas que todavía me hacía sobre el abandono del estudio, me incitaron a querer buscar respuestas. Necesitaba saber qué había llevado a Bruno a tomar ciertas decisiones. Después, ya pasaría página como me habían aconsejado mis amigos.

Todas aquellas ideas sensatas chocaron de frente con la decisión precipitada que tomé. Fue un arrebató irracional, lo sé, pero precisaba esas respuestas y necesitaba cerrar aquel capítulo ya.

Me puse en pie y me fui directa al conductor del autobús.

—¡Por favor! —vociferé—. ¡Necesito bajar ahora mismo!

—Lo siento, señorita —contestó sin dejar de mirar al frente—, pero tendrá que esperarse a la siguiente parada. Esto no es un taxi.

—¡No lo entiende! —chillé más fuerte, ante las miradas alucinadas de los viajeros—. ¡Tengo que bajar!

—Y yo le repito que tendrá que esperar.

Para algo tenía que servir mi mente inquieta. De pronto, me llevé una mano a la boca y simulé una arcada.

—Me encuentro muy mal —solté entre espasmos, sujetando mi vientre—. ¡Estoy embarazada y voy a vomitar ahora mismo!

Conforme abrí mi boca sobre su espalda, el hombre accionó el freno y paró el autobús de golpe. Tuve que sujetarme con fuerza a uno de los asientos para no acabar estrellada contra el salpicadero, lo mismo que los viajeros, a los que pilló por sorpresa el frenazo, o a los conductores que nos seguían, que pitaron durante todo un minuto.

—¡Márchese ahora mismo! —me gritó el conductor mientras abría la puerta.

Bajé en dos saltos y empecé a correr por la acera mientras agradecía mi

costumbre de calzar con zapatillas deportivas a pesar de la ropa elegante. Tuve que deshacer un buen tramo en dirección contraria corriendo entre la gente y cruzar al otro lado de la calzada para llegar al centro del que había visto salir a Bruno. Una vez allí, volví a poner en marcha mi mecanismo mental. Saqué los zapatos de mi bolso y me los puse después de quitarme el otro calzado y guardarlo. Compuse mi ropa, inspiré un par de veces y entré. Una chica algo más joven que yo custodiaba la recepción. Esperaba que no me pusiese las cosas demasiado difíciles.

—Hola, buenos días —la saludé—. Necesito hablar con el fisioterapeuta de Bruno Balencegui.

—Oh, debe de ser usted la psicóloga —me dijo con una sonrisa—. La esperábamos. Mire, por ahí viene el doctor.

Todavía aturullada por semejante facilidad, me giré hacia un hombre joven, alto y fuerte, vestido con el uniforme blanco correspondiente. Alargó su mano y me saludó.

—Usted debe de ser la doctora Alba Ramírez. La imaginé mayor, por su voz por teléfono. —Sonrió—. Yo soy el doctor Ignacio Fuentes, pero puede llamarme Nacho.

—Lámeme Alba —susurré.

—Acompáñeme, hablaremos en mi oficina.

El joven médico me acompañó hasta un pequeño despacho, me invitó a sentarme frente a él y él hizo lo mismo al otro lado de la mesa.

—Supongo que viene para hablar del problema de Bruno y de su reticencia a seguir la terapia con usted.

—Sí, bueno...

En menudo embrollo me había metido. ¿Psicóloga de Bruno? ¿Terapia? No se me ocurría una mierda que decir...

—Mire, Alba —me interrumpió, por suerte—, estamos de acuerdo en que todo el problema que tiene Bruno está en su cabeza. Desde el principio se convenció de que no podría mover su mano y no hay manera de hacerle ver

que no tiene ningún problema físico. Mi cometido como fisioterapeuta ha terminado aquí, y no puedo seguir si no continúa con la terapia.

—Claro, su mano... —Lancé ese pequeño anzuelo para ver si me servía de algo.

—Su frustración por no poder sujetar un lápiz o un pincel lo está destruyendo —suspiró—. Me dan ganas de sujetarle un lápiz a la mano con dos vueltas de cinta americana para demostrarle que es capaz.

Acabáramos... Bruno tenía un problema en su mano y no podía pintar... Ahí tenía una de las respuestas que necesitaba. Aún me faltaba saber desde cuándo y por qué motivo.

—No será preciso —le dije, intentando sonreír y disimular mi sorpresa—. No se preocupe. Hoy mismo hablaré con él y le daré argumentos suficientes para que me escuche. —Me levanté de la silla y me dirigí a la puerta con rapidez.

—No lo hará, ya lo ha intentado muchas veces.

—Esta vez sí —afirmé, como si de verdad fuese la psicóloga—. Tenga usted presente que me hará caso, aunque tenga que presentarme en su casa y aporrear su puerta.

—Cómo me gustaría ver eso —rio el fisioterapeuta—. Me gusta usted. Imaginé que sería más seria cuando hablamos por teléfono.

—En fin, si me disculpa —me despedí mientras salía al pasillo—, tengo mucho trabajo. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —contestó dándome de nuevo la mano.

A grandes zancadas, atravesé el vestíbulo y pasé por delante del mostrador de recepción, donde una mujer de unos cincuenta años hablaba con la recepcionista. Apreté el paso, salí por la puerta acristalada y empecé a correr en cuanto oí a mi espalda: «Buenos días, me llamo Alba Ramírez y soy la psicóloga...». Ya no pude enterarme de más. Corrí y corrí hasta la siguiente parada de autobús, esa vez con los zapatos de tacón. Por suerte, ya me había acostumbrado un poco más a ellos, porque, si me llega a pillar unos meses

antes, me hubiera hecho un esguince y hubiese tenido que volver al centro con el doctor Nacho para que me atendiera mientras le explicaba que le había mentido.

Me metía en cada lío...

Una vez en mi oficina, traté de ponerme al día después de haber llegado tarde. Sin embargo, en cuanto dispuse de un minuto, levanté el auricular del teléfono de sobremesa y contacté con Lorenzo.

—Me gustaría concertar una cita para hoy mismo con el señor De la Torre —le pedí—. Es un asunto personal.

—La llamaré en un rato y le diré algo.

—Muchas gracias, Lorenzo.

* * *

El presidente me atendió justo antes de la hora de comer. Me hizo pasar a su despacho y me invitó a sentarme mientras él, como siempre, permanecía en su butaca detrás de su robusto escritorio.

—Dime, Rebeca. Según Lorenzo, es un asunto personal. ¿Qué ocurre? ¿Has tenido algún problema con alguien de la editorial?

—No, no —lo tranquilicé—. Es algo que no tiene nada que ver con mi trabajo actual, pero necesito saber algo, aunque le parezca una extraña petición. —Cogí algo de aire y proseguí ante la expectante mirada del anciano—. Se trata de Bruno Balencegui, su abogado, o al menos lo era durante el tiempo en que fue a Barcelona para supervisar la revista.

—¿Qué pasa con él?

—Únicamente quisiera saber por qué lo ha sustituido por Luis. El tiempo que estuvo allí congeniamos bastante y esperaba verlo por aquí.

El anciano guardó silencio. Me miró al tiempo que se pellizcaba el labio inferior. En sus pequeños ojos claros no pude leer nada que me orientase para

saber si se había ofendido, pasaba de mí o pensaba en cómo decirme que no era de mi incumbencia.

—¿No le has preguntado a Luis? —acabó soltando—. Os vi bastante... juntos en la presentación de Enrique.

—No me ha dicho nada —suspiré—. Mire, señor De la Torre, perdone si lo he importunado con mi pregunta. Estará pensando que no me atañe ni es problema mío, así que olvídelo y...

—Me extraña que no te haya comentado nada. —El hombre siguió con sus comentarios, ignorando mis disculpas.

—No hace falta que me dé explicaciones, de verdad...

—No, no —insistió—, perdona tú, Rebeca, porque pensé que habíamos hablado ya de este tema. Disculpa a un viejo al que la memoria comienza a fallarle. ¿No te comenté que Balencegui envió a Luis después de tener el accidente? Luego, Luis fue haciéndose cargo cada vez de más casos para que su jefe tuviera tiempo de reponerse.

—¿Accidente? ¿Qué accidente?

Aquella palabra provocó en mí un miedo atroz. Sabía que Bruno estaba bien, pero ese hecho venía a corroborar su asistencia al centro de rehabilitación.

—El que sufrió el mismo día de su boda.

—¿Qué... qué me está usted contando? —murmuré, sintiendo un frío helado bajar por mi espalda—. ¿El día de su boda?

—Exacto —contestó—. Y lo sé con certeza porque yo era uno de los invitados. En un primer momento, sospechamos que alguno de los novios se podría haber echado atrás, pero después nos informaron del accidente. El novio había ido esa mañana en busca de unos familiares y se salió de la carretera, dando varias vueltas de campana. Tuvo suerte, el muchacho. No sufrió heridas graves.

No, no había sufrido heridas graves, pero sólo si nos referíamos a las visibles.

Cerré los ojos en un intento de apaciguar mi pena. Me pareció sentir en mis huesos el dolor de Bruno mientras el mundo giraba a su alrededor, la tristeza que lo invadiría al despertarse en un hospital el día de su boda, el hecho de que no hubiese podido estar con él... Supongo que su mano recibiría algún tipo de impacto y se la inutilizó durante un tiempo. De ahí otra de las explicaciones que necesitaba: el motivo del abandono de sus cuadros.

—Entonces —volví a preguntar, todavía afectada por la noticia—, ¿cuánto tiempo se aplazó la boda?

—No ha habido ninguna —me anunció el presidente—. A los invitados se nos devolvieron los regalos y nos dijeron que, de momento, la boda quedaba anulada hasta nuevo aviso.

—No puede ser... —musité mientras me ponía de pie. Si en aquel instante me roza una simple pluma, me caigo al suelo—. Bruno está casado con Elsa...

—No, hija —aseveró—. La boda no se ha llegado a celebrar. Y créeme si te digo que, si se hubiese llevado a cabo, yo lo sabría.

—Pe... pero Elsa y él siempre están juntos...

—Hay rumores. —El hombre se encogió de hombros—. Unos dicen que han aprovechado para seguir juntos de una manera más informal; otros, que es ella quien lo persigue, o que es sólo por las apariencias. Pero nadie lo tiene muy claro. El caso es que no están casados. Bruno Balencegui sigue soltero.

La vista se me nubló y las paredes del despacho comenzaron a dar vueltas a mi alrededor. Un frío extraño asoló mi cuerpo y contrastó con el calor que provocó la aceleración de los latidos de mi corazón. Me pareció que la sangre se agolpaba en mi cabeza, en mis oídos, en mi garganta... y no podía respirar.

—¡Rebeca! —gritó el anciano—. ¿Te encuentras bien?

Ante mi falta de respuesta, el hombre llamó a Lorenzo, que entró con diligencia y me ayudó a sentarme. Después abrió la ventana para que entrara algo de aire y acercó un vaso de agua a mis labios.

—Señorita Rebeca... —me llamó el asistente—. ¿Se encuentra mejor?

Qué vergüenza, por favor. Casi me desmayo al oír que Bruno no se había

llegado a casar. ¡Delante del presidente de la editorial y su asistente!

—Sí, sí —murmuré—; me encuentro mejor, gracias.

—No te voy a preguntar qué te ha pasado —me dijo el hombre, sabio a su edad—, pero espero que, con mis respuestas, te haya ayudado en algo.

—Lo siento, de verdad —contesté—. Nunca en la vida me había pasado algo así...

Salí de aquel elegante despacho cuando conseguí ponerme en pie sin que el mundo diera vueltas sobre mi cabeza. Volví a mi puesto de trabajo y, mientras el resto del personal salía a comer, me quedé en mi silla, con los pies en alto y los ojos cerrados. Intenté no pensar durante unos minutos para centrarme, pero, después, volví a la realidad.

Lo primero que hice fue coger mi móvil y llamar a Luis. Las primeras tres veces me saltó su buzón de voz, pero, cuando me encontraba mejor y comencé a seguir con mi rutina, me devolvió la llamada.

—Perdona, Rebeca, estaba en un juicio. ¿Qué ocurre?

—Necesito pedirte un favor —le dije, de forma clara y directa.

—Claro. Si está en mi mano...

—Quiero que me des la dirección de Bruno.

Silencio.

—Rebeca —me contestó tras la pausa—, de verdad que a mí no me importaría, pero se trata de mi jefe y no puedo dártela sin su consentimiento.

—Que es su jefe, dice... ¿Por eso me engañaste y me hiciste creer que está casado con Elsa? —le recliné—. ¿Porque es tu jefe y te ha encargado que no me digas la verdad por si decido acosarlo?

—Joder —suspiró—. Me meto en unos follones... No, Rebeca, nadie especificó que no te dijese nada a ti. Simplemente, desde la cancelación de la boda, nos pidió a los empleados que no hiciésemos comentarios por ahí. No le gusta que hablen de él o de Elsa y especulen...

—Me parece perfecto todo —lo interrumpí—, pero todavía estoy esperando que me facilites su dirección.

—No puedo, Rebeca, lo siento...

—Muy bien —solté, muy cabreada—. Pues, entonces, lo que tengo que decirle se lo diré en el trabajo. Me presentaré en el bufete y os gritaré a los dos que sois unos mentirosos de mierda, que me habéis hecho creer que soy idiota. ¡Y ya estoy harta de que me crean tonta, joder!

—Vale, vale —trató de calmarme—, no te alteres.

—¡Ni siquiera me dijiste que había sufrido un accidente! —le reproché—. ¡El mismo día de su boda, hostia! Después de sincerarme contigo y contarte mi aventura con él..., ¡ya te vale!

—Mira, haremos una cosa. —Debí de ponerme demasiado dramática y acabó claudicando—. Te paso la dirección de Bruno si no le dices de dónde has sacado la información.

—Tranquilo —repliqué con sorna—, no voy a mencionarte para nada. Y, ahora, suelta por esa boquita.

Capítulo 28

Dibújame...

Barrio de los Jerónimos. Calle de Alcalá. Edificio señorial de viviendas. La dirección de Bruno.

Aferré con fuerza la bolsa que llevaba en la mano izquierda y miré hacia la fachada con aprensión. Era algo que iba a hacer y estaba segura de hacerlo, pero no pude evitar sentir un poco de temor por no saber qué me iba a encontrar. No sabía qué sentía Bruno; no sabía realmente qué tipo de relación mantenía con Elsa; no sabía cómo se tomaría mi intromisión. Sin embargo, lo que sí sabía era que ya no iba a marcharme de allí sin las respuestas definitivas.

Esperé hasta que un vecino salió y me colé antes de que la puerta se cerrase de nuevo. Atravesé el alto portal flanqueado por columnas y subí en el ascensor hasta la planta que me había señalado Luis. Una vez que estuve ante la puerta, necesité unos segundos para concentrarme y adoptar la pose que quería que él viera en mí. Cuando lo conseguí, o eso creí, toqué el timbre. Eran las diez de la noche y Luis me había asegurado que su jefe estaría en casa.

Cuando Bruno abrió, no supe a quién de los dos se le puso más cara de póquer: a él, por verme en la puerta de su casa, o a mí, porque me habría lanzado a preguntarle por qué coño me había mentado y tuve que tragarme mis deseos para poder aparentar una dureza que me era muy necesaria.

—¿Rebeca? —preguntó, claramente aturdido.

Pasé por su lado y me colé en su recibidor, ignorando su rostro de sorpresa, su aspecto desaliñado pero apetecible, su olor, su presencia magnética para

mí... Todavía vestía el traje que habría llevado para trabajar, aunque se había deshecho de la chaqueta y la corbata, que andaban desperdigados por el impresionante salón. La camisa la llevaba por fuera, su cabello aparecía revuelto y sostenía una copa con algún tipo de licor. Me fijé en que era en la mano izquierda. Después, solté la bolsa que llevaba sin que él pareciera percatarse de ello.

—¿Puedo pasar? —me limité a decirle cuando ya estaba dentro—. ¿O crees que tendré algún problema con tu mujer? —Me di la vuelta y lo encaré cuando estuvo frente a mí en mitad del salón—. Ah, no, no va a pasar nada... ¡porque no tienes mujer!

En un principio, únicamente me miró. Después, se terminó de un trago el licor que le quedaba en el vaso, que era bastante. Por último, soltó el vaso y se pasó los dedos por entre el cabello.

—¿Qué quieres, Rebeca? —me planteó, como si le molestase mi presencia.

—Tuviste un accidente, Bruno —comencé—. ¡El mismo día de tu boda! ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? —Se encogió de hombros—. No fue grave.

—Que no se llegara a celebrar la ceremonia, ¿tampoco era importante? —le recriminé.

—No, no lo era. —Claramente irritado, se acercó al aparador de las bebidas y llenó su vaso de nuevo.

—¿Y que no hayas vuelto a pintar o que tu estudio siga igual que lo dejamos la última vez que estuvimos allí? Eso es otra nimiedad, claro.

—¿Qué sabes tú de lo que yo pinte, de mi estudio o de mi puta vida? —contestó con desdén—. ¿No se te ha pasado por la cabeza que no haya querido decirte nada? No te debo nada, Rebeca. —De otro trago, vació el vaso en su garganta.

Así que de eso iba, de chico malote, con aquella mirada vidriosa, sin parar de beber, soltando aquellas gilipolleces por la boca... Me resultó tan transparente...

Lo único que buscaba era que lo mandara a la mierda, me marchara y se me quitaran las ganas de volverlo a ver. Pude haber sido una friki y una pringada durante mi adolescencia y gran parte de mi vida adulta, pero soy bastante inteligente... y, si os ha sonado pretencioso, lo siento, pero me importa un carajo.

Lo primero que hice fue acercarme a él y arrancarle el vaso de la mano. Después, fui hasta el aparador, cogí la botella y busqué la cocina. Cuando la encontré, tiré el líquido ambarino por el fregadero y, por último, vaso y botella fueron al cubo de la basura.

—Por cierto —le dije—, en cuanto puedas, los colocas en el contenedor verde para el vidrio. Hay que reciclar.

—¿Qué coño haces?! —exclamó.

—Te apesta el aliento, Bruno, y eso que no me he acercado a ti a menos de un metro. Te vi pasarte con la bebida en la librería y vuelvo a verte aquí. Tengo que hablar contigo y me gusta que la gente con la que hablo me escuche y esté lúcida.

—¿De qué vas, Rebeca? —me preguntó con desidia. Habíamos vuelto al salón y se dejaba caer sobre el marco de la puerta doble de entrada.

—No, de qué coño vas tú, capullo. Se suponía que lo único que nos separaba era que debías casarte con Elsa porque tenías que seguir con tu vida marcada para no alterar a tu padre enfermo del corazón. ¿Hasta ahí estamos de acuerdo?

—Claro, adelante —suspiró. Se cruzó de brazos y continuó a la expectativa.

—Pero a la vista está que no te has casado. ¿Por qué? ¿Qué pasa con tu padre? ¿Está bien?

—Mi padre está perfectamente.

Joder, seguía sin inmutarse. Me estaba costando demasiado trabajo hacerlo reaccionar, pero estaba segura de que lo iba a conseguir. Quería hasta el último detalle contado por él mismo.

—¿Qué le ha pasado a tu mano? —solté de sopetón. Fue la primera vez que le vi una expresión algo más alterada.

—A mi mano no le pasa nada. De verdad, Rebeca, no entiendo a dónde quieres ir a parar.

—Pues si a tu mano no le pasa nada, dibújame.

—¿Cómo dices?

—Te he dicho que me dibujes. Me prometiste un retrato mío hecho por ti y todavía lo estoy esperando.

—No tengo nada en casa para dibujar, así que ya puedes marcharte por donde...

—Eso no es problema —lo interrumpí—. He traído todo lo necesario.

Fui en busca de la bolsa que había colgado en una silla. De camino a aquella casa, había parado en un establecimiento especializado en utensilios de arte y había comprado un cuaderno de dibujo y un juego de lápices iguales a los que ya le había visto utilizar.

—Aquí tienes —declaré, después de sacar mi compra de la bolsa—. Láminas y lápices.

Aquel instante fue crucial, porque estuve a punto de derrumbarme cuando observé su cara. Sus ojos se apagaron, su labio inferior empezó a temblar y su cuerpo pareció volverse de piedra. Aproveché su confusión para seguir con mi plan.

—No me apetece —balbució.

—Oh, me da igual. —Lo ignoré mientras lo empujaba hacia un sillón y lo obligaba a sentarse. Le coloqué el cuaderno abierto sobre las piernas y un lápiz en la mano derecha—. Me hiciste creer que me querías, me mentiste, me dejaste tirada con la excusa de que ibas a casarte y puede que hasta lo de tu padre sea una trola, así que me lo debes. Sólo te estoy pidiendo un retrato, Bruno, nada más. Después, cuando lo acabes, me marcharé.

Antes de que reaccionara porque todavía intentaba asimilar que en su mano había un objeto para dibujar, me planté ante él y comencé a desnudarme. De

esa forma, conseguí que dejara de mirar el lápiz y levantara la vista hacia mí, aunque mi corazón debió de llorar desde dentro cuando vi su expresión desamparada.

Con rapidez, desabroché mi blusa, me bajé la falda, me quité el sujetador y deslicé mis bragas a lo largo de mis piernas. Y así, totalmente desnuda, me mantuve unos segundos frente a Bruno, que deslizó su mirada desde mis pies aún calzados con los zapatos hasta mi rostro. Después, volvió a reseguir mi cuerpo con sus ojos, hacia abajo, hacia arriba, y así varias veces. Cuando hice el intento de quitarme los zapatos de tacón, una súplica suya hizo que parara.

—¡No! —pidió—. No te los quites. Quédate así.

—Buena idea. —Sonreí para intentar descargar aquel ambiente denso que habíamos creado—. Si te parece, me colocaré en el sofá.

—Como quieras —susurró.

Aquella apariencia sonriente y despreocupada no fue más que una máscara que me fabriqué, porque, en realidad, estaba más tiesa que un palo. No quería perder de vista su mano, no fuera a soltar el lápiz o a lanzarlo por la ventana. Con mis sonrisas y mi cuerpo desnudo, únicamente quise que fijara su mirada en mí.

Perseguida todavía por esa mirada, me coloqué en el sofá en una pose bastante complicada pero que me pareció que llamaría su atención. Puse mi espalda sobre el asiento, levanté las dos piernas hacia arriba y las crucé sobre el respaldo, dándole protagonismo a mis estilizados zapatos de tacón de color rojo, comprados para aquella ocasión. Dejé caer la cabeza de manera que quedara colgando y mi cabello rozara el suelo. No supe bien qué hacer con mis brazos, así que, dejé caer sobre la alfombra mi mano derecha y la izquierda la posé sobre uno de mis pechos.

—¿Te parece bien así? —le pregunté, viéndolo del revés desde mi perspectiva cabeza abajo.

Tardó unos segundos en contestar; ni siquiera se movía.

«Como tarde mucho en decidirse, acabo con toda la sangre agolpada en mi

cerebro», pensé.

—Sí —susurró—, así está bien.

Pero su mano seguía quieta. Observé sus nudillos volverse blancos por la fuerza al aferrar el lápiz y el temblor de su mano. Incluso, con la tenue iluminación de una lamparita de rincón, fui capaz de divisar el brillo de las gotas de sudor que perlaban su frente.

«Vamos, Bruno —pensé—. Desliza el lápiz sobre el papel como tú sabes. Dibújame...»

Aquella postura me estaba matando, pero, al oír el maravilloso sonido del grafito rasgando el papel, reviví de golpe. En un principio, Bruno movió únicamente el lápiz no mucho más de un centímetro, pero, poco a poco, su mano fue trazando un arco cada vez más amplio sobre la blanca superficie.

Estaba tan quieta que creo que aprendí a no respirar, como una actriz que se hace la muerta. Incluso me obligué a no llorar por la emoción de volver a contemplar el rostro de Bruno abstraído en su tarea de dibujar.

—Mis padres me mintieron. —Aquella afirmación y su voz enronquecida me sobresaltaron, pero no cambié un ápice mi postura y me limité a escucharlo—. Hace diez años, a mi padre no le dio ningún infarto. Fue simplemente un ataque de ansiedad... que decidieron hacer pasar por infarto para que cambiase de opinión con respecto a mis estudios.

Me costó una vida no ponerme a gritar. Me mantuve quieta, sin perder de vista su mano, que se movía sobre el cuaderno, y su mirada, que seguía clavada en su obra.

—Lo descubrí el mismo día de mi boda con Elsa. Un cardiólogo al que represento en el bufete me llamó después de revisar las pruebas. Se lo recriminé a mis padres..., y ellos, sobre todo mi madre, siguieron defendiendo su excusa de haberlo hecho por mí.

Unos segundos de silencio y de concentración antes de que siguiera hablando.

—Decidí que se había acabado aquella farsa y, todavía con el chaqué

puesto, fui a casa de Elsa a romper con ella mientras se probaba el vestido de novia. No me montó un drama ni nada parecido, así que cogí mi coche y salí disparado hacia la carretera. Las prisas y la búsqueda de mi móvil propiciaron que me saliese de la autovía y diese varias vueltas de campana. No fue grave. Sólo mi mano quedó algo maltrecha.

De nuevo, el aire se inundó con el sonido rasposo del lápiz, «ras, ras, ras...», acompañado del latido rápido pero pesado de mi corazón, «pom, pom, pom...».

—No iba a buscar a unos familiares, como se les dijo a los invitados. Ocurrió en la provincia de Soria porque iba camino de Barcelona. Iba a buscarte a ti.

¿Alguien ha probado alguna vez a llorar cabeza abajo?

Como supondréis, yo sí lo hice. Y lo peor no fue llorar en esa postura; lo peor fue hacerlo sin que él se diera cuenta, sin mover una mano para poder limpiarme, sin hacer esos ruidos extraños que solemos hacer con la boca o sin poder absorber los mocos.

—No te hice creer que te quería —continuó—. Jamás te mentí. Ojalá nunca hubiese tenido que dejarte. Y lo de mi padre... sí, fue mentira, pero fui yo el engañado.

De esa forma, contestó a todas las acusaciones que le hice para convencerlo de que tenía que dibujarme.

Y yo, ahí seguía, boca abajo, con las lágrimas bañando mis sienes y los mocos atascados en la garganta. Se me habían dormido las manos y las piernas corrían peligro de desplomarse de un momento a otro. Llegué a temer que aquellos zapatos rojos de tacón de aguja cayesen sobre mi cara y me dejaran una marca en mitad de la frente.

—Creo que ya está —me anunció.

Por poco no lloro más por poder cambiar de postura. Bajé las piernas, enderecé mi cuerpo y esperé un poco a que la sangre volviera a circular en sentido correcto. Después, me levanté y me acerqué a Bruno. Me arrodillé

delante de él y tomé el cuaderno de sus manos para poder ver el resultado. Como las otras veces, me dejó sin aliento.

—¿Ves? —le planteé con una sonrisa—. Sí que puedes dibujar, y dibujos preciosos como éste. Aunque tengo la impresión de que ésta no soy yo. —Reí—. Imagínate, este pedazo de rubia desnuda, de largas piernas y pose tan sensual...

—Estás llorando —me interrumpió Bruno.

—¿De verdad? —Sonreí, al tiempo que pasaba el dorso de mi mano sobre mi cara—. No me había dado ni cuenta.

Bruno acercó su mano a mi cara y deslizó un mechón de mi pelo detrás de mi oreja. Luego, enjugó parte de mis lágrimas con los dedos y me sonrió, por primera vez en mucho mucho tiempo.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Por poco no me convierto en un charco de caramelo derretido. ¿Desde cuándo era yo tan empalagosa?

No lo había sido nunca, pero, en un momento como aquél, sí, lo confieso, lo fui. Cuando sientes esa clase de amor que te incita a hacer por la otra persona cualquier cosa; cuando sientes esa clase de amor que te desgarrar por dentro y a la vez te hace reír de felicidad; cuando sientes esa clase de amor por el que darías todo sin recibir nada a cambio... cuando sientes amor de verdad, todo es posible.

—No, no lo soy —repliqué—, pero, cuando estoy contigo, sí me siento increíble. Me llego a sentir una princesa.

—Pues menudo príncipe te has buscado. —Sonrió con tristeza.

—Algunas princesas no buscamos príncipe azul —le aclaré—. Siempre fui más de tíos normales, aunque tú, precisamente normal, nunca fuiste.

—A veces hablas en pasado, Rebeca, y ya estoy cansado de mirar hacia atrás. Me gustaría que hablaras en presente.

—¿Y qué podría decir?

—No sé qué quieres decir tú, pero sí sé lo que puedo decir yo: te quiero.

—Eso es presente —solté en un batiburrillo de risa, llanto, mocos, lágrimas y felicidad—. ¡Es muy presente!

A la porra el disimulo. Ya me importaba un pimiento que me viese llorar o lanzarme a sus brazos, como hice. Lo abracé tan fuerte que temí ahogarme yo misma, porque no sólo habían sido esas últimas horas de tensión las que me habían agobiado, sino los anteriores días, semanas, incluso meses, que llevaba guardando mi pena y mi rabia muy adentro y tenía que desahogarme de alguna manera.

Además, Bruno también lloraba, así que...

—Gracias por haber venido, Rebeca —me dijo en medio de aquel abrazo—. Gracias por ser como eres y por aparecer en mi vida en el momento que yo creí más inoportuno.

Separé mi cabeza de su hombro para poder mirarlo. Los dos teníamos los ojos brillantes y las mejillas húmedas. Sonreímos y después reímos, como tantas veces habíamos hecho juntos. De pronto, tras aquel momento de relajación, fuimos conscientes de que yo estaba desnuda, sentada a horcajadas sobre él, que continuaba vestido. Nuestras respiraciones se aceleraron, la temperatura de nuestra piel comenzó a subir y ya sólo nos quedaron ojos para fijarlos en los labios del otro. Juntamos nuestras bocas y volvió a producirse la misma explosión de siempre, aquella que tenía lugar cada vez que nos besábamos, cada vez que uníamos nuestras pieles. La pasión llegaba a nuestros cuerpos con una facilidad increíble, y, unida a la necesidad que sentíamos en aquellos instantes, se transformó en una ola de fuego que nos cubrió por completo.

Después de darnos un festín con nuestras bocas, Bruno posó sus manos en mi cintura para hacer que mis pechos quedaran a la altura de su rostro. Se introdujo uno de ellos en la boca para chuparlo a conciencia, y después hizo lo mismo con el otro, y de nuevo al primero, y luego al otro... Fue trasladando sus labios a cada pezón, para envolverlos después con su lengua, mojada y caliente. La magia que desprendía su boca, junto con lo sensibles que han sido

siempre mis pechos, conseguía que estuviese a punto de alcanzar el orgasmo únicamente con aquellas pasadas de su lengua. Moví mis caderas con ansia, esperando ese último roce que necesitas para alcanzar la cumbre, algo que Bruno interpretó con facilidad. Colocó esa vez sus manos en mis caderas y me elevó con fuerza, hasta que mi sexo estuvo a la altura de su boca. Tuve que sujetarme al respaldo del sillón para no caerme de cabeza al suelo mientras él abría mis piernas e introducía su rostro en mi sexo húmedo y ardiente. Mis uñas se clavaron en la tela del mueble cuando sentí su lengua penetrar mi cuerpo y sus dientes rozar mis labios y mi clítoris hinchado, aunque el grito que rasgó el aire lo emití al sentir uno de sus dedos penetrar mi otro orificio. Me pareció algo incómodo a la par que muy excitante y erótico. El orgasmo me sobrevino de golpe, ardiente y explosivo, mientras las manos de Bruno se clavaban en la carne de mis glúteos, su dedo seguía penetrándome y su boca se bebía hasta el último resto de mi placer. Desmadejada, resbalé por su cuerpo y volví de nuevo a acabar de rodillas frente a él. Perfecto.

Porque lo tuve a tiro para comenzar a desnudarlo. Tiré de su camisa y abrí su pantalón con desesperación para deslizarlo por sus piernas, junto a la ropa interior, y agolparlo en sus tobillos. Me lancé como una hambrienta sobre su miembro para metérmelo en la boca y sentir en mi rostro la suavidad de su piel caliente y la aspereza de su vello. Bruno me agarró del pelo y embistió con sus caderas contra mi boca unas pocas veces, pero, en medio de un desgarrador gemido, me tomó de los brazos para colocarme de nuevo a horcajadas sobre él y penetrarme de un solo empujón.

Volvíamos a dejarnos llevar por el deseo, la necesidad y el placer. Su miembro golpeaba mis entrañas y mis pechos rebotaban en su tórax al tiempo que unimos nuestras bocas de nuevo. El placer se volvió tan explosivo que, al alcanzar el clímax, ambos estallamos en un ensordecedor grito, mientras nos movíamos, nos besábamos, nos abrazábamos. Acabé enredada en él, unida a él, pegada a su piel con la ayuda de diversos fluidos corporales. Habíamos llorado, moqueado, sudado...

—Creo que sería una buena idea darnos una ducha —propuso Bruno cuando nuestros pulmones nos dejaron hablar.

—Me parece perfecto.

Bruno se levantó conmigo en sus brazos y fue a dar el primer paso, pero no recordó que aún llevaba los pantalones y los calzoncillos enredados en los tobillos, por lo que trastabilló y ambos caímos al suelo en un tremendo porrazo.

—Joder —se lamentó él, que se llevó la peor parte. Justo antes de caer, dio un pequeño giro para que yo cayera encima de él, por lo que su espalda se ganó un gran costalazo contra el suelo—. Maldita sea...

—Y esta vez no he sido yo —reí, mientras hundía mi cara en su pecho—. ¡Por una vez no he sido yo la que se ha caído! —Y vuelta a reír, cada vez más fuerte.

—Yo también me reiría —gimió él—, si pudiese respirar.

—Yo te ayudo, anda.

Me puse en pie, lo despojé de sus pantalones y le di la mano para ayudarlo a levantarse.

Nos dimos una relajante ducha, entre risas, frotamientos de espaldas y pompas de jabón. Al acabar, nos dejamos caer sobre su cama.

—Tendríamos que comer algo —comentó él.

Parecía de nuevo tan relajado y feliz... pero las cosas aún no habían quedado del todo claras.

—Sí, yo también estoy hambrienta —sonreí—, pero primero debemos hablar, Bruno.

—Lo sé, lo sé —suspiró—. Tengo que poner en orden mi vida, dejar de ahogarme en brandy, atender el bufete con más empeño, volver a dibujar...

—Sí, sí, todo eso está muy bien. —Él estaba de espaldas sobre la cama y yo me apoyaba sobre su pecho—. Pero yo me refería a tus sueños, a aquello que siempre quisiste hacer.

—Mi mano aún está desentrenada, pero volveré al estudio, no te preocupes.

—Yo me refería a matricularte en Bellas Artes.

Un suspiro y silencio.

—Rebeca...

—¿Qué? —pregunté—. Es lo que siempre quisiste hacer y no te dejaron. Con la ventaja de tu experiencia y del bufete para financiarte, sin presiones, sin prisas...

—Creo que ya es un poco tarde para eso.

—Oh, vamos, habló el anciano. ¡Hay gente mucho mayor estudiando en la universidad!

—No lo digo por la edad, sino porque ya no soy aquel muchacho entusiasmado. Las circunstancias han dejado mella en mí, las mentiras, los fracasos, los miedos...

—¡Pues todo eso a la basura! —insistí—. Mírame a mí. ¿Qué te parece que sea ahora editora en Universal? ¡Después de haber aguantado las putadas y el acoso de Julia! ¡Después de hacerme creer que no valía para otra cosa más que para hacer recados y tomar notas!

—Eso es diferente.

—No es diferente, Bruno. Si tienes un sueño, persíguelo, porque no va a venir él solito a ti. Yo tuve que enfrentarme a Julia, dejar mi trabajo, cambiar de ciudad, dejar mi casa y mis amigos. Y tú vas a tener que organizarte, tener muy poco tiempo libre o delegar más casos en Luis y el resto de abogados, pero, cuando lo consigas, verás que habrá valido la pena. Y yo —maticé mientras acariciaba su áspero mentón— voy a estar a tu lado, contigo, para apoyarte, para ayudarte, para lo que haga falta.

—Tú siempre has estado ahí, Rebeca, aunque fuese en mis pensamientos.

—Además —añadí para no volver a caer en sentimentalismos—, ya lo has visto, estás insoportable desde que dejaste de pintar. Si cuando nos reencontramos en la revista eras un tipo de lo más borde, últimamente eres un amargado de la vida.

—Cuidado —me dijo con una mueca—, porque lo voy a seguir siendo

durante un tiempo.

—No lo creo —susurré mientras lo rodeaba con mis brazos—, porque, desde que me has dibujado y hemos hablado de que vuelvas a la universidad, no has dejado de sonreír.

—¿En serio? —soltó con una divertida mueca—. Pues aún no he decidido si seguiré tu consejo de volver a estudiar.

—Sé que lo harás. —Lo abracé y hundí mi rostro en la curva de su cuello—. Porque Bruno Balencegui dejará de ser un amargado. Volverás a ser como aquel adolescente, antes de que, por proteger a los que más quería, dejara de tener ilusión.

—¿Y estaremos juntos? —preguntó más que afirmó.

—Sí —respondí—, estaremos juntos. Porque yo soy la chica que perseguía un sueño y tú el chico al que se lo habían arrebatado. Juntos, sumamos, Bruno.

Nos besamos y volvimos a hacer el amor, esa vez de una forma más pausada y, nosotros, un poco más limpios.

Capítulo 29

Más vale tarde...

Un año más tarde

Desde aquel día soy más consciente de que las casualidades existen, pero mucho más de que todo me tenía que pasar a mí. Porque sólo podía ocurrirme a mí tener la presentación de mi novela el mismo día de la primera exposición de Bruno.

Intentamos cambiar la fecha de la exposición, pero no fue posible porque la galería tenía todos los días ocupados. También lo intentamos con mi presentación, pero nos ocurrió algo parecido. En una editorial, las fechas son algo muy serio, y si la novela se pone a la venta un día en concreto, no se puede cambiar.

—Tranquilízate, Rebeca —me dijo Laura, que había acudido a la Librería Odisea junto a Simón, Selene y Ángel; aquella librería a la que yo tantas veces había asistido para que un escritor me firmara su novela—. Llegaremos a tiempo, ya lo verás.

—No sé, Laura —suspiré—. No ha venido mucha gente, pero se está retrasando demasiado...

Oh, perdón por no comentar el tema de la publicación de mi novela. Tardé un tiempo en terminarla y revisarla, pero, al fin, Diego de la Torre dio el visto bueno a su publicación. No voy a decir que se convirtiera en un bestseller, pero no me fue del todo mal. Después de aquélla, escribí otra más, un poquito mejor, porque la experiencia y las vivencias me ayudaron mucho a aprender.

Pero, de todos modos, mi trabajo principal sigue siendo la editorial, porque convertirme en editora de Universal fue lo mejor que pudo pasarme en la vida.

Por fin, pude colocarme en una mesa, sobre la que esperaban situados en estratégicas posiciones varios ejemplares de la novela. Debió de quedar bastante mal y puede que más de uno me criticara, porque no dejé de mirar la hora en mi reloj durante toda aquella firma de ejemplares.

No hay mucho más que resaltar de aquella tarde. Me hacía ilusión, sí, pero no era lo más importante de mi vida. Por eso, lo realmente importante aquella tarde era la presentación de la obra de Bruno.

—¿Crees que podría fingir algún tipo de malestar y largarme? —le pregunté a Simón entre dientes.

—Joder, Rebeca —gruñó—. Ya te hemos dicho que llegaremos a tiempo a la galería. Tranquilízate y disfruta.

La única anécdota que recuerdo de aquel evento fue el momento en que reconocí a una lectora que venía a conseguir su ejemplar firmado.

—¿Cómo te llamas? —le dije sin levantar la vista.

—¿No te acuerdas de mí, Rebe?

No reconocí la voz, pero sí aquel diminutivo que tanto odié durante mis tiempos de instituto. Alcé la mirada y me topé con el rostro de Tamara Molina.

—Vaya, Tamara —la saludé mientras le escribía una dedicatoria—. ¿Cómo te va?

—No soy tan famosa como tú —bromeó con uno de aquellos mohínes que formaba con sus labios, igual que cuando tenía quince años—, pero no puedo quejarme. Estudié Turismo y trabajo para una importante compañía aérea. ¿Y tú? ¿Qué haces, además de escribir *una* novela?

Recalcó lo de «una», para que quedara claro que tampoco era para llamarme escritora.

—Soy editora en Universal —le respondí—. Es el mejor trabajo del mundo; mi sueño hecho realidad.

—Oh, qué guay —murmuró sin mucho interés—. En fin, gracias por la

dedicatoria. Tengo que irme, que me está esperando mi novio. —Cogió el libro y señaló hacia un tipo que me pareció bastante corriente—. Él es mucho más fan tuyo que yo.

Si alguien espera que diga que Tamara había engordado, estaba fea, iba mal vestida o algo por el estilo, se va a llevar una decepción, porque seguía igual de guapa, elegante y con un pelazo perfecto. Y supongo que fueron esos detalles los que me empujaron a «vengarme» en cierto modo de todos aquellos años en los que fue cruel conmigo. Sí, estoy de acuerdo en que ya teníamos veintisiete años y que habían pasado unos cuantos desde entonces, pero me apeteció y punto. Aún seguían en mi memoria las lágrimas que me hizo soltar cuando se metía con mi horrible pelo, con mi forma patosa de caminar, con mis zapatos horteras, con mi ropa de mercadillo o mi risa de cotorra.

—Pues saluda a tu novio de mi parte —le dije—. Por cierto, Tamara, seguro que de mi novio debes acordarte.

—¿De Simón? —planteó con una mueca de asco—. Claro que me acuerdo.

—Oh, no es Simón —le rebatí—. Aunque habrás comprobado que está guapísimo y que ahora es novio de Laura.

—Ya... —murmuró con aburrimiento.

—Mi novio es Bruno Balencegui —le solté—. ¿Te acuerdas de él?

—¿Bruno? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Bruno Balencegui, el abogado?

—Ese mismo. El que salió contigo durante un tiempo.

«Y tú enviaste a la mierda, por petarda.»

—No puede ser... —insistió—. ¿Bruno? ¿Contigo? —insistió, como si fuera la idea más descabellada del universo.

—Sí, Tamara, mira cómo son las cosas. Nos reencontramos, le confesé que había sido mi amor en la adolescencia, él me dijo que también había estado enamorado de mí todos estos años... En fin, que llevamos juntos un año.

Durante unos instantes, me miró como si creyese que en cualquier momento le fuese a descubrir que aquello era broma. Pero yo aguanté su escrutinio con

una sonrisa. Muy falsa, por cierto, porque estaba deseando que se largara.

—Bueno, Rebe —se despidió—. Me alegro por ti. Dale recuerdos a Bruno de mi parte. —Y se marchó.

¡Qué a gusto me quedé!

—¿Esa gilipollas era Tamara? —me preguntó Laura, que se acercó a mí en cuanto la otra desapareció.

—Sí, tía, la misma.

—Ha debido de flipar al saberte una triunfadora, ¿no?

—No creo —le contesté—. Pero sí se ha quedado con los mocos colgando cuando le he dicho quién era mi novio. Creo que no se lo ha acabado de creer.

—Pero lo hará —rio Laura—. En cuanto te investigue en Instagram y vea fotos de vosotros dos juntos. Ahora mismo voy a subirte unas cuantas en las que se os vea muy acarameladitos, que hace tiempo que no publicas nada.

Después de las últimas risas y de dejar a Laura a cargo de mis redes sociales, eché un vistazo a mi reloj para cerciorarme de la hora. Ya no quedaba nadie por allí, excepto personal de la editorial.

—¡Simón! —grité—. ¡La exposición de Bruno comienza a las nueve y son menos cuarto!

—¡Vámonos ya! —exclamó mi amigo—. ¡Todos a mi coche!

Su coche resultó ser un Fiat Panda de alquiler o, lo que es lo mismo, una puta caja de cerillas para meternos dentro los cinco. Para colmo, la calle que debíamos tomar apareció cortada por unas obras repentinas. La barrera de luces naranjas intermitentes hizo frenar de golpe a Simón.

—¡Joder, Simón! —gritó Selene. Las tres chicas íbamos montadas detrás, Laura en medio, por ser la más bajita—. ¡¿Qué coño haces?! ¡Me han crujido las cervicales!

—Será mejor que ponga el GPS —se oyó la tranquilizadora voz de Ángel—. Aunque no sé qué nueva ruta nos va a señalar.

—¡Dejaos de GPS y preguntad a algún taxista! —exclamó Laura—. ¡Lo tradicional es lo más efectivo!

—¡Los taxistas no tienen ni puta idea! —replicó Simón—. ¡Dejad que Ángel me guíe!

—¿Es porque Ángel es un hombre? —preguntó Selene con retintín.

—Claro que no —contestó su novio—. Lo que pasa es que yo no me pongo nervioso como vosotras.

—¡Pues será mejor que te pongas un pelín nervioso, joder! —intervine yo—. ¡Porque entre discusiones tontas y la voz de la petarda del GPS, me están entrando ganas de bajar de esta lata de sardinas e irme andando! ¡Que ya son las nueve, hostia!

A las nueve y media. ¡Llegamos a las nueve y media, después de perdernos cinco veces! Bajé de aquel coche con tanta rapidez que creo que todavía estaba en marcha. Y, como no podía ser de otra forma, metí el pie justo en un charco y me llegó el agua fangosa hasta la rodilla. Pero yo seguí corriendo por la calle hasta llegar a la puerta de la galería de arte, sin apenas ser consciente de los «chof, chof» que surgían de mi zapato de tacón a cada paso que daba, de la enorme carrera en las medias y del encrespamiento que había producido la humedad de la noche en mi pelo. Todavía, a pesar de utilizar toda clase de productos que te prometen un alisamiento perfecto, mi pelo no dejaba de parecer un arbusto de aulaga en cuanto le daba un poco de humedad.

Entré en el edificio con la intención de dirigirme con rapidez al baño y adecentar mi imagen, pero clavé mis zapatos enfangados en las baldosas del suelo del vestíbulo. Desde allí se podía ver a Bruno, hablando con algunas personas que observaban los cuadros que había colgados en las paredes. Como siempre, mi corazón dio un vuelco al observarlo, tan guapo, tan alto, tan risueño. Algunos de los focos que iluminaban directamente los cuadros impactaban contra su pelo y le extraían dorados destellos. Vestía de forma elegante, aunque hacía un tiempo que había cambiado sus sobrios trajes por ropa algo más juvenil, como el pantalón claro que llevaba junto a un jersey negro.

Para comérselo... o, mejor, para chuparlo lentamente...

Decidí que me importaba un comino mi pinta. Había llegado tarde y no pensaba retrasar ni un minuto más mi aparición. Corrí hacia Bruno y él percibió mi presencia con rapidez, más que nada porque me lancé a sus brazos.

—Lo siento, cariño —me excusé—. La firma ha acabado más tarde de la cuenta y después nos hemos perdido por el camino con esa lata de coche que alquiló Simón...

—No pasa nada —me interrumpió—. Ya estás aquí y eso es lo importante.

—Y con menudas pintas —gruñí—. He corrido tanto al venir que se me han roto las medias, y mira qué pelos...

Su respuesta fue besarme, con un beso de esos que te quitan el sentido. Abrió mis labios, introdujo su lengua y envolvió la mía de forma pausada, lenta, dulce, caliente.

—Estás preciosa —me regaló al acabar—, como siempre.

—Gracias —respondí apenas sin voz por lo que todavía me afectaban sus besos—. Pero tú sí que estás precioso.

—Suenas un poco raro —me dijo con una carcajada—, pero me gusta si es lo que piensas.

Seguíamos abrazados, con nuestras íntimas confidencias, cuando un carraspeo femenino nos interrumpió.

—Perdona, Bruno...

En un segundo me envaré como un palo. Seguía sintiendo un rechazo infinito hacia aquella mujer que había estado a punto de casarse con él y que todavía seguía apareciendo en los lugares más insospechados. ¿Un evento de escritores? Elsa aparecía porque conocía a unos cuantos. ¿Una reunión familiar? Elsa estaba porque era amiga de la familia. ¿La primera exposición de Bruno? Por supuesto, allí estaba ella, aunque siempre le hubiese importado un pimiento el sueño de Bruno de pintar.

Le ofreció a su ex una copa de cava, pero él la rechazó. Desde que comenzara sus clases y a pintar de nuevo, el alcohol sobraba en su vida, lo

mismo que los antidepresivos. El hecho de hacer lo que le gustaba le proporcionaba la felicidad suficiente... y espero que yo tuviera un poquito que ver también.

—Hola, Elsa —la saludé sin dejar de apretar los dientes.

—¿Qué tal, Rebeca? —contestó ella sin dedicarme un segundo. Se fue directamente a por mi chico—. Perdona, Bruno, pero un marchante de arte está interesado en alguna de tus obras.

—Te dije que no necesitaba de vuestros contactos —le recriminó él—. ¿O crees que no he notado tu mano y la de mis padres en toda esta gente importante?

—Sólo queremos ayudarte.

—No me hagas reír, Elsa. Pudisteis haberme ayudado hace muchos años y no lo hicisteis. Pero claro, ahora que el chico pintor de los Balencegui se ha empeñado en pintarrajear cuadros, será mejor rodearlo de gente entendida y darle un toque de glamur.

—Tus padres acaban de llegar —anunció Elsa, envarada, intentando obviar los duros comentarios de Bruno—. Deberías saludarlos. Yo iré a hablar con el marchante mientras te esperamos. —Se dio la vuelta y se fue.

—Vamos a saludar a tus padres —le propuse, una vez solos—, y al resto de los que han asistido, ¿no te parece?

—Todavía no entiendo qué hacen aquí —gruñó, en referencia a sus progenitores—. Aún recuerdo sus caras cuando les dije que me había matriculado en la universidad para estudiar Bellas Artes.

—Tus padres son tradicionales, Bruno —procuré mediar—. Te veían como el prometedor abogado que habían soñado que serías.

—No los defiendas —refunfuñó.

—Oh, sólo lo hago para tranquilizarte —le confesé—. No esperarás que te diga lo incómoda que me siento en su presencia o lo estirados que me parecen, sobre todo tu madre, que me taladra cada vez que me ve y se queda con las ganas de decirme que Elsa era mejor que yo.

—Vale —rio Bruno—, ya veo que no los defiendes.

—Por suerte los vemos unas pocas veces al año —suspiré.

A pesar de su malestar, nos acercamos a saludarlos. El padre me seguía pareciendo algo más agradable, pero su madre... estaba demasiado resentida con su hijo por haberla decepcionado... y si para colmo se le presentaba con una novia tan vulgar como yo...

—Buenas noches —los saludé—. ¿Qué les ha parecido la exposición? Creo que el talento de su hijo ha quedado más que demostrado. Un solo año de universidad ha sido suficiente para sacar lo mejor de él.

—Pero sigue siendo un buen abogado —afirmó su madre con altivez.

—Lo sé —contesté—. Por eso no ha dejado el bufete, porque puede compaginar las dos cosas. Bruno es bueno en todo lo que se proponga —proseguí—. Pero, además de bueno en algo, hay que ser feliz. ¿No les parece?

Nos alejamos de allí para ir en busca del marchante que había mencionado Elsa. A Bruno no le hacía mucha gracia recurrir a alguien invitado por su familia y su exprometida, pero lo convencí para que probara. Si ese hombre actuaba por obligación, se le notaría en la cara.

—Señor Balencegui —se presentó éste, con un marcado acento inglés—. Me llamo Timothy Burrell y me dedico a representar a artistas para ponerlos en contacto con galerías importantes o coleccionistas.

—Sé lo que es un marchante —le dijo Bruno en un tono claramente hostil.

—Lo imagino —continuó el hombre con una sonrisa—. Tal vez piense que estoy aquí por los contactos de Elsa, pero le prometo que sé de una importante galería londinense que estaría interesada en una de las series de su obra.

—¿Una serie? —pregunté yo, confundida.

—Sí, señorita Rebeca. La suya.

—¿Cómo sabe mi nombre? —inquirí—. ¿Y a qué se refiere con *la mía*?

Bruno parecía un poco azorado y me mosqueó aquel secretismo. Seguí los pasos del inglés hasta una especie de habitación o hueco de aquella galería, donde habían sido expuestos los cuadros de la serie «Rebeca». Aluciné

cuando me vi allí reflejada, tantas veces, en tan diferentes poses, tanto vestida como desnuda, sobre todo desnuda, muy desnuda.

—Jo-der —susurré.

Reconocí en aquellos cuadros los primeros dibujos que me hizo Bruno, sentada en un sillón de la habitación del hotel, tumbada en la cama, mirando por la ventana, pensativa, risueña, escribiendo, leyendo... Algunos momentos yo fui consciente de ello, pero muchos otros no había tenido ni idea de que me hubiese estado observando y pintando.

En aquel instante, se presentaron mis amigos. Los cuatro se quedaron con la boca abierta.

—Eres tú, Rebeca... —murmuró Laura.

—Qué pasada... —dijo Simón.

—La hostia... —susurró Selene.

—Qué maravilla... —exclamó Ángel.

Yo también seguía con la boca abierta, incapaz de soltar una palabra.

—No te enfades —me pidió Bruno—. Tal vez te sientas un poco incómoda por verte tantas veces, en poses que son más bien íntimas, pero me siento tan satisfecho de lo que hice que creí que debía compartirlo con quien supiera apreciarlo.

¿Enfadada? ¿Cómo iba a estar enfadada?

—Oh, Bruno —contesté mientras lo abrazaba y trataba de no llorar—, ¿cómo voy a enfadarme contigo? Me siento tan... orgullosa... de ti, de mí, de nosotros...

—Tus padres han aguantado unos quince segundos aquí dentro. —Elsa volvía a aparecer, para no perder la costumbre, y a interrumpir uno de nuestros momentos de intimidad. Llegué a creer que lo hacía adrede, para fastidiarnos—. Más de lo que imaginé.

—De momento —intervino el marchante—, es esta serie la que me interesa. Si les parece adecuado, la galería Solsby, de Londres, estaría encantada de exponerla.

—¡Madre mía, Solsby! —exclamé—. ¿No dices nada, Bruno?

—No sé... Mi intención no iba más allá de hacer lo que me gusta.

—Pero si te pagan por hacer lo que te gusta —intervine—, mucho mejor, ¿no?

Al final, Bruno accedió a brindar con una pequeña cantidad de cava. Nos acompañaban mis amigos, compañeros de la editorial, Luis, Diego de la Torre, la omnipresente Elsa, compañeros de facultad de Bruno... Sus padres se habían despedido cortésmente unos momentos antes, alegando el cansancio del padre de Bruno.

Realmente, fue una noche llena de emociones, de ilusión, de sueños cumplidos, de reencuentros, de risas. Detrás de todo aquello, sin embargo, también existían malos momentos, sacrificios y renunciaciones, pero nada resulta fácil. Incluso puede ser verdad que las cosas que más cuestan sean las mejores, no lo sé.

Ya de madrugada, Bruno y yo yacíamos abrazados en la cama. A pesar de estar muertos de cansancio, no podíamos dormir.

—Gracias, Rebeca —me dijo mientras me envolvía con sus brazos y rozaba mi pelo con sus labios—. Por esta noche, por aparecer en mi vida, por todo. Te quiero.

—No creo que sea cuestión de agradecer —contesté, al tiempo que cerraba los ojos por la dulzura de sus caricias—. Como te dije en una ocasión, simplemente, juntos, sumamos. Te quiero.

* * *

Y éstas son las historias de amor que prometí contaros. Como ya os comenté, son diferentes entre sí, aunque todas compartan mucho amor y pasión.

Con Laura y Simón he podido constatar que, a veces, el amor está más cerca de lo que creemos; con Selene y Ángel, he probado que el amor es suficientemente fuerte como para solventar las situaciones más adversas, y

conmigo y Bruno... no sé muy bien qué demostrar. Sólo sé que me parece una historia de lo más bonita y especial, porque encierra el recuerdo de un primer amor, de un reencuentro inesperado, de saber seguir adelante a pesar de las circunstancias, de intentar mejorar, de perseguir un sueño y de luchar contra el mundo para conseguirlo.

Y esto es todo. ¿O todavía no?

Epílogo

Boda n.º 1: Laura y Simón. Dos años más tarde

Por supuesto, si iba a haber boda, tenía que ser la de Laura y Simón, porque mi amiga siempre ha sido la más soñadora, la más dulce, la que más creía en príncipes y cuentos con final feliz. Bien es cierto que de pequeña pasó muchas horas en la soledad de su habitación, oyendo los gritos y golpes de sus padres, intentando evadirse a aquellos mundos paralelos llenos de fantasía, donde podía tener la vida que quisiera.

Ella y Simón decidieron celebrar una boda tradicional, en la iglesia de Santa Ana. Fueron unos días bastante ajetreados para mí, pues no podía abandonar mi trabajo en la editorial, pero por nada del mundo me hubiese perdido ayudar a organizar la boda de mis amigos. Así que, puente aéreo para allá, AVE para acá, pude conseguir compaginar mi trabajo con las pruebas del vestido de novia y de novio, la elección del restaurante, las tarjetas y todo lo que conlleva una ceremonia así.

El día del evento, Laura se vistió en el piso que compartía con Simón, mientras que él fue a hacerlo a casa de Ángel y Selene. En el momento en que vi a Laura con el traje de novia, me puse a llorar, porque era como ver a mi hermana. Su vestido era blanco, clásico, y yo la ayudé a colocarse la diadema y el velo.

—Pero no llores —me pidió al contemplar mis lágrimas—, o haré lo mismo y desgraciare el maquillaje.

—Lo siento —me lamenté—, no puedo evitarlo. Estás tan... princesa. —
Reí.

Bruno dio unos golpecitos en la puerta para pedir permiso. Él iba a ser

quien la acompañara al altar, puesto que el padre de Laura hacía años que se había largado de su casa y sólo iba a aparecer su madre. La pobre mujer, bastante desmejorada, abrazó a su hija cuando la vio vestida de novia.

—¿Por qué no vas a ver a Simón? —me susurró Bruno mientras madre e hija se abrazaban—. Yo me encargo de acompañar a Laura.

Le hice caso y cogí un taxi para presentarme en casa de Ángel y Selene. Mi antigua vecina parecía que fuese a desfilarse por la mejor pasarela de moda, tan alta, tan espectacularmente guapa... pero al que realmente me interesaba ver era a Simón.

Mi amigo se terminaba de colocar la chaqueta de un clásico traje oscuro delante del espejo de un armario.

—Hola, Rebeca —me saludó al verme reflejada allí—. Pensaba que estarías con Laura.

—Ya he estado —le aclaré mientras le recolocaba la corbata—, pero tú eres tan hermano para mí como ella, así que no podía perderme tu momento.

—Me alegra que estés aquí —declaró después de abrazarnos—. Quién nos lo iba a decir —rio—, cuando éramos tres pringados, que un día yo me casaría con Laura y que tú acabarías con aquel chico que te hacía suspirar.

—Es cierto —reí—, pero ahora será mejor que nos pongamos en marcha y seguir con la tradición de que el novio llegue antes que la novia.

Durante la ceremonia en la iglesia, empecé a encontrarme mal. Habían sido unos días muy intensos, con demasiados viajes y muy pocas comidas. La iglesia empezó a dar vueltas alrededor de mi cabeza y tuve que sentarme en el banco mientras el cura seguía con su sermón.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Bruno.

—Nada —le dije mientras cerraba los ojos e intentaba que la iglesia dejara de girar—. Sólo estoy algo agotada.

Pero en el restaurante siguió mi malestar. La comida, pese a estar deliciosa, me daba arcadas y apenas probé bocado. Supuse que mi estómago se había acostumbrado a poca comida. A pesar de encontrarme cada vez peor, tuve que

hacer mi discurso, tal y como les había prometido a los novios. Me acerqué a su mesa, choqué una cucharilla contra mi copa y alerté a los invitados para que me prestaran atención.

—Hoy es el día más feliz para mis amigos y para mí. Laura y Simón...

Y ya no pude seguir. Ante el espanto de los asistentes, abrí la boca y dejé escapar una oleada de vómito que fue a parar sobre los restos de la tarta nupcial, los blancos manteles, el centro floral y parte de los trajes de los novios. Por poco no me muero de la vergüenza cuando oí a los invitados soltar un gruñido colectivo de asco.

Un instante después, tenía a Bruno a mi lado, sujetándome, limpiándome la boca con una servilleta.

—Cariño, será mejor que vayamos al hospital. No me parece normal que estés tan mal por un poco de falta de descanso.

Me tomó en brazos y cogimos un taxi que nos llevó a Urgencias. Allí, después de unas cuantas exploraciones y otras tantas analíticas, se nos presentó una doctora muy sonriente.

—¿Son ustedes pareja?

—Sí —contestamos los dos.

—Pues enhorabuena —nos felicitó—. Van ustedes a ser papás.

Después de aquella noticia, creo que nos mareamos los dos.

Boda n.º 2: Selene y Ángel. Siete meses después

Nunca pensé que mi otra pareja de amigos tuviera intención de casarse, y mucho menos que fuese tan poco tiempo después de la anterior boda. Sin embargo, parece ser que, como sucede en algunas ocasiones, les entró una pizca de envidia el día que se casaron Laura y Simón y decidieron hacer lo mismo, aunque de una forma un tanto diferente.

Selene y Ángel escogieron una ceremonia al aire libre. Se casaron en la playa, concretamente en una preciosa cala de la Costa Brava. Se nos pidió a

los invitados que fuéramos vestidos de blanco y descalzos, algo que a cualquiera le sentaba bien menos a mí, que lucía una enorme barriga de ocho meses de embarazo. Los novios estaban guapísimos, lo mismo que Laura y Simón, o Bruno, que, con su altura y su atractivo, parecía un cotizado modelo. A su lado, me sentía como un enorme botijo.

—Deja de decir que estás gorda y fea —me pidió Bruno cuando estuvimos sentados en las sillas blancas, frente al altar confeccionado con flores, mientras se oficiaba la ceremonia—. Cuántas veces voy a tener que decirte que jamás he visto un cuadro más hermoso que el que pinté yo mismo tomándote como modelo con tu embarazo.

En eso tenía razón. Me dibujó estando embarazada y he de decir que se me veía hermosa y feliz. Y desnuda, como otras veces, aunque tapó mi cuerpo con diversas flores silvestres.

—El mérito es tuyo —murmuré mientras dejaba caer mi cabeza sobre su hombro.

De pronto, una humedad caliente bajó por mis piernas. Fruncí el ceño y miré hacia la playa, por si alguna ola había llegado hasta nosotros y nos mojaba los pies. Pero no, no había sido una ola. La marea estaba retirada varios metros de nosotros y, además, el agua no hubiese estado tan caliente.

Oh, oh...

—Bruno —le advertí—, creo que he roto aguas.

—¿Cómo dices? —contestó algo ausente, pendiente de la ceremonia.

—¡Que he roto aguas! —chillé para que me hiciera caso—. ¡Que tu hija ha decidido venir con un mes de antelación!

—¿¿Qué?!! —gritó él mientras observaba el charco en la arena—. ¡No puede ser!

—¡Pues yo diría que sí puede ser! —continué vociferando—. ¡Porque el dolor que empiezo a sentir me está matando!

Como hiciera siete meses atrás, Bruno me tomó en brazos y me llevó hasta el coche para llevarme al hospital. Les dijimos a los novios y a los invitados

que no se preocuparan por nosotros y siguieran con la boda, pero decidieron que el juez los declarara ya marido y mujer para poder venirse con nosotros.

—¡En cada boda tengo que dar el espectáculo! —me lamenté entre contracciones, apoyada en el regazo de Laura—. ¡No puedo ser más oportuna! —ironicé.

—Tu hija ha sido la oportuna —rio mi amiga.

Después de toda una noche de parto, a las seis de la mañana, llegó al mundo Enara.

Boda n.º 3: Bruno y Rebeca. Cinco años después

Todavía era temprano, pero era domingo y podía regodearme un poco más en la cama. Bruno estaba pegado a mi espalda y rodeaba mi cuerpo con sus brazos. Pero lo que me hizo abrir los ojos fue un calor abrasador que entró por mis pechos y acabó humedeciendo mi sexo.

—¿Qué haces? —susurré. Cerré de nuevo los ojos y dejé que los dedos de Bruno siguieran pellizcando mis pezones. Su miembro duro se alojaba clavado en la parte baja de mi espalda.

—No sé. —Sonrió—. Me he despertado y estabas aquí, tan calentita, tan suave, hummm...

Mientras una mano seguía torturando mis pechos, la otra bajó hasta mi sexo y comenzó a acariciarlo, húmedo y ansioso como ya estaba. Mis caderas comenzaron a mecerse, mi respiración a acelerarse...

—Bruno... —gemí.

Un instante después, me levantó una pierna y se deslizó en el interior de mi cuerpo. Lo sentí fuerte y duro mientras me embestía desde atrás. Mis entrañas se agitaron, la sangre corría hirviendo por cada vena y el placer comenzaba a envolverme. Mis pechos seguían igual de sensibles que siempre, así que, con los suaves pellizcos de sus dedos, las caricias en mi clítoris y los envites de

su miembro, alcancé el orgasmo tan rápido que tuve que esperar un poco a que él explotara en su clímax.

—Buenos días —me dijo cuando acabaron los últimos espasmos de placer.

—Muy buenos días —contesté, desperezándome entre las sábanas y su cuerpo.

—¡Mami, papi! —oímos de pronto irrumpir en nuestra habitación—. ¡Mami, papi!

Ambos nos tapamos hasta el cuello en cuestión de un segundo. Había ido de un pelo.

—¿Qué ocurre, cariño? —le preguntó Bruno a nuestra hija mientras ésta escalaba la cama y se situaba sobre él—. ¿Por qué te levantas tan temprano?

—No tenía sueño —contestó ella. Había heredado nuestro cabello rubio y los ojos azules de su padre. Era tan bonita que me dolía el corazón cada vez que la miraba—. Por eso he estado en el salón viendo dibujos en la tele.

—¿Y qué ha pasado para que entres así en nuestra habitación? —le pregunté.

—Miraba las fotos que tenemos en el mueble —nos explicó—. Hay una foto de tía Laura y tío Simón vestidos de novios, y otra de tía Selene y Ángel. Pero ¿y la vuestra? Vosotros no tenéis foto con trajes de novios.

—No tenemos foto porque no nos hemos casado —le aclaré.

—Jo, pues qué pena —se lamentó—. Me hubiese gustado que os hubieseis casado.

Después de aquello, ni Bruno ni yo hicimos comentario alguno... pero está claro que ambos pensamos en ello. Siempre dijimos que no nos gustaban las bodas, y menos la nuestra, pero tal vez podía estar bien, por la niña...

Fue en la firma de mi última novela. De pronto, en la cola de la gente, aparecieron ante mí Bruno y Enara con su ejemplar para firmar.

—Os lo podría haber firmado en casa —dije, frunciendo el ceño.

—Va, mami, firmalo, firmalo.

Esa insistencia tenía un motivo. Cuando abrí la cubierta del libro, apareció

un anillo con pequeños brillantes, atado con un cordel. Por poco no me desmayo.

—¿Qué es esto? —murmuré, aturdida.

—Sé que no hemos hablado nunca de boda —comenzó a decir Bruno, delante de la gente que todavía quedaba para la firma—, pero creo que no estaría mal hacerlo. Por Enara, claro. Está muy ilusionada con la idea.

Lo miré a los ojos, a aquellos iris azules con mezcla de gris y matices violeta. Brillaban, llenos de amor y de anhelo, como ya hicieran aquel día en el instituto antes de besarme junto a las taquillas y cuyo significado yo no supe adivinar. Nuestra hija me miraba también, impaciente, sonriendo traviesa, esperando una respuesta que sólo podía ser una.

—Claro que me casaré contigo, Bruno —contesté.

Nuestra hija saltó y chilló de alegría. Bruno me colocó el anillo, me cogió en brazos y me besó, delante de todo el mundo. Nunca me habían hecho tantas fotos que luego se encargarían de subir a Instagram o Twitter. No me lo esperaba y fue tan emocionante...

Y en ello estoy ahora. Estoy mirando a Bruno y perdiéndome en el azul profundo de sus ojos. Nuestras manos están enlazadas mientras el juez recita los votos en una sencilla sala del ayuntamiento y nuestra hija nos observa, encantada y feliz, mientras sujeta una bandejita con un par de anillos.

Nunca es tarde para alcanzar una meta.

Nota de la autora

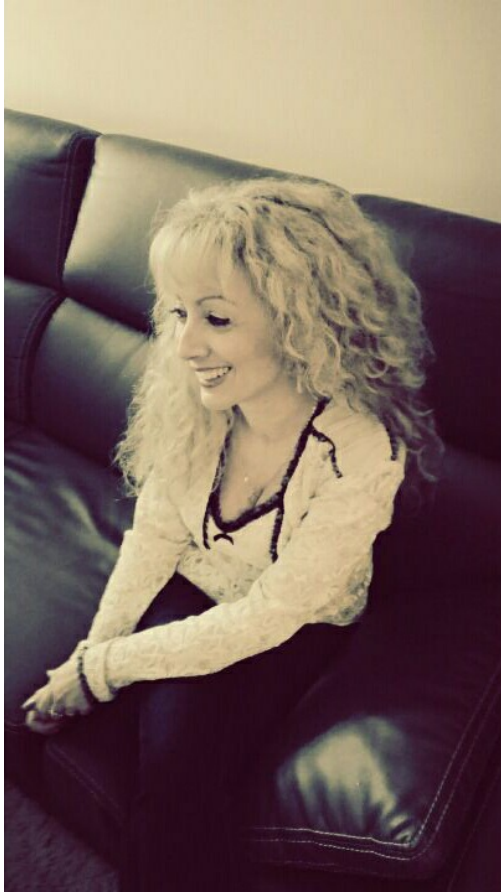
Es sabido por todos que la mayoría de escritoras y escritores plasmamos ciertos aspectos de nosotros mismos en los personajes de nuestras novelas. En este caso, existe más de un parecido razonable entre mi personalidad y la de Rebeca, en nuestro carácter tímido e inseguro, o en nuestra «complicada» adolescencia. Sin embargo, me he sentido identificada con Bruno, y no porque mi vida se parezca en nada a la suya, sino por la tristeza que lo embarga en un primer momento por ver que sus sueños no pueden realizarse y después han de tardar años en hacerlo. Aquello de que el tren pasa sólo una vez en la vida, puede que no sea del todo cierto y, a veces, además, pasan con un poco de retraso.

Ciertas circunstancias me obligaron a abandonar los estudios, pero los retomé con treinta y muchos años. Poco después de obtener mi ansiado título, con más de cuarenta, comencé a escribir novelas.

Hace poco me estaba quejando de cumplir tantos años y una amiga me dijo: «No protestes por tener esa edad, pues has conseguido cosas que no hiciste con treinta años, como acabar tus estudios o hacerte escritora».

Y tenía razón. Quién me lo hubiera dicho...

Biografía



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, no hace mucho decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo

para esos lectores que disfrutan con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

Referencias de las canciones

Despacito, Copyright: © © 2017 Universal Music Latino, interpretada por Luis Fonsi y Daddy Yankee. (N. de la e.)

Mi gente, Copyright: © 2017 Scorpio Music, Under Exclusive License To Universal Music Latin Entertainment © 2017 Scorpio Music, interpretada por J. Balvin y Willy William. (N. de la e.)

Tu refugio, Copyright: © 2017 Warner Music Spain, S.L © 2018 Warner Music Spain, S.L., interpretada por Pablo Alborán. (N. de la e.)

Taki Taki, Copyright: © 2018 DJ Snake Music Productions Limited, under exclusive license to Geffen Records © 2018 DJ Snake Music, interpretada por DJ Snake, Selena Gómez, Ozuna, Cardi B. (N. de la e.)

Algunas princesas no buscamos príncipe azul
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21095-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



